

NELIEL CROSS

La Sociedad de Asesinos

“Incluso en trágicos momentos, el amor es lo único
que puede salvarte”

Lectulandia

En el año 2100, el mundo abrió los ojos a una nueva realidad que no podía negar. Los humanos ya no eran la raza dominante, y poco quedaba del límite que separaba lo normal de lo sobrenatural. Debieron entender por la fuerza, que todo aquello que se narraba en los cuentos de terror, existía y vivía junto a ellos.

Ahora sesenta años después, una sucesión de homicidios cometidos por un Oscuro, ponen a la sociedad de Asesinos al filo del caos con los humanos. Y Salomé, una asesina letal, junto a sus hermanas, estarán en el ojo de la tormenta.

Ella deberá probarle a todos que aún sigue siendo fiel a la causa de la Diosa Vatur, intentando descifrar su pasado y comprender su presente, mientras Hero, un asesino a sangre fría, solitario, e indescifrable, que nunca ha deseado a nadie, sentirá una atracción imposible de contener hacia Salomé.

Por ella, buscará romper las barreras que se impuso durante siglos. Juntos, aprenderán que incluso en los momentos más trágicos, el amor es lo único que puede salvarlos.

Lectulandia

Neliel Cross

La Sociedad de Asesinos

La Sociedad de Asesinos - 1

ePub r1.0

macjaj 05.10.14

Título original: *La Sociedad de Asesinos*

Neliel Cross, 2013

Diseño de portada: Ximena Flores

Editor digital: macjaj

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A mi familia, y amigos
Que siempre creyó en mí,
incluso aun cuando yo no lo hacia*

Algunas palabras

En primer lugar quiero darle gracias a Dios, por ayudarme a creer, que los sueños son posibles, y a mi Virgen de Guadalupe por darme siempre aliento.

Mi más profundo agradecimiento a las amigas que he conseguido gracias a esta historia. Este libro no hubiera llegado nunca hasta aquí, si no fuera por mis más entrañables lectoras y fans.

A ustedes, mis *cuatro* Jinetes que siempre pedían más de esta historia, que me daban aliento día a día, y a mi quinto Jinete, que nunca leyó nada, pero siempre me apoyó, gracias a ustedes por creer en mí.

Mi más entrañable agradecimiento a mi familia, por apoyarme en todo momento, aunque en un principio no supieran por qué pasaba tantas horas encerrada en mi habitación. Gracias por incentivarme a no bajar los brazos y continuar con mi sueño.

Y a mi hermana, por leer cada una de las novelas, gracias por soportar estoicamente las arremetidas de mis inseguridades. Pero sobre todo, gracias por leer y soñar conmigo desde mis primeros escritos a los últimos, siempre con entusiasmo, alentándome y corrigiéndome como nadie, siempre buscando que mejorara y un día, las historias vieran la luz.

Gracias a todos los que me alentaron y acompañaron.

El comienzo

Mientras corría por el bosque, y sus pasos resonaban detrás de mí, no dejaba de maldecirme en silencio por lo estúpida que había sido. Sabía del peligro que significaba haber intentado llegar a pie y sola a este lugar; nunca debí hacerlo, y ese era el mayor de mis problemas. ¡Que estúpida!

¡Que tonta! De solo pensarlo, la idea de querer arreglármelas por mí solita sonaba absurdo. Si tan solo alguno de ellos me hubiera dicho que esto ocurriría ni lo hubiera intentado. ¡Odio las predicciones a medias, malditos psíquicos!; si tan solo dijeran las cosas sin acertijos tal vez ahora estaría a salvo. El corazón me martillaba en el pecho con tanta fuerza que me dolían las costillas, mis pulmones quemaban con cada bocanada de aire, pero no podía detenerme, debía encontrarlo. Él tenía que estar por aquí, no podía estar lejos. Si tan solo hubiera escuchado. ¡Perversos psíquicos!, grite inútilmente, otra vez, mientras corría por ese suelo inestable y resbaladizo, intentando saltar y evitar que las raíces que se levantaban de la tierra me hicieran caer. El bosque era demasiado tupido para la bestia que me perseguía, eso me daba una pequeña ventaja, pero solo una muy, muy pequeña ventaja. Podía percibir su respiración apestosa casi sobre mi nuca.

Brinqué contra un árbol, mis pies golpearon el enorme arce derribándolo a mi paso, aquello debía darme unos metros más, lo escuché caer y la bestia gruñó, pero no me detuve a ver si le había dado. Salté sobre una roca, raspando mis manos al impulsarme, y caí con un golpe seco del otro lado. Mis piernas se tensaron, me levanté como una flecha y volví a correr sintiéndolo a solo unos metros. Estaba más cerca de lo que creía y casi podía sentirlo sobre mí, su aliento fétido golpeaba como un puñetazo mi sensible nariz, sus garras mugrientas a punto de tomarme para siempre. Debía salir de esta, tenía que hacerlo. Había sobrevivido a muchas cosas como para que una bestia como esa me matara. Estaba por desviarme hacia la izquierda, en un intento de buscar un sitio abierto donde pudiera pelear y enfrentarle, cuando los faros de un coche alumbraron a lo lejos la carretera. Lo supe. Las chicas estaban allí. Les grité mentalmente mi ubicación y sus voces resonaron del otro lado del lazo. Mis hermanas habían llegado. Saltando unos arbustos corrí en dirección a la carretera, esquivé unas ramas mientras intentaba no resbalar y oía el golpeteo de las patas de aquel maldito persiguiéndome. El coche se detuvo con un chillido en el asfalto húmedo. Apreté los dientes y me apuré a salir de la maleza.

—¡Llegan tarde! —grité sin frenar la carrera, mi pecho quemaba por el esfuerzo y la agitación. Si hubiera estado corriendo un maratón seguro habría batido unos

cuantos récords.

Carim salió desde atrás del coche, atravesado en la carretera poco transitada de Alaska. En su mano llevaba una ballesta y gracias a la diosa apuntaba detrás de mí, ya que ella nunca erraba a su presa. Eva salió del coche también, la gran Magnum 44, al viejo estilo de «Harry el sucio», osciló en su mano antes de que el tiro silbara cerca de mi cabeza. Quise maldecirla, pero no era el momento para cabrearla aún más de lo que estaba. Esa cosa que me seguía gruñó a mis espaldas, y frené de golpe cuando choqué contra el auto. Mi pecho bajaba y subía de forma violenta; cerré los ojos, traté de calmarme absorbiendo la frescura de la chapa fría contra mis mejillas calientes; aquello había sido una gran carrera, y no me giré hasta que sonó otro disparo de la Magnum plateada y un aullido de dolor cortó el silencio sepulcral de la noche.

—¿Dónde está? —la voz de Eva sonaba exigente cuando levanté los ojos hacia ella, observándola entre mi cabello revuelto. Si creía que estaba tan solo un poco enojada, con echarle un vistazo a su rostro supe que eso era decir poco. Estaba furiosa, podía percibirlo.

Ella había dicho que esto era una estupidez; Hero opinaba lo mismo, aunque no me esperaba otra cosa de él, y por lo visto ninguno de los dos se había equivocado.

—No esta... —siseé luchando por encontrar mi voz en mi garganta reseca, me agaché junto al guardabarros moviendo lentamente mis músculos agarrotados y tomé una gran bocanada de aire.

—¿Cómo que no está Sal? Dijiste que estaría aquí. —Me levanté molesta ante el tono de reproche de Carim.

—Lo sé, sé lo que dije, pero no está, simplemente no estaba allí y no hay rastros... —el semblante de mi hermana se suavizó un poco, su expresión mostraba más calma, percibí una oleada de sosiego por el vínculo, parecía entenderlo. Intuí que mis ojos se veían tan tristes como ella se veía ahora.

—Vamos, larguémonos de aquí —dijo y palmeó mi hombro. Eva farfulló algo y subió al coche sin dirigirme otra palabra.

—Nicolás se preguntará dónde estamos, y no creo que Hero ayude con eso —murmuró Eva cuando me miró por el espejo retrovisor. Estaba en lo cierto, Nicolás sabría que no estábamos cerca y sin duda Hero no haría nada para calmar su ira.

—Pronto lloverá —susurró Carim mientras sus ojos se perdían en el horizonte. Me apreté contra el vidrio de la ventanilla, mi aliento empañándolo un poco, levanté mis ojos al cielo, todavía no había nubes, pero pronto se instalarían allí, marcando una visión que había intentado cambiar, pero llegué tarde. Me prometí llegar antes de que se lo llevaran, antes de la lluvia, y había fallado.

—Vamos Sal. —Carim tomó mi mano con dulzura—, lo buscaremos por la noche, pronto amanecerá y muchos verán eso. —Me giré escudriñando dónde debía estar el cuerpo. Allí en un charco de sangre se hallaba el Majed. ¡Bestia horrorosa!,

mitad humano, mitad animal. Una abominación de la naturaleza, como yo, como mis hermanas, como el mundo en el que vivimos.

Alaska

En el año 2100, el mundo abrió los ojos a una nueva realidad que no podía negar. La tierra fue castigada por diversos desastres naturales, las tierras bajas se hallaban sumidas bajo las aguas y las tierras altas se convirtieron en el único sitio apto para vivir. Allí convivíamos; sí, todos.

Alaska alguna vez fue un lugar inhóspito, poco habitado, debido a las temperaturas bajas y a la rudeza del clima; ahora, después de los grandes deshielos y las pérdidas de lo que alguna vez se llamara Polo Norte, era uno de los sitios más poblados. Los humanos no habían reparado en los desastres que desencadenaron con sus conductas descuidadas y destructivas. Poco quedaba del límite que separaba lo normal de lo anormal, los seres humanos dejaron de ser la raza dominante, el mundo humano fue puesto en jaque; ellos eran los culpables, ahora debían vivir sus consecuencias. Con eso, y con nosotros. Debieron entender, por la fuerza, que todo aquello que se narraba en los cuentos de terror, que veían en películas de época, existía y vivía junto a ellos.

Cuando aparecimos, nosotros, *los malditos*, éramos perseguidos y asediados; ahora, en el 2160, unos sesenta años después, estamos casi a la par. Hubo muchos muertos de ambas partes, muchas pérdidas, y actualmente el mundo intenta ser algo parecido a lo que se conocía de él, las urbes tratan de levantarse a fuerza de terquedad sobre las ruinas sucias y frías, buscan parecerse a aquel lugar que alguna vez contuvo al hombre y lo resguardó, solo que algo ha cambiado para siempre: Nosotros existimos.

Los hombres debieron aceptarnos en su mundo y llegaron a una tregua en el año 2156. Una fina tregua que pendía de un hilo, pactada por los seres oscuros y los humanos por igual. Las autoridades de ambos bandos velarían por la seguridad de los suyos, cooperando, a veces. En los cielos los dioses pugnaban por la existencia de unos y otros; pero ninguno de los bandos ganó. Los seres de la oscuridad vivíamos bajo reglas claras, nunca debíamos mezclarnos.

Convivíamos, sí. Transitábamos y compartíamos las mismas tiendas, los mismos edificios, incluso a veces las mismas camas, pero no nos mezclábamos, solo establecíamos vínculos efímeros. Cualquier otra posibilidad pondría en riesgo a los humanos.

Si un humano era encontrado culpable de perversión, que se definía como vender su alma al maligno y por decisión propia formar un vínculo con uno de los oscuros, podía ser condenado a muerte por estar con alguien de los nuestros.

De ambos bandos, había castigo. El oscuro que se ligara a un humano, influyéndolo a perder su alma, moría también. Eso dejaba un fino límite entre el bien y el mal para la coexistencia de nuestras razas. Cualquiera que incumpliese las reglas moriría, sin vuelta atrás. Pero el mundo era algo peor que aquello: lo que ocurría en mi mundo era un constante juego con la muerte; los humanos no alcanzaban a ver el cuadro completo, sabían de la existencia de algunos, pero había muchos que eran desconocidos, incluso para nosotros. Alguien debía mantener el balance y por eso vivíamos.

Nosotras tres formábamos parte de una gran corporación que mantenía ese balance: La S.A., la sociedad de asesinos. No era simplemente un trabajo, estaba en nuestros genes, veníamos preparadas para ser tales.

Asesinas.

Teníamos las condiciones necesarias para el trabajo que hacíamos: rápidas, letales y, por sobre todo, parecíamos indefensas.

Un jaguar, una licántropa y una vampiresa.

Eso éramos, el arma más letal de la agencia dado que, como se supo luego de muchas investigaciones y asesinos heridos, las féminas somos menos propensas a cometer errores y a caer en la tentación de la carne de cualquier tipo; se decía que las féminas nunca nos desviábamos ni éramos tentadas por el enemigo.

Al menos así lo era; yo creía en eso. Lo creía, hasta que lo conocí. O mejor dicho: los conocí.

¿Les dije que suelo meterme en problemas?

Capítulo uno

Órdenes, son órdenes

Estábamos en el bar, en la calle 86 de lo que alguna vez fue denominado área censal de Bethel. Nosotros simplemente lo llamábamos Bet, un área 117 865 km² que en un tiempo fue uno de los sitios más poblados de Alaska. Este bar era mi lugar preferido en todo Bet. Había nacido en Irlanda hace mucho, mucho tiempo atrás y, debido a las catástrofes, al paso de los siglos, había pocos que recordaran cómo lucían los bares irlandeses de antaño. Aquí, la música, la atmósfera, todo, se parecía tanto que siempre lograba sacarme un poco de nostalgia, y transportarme a mi mundo, o al menos el que había conocido.

Las paredes del bar estaban recubiertas con madera oscura hasta la mitad, el resto pintado de color verde oscuro, bastante feo; había tréboles dibujados a mano y cuadros con fotos, recordaban las viejas tierras de donde era su origen. Inmensos prados verdes, castillos alzándose al borde de las colinas, le daban un aire de nostalgia, pues reflejaban aquello que alguna vez fue el mundo. Las luces tenues hacían la atmósfera más privada y tenebrosa; la barra estaba ubicada a la izquierda, era una gruesa madera lustrada en la cual uno podía ver su reflejo, o el de las botellas que decoraban la pared de atrás, rodeada por banquetas de mullidos almohadones color verde, a tono con las paredes. A la derecha había pequeñas mesas redondas, y al fondo en un sitio más íntimo estaban las mesas de pool.

Allí nos reunimos ese día, para una partida de pool, como un intento de quitarnos de la cabeza la última misión. En poco tiempo más debíamos reportarnos al trabajo nuevamente, así que algo de distracción no venía mal. Mis dos hermanas estaban conmigo. Nos llamábamos de ese modo, aunque no compartíamos vínculo alguno, ni siquiera pertenecíamos a la misma raza; nos habían convertido en agentes para el Comité de los Oscuros cuando la Ley de No Restricción salió a la luz.

Frente a mí, estaba Carim, hermosa, con su cabello sedoso color miel o rubio, según la luz, pómulos prominentes que enmarcaban unos labios carnosos pero delicados; sus ojos solían cambiar de color, nadie entendía por qué. Algunos decían que eran sus genes; algún humano que mezcló su sangre con la nuestra. Era esbelta y su fino andar hacía que se volvieran para mirarla; podía lograr que toda una sala de tipos corriera tras ella. Aun cuando peleaba con algún que otro ser, este la observaba sin comprender cómo alguien tan angelical podía causar tanto daño. Se había unido a la S.A. y a nosotras hace más de diez años, y era la más joven en la agencia. Por cierto era un hermoso jaguar, con pequeñas manchas moteadas en su pelaje amarillo, cuando cambiaba. Como gata que es, su gusto es salir y jugar con los humanos, y

acostarse con muchos de ellos. Hubo un tiempo en que solíamos competir por eso y nos llevó a muchos problemas, así que emborracharnos juntas pasó a ser uno de nuestros pasatiempos preferidos cuando no estábamos de servicio para la S.A.

A mi lado Eva, la mayor de las tres, alta como una modelo, dura y atrevida, lucía un cabello color caoba con tintes rojizos, que combinaban perfecto con sus ojos color chocolate, de mirada penetrante. Su piel posee siempre un suave dorado, que es causa de envidia para cualquier mujer humana. Eva podía luchar con cualquiera y, lo mejor, amaba hacerlo. Por su apariencia la mayoría de los tipos pensaban en ella como si fuera inofensiva, aunque nunca lo era; era una hermosa licántropa de pelaje oscuro como la noche, en la punta de su cola tenía un lunar blanco que la distinguía del resto. La palabra «aguerrida» era la que mejor la definía.

En cuanto a mí... tengo el cabello dorado como el sol, el más claro de las tres, y soy la envidia de los grandes promotores de tinturas. No soy tan alta como Eva, pero no mucho más pequeña, todo arreglado si me pongo tacones. Mi cuerpo es pequeño, pero soy fuerte y por sobre todo soy rápida, muy rápida. Mis ojos, son de un tono verdoso; nunca logran descifrar cuál es su color exacto, y eso me encanta. Mi piel es pálida y, aunque intenté con todo lo que hay en el mercado, está dicho que el blanco leche es la última moda para mí desde que... bueno, no importa. No tengo medidas muy generosas, digamos que soy normalita, con curvas, pero no despampanante, aunque hubiera preferido unas tetas más grandes. Hace más de cien años que trabajo para ellos, para la S.A.; primero, merodeaba desde las sombras para que los vampiros, mi raza, no se metieran en problemas y controlaba las revueltas; ahora actúo como agente, aunque la mayoría nos llama simplemente «asesinas» de la agencia, o sociedad, como gustes decirle. Había una banda tocando esta noche, su música era una excéntrica mezcla entre el country y la música irlandesa. Me gustaba, no eran del todo buenos en ello, pero algo era algo. Bailoteaba junto a la mesa mientras seguía la letra de la canción cuando Eva gruñó.

—Cállate Sal... y da tu maldito tiro. —Le sonreí. Vi a Eva, estaba a punto de saltarme encima; podía notar a su lobo rasgando el velo que la separaba de su apariencia humana. Demonios, esta chica no tenía humor. Sus ojos mostraban el tenue color amarillento del lobo que habitaba en ella; no le gustaba perder y lo sabía. Corrí mi cabello con calma, la miré y batí mis pestañas en un movimiento teatral; me devolvió una mueca de fastidio y me enseñó los dientes. Seguí tarareando mi cancioncita, tan solo para fastidiarla aún más, no sabía cómo Eva podía tener tan poca paciencia. Recorrí la mesa hasta que encontré el sitio de donde haría mi tiro a la bola seis. El pool nos sentaba bien, con los sentidos agudizados podía durar menos de cinco minutos cuando estábamos atentas, hoy estaba más que relajada y venía perdiendo.

—¡Oye...! —me dijo Carim golpeando mi hombro cuando estaba a punto de dar

mi golpe a la bola seis. El tiro terminó desviándose sin llegar a nada, corrió por el borde y pasó junto a la tronera central para morir junto a las demás bolas, cerca del pie de la mesa.

—¡Maldita sea!

—¡Ja! Tenía que ser, eres malísima ¿sabes? —Eva se movió el cabello con la mano y sonrió victoriosa; le gruñí en respuesta mientras la fusilaba con la mirada y lentamente volví mi atención a Carim.

—¡Lo hiciste a propósito! —reclamé, pero no respondió. Le eché un vistazo a su cara; esa sonrisa de «tendremos problemas hoy» estaba en ella, y sus ojos fijos en culo de algún tipo—. Sabes que no puedes —le corté; adivinaba sus pensamientos, que se filtraban hacia mi cabeza; ella estrechó sus ojos y chasqueó la lengua, sin mirarme.

—Solo por una noche no me hará nada —dijo sin más. Me volví y di una ojeada a los tipos ubicados en la esquina que había llamado su atención; estaban en una mesa del fondo, el foco apenas alumbraba sus rostros. Seguí la mirada de Carim, ella había conectado con el que tenía el taco en la mano y de una forma lasciva frotaba la tiza sobre la punta. ¿Era lindo? Sí. ¿Lucía peligroso? No. ¿Podría estar con el hoy? Sí, pero no más; era humano.

—Sabes que no puedes —volví a repetir y me giré para ver el próximo movimiento de Eva— tenemos trabajo hoy. —En cuanto lo dije sentí la molestia que se filtraba por el *lazo*, pero ella no respondió con rapidez. Un perfume a sexo revoloteaba a su alrededor; me sentí empalagada por el aroma dulzón y los pensamientos libidinosos que burbujeaban en su mente.

—Sabe que no puede y no debe, no sé para qué les tienta —levanté la vista hacia Eva y sonreí.

—Porque es divertido —respondí tan solo para molestarla, aunque realmente lo era.

—No lo es, es un saco de huesos y nada más... míralo, parece un animal en celo. ¿Qué hará luego? Quitarse la camisa y golpearse el pecho —sonreí de lado, viendo cómo la bola a la que Eva le había pegado, corría hacia la punta metiéndose en el saco y arrastrando otras dos con ella, quedó tan solo una sobre el tapete verde.

—Pagaría por ver eso —me susurró Carim, y sonreí.

—¿Por ver a un tipo en pelotas? ¿Estás loca? —murmuró Eva entre dientes.

—No a cualquier tipo Eva, pero sí ese, quiere quitarse los pantalones y mostrarme su *amiguito*, no dudaré en decirle... ¡HELLOOOO!

La cara de Eva se descompuso, sacudió la cabeza y volvió a su tiro. La estudié un momento hasta que le solté lo que pensaba, sin dejar que se filtrara en el *lazo* para que no pudiera anticiparlo.

—¿Hace cuánto que tú no...? —levanté mis cejas de forma intencional para que

me comprendiera mejor y hacerla enojar, aunque sabía que ella podía entender mentalmente hacia dónde me dirigía. Sus mejillas se colorearon y sus labios casi formaron una línea pero, antes de que pudiera responder, mi teléfono vibró e instintivamente bajé mi mano hacia la cintura para tomarlo. Era una llamada de la S.A. El teléfono de Eva hizo lo mismo, y Carim protestó tomando el suyo de su cartera.

—Sabes, esto es irritante —se quejó y volvió su atención a la mesa.

—¡Mierda! —murmuré desganada, debíamos acudir antes. Estaba bien por mí, el juego había terminado, y estaba perdiendo.

—Me debes dinero —me soltó Eva cuando acomodé mi taco en un rincón. Me volví hacia ella y, en tanto arreglaba el dobladillo de mi pantalón de jean, le dije sin más:

—Será la próxima.

Pasamos por la barra y saludamos a Tron, un licántropo de unos cuarenta soles o algo así. Nadie entendía bien su raza, tan solo era un «no te metas conmigo y te dejaré vivir». Él se llevaba bien con nosotras; la mayor parte del tiempo odiaba a los vampiros que acudían al bar, excepto a mí, claro está. Aunque no los echaba a patadas no parecía soportarlos de buena gana. Cada vez que pisábamos Irlanda, ¡puff!, ellos simplemente parecían esfumarse como si tuviéramos un mal olor o algo por el estilo. Fui hacia mi coche, estacionado en la puerta. Subí. Carim se sentó a mi lado, mientras Eva iba por el suyo unos metros más atrás. El motor arrancó casi en el mismo momento en que Carim bufó.

—Malditas ninfas... ¡Demonios, era lindo! —Se quejó e hizo un mohín—. ¿Cuánto hace que no estás con un macho? —me preguntó mientras ponía el codo en el borde de la puerta y apoyaba su cabeza contra la palma de la mano. La miré de reojo.

—¿Te refieres a él y yo desnudos, o a la cercanía de un macho en la cola de la cafetería? —Carim rio con su burbujeante chispa de siempre; la gata era excelente, siempre quería jugar, y eso la hacía mi aliada.

—No, desnudos... —me confirmó.

—Dos días —sentencié y no pude dejar de reír mientras su expresión se transformaba.

—¿Dos días? —gritó. Había perdido la pose tranquila para enfrentarme—. ¿Con quién? ¿Cómo? Quiero escucharlo todo.

—Bien —respondí cuando mi risa se calmó— con Michael...

—¿El gato? —preguntó con una nota de asco. Michael era un Asesino como nosotras, nunca se había llevado bien con las chicas, era rudo y vulgar, pero me gustaba, lograba calmarme cuando la soledad se volvía muy pesada. Tampoco es que tuviéramos planes de casarnos o cosas así.

—Sí, el gato, y como ya te lo imaginas...

—¡No es justo! —volvió a bufar y adoptó una pose dramática, con los brazos cruzados sobre el pecho, e hizo que el asiento de cuero crujiera. Eva se nos adelantó, haciéndonos saber que estaba enojada.

—¿Está furiosa por lo del dinero? —le pregunté en voz alta, sin saber cuánto había molestado a Eva esa noche.

—Eso, o porque no tiene sexo hace mucho tiempo, aún más que yo. —Volví a reír; mi estómago ardía, pero concentré mis ojos en la ruta. Teníamos veinte minutos para llegar a las oficinas de la Asociación, en las afueras de la ciudad. Allí residía nuestro jefe. Tan solo podía preguntarme: ¿Qué había pasado hoy?

Algo iba mal, si no, nunca hubiera adelantado la cita. Algo en mi mente intentaba decirme que se trataba de ese vampiro al que estuve investigando. Si él era el causante de otra muerte, Ben tendría mis ovarios en su mano, o mi cabeza, cualquiera de los dos era mala idea. ¡Mierda! Apreté las mandíbulas para contener mis nervios; debía averiguar qué había ocurrido, últimamente los ataques se había vuelto más comunes. Años atrás alguien me habló sobre una película del año 2010; contaba cómo sería el mundo si los vampiros se quedaran sin provisión de sangre. En ese momento lo tomé a broma, pero ahora... Apreté el acelerador con fuerza, pronto tendría respuestas.

Capítulo dos

Nefilim

Ben era el alto mando de Alaska, uno de los dirigentes más importantes. Sabíamos de la existencia de otro metamorfo de su mismo rango, solo que dirigía la parte oriental del planeta; su nombre era Deity. Después de ellos tan solo estaba la bella diosa Vatur.

Bueno, Ben... Básicamente lo describiría como un dolor en el culo; nadie sabía bien qué era y cuáles eran sus poderes en concreto, por ello muchos le temíamos; lo único cierto es que era un «cambia formas» y uno de los mejores psíquicos de la tierra. Poseía la conexión con nosotras y otros diez tríos guardianes. La mayor parte del tiempo controlaba los enlaces y las emociones de todos, y nos enviaba a cumplir misiones a fin de contener el desastre, sin que los humanos tomaran conciencia de lo problemática que podía ser la convivencia al tener a tantos seres distintos en su mismo mundo.

Entramos al recinto rechinando los dientes. Estábamos molestas; podía sentir, por la conexión, la impaciencia de mis hermanas. No les he contado eso, ¿cierto?

Cuando ingresamos a la agencia se decidió que un teléfono móvil no era el mejor elemento de comunicación para nosotras, ya que los humanos podían interferir las líneas y, como estábamos en época de guerra, se decidió buscar otra forma de estar conectadas. Carim, Eva y yo debimos realizar un pacto, algo así como una prueba. Nuestras mentes debían relacionarse y unirse, pero era más complicado que eso; nuestras mentes debían congeniar. Pensar en la compatibilidad entre un jaguar, una licántropa y una vampiresa, era probable en un uno por ciento, pero tal vez solo porque Vatur lo quiso, nuestras mentes lo lograron. Y ahí estábamos las tres, unidas para siempre.

La gran Vatur, reina de las tinieblas y de los no muertos, era nuestra «diosa», algo así como una guardiana. Ella era la madre de todos los oscuros; cuidaba que los nuestros no rompieran el pacto; cualquier cambio en la existencia de alguno de nosotros, incluso uno tan pequeño e insignificante como una diferencia de matiz en el color de un aura, provocaría a la diosa. Eso se decía...

Uno de los nuestros no podía estar en relación con un humano por mucho tiempo, pues implicaría que pudieran vincularse, y era bien sabido que una vampiresa o cualquier ser oscuro vinculado con un humano podía absorber su alma de a poco. Los científicos buscaban aún la conexión, pero no había nada probado. En consecuencia, un humano unido a un oscuro podía perder el alma. Y punto.

Recorrimos la entrada hasta encontrar la aglomeración de agentes cerca de la

puerta de Ben.

—*¿Qué va mal ahora?* —murmuré mentalmente a mis hermanas. Nunca antes había visto a todos los agentes, incluso algunos me resultaban desconocidos.

—*No lo sé, pero realmente algo va muy mal* —susurró Eva que lucía tranquila y distante—. *¿Nadie ha encontrado nada raro?*

—*No, que yo sepa. Hablé con Nicolás, pero no sabe nada* —dijo Carim que se observaba las uñas sin preocupación.

—*¡¿Hablaste con Nicolás?!* —me acomodé contra el muro mostrando una postura relajada, aunque por dentro bufaba.

Nicolás, nuestro hermoso centinela. Sus músculos torneados, su piel dorada por el sol, como un surfista de Miami, sus ojos cristalinos, hacían que mis bragas se mojaran, bueno las mías y las de otras miles, aunque en el fondo me sentía un poco mal por pensar de ese modo. Conocía a Nicolás desde siempre, y era casi un hermano para mí, pero... ¡era tan bello! Las agentes lo admirábamos como a un semidiós, lo mismo las humanas y cualquier mujer que se cruzara en su camino, aunque nunca lo habíamos visto con ninguna hembra. Por suerte para nosotras, solo estaba a cargo de dos grupos: el nuestro y un trío de chicos. Por cierto, y no menos importante, Nicolás era uno de los centinelas con más rango, el mejor de ellos, él que le seguía era un amigo suyo llamado Zander, pero este era algo así como su gemelo maldito.

—*Oh, por favor* —bufó mentalmente Eva— *recuerda que podemos oírte mientras babeas* —sabía que su enojo había pasado, pero el fastidio de estar encerrada allí se transmitía fuerte y claro por el lazo.

—*¿Se puede babear mentalmente?* —pregunté sonriendo en mi interior mientras la licántropa se sacudía y casi podía ver rodar sus ojos.

—*No deberías, y menos por, por... Nicolás, él es un superior, es un...*

—*Un «papito» con todas las letras* —respondí al tiempo que Nicolás se acercaba por el pasillo, a nuestra derecha. Se detuvo a hablar con un Inamhi; cuando se volvió, nuestros ojos fueron a su trasero cubierto por un jean holgado. ¡Por Vatur, alguien debía hacerle un monumento a ese trasero! Algo resbaló de las manos del Inamhi y Nicolás se agachó para tomar el papel que había caído dándonos una excelente visión que quedaría en nuestras mentes por todo el día—. *Sí, creo que babeo mentalmente.*

—*Te deshidratarás si sigues de ese modo* —Eva lanzó la respuesta con un tono serio, aunque sabíamos muy bien que había tatuado en su retina las curvas de ese trasero. Carim rio para sus adentros de modo estridente, haciéndonos saltar en forma graciosa. Los demás agentes sabían que estábamos interactuando, siempre había un constante flujo de información y charlas entre los hermanos, por lo tanto no nos prestaron mucha atención. Era imposible no interactuar, casi se sentía como un disco externo, un *pendrive*, que tiene una información allí alojada y la usas cuando necesitas, aunque algunas veces podíamos bloquearla; gracias a Vatur por eso, ya que

sería un infierno escuchar a Eva quejarse mientras tengo sexo con alguien.

Nicolás se volvió al oír a Carim, me cubrí la boca tratando de calmar mi risa. Él saludó al Inamhi y caminó hasta nosotras.

—No sabían que estaban aquí —su voz era dulce y perezosa; cada palabra sonaba como una vibración que hacía estremecer nuestros cuerpos. Sus ojos celestes nos observaron y una hermosa sonrisa curvó sus labios, llevaba una barba de un día o dos, que lo hacía ver más sexy que nunca. Con sus pasos gatunos se paró delante de nosotras.

—¡Hey Nick! —le dije con soltura.

—Nicolás... ¿Qué ocurrió? ¿No dormiste anoche? —se mofó Carim. Él le sonrió de lado, palmeó su hombro con dulzura y haciéndole una mueca meneó la cabeza. Se veía cansado, más que en los últimos tiempos.

—Digamos que no, no he dormido, pero no por algo placentero —respondió y sus ojos se posaron en Eva—. ¿Te encuentras bien Eva?

—Sí —respondió con la garganta seca. Eché un vistazo rápido por sobre su hombro para ver a Carim, ambas notamos en ese instante el calor que surgía de Eva.

—*Eva, si sigues así voy a empezar a gemir* —la tenté. Ella me dedicó una fugaz mirada de odio y volvió a Nicolás.

—¿Ha ocurrido algo, Nicolás? —preguntó tosiendo.

—No lo sé con claridad; algo pasó anoche, todos estamos reunidos aquí —contestó y se rascó la cabeza al tiempo que giraba para observar a los otros. Mis ojos se encontraron con los de mis hermanas, sabíamos que mentía. Nicolás siempre sabía qué pasaba—. Debió ser algo grande.

Lo mismo estaba pensando. Algo grave había ocurrido y no tenía ni un atisbo de qué era. Pasaron solo unos minutos hasta que nos llamaron; nos dirigimos hacia allí con los demás agentes y nos ubicamos contra la pared izquierda de la enorme sala de reunión, cerca de la puerta. Varios agentes se acomodaron en la mesa ovalada que ocupada el centro de la sala. Desde donde estábamos podíamos notar el nerviosismo de los demás, sus miradas furtivas y su preocupación.

Nadie se veía calmo, excepto Hero. ¿Cómo hacía para lucir relajado?

Miraba al resto con aires de superioridad; yo odiaba eso. Él me molestaba. No sabía bien por qué, pero una parte de mí parecía atraída por él, por descifrar qué lo hacía tan jodido como para que nadie quisiera estar cerca suyo. Debía tener un punto débil. Mis ojos viajaron por su cuerpo; no estaba mal. Donde miraras había músculo y poder. Me estremecí cuando sus ojos encontraron los míos, su rostro era lindo, pero había un dejo de maldad en su mirada, como si pudiera comerme desde el otro lado de la mesa. Apreté inconscientemente mis manos, nadie lo observaba pero yo sí, no sabía por qué; aunque era hermoso me molestaba aquella postura de superioridad. Eché un vistazo al resto. Nadie cruzaba su vista con él, todos le esquivaban como a la

peste, incluso dejaban varios asientos de distancia entre Hero y los demás; todos parecían temerle, menos yo. Como si supiera lo que pensaba de él y su maldita pose de rey y señor de los jodidos, sus ojos se clavaron en los míos como si quisieran atravesarme, sus cejas formaron una línea espesa y crearon una sombra perversa sobre su mirada dura. Contuve la necesidad de mostrarle los dientes cuando su mirada se posó en mi cuerpo, todo mi cuerpo, y aunque me sentí arder ante aquel escrutinio posesivo me contuve, no podía sentirme atraída por él. Era peligroso. Debido al *lazo* sentí tiritar a mis hermanas. ¿Qué tenía aquel hombre que lograba que todos le temieran?

Él levantó parte de su labio superior en una mueca parecida al desprecio, achiqué mis ojos escrutándolo, negándome a agachar la mirada, podía intentar amedrentarme, y aún así yo intentaría demostrarle cuán insignificante era su actitud de tipo rudo. La puerta se abrió de golpe y mis ojos no abandonaron los de Hero hasta que Nicolás tocó mi hombro a sabiendas de aquel duelo mental. Mi mirada se encontró con la claridad de aquella azulada calma que irradiaban las pupilas de Nicolás. Asintió, al tiempo que alguien se aclaraba la voz; era Ben. Estaba parado con unas hojas en su mano; golpeó teatralmente contra la mesa para captar la atención de todos, y tras las gafas de marco grueso observó a cada uno de los agentes hasta que habló.

—Verán que esta es una reunión diferente a todas, y ello se debe tan solo a una cosa —tomó aire y lo soltó lentamente observando las hojas en sus manos—. Todos tenemos un problema —volvió a mirarnos con recelo; un escalofrío se me coló por la columna vertebral cuando su mirada pasó fugazmente por mis hermanas y por mí—. Muchos se preguntarán: ¿Por qué están aquí? Bien... Nicolás por favor —le extendió las hojas y lo mismo hizo con los otros jefes de equipo. Nicolás nos tendió las hojas y también al otro equipo que supervisaba. Eché un vistazo y sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba.

En ella había tres fotos. Una mostraba el cielo encapotado, totalmente gris y un enorme rayo rojo que caía hacia la tierra, las nubes que rodeaban aquellos fenómenos estaban también teñidas de un rojo profundo. Junto a ella, la imagen de un gran cráter en una parte de alguna ciudad, no decía cuál era, pero parecía importante. Y luego una imagen ilustrativa. Dudé un momento y repasé las imágenes.

Lo que más llamó mi atención fue el hueco en la tierra. No era la primera vez que lo veía. Mucho tiempo atrás había presenciado algo así, pero aún era lo que se podría decir joven. Pasé la hoja intentando evitar la ilustración del humano, de manos grandes y en cuyos ojos me parecía reconocer mi miedo; en la segunda hoja leí un apartado de la Biblia de los humanos que confirmaba mi apreciación.

6:1 Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas,

6:2 que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí

mujeres, escogiendo entre todas.

6:3 Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.

6:4 Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.

6:5 Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

Nefilim. Sabíamos que el cambio de luna traería desgracias, incluso peores de las que se decía que habían ocurrido en el 2012. Pero un Nefilim era mucho más de lo esperado.

—*¿Qué es?* —fue Eva quien habló mentalmente. Sentí su desconcierto y busqué la forma de hablar de esto.

—*Es un Nefilim* —ella tan solo escuchó; podía sentir su mirada mental posada en mí. Busqué en mi memoria imágenes que pudieran ayudar—. *Proviene del hebreo, significa los caídos: puedes encontrarlos en la historia como gigantes, tanto para la tradición judía como la cristiana, se dice que son los hijos de la unión de los Gregory, los ángeles caídos y las hijas de Adán, humanas* —dejé rodar en mi mente una imagen de una pintura, evocando aquello.

—*Su origen comienza con la historia de los ángeles caídos. Shemhazai, que era un ángel de rango elite en las hordas celestiales, condujo a un grupo de ángeles rebeldes a la Tierra; se dice que él pretendía instruirlos, pero el tiro le salió por la culata y al tiempo se acostaron con las humanas del lugar, dando así origen a los nefilim* —La voz mental de Carim sonaba calma mientras explicaba con certeza aquello que ya sabía—. *Se cree que estos ángeles, conducidos por Azazel, educaron a sus mujeres en la magia. Los nefilim obtuvieron la mezcla con la forma humana, pero con tamaño, fuerza y apetito incalculables. Cuando consumieron los recursos que la tierra podía darles, comenzaron a devorar humanos; eso desató el caos. En la Biblia humana afirman que fue por esto que se produjo el diluvio, para lavar la maldad en la tierra.*

—*Unos malditos bastardos.* —Musité.

—*Y ahora...* —Eva titubeaba.

—*Ahora creen que han vuelto.*

—*¿Han vuelto? ¿Los han visto antes?* —su voz tembló y quise consolarla. Asentí en silencio, y en mi mente dejé fluir la imagen de antiguas excavaciones que mostraban tanto momias como huesos de gigantes enterrados.

—*¡Mierda!* —Eva maldijo en silencio en el mismo momento en que uno de los agentes preguntaba algo. Me enfoqué en él.

—*¿Nefilim?* —Ben asintió, solemne. Aquel tipo echó un vistazo a sus

compañeros antes de seguir—. ¿Existe algún fundamento para creer que es cierto?

—Es joven —intervino Nicolás.

Ben volvió a asentir.

—Sí, hay evidencias, encontrarás gran parte de ellas en la Internet, libros; hay evidencia y mucha más de la que puedes creer... ¿agente?

—Cooper, señor, agente Nails Cooper.

—Bien señor Cooper, existe evidencia escrita; puedo citarle la Biblia Etíope, el libro de Enoc dice:

El diluvio universal, y como consecuencia la destrucción de toda la humanidad fue provocada por estos seres que no habrían sido creados según los planes de Dios.

La descendencia de los ángeles caídos y las hijas de Caín, de donde surgió esta raza con el fin de sabotear los planes de Dios, cruzándose y contaminando la descendencia de Adán.

—Tal vez desea que le cite el Libro de los Jubileos. —Ben caminaba a lo ancho de la sala con las manos entrelazadas en la espalda, y citaba cada uno de los párrafos de memoria.

Allí nacieron los famosos gigantes de los primeros tiempos, de gran estatura y expertos en la guerra. Pero no fue a ellos a quienes Dios eligió y les dio el camino de la ciencia; ellos perecieron por su falta de discernimiento, perecieron por su insensatez.

—También puede relacionar esto con la historia de la Atlantes y su destrucción por uso de la tecnología, que los mató —se detuvo tras Cooper y sin levantar la voz dijo:

Libro de la Sabiduría:

Así también, al comienzo, cuando murieron los orgullosos gigantes, la esperanza del mundo se refugió en una balsa.

—Le sugiero que haga su tarea señor Cooper, estos son tiempos difíciles para nosotros. Para todos. Nadie debe quedar desinformado.

Eva agradeció mentalmente nuestra discreción y suspiramos casi al mismo tiempo. Ben dio por terminada la reunión haciéndonos saber que, además de estar al tanto de nuestras operaciones, debíamos indagar la causa de la aparición del nefilim. Eso no me lo esperaba.

—Nefilim —repetí una vez que estábamos en el pasillo— nada mejor que enfrentarse a algo que no puedes matar —dije y volví a encaminarme hacia la puerta.

—¿No se los puede matar? —preguntó Eva, nerviosa, al tiempo que echaba un vistazo a la sala para saber si alguien la había escuchado.

—Eso dicen, hasta ahora —se apresuró Carim.

—Nefilim —volví a repetir con amargura. Como si tener a un vampiro descontrolado no fuera suficiente, ahora debíamos lidiar con eso. ¡Al diablo los planes del fin de semana!

Capítulo tres

Hermanas

Salimos del edificio adentrándonos en la oscuridad del estacionamiento. Sentí en mi rostro la brisa matinal como un mal augurio; dentro de poco tendría que estar en un lugar cubierto o no llegaría viva a la noche siguiente. Apresuré el paso hasta el coche, cuando mi visión captó un leve movimiento en la oscuridad. Entrecerré los ojos intentando descifrar la silueta que se recortaba dentro de uno de los autos del fondo. Alguien clavó sus ojos en los míos, y un leve brillo dorado surgió de ellos; por mi piel corrió un hormigueo, desde mi nuca a mi columna, y juraría que si fuera un lobo me hubiera transformado en el mismo momento en que descubrí de quién se trataba: Hero.

Encendió el motor del coche sin prender las luces; aun así sabía que su mirada estaba puesta en mí. Me moví solo unos pasos cuando noté que el vehículo avanzaba hacia mi lugar. Era tan negro como debía ser su alma. No podía explicar por qué aquel tipo me incomodaba, me sentía como una gacela frente a un león, pero nunca lo demostraría. Tampoco admitiría que parte de mi cuerpo se encendía con su presencia, casi como si su mirar me calentara. Avanzó lentamente hasta que pasó a mi lado; sus pupilas claras me observaron por el retrovisor.

Mis ojos lo siguieron también, todo el camino, hasta que se perdió por la salida. Levanté la vista para ver los ceños de Carim y Eva; sacudí la cabeza e hice una mueca de no saber qué le pasaba a ese tipo, y en realidad no lo sabía. No quería cruzarme en su camino, no conocíamos mucho de él, y eso estaba bien. La vuelta fue silenciosa. Me preocupaba demasiado aquello; no podía imaginar como lidiaríamos con un nefilim y aún persistía mi incomodidad con respecto a Hero.

Mi cabeza estaba alborotada, algo pugnaba en mi mente por salir, provocándome un poco atractivo dolor de cabeza. Levanté lentamente las murallas mentales que me separaban de las chicas, y con cuidado eché un vistazo hacia el rostro de Carim; no pude notar ninguna reacción en su rostro. Otro poco más y podría hablar conmigo misma, sin interferencia externa.

—*¿Qué pasa contigo?* —me quejé ante el temblequeo sin control de mis manos—. *Podremos con él. Lo sé. Será fácil, sé que Nicolás encontrará un modo, lo hará ¿de acuerdo?* —me reté mentalmente intentando lograr un poco de calma. Pero más bien fue como una bofetada mental. Mi «yo» y mi «otro yo» peleaban con frecuencia. Carim decía que era mi antigua conciencia y la que se había formado en conjunto con ellas. Aún así era extraño—. *¿Cómo sé de qué se trata? ¿Por qué tan solo el nombre de nefilim me aturde así? Debe ser la paranoia producida por el hambre; las*

pastillas de sangre no funcionan, debe ser eso, debo parar, debo parar ahora.

—¿Sal? —una voz se filtró entre mis pensamientos—. ¡Salomé! —esa voz me quitó el aturdimiento, era una voz conocida y provenía justo de mi lado. Giré la cabeza para encarar a una gata bastante molesta. Por cierto, odio mi nombre.

—No me llames así, sabes que lo odio —le espeté y volví mi vista a la carretera.

—Bueno es que debes despabilar, no sé en qué estas pensando —se quejó bufando. Eva había analizado mi nombre tiempo atrás en un rato de aburrimiento, lo había volcado en el arte de la numerología y después de ese día me sentí aún más asqueada de él. Nada en mí encajaba. No había nada de cierto en aquello. Tan solo debía ser una mala pasada. Se decía que era de naturaleza diligente, cuidadosa y emotiva. ¿Qué significado tiene eso? En el único punto en el que me había sentido reflejada era que mi nombre era propio de alguien que amaba lo posible y lo imposible. A eso agregaba mi naturaleza expresiva; juro que nunca fui buena en las artes, y tampoco entendía que dijeran que era adaptable. Aunque debo admitir que cuando Eva citó que alguien con mi nombre se expresa airosamente en cualquier nivel, asentí. No me veía como alguien gentil, vivaz y amigable. Les dije que causaba repugnancia, ¿o no?

Soy un vampiro, nací así, ¡y ella venía a decir que mi talento natural era tener una mente de pensamiento convincente! Un ser responsable moral ¿en serio? Mataba vampiros y era un no muerto, no sé a qué ser podía atribuírsele eso, pero seguramente los antiguos le habían errado al concepto. Decía que tenía un espíritu conservador y apego a la vida de las comunidades. ¿Creen que eso es cierto? ¡Puf, aburren! Luego apuntaba las profesiones que vendrían bien con él, y eso es aún más chistoso. Podría destacar en profesiones como médico, enfermera, música, asistente social, arquitecta, decoradora de interiores, cocinera o profesora. Vamos... ¿Cazadora, no? ¿Muerta, no? ¿Guardián? ¿Asesina serial? No, aquello no era para mí. Finalmente el número que me guiaría: el tres. Claro, como si fuera a creerme eso.

Llegamos al piso que compartíamos en el centro cuando el sol empezaba a despuntar. El guardia humano nos saludó con mala cara y, sin prestarle atención, caminamos hasta el ascensor que nos llevaría al último piso. Eva llegó antes de que las puertas se cerraran y capté su mirada a la deriva, sin foco.

—Bloqueaste el enlace —murmuró una vez que las puertas se cerraron a nuestras espaldas. Sus ojos se posaron en mí con firmeza. ¡Mierda, había olvidado bajar la barrera!—. ¿Es por el nefilim? —No respondí. ¿Qué le diría? ¿Era por el nefilim? ¿Por la sed de sangre? ¿Por qué las malditas pastillas no daban el resultado que esperaba?

Las puertas se abrieron justo a tiempo. Me abrí paso entre las chicas y recorrí la distancia que separaba la entrada hasta el baño de un salto. Me agaché frente al lavabo y busqué la caja de fármacos fuertes que usaba cuando me surgía una

migraña; del bolsillo interno de mi chaqueta saqué una pastilla de sangre, la miré con repugnancia un instante, pero la necesitaba, así que... ¿Qué más daba? Tomé lo más fuerte que encontré y me las zampé en seco. Me costó tragarlas al tiempo que me miraba en el espejo. Salí del baño quitando las barreras mentales cuando lo oí por primera vez desde hace mucho, mucho tiempo.

—*Lo sabes, sé que es así... me conoces.*

Escudriñé la sala, parada en el umbral de la puerta que llevaba al salón; la voz que había surgido en mi cabeza se apagó de un momento a otro como un foco. No era la voz de ninguna de mis compañeras, me pareció oscura, sin vida, casi como si resonara en un túnel profundo. Nunca antes la había oído, el enlace solo funcionaba de a tres. Tres elementales como solían llamarnos. Un ser nocturno y rapaz, o sea yo, un ser temperamental y fuerte, como Eva, y la agilidad mental y la sutileza de un gato, como Carim. Imagino que los científicos no hallaron otro modo de forjar un ser perfecto, así que reunieron en un trío lo mejor de cada una. De haber podido nos hubieran mezclado, sacando vaya a saber qué ser de nosotras tres.

Ocupábamos un piso, amplio y lujoso. El suelo era de madera lustrosa y clara, las paredes de un suave color manteca permitían que se destacaran los muebles de un estilo excéntrico. Tenía ventanas amplias que dejaban ver la ciudad desde la altura del piso trece; pesadas cortinas de color marfil, largas que arrastraban hasta el piso, servían de refugio para alguien nocturno como yo, y evitaban el paso de la luz. En el estar se ubicaban dos hermosos sillones amplios color canela y una mesa ratona moderna, de color negro con patas metálicas, que me hacía pensar en un ataúd. Un par de cuadros le daban su toque de color al recinto. La gran pared sur estaba ocupada por la pantalla de proyección, donde veíamos televisión; alrededor de toda la sala había un sistema de sonido envolvente, que nos hacía sentir casi en medio de la hinchada cada vez que había un partido de la liga. Apoyada allí, noté que el dolor de cabeza retrocedía al menos uno o dos pasos, y eso era bueno. Sentí en la piel la llegada del día, el sol había salido; las cortinas estaban cerradas y me abracé intentando contener el pánico que sentía al recordar la voz. ¿Me estaría volviendo loca?

Carim se paseó por la sala; en sus manos llevaba un vaso. Se detuvo a mirarme.

—Pareces el mismo demonio. ¿Estás bien? —me dedicó una dulce sonrisa, y le devolví el gesto.

—Creo que sí; dime ¿no has oído nada raro? —Carim me estudió un momento y negó.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, de pronto me sentí invadida por alguien que hablaba, pero no eran ustedes.

—¿Qué te dijo? —pregunto Eva entrando en escena. Su mirada parecía más

calma. Una oleada de calor y tranquilidad se transmitió por el *lazo*. Podía percibir la influencia de las chicas. Así de mal debían verme...

—No sé, era raro, decía «lo sabes...», o algo así —caminé lentamente hasta el sillón y me acurruqué, envolviéndome las piernas con los brazos.

—Dijo, ¿lo sabes? —repitió Eva pensativa. Se sentó en la otra punta del sillón y por un momento parecía ida. La observé hasta que ella me prestó atención.

—No sé qué pasa con los nefilim, tan solo tengo una leve sensación, como cuando conoces algo o alguien y no logras precisar de dónde.

Las chicas no me juzgarían por aquella confesión, todo el mundo sabía que no había secretos entre nosotras, podía levantar las murallas y hablar, pero duraría poco ya que la conexión era algo tan normal como respirar.

—Tal vez lo sepas mañana. —Eva sonrió de lado y sacudió la cabeza. Vamos, nos hacen falta unas buenas horas de sueño— palmeó mi rodilla cuando se levantó. Sonreí, estaba de acuerdo, era una buena idea.

—Además, ya es de día y no podemos hacer nada... —Carim dejó el vaso en la mesada y nos siguió hacia la zona de los cuartos.

—Dirás que yo no puedo hacer nada, ustedes pueden vivir al sol —respondí con tristeza. No sabía por qué ellas no disfrutaban de eso. Podían hacerlo tranquilamente. Pero el *lazo* era fuerte, atraía a las hermanas llevándolas a pensar como una, por eso habíamos elegido este apartamento. Cuando lo compramos podía imaginarlo iluminado por el sol, la belleza de la mañana rompiendo en el firmamento a lo lejos. Aquella imagen era tentadora. Varias veces me había escondido en un rincón oscuro y había hecho que Carim y Eva abrieran las cortinas en pleno día para verlo iluminado por el sol. Más de una vez me vi tentada a salir y sentir el calor en mi piel, aquel calor que percibía por el *lazo*, la satisfacción e incluso ganas de ronronear como ellas, verme sumida en aquella luz, pero no podía. Aquello era lo que arrastraba de mis compañeras, así como ellas la mayor parte del tiempo vivían de noche por mí. Era un vínculo irrompible, ojo por ojo, había días en los que me recluía en mi habitación, entreteniéndome en cualquier cosa para no preocuparlas, y percibía a través del *lazo* la satisfacción de las chicas retozando en cuatro patas sobre el sillón, limpiando su pelaje y absorbiendo tanta vitamina D que casi podrían explotar.

—¿Y dejarte aquí, sola con tus pensamientos? —Eva me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hasta ella—. Ni lo creas. Es más... —me miró con aire catedrático—. Hoy no te has sentido nada bien, creo que las pastillas de sangre no hacen el efecto que creían, sé que los dolores se incrementaron, ¡y no pongas esa cara! —me retó cuando intenté protestar.

—Las tres lo sabemos, Sal. —Carim sonaba seria. Las pastillas habían sido implementadas hace años, procurábamos de ese modo no mezclarnos con humanos; era sucio, terminaba uniendo a los inmortales con los mortales, y eso te declaraba

culpable y te condenaba a la muerte—. Lo sabes, no luchas con algo simple. Deberemos hablar con Ben en algún momento, para buscar un modo de contener el dolor, o reemplazar el suministro de glóbulos rojos.

Carim me acompañó hasta mi cama. Verificó que las cortinas no dejaran pasar la luz y se sentó en una esquina.

—Oigan, no es nada, tan solo estoy un poco débil nada más, tal vez si las tomara más seguido...

La mirada de Carim se posó unos instantes sobre mí, pero luego fue a detenerse a mis espaldas. Me volví para ver a Eva; traía una gran toalla del baño. La observé extrañada, sin comprender qué hacía.

—Mira, lo diré de una, ¿sí? —Sus ojos pasaron de mí a Carim—. Yo seré tu pastilla hoy, o más bien tu *shot* de sangre —ella se corrió el pelo del cuello y cuando se sentó a mi lado me moví hacia atrás, impresionada por la necesidad.

—¿Estás loca? —casi le grité; ella bufó.

—Es el mejor modo.

—No sabes si eres compatible. ¿Qué le hará tu sangre a Sal, Eva?

—Mira, si te hace sentir mejor. —Eva tomó mis manos— no eres la única con secretos —escudriñé su cara—. La sangre de las pastillas no es muy diferente a mi sangre.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes eso? —estaba más que aturdida.

—Las investigué, no son distintas a mi sangre, solo que la mía tiene un poco más de riqueza, por así decirlo.

—¿Investigaste si la mía es compatible?

Eva hizo una mueca hacia Carim.

—¿Lo es? —insistió ella.

—Sí. No quise meterme en tu intimidad. ¿Está bien? —se defendió, mientras yo las veía discutir como si todo fuera un gran sueño.

—Bien, entonces haremos esto. —Carim sonaba decidida y una oleada de coraje y necesidad corrió a través de nosotras—. Mientras estés mal, Eva y yo seremos tus máquinas expendedoras.

—¿Están locas? —repetí incrédula.

—No hay nada en el código que nos prohíba hacerlo. —Eva había estudiado bien su argumento. Sabía muy bien que odiaba romper el código, moriría antes de romper la única cosa que me hacía sentir útil en el mundo—. El código dice que debemos cuidar de nuestros hermanos, dice que debemos proveerles la ayuda necesaria; dudo que no ocurriera antes, no es la primera vez que un vampiro forma parte de un trío de elementales, así que no hay nada que nos prohíba darte nuestra sangre mientras estás mal.

—Eva tiene razón, no hay nada en el código —susurró Carim pensativa—.

Además, todo lo que le ocurra a uno de los hermanos sería un trauma irremediable en los otros dos —maldita gata, sabía que no podía contradecir eso sin cargar con la culpa— por lo tanto no veo otra cosa que puedas fundamentar para evitarlo. —La boca se me había secado, la ponzoña corría por mi garganta quemándome la lengua e impidiéndome hablar. ¿Qué ocurriría si no paraba? Hacía más de cien años que no bebía de un ser vivo. ¿Qué pasaría si no pudiera soltar a Eva?

—No ocurrirá —dijo respondiendo a mis preguntas mentales—. No hay nada que no sientas, así que si me haces daño lo sabrás.

—¿Y si, aún así no paro, si no me detengo?

—Un buen golpe será la solución —dijo Carim mostrándome su puño.

—¿Cómo quieres hacerlo? ¿Me tiendo a tu lado y saltas como el drácula de Bram Stoker, o más bien como el vampiro Edward de «Crepúsculo»?

—¡Edward no muerde a...! ¿Cómo se llama la chica? —las observé divagar, sorprendida más por lo que leían en sus ratos libres que por otra cosa.

—Bella, se llama Bella —dijo Eva imitando a uno de los personajes y rio. ¡Oh, estaba en la dimensión desconocida!— y sí, la muerde, en el último libro.

—No he leído los libros —murmuró Carim— ni he visto aún su última película, así que gracias por romper el encanto de una película genial.

—¿Genial? —gemí, pero ninguna de las dos me miró.

—No, pero créeme la muerde. Bueno ¿y...? —las escudriñé un momento. ¿Qué era lo que me estaba preguntando ahora? Ellas sí que sabían cómo sacarle el peso a las cosas.

—¿Has leído «Crepúsculo»? —pregunté incrédula, y ella asintió poniéndose seria—. ¡Dios, es una novela para niñas!

—Bueno, eso no tiene sentido, ya que en el último tiene S-E-X-O con ella, pero no importa. ¿Cómo lo haremos? —sacudí la cabeza con una sonrisa y miré la cama.

—Creo que será a lo Bram Stoker —dije rendida.

Eva se tendió en la cama y colocó la toalla bajo su cabeza. Me acerqué a ella y sonreí. —No tienes que hacerlo, lo sabes ¿verdad?—. Ella tocó mi nariz con un dedo.

—Somos hermanas, pero por ahora, esto es lo que hay —se corrió un mechón del cuello, exponiéndolo para mí— sabes, esto es muy, muy Damon.

—¿Muy qué? —me detuve a unos centímetros de su garganta.

—¡Eso no es cierto! —repuso Carim—. Él es muy sexual, no haría algo así de suave.

—¿Cómo sabes que la morderé «suave»? —pregunté con los colmillos que ya afloraban.

—Porque es tu hermana, y nunca harías nada para lastimarla.

Bajé mi boca hasta su cuello y dudé. Sí, dudé. Eva arremetió mentalmente contra mí.

—¡Chupa de una vez! Me haces cosquillas —me gritó. Sonreí mentalmente y lo hice. Al principio ella se tensó, hasta que la ponzoña adormeció el área como lo haría cualquier vampiro; anesthesié el lugar generando más ponzoña. Sentí la calma corriendo por ella y succioné, lento, sin dolor, cuidando cada uno de mis sorbos. Podía sentir cómo sorbía de ella; su sangre inundó mis sentidos apabullándome. Sentía la tibieza de sus sentimientos escondidos tras la coraza de chica dura, la necesidad de la unión, la soledad que guardaba, la satisfacción de la primera vez en que se dio cuenta que no estaría nunca más sola. Di un poco más de ponzoña a la herida y me alejé de ella. La observé. Eva tenía los ojos cerrados, pero sus músculos estaban relajados y sonreía.

—¿Estás bien? —pregunté temerosa.

—Sí, lo estoy —dijo con los ojos cerrados aún.

—Sabes, debí haber filmado eso, creo que ganaríamos mucho en la industria del porno lésbico. —Eva abrió los ojos y se levantó para sacarle la lengua.

—¿Después dices que yo soy sucia? Y ella es la que pensó en sexo lésbico —sonreí y me senté junto a Eva.

—Se siente bien ¿sabes? Al principio duele un poco, pero luego es como si, no sé...

—¡Lésbicooooo! —murmuró Carim desde el otro lado con una nota de humor—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —respondí.

—No, es más que eso —dijo Carim palpando mis emociones a través del *lazo*; podía sentir cómo una mano mental tocaba cada una de las conexiones en busca de algo que ya no sentía—. Te sientes más que mejor. No hay dolor. Bien, vamos a dormir —se acercó a la cama y empujó a Eva.

—¡Oye...!

—Van a dormir ¿aquí?

—Ajá —contestaron ambas. Me quité la ropa y caminé hasta el armario mientras observaba cómo Eva entraba en un profundo sueño. Carim me estudió un poco más y cuando volví con un pijama largo soltó una risita.

—¿Qué? —susurré. Ella no apartó la mirada.

—Se sentía bien —ladeo la cabeza señalando a Eva— no había dolor, tan solo estaba entregada a eso. Percibí cómo sus mentes se unían, era más que el simple *lazo*. Era más. Como más íntimo.

—¿Lésbico? —gesticulé.

—No, como hermanas.

Sonreí y me acosté con ellas. La cama era grande, pero éramos tres, así que nos acurrucamos. Me sentía mejor, mucho mejor. Carim tenía razón, había algo en nosotras que nadie podía medir, y eso era nuestra hermandad.

Capítulo cuatro

Cambio de planes

La noche llegó de prisa. El día había pasado volando. Me desperté y me estiré un poco, entonces noté que mi cintura estaba rodeada por unos brazos; giré el rostro confundida y vi a Eva apretada contra mí. *Lésbico*. Imaginé cuántos agentes desearían ver esto. ¿Acaso ellos no tenían una relación así? No, claro que no. A lo lejos escuché el suave tintineo de una cuchara y observé que Carim no estaba. Bajé de la cama, perezosa, desenredándome del agarre de Eva. La sangre de ella aún sonaba como un gorgoteo de fuerza en mí, dándome la vitalidad que no había sentido en mucho tiempo.

Caminé hasta la cocina; arrastraba los pies y me fregaba los ojos. Allí, bañada por la luz de tres focos de luz amarilla, se hallaba Carim. Envuelta con una salida de baño de toalla blanca. Pasé mis manos por la lustrosa mesada de madera gruesa que oficiaba de desayunador y que reflejaba las luces de la cocina. Aquel trozo de madera era lo único cálido allí, los muebles de la cocina eran de color plateado, así todo, los muebles, la placa de aluminio que se fundía con la pared y el piso de cemento pulido. Carim estaba de espaldas, preparando algo de comer. Me echó un vistazo por encima del hombro y sonrió.

—Buen día cariño —me acerqué a la heladera de aluminio olisqueando el café recién hecho y la observé cortar un pan con agilidad—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —abrí la heladera para tomar una de mis pastillas de sangre. No me dejaría estar esta vez. Necesitaba toda mi fuerza—. No debieran estar tan preocupadas.

Me examinó un momento y yo sonreí. Mi teléfono vibró antes de que ella pudiera añadir algo. ¡Maldito aparato! ¿Estaba vivo o tenía un sensor para evitar que dijera cosas importantes? Caminé hasta el sillón donde estaba mi hermoso bolso de cuero negro de Fendi. Lo sé, lo sé, el verano estaba cerca, pero el negro era mi color y daba gracias a Vatur por los mercados abiertos toda la noche. Revolví hasta hallar mi teléfono y observé la pantalla. Era Nicolás.

—Hey bombón ¿a qué debo tu llamada? ¿Piensas invitarme a salir? ¿Aumentar mi sueldo? ¿Decirme cuán maravillosa soy y cuán feliz eres de tenerme a tu lado?

Él rio por lo bajo.

—Ten un poco de respeto Sal —dijo con voz cansina. Sonreí sabiendo que él también sonreía—. Tengo una pista para ti —mi cuerpo se tensó al instante. Toda la jovialidad del momento se había ido. ¿Para mí? ¿Qué quería decir solo para mí? Me masajé las sienes para calmar el malestar de un dolor de cabeza que amenazaba por

comenzar.

—¿Una pista?

—Sí, todavía no encuentras al vampiro, ¿cierto?

—Sabes la respuesta —murmuré. Había revuelto suelo y tierra, bueno, es una forma de decir claro está, pero no lo había encontrado. El desgraciado sabía esconderse, aunque mi instinto me decía que era algo más, como si simplemente jugara conmigo—. No aún —respondí perdiendo el humor. Podía percibir la mirada penetrante de Carim, por lo tanto rodeé el desayunoador para caminar hasta la otra punta del comedor. La gata tenía un oído impresionante, sabía que ella escuchaba cada una de las palabras de Nicolás.

—Lo malo... —dijo, y se detuvo un momento.

—Siempre hay algo malo ¿verdad?

—Tendrás que ir sola, necesito a Carim y Eva por lo del nefilim. —Un calambre se formó en mi estómago.

—Bien, soy todo oídos —dije intentando no parecer tan alterada mientras comenzaba a mordisquear mis uñas.

—La buena —dijo un momento después, y al no hallar respuesta de mi parte continuo— iré contigo.

Media hora más tarde me había calzado mis botas más cómodas, Gucci, mi chico preferido, no eran gran cosa pero me gustaban; oigan, más allá de ser vampiro soy mujer, y además combinaban con mi bolso. Eran negras, sin tacón, arrugadas, con una tira de cuero que pasaba por alrededor de mi tobillo; semejaban botas de montar. Llevaba un jean ajustado hasta la médula, eso es lo bueno de ser inmortal, no necesito respirar, blusa blanca de Vuitton y chaqueta de cuero. Ya saben el color ¿no?

Llevaba cinco armas conmigo, además de mis dientes; una pistola nueve milímetros, un par de cuchillos, una daga con punta curva y una ballesta pequeña. Subí a mi Bugatti Veyron Grand Sport, un clásico que había visto la luz en 2002; el auto tenía muchos años para ser exacta, pero agradecía a Vatur por mis habilidades con la mecánica. Iba de cero a cien km en menos de tres segundos y alcanzaba una máxima de cuatrocientos km/h. Amo ese auto, aunque la mayoría lo considere una chatarra. Conduje mi carroza plateada por las calles vacías. Las chicas no estaban muy felices cuando me fui, y agradecí el silencio cuando me alejé. Encontré a Nicolás a unas diez cuadras de donde radicaba «nuestra» pista. Bajé del coche con sigilo y él se acomodó contra su propio auto del otro lado de la calle con una actitud relajada.

—¿Podrás luchar con eso? —Nicolás observaba mis botas; levanté el pie, lo moví frente a él y sonreí cuando su mirada siguió su camino por mis piernas. Un escalofrío me tomó descuidada y casi caigo sentada en el suelo.

—Y tú, ¿podrás luchar así? —le dije señalando su lustroso traje mientras una

media sonrisa se formaba en mi cara. No lucía sofisticado, solo algo casual-chic si es que eso era una moda; tenía un traje negro, pero usaba el saco abierto, la camisa tan solo abierta unos botones arriba dejando al descubierto un trocito de su piel. Era sexy. Más que eso, estaba excitado.

—Noche de presentaciones —me dijo sin más y me señaló el camino. El comité necesitaba de Nicolás no solo en el campo de batalla sino para mostrar que sus guerreros no eran locos suicidas ni seres sin alma, así que allí estaba él. Caminamos el resto de las cuerdas, podía percibir el delicioso perfume que usaba, ya que el tiempo se dignaba a darnos un clima más que complicado, el viento azotaba un poco mi rostro pero también traía el perfume de Nicolás a mis sentidos. Era dulce como él, aterciopelado en el fondo y sofisticado. Indescifrable, justo como él. Nunca entendía por qué hacía lo que hacía. Era un enigma con cara de modelo de pasarela. Más de una vez me había rebelado ante sus órdenes, pero siempre sabía más que nosotras y además era la única «familia» que conocí de pequeña. Eso era lo único que me impedía intentar algo con él.

—Te veo diferente, Sal —susurró cuando pasábamos junto a una pareja en la que mis ojos se detuvieron más de lo necesario.

—¿Diferente? —le eché un vistazo de reojo para comprobar que había notado eso—. ¿Cómo?

—No sé, estás distinta, tu aura tal vez.

Eso era malo. ¿Podría sentir él la diferencia de la alimentación común a la sangre de Eva?

—Tal vez sea el muy buen humor por encontrar a este desgraciado —dije quitándole importancia. No era una mentira total, solo un poco. Tan solo un poquito.

—Sí, Ben estaba por caer encima de ti, pero se calmó cuando le dije que andabas cerca de algo —ahora sí lo miré y me detuve en seco.

—¿Pensaba matarme? —o peor sacarme de servicio, lo que haría de mí una molestia para mis hermanas, sin contar lo que tal vez podría caerles a ellas también.

—¿Tú qué crees?, si tan solo notara una diferencia en ti, una conspiración para no encontrar a ese bastardo, él...

¿Qué? Mi mente se frenó en seco y los músculos se me agarrotaron. ¿Desde cuándo ese rumor se esparcía? ¿Desde cuándo era mirada como una traidora?

—Espera —dije tomándolo del brazo—. ¿Traición? ¿Quién puede pensar eso? ¡Yo no haría eso! —le grité llamando la atención de unas prostitutas. Él dio un vistazo alrededor y se volvió hacia mí—. Mis hermanas me hubieran delatado si lo notaban —levanté el mentón para darle un punto a aquello. ¿Dudar de mí? ¿De mi servicio?

—Tus hermanas no te delatarían —murmuró con sequedad y apretó su palma en mi pecho justo encima de mi clavícula. Mi corazón se aceleró movido por la furia y el

desconcierto. Di un paso atrás—. Espera Sal, no, yo no creo lo mismo. —Di otro paso atrás—. Sal, espera, yo solo te decía...

—Sabes Nick, creo que has ayudado mucho esta noche —me volví, molesta, y comencé a caminar nuevamente. Pasaron unos segundos hasta que sentí sus pasos que me seguían.

—Espera Sal. No, no —se quejó cuando quise soltarme de su agarre—. Sal, no dudo de ti.

—¿Y entonces qué? Hace más de cien años que me conoces Nick, ¿me has visto faltar al código aunque sea una vez? —No esperé su respuesta, estaba cabreada.

—Sal... —murmuró, pero no me siguió. Doblé en la esquina siguiente. Metí mis manos en la chaqueta y rebusqué mis armas. Hoy mataría a este bastardo. No importaba cómo, solo quería verlo muerto. Al llegar a la esquina siguiente vi el gran hotel de cinco pisos. Mis ojos se elevaron un poco para ver la totalidad de su fachada añeja, cuando las primeras gotas cayeron.

—Excelente ¿Qué más puede ocurrirte esta noche, Sal? —me pregunté y fui hacia el edificio a paso rápido para no empaparme.

Estaba abandonado hacía siglos y lucía mohoso y putrefacto. Chequeé la calle, no había ni un alma allí; luego fui por las maderas que cubrían el lugar en que antiguamente debía estar la puerta principal. Observé la escalera de hierro que debía servir de salida de auxilio pero ya no, ahora colgaba del muro en la cara norte, augurando una caída; aun así me decidí por ello. Era mejor que no supiera que iba por él. Bastardo, me habían acusado por su culpa, ¡lo destriparía! Trepé con facilidad bajo el torrente de agua que caía sobre la ciudad. Trepé dos pisos.

Nicolás me había dicho que el tipo estaría aquí, y pensé que el mejor modo de encontrarlo sería de abajo hacia arriba. Elegí una ventana, hice fuerza sobre las maderas que la cubrían y entré. Mis ojos rápidamente se adaptaron, aunque lo que más protestó fue mi olfato. El olor era nauseabundo. ¿Quién podía vivir en un lugar así? Era horroroso, incluso para un vampiro. Empuñé la nueve milímetros y me adentré con cuidado, intentado sentir la presencia de otro de mi clase. En la última planta no había nada. Bajé lentamente las escaleras con mi arma en alto. La cuarta planta estaba sumida en la oscuridad total; revisé cada una de las habitaciones hasta que mis pasos se frenaron al escuchar un quejido. El pelo de mi nuca se erizó y me giré para encarar la escalera principal y bajar. Mis pies eran sigilosos pero sabía muy bien que se podía sorprender a un vampiro por poco tiempo. Como yo, él podía olerme.

Sí, la vida apesta a veces.

Allí estaba, el aroma dulzón de mi clase, aquello que inconscientemente atraía a los humanos hacia nosotros. Mis ojos buscaron la fuente del olor hasta que un nuevo gemido cruzó el aire. Manteniendo mi postura y mi arma en alto me adelanté hacia la

puerta entreabierta. Le di una patada, abriéndola de golpe, cuando aquellos ojos rojos por la sangre me encontraron. *¡El humano está muy cerca!* Él gruñó odiándome por interrumpir su comida. Mis dedos se tensaron en el arma. Mi dedo índice estaba a punto de apretar el gatillo, pero no pude. Recordé...

Regla N.º 1: No matar a humanos.

¡Mierda! Bajé el arma y corrí hacia él.

El tipo saltó dejando de lado al humano y esquivó mi patada. En una ráfaga furiosa mi arma se disparó siguiendo la estela que dejaba. Una bala dio contra él, tambaleó y me observó antes de saltar encima de mí. Caí de espaldas contra algo que hizo que me maldijera internamente. Él tipo pujaba y sentí aquello cortar la chaqueta, luego la camisa, pronto a cortar mi piel. Le di puñetazos en la cara; una pequeña línea de sangre brotó de la comisura de su boca y, con una rapidez que indicaba que había comido más de lo que parecía, me dio un golpe y me lanzó por unos minutos a la inconsciencia. Surgieron estrellas en mi campo de visión, y me moví para sentarme y enfrentarlo, pero ya no estaba allí. El humano seguía en el suelo. Corrí hasta él mientras me quitaba unas gotas de sangre que habían caído en mi cara y me concentré en ese hombre.

Respiraba. Tomé mi móvil.

—Sal —dijo Nahima, la operadora de rescate. Una humana que se encargaba de las conexiones de la red. Uno de esos extraños casos que nos rodeaban.

—Envía un grupo de limpieza y una ambulancia. Humano. Mordido. Respira con dificultad. Está en shock. Manda sangre para él o morirá. Voy tras unos colmillos. — Nahima musitó una afirmación y cerré el teléfono. Miré al hombre a mis pies y me agaché. En una circunstancia diferente me hubiera robado un suspiro. Era hermoso. Su cabello rubio tenía vestigios de sangre y polvo. No podía dejarlo, aunque ese ruin vampiro se me escapara nuevamente. ¡Carajo!

Oí la ambulancia a lo lejos y corrí escaleras abajo. No había motivo para ser cautelosa, podía sentir el viento y la humedad manando de la planta baja. Cuando llegué, estaba más que claro por dónde había salido. Me hubiera detenido a reír, ya que el hueco que dejó en las maderas de la entrada formaba justo la imagen de su silueta, como en las viejas historietas para niños.

Salí a la noche, percibí el rastro de sangre y corrí adentrándome en la oscuridad. Mi cuerpo se impulsó hacia delante, ignorando las ráfagas de viento y agua. Debía ser rápida, el rastro se perdería en cuestión de minutos si la lluvia seguía. Apresurándome más sentí cómo me acercaba, solo que un momento después había desaparecido. Me detuve. Estaba aquí, estaba segura. Busqué, pero no había nada. Ni esencia, ni sangre. Nada, solo el ruido de las gotas golpeando contra el suelo y el ulular de las sirenas. No podía ser cierto. Un minuto estaba tras él y luego ya no estaba.

¿Qué demonios tenía ese vampiro? ¿O acaso era otra cosa? Volví lentamente

hacia el edificio. Como había predicho el rastro se había borrado. Me acerqué al hotel y vislumbré la figura de Nicolás entre la gente y los paramédicos.

—Estaba aquí —le dije indignada cuando llegué a su lado. Mi cuerpo chorreaba agua. Las gotas caían en mi cara mientras mi sangre bullía—. Y luego, ¡yo luché! —dije mirándolo a los ojos, exasperada al recordar la acusación que pesaba sobre mí— ¡él me golpeó!, simplemente estaba allí y después... —Nicolás colocó su mano en mi hombro y me arrastró hacia un lugar reparado de la lluvia.

—Detente, Sal...

—¡No! —Gruñí quitándome su mano de encima—. No entiendes —apreté los puños con fuerza hasta que mis nudillos estuvieron blancos—. ¿Qué mierda es eso, Nicolás? No es un vampiro, él no es como otros. —Nicolás miró a ambos lados y me arrastró lejos de los paramédicos que me miraban con desconfianza—. Nicolás, dímelo ¿Qué es lo que persigo?

—No lo sabemos —aquella declaración me golpeó en el pecho con la fuerza de una bola de demolición.

—¿Qué?

—Esto es cada vez peor, está haciendo estragos por ahí, en un momento está y al siguiente...

Supe a qué se refería, pero eso no me tranquilizaba.

—¡Genial! ¡Simplemente genial! ¿Sabes?, ahora dirán que lo dejé herir a un humano y le permití que escapara. —Maldije mi suerte mientras miraba al tipo en la camilla. Lucía mal, pero respiraba, llevaba en su pecho todo tipo de aparatos cuando lo sacaron; lo seguí con la mirada hasta que estuvo dentro de la ambulancia—. Me voy a casa —dije tajante y comencé a caminar sin esperar respuesta.

No me molesté en correr. Estaba empapada, mi ropa estaba estropeada y el agua que chorreaba de cada parte de mi cuerpo. Qué más daba. Ahora no solo tenía una acusación de «traición» sino que llevaba un gran sello en mi frente con la palabra PERDEDORA. Me quité la chaqueta ni bien llegué al auto y la tiré en el asiento trasero, el agua se había colado hasta mi camisa. Mis botas siguieron el mismo camino cuando estuve dentro del coche. Me apreté contra el asiento y aporreé el volante. Cuando mi furia disminuyó sentí una mirada clavada en mí. Levanté la vista lentamente pero no vi nada a primera mano, aunque aún la sentía; escudriñé hacia un rincón y vi la silueta recortada contra la lluvia. Aquellos ojos verdes me observaban bajo el ceño que ensombrecía su frente. Hero. Me quede helada mirándolo. Mi mano fue instintivamente a la llave del coche. Sin embargo quedó allí, no podía apartar la vista. Un segundo después, él desapareció escabulléndose entre las sombras y la voluntad pareció volver a mí. Giré la llave, encendí el motor y coloqué la marcha, ¡haciendo que el coche derrapara en el asfalto mojado! Volví a mirar por el espejo retrovisor y pude ver una figura moviéndose.

¿Qué hacía Hero allí? ¡Aquel tipo me crispaba los nervios! ¡Como si no tuviera bastante con todo lo sucedido en esa noche!

Capítulo cinco

El olor de la sangre

Cuando llegué al departamento parecía una mendiga derrotada. Carim y Eva no estaban. Me lamenté en silencio, mientras me dejaba caer en el sillón después de tomar una toalla para no arruinar el tapizado. Mi cabello chorreaba, y mi ropa estaba húmeda, pero me sentía perturbada y con demasiado cansancio como para quitármela. Me quedé allí, tirada en el sillón, enojada, humillada, no sentía frío ni nada, así que tomé el control remoto que permitía el cierre de las ventanas. No quería fritarme por mi mal humor.

—Debieran estar aquí a estas horas —me quejé consultando el reloj, aunque recordé que ellas podían trabajar a la luz del sol. *Yo no*. Tomé el control de la televisión y barrí todos los canales sin detenerme en ninguno. Aquella mirada aún me perturbaba. ¿Qué hacía Hero ahí? ¿Acaso era él a quien habían enviado a vigilarme? Me estremecí de solo pensarlo. Él era un maldito sádico; lo que no conseguía por las buenas lo sacaría por las malas. Un zumbido se coló por la conexión. Me levanté para buscar mi móvil, algo no iba bien, podía percibirlo por la conexión con mis hermanas; aunque no pudiera verlas ni espiar dónde se encontraban presentía que algo iba mal. Tecleé el número de la central de emergencias de la S.A., mientras sopesaba la pérdida de mis hermosas botas empapadas que habían quedado junto a la puerta. Me quité el resto de la ropa mientras esperaba la respuesta del otro lado de la línea.

Un mississippi. Dos mississippi. Tres mississippi...

Mis dedos tamborileaban en mi pierna cuando la espera se hizo larga. Nahima siempre respondía al primer llamado. Algo iba mal.

—¿Qué pasa? —murmuré al no tener respuesta. Colgué e intenté con el número de Nicolás. Él atendió al segundo timbrazo—. Nicolás ¿qué ocurre?, Nahima no está...

—¡¿Sal...?! —exclamó agitado interrumpiendo mi catarata de preguntas. Me levanté de un salto—. ¡Sal! ¿Recuerdas la cara del tipo al cual el vampiro atrapó? ¿Lo recuerdas?

—¿Qué? —respondí, sin comprender, estaba gritándome y eso no implicaba nada bueno. Por un momento recordé el paso de las imágenes frente a mis ojos. Su rostro. Debía recordar su rostro. Me froté la frente como si eso ayudara, y lo hizo; recordaba su cabello rubio, su piel pálida, su cuerpo tendido allí, yo...

—Sal, es de vital importancia que lo hagas...

—Lo intento, ¿ok? ¿Qué pasó con el humano? —debía preguntar aunque algo en

mi mente me decía que a veces es mejor no saber más.

—Por lo visto parece que no era un humano.

Todo mi cuerpo se tensó de pronto y un golpe seco en mi ventana hizo que me paralizara.

—Nick —tragué con fuerza mirando el oscuro ventanal cubierto por las cortinas — te llamo luego... —comencé a quitarme el móvil del oído cuando le oí gritar—: ¡No cortes Sal...!

Tiré el teléfono en el sillón con todos mis sentidos apuntando a la ventana, tomé el arma que estaba bajo la mesilla de té. Apuntando hacia allí caminé hasta la ventana, mi pulso se aceleró y mis instintos se proyectaron. Sin bajar el arma moví las cortinas con cuidado, si el sol me daba de lleno estaría en problemas pero, por suerte para mí, las nubes aún tapaban el cielo y me daba apenas un poco de luz. Aun con su ayuda, no pude ver nada, el agua golpeaba contra el vidrio con fuertes ráfagas de viento. Suspiré sintiéndome un poco estúpida y aliviada. Las moví otro poco sintiéndome aún más tonta por haberme asustado por nada, había comenzado a caminar hacia mi teléfono nuevamente cuando algo golpeó contra la puerta del ascensor. Mi ascensor. Nuestro ascensor. Al que nadie podía acceder para llegar aquí. No sin una clave. Me giré de golpe otra vez con mi arma en alto; mi olfato fue el primero que lo sintió.

—¿Sal? ¿Sal, qué pasa allí? —oí los gritos de Nicolás por la línea. No era raro que supiera que algo ocurría, si Eva o Carim estaban junto a él lo habrían sentido.

¡Sangre!

Caminé lentamente atravesando la sala hasta llegar a la puerta. Nadie podía subir hasta allí sin autorización. Tal vez era otra cosa. Podía serlo ¿no? El ascensor bloqueaba el último piso y solo se podía entrar con una tarjeta magnética. Se oyó otro golpe, luego un gemido. Empuñé el arma con más fuerza y abrí. Las puertas del elevador estaban bloqueadas, se abrían e intentaban cerrarse sin éxito, mientras chocaban contra algo. Lo primero que vi fue la sangre en los laterales de la cabina y en el espejo de fondo ¿Qué había ocurrido? Con mi arma en alto busqué en cada rincón del pequeño ascensor pero no había nadie en pie; lentamente bajé la mirada hacia lo que no deseaba ver. En el piso, en medio de una mancha de sangre se retorció un hombre, atado de pies y manos y con varias cortadas. Su cabeza impedía el cierre de las puertas automáticas, su sangre brotaba a raudales manchándolo todo. Me cubrí la boca cuando mis dientes atinaron a salir, preparada para beber el dulce néctar que fluía de él. Con mi mano libre frene el ascensor y arrastré al hombre hasta el departamento dejando una estela escarlata en la hermosa alfombra. Sentí cómo mis colmillos se preparaban para beber de él, estimulados por la sangre fresca, podía sentir el gorgoteo de esta por las heridas abiertas y el latido débil de su corazón. Cuando estuve afuera busqué toda mi concentración para seguir, volví al ascensor

escrutando la entrada superior de servicio, había sangre por todos lados, pero no vi nada más, corrí hasta sillón para tomar mi teléfono.

—Nick llama a emergencias ¡ahora! —Él sin dudar cortó la comunicación. Me agaché junto al hombre intentando frenar el flujo de sangre de una de las heridas más importantes, pero aquello empeoraba mi situación. Los colmillos estaban totalmente extendidos ahora y mi lengua sentía la ponzoña. Mis manos se sumergían en sangre cálida y tentadora. Tan solo podía rezar a Vatur para que los de emergencia llegaran rápido—. Vamos, no te mueras... —gimoteé— no puedes morirte, ¡no puedes hacerme esto a mí! —Cubrí con más fuerza sus heridas cuando mis ojos se clavaron en el espejo del ascensor. Vi algo que no había notado, debido a mi frenética búsqueda. Plasmados en sangre había unos trazos; en un principio pensé que era una mancha, pero no lo era. Mis ojos se forzaron a leer, aunque sentía mi visión borrosa a causa del colapso que estaba por atacarme.

*Gracias por la ayuda con el Nefilim.
Disfruta la cena Sal.*

No había firma, pero sabía quién era. Un tic se produjo en mi mandíbula mientras apretaba dolorosamente los dientes. ¡Hijo de puta! La ira se mezcló en mi sangre junto con el veneno, acumulándose en mi cuerpo como en un frasco vacío. Me sentía enferma. De pronto todo cayó sobre mí como un balde de agua helada. Todo encajaba. El humano. Nick había dicho que no era humano, el vampiro lo sabía, él sabía qué era y yo... lo dejé escapar. ¿Cómo mierda? Parecía humano, no tenía alas, él simplemente... me tomé la cabeza con ambas manos e inmediatamente me arrepentí; estaba arrodillada junto al hombre que luchaba por su vida, pero no sabía qué hacer. Había estado tan cerca. En mi confusión oí como súbitamente las puertas del ascensor se cerraban. Alguien había entrado en el sistema, ¡alguien con los poderes suficientes como para entrar en la máquina y moverla! Así había entrado. El vampiro no solo era uno normal y con colmillos, poseía algo más. Pero ¿por qué atacar al nefilim? Él había estado bebiendo su sangre. Sangre nefilim. ¿Por qué?

Segundos después las puertas volvieron a abrirse. Un metamorfo y un vampiro corrieron hacia mí, ellos, junto con una humana, conformaban el escuadrón de emergencias. Nick salió luego, seguido por Carim y Eva que tenían el rostro desencajado. Me limité a mirarlos atontada y con una terrible sensación de impotencia; quería gritar. Ambas caminaron hacia mí ignorando a los demás, pero mis ojos no podían apartarse de las letras escritas con sangre en la pared del ascensor. Estaban tatuadas en mi mente.

—Sal, vamos, déjalo —la voz de Carim era suave y envolvente, palpé la desesperación por el lazo. Eva me tendió las manos, con la mirada puesta en mí.

Ayudándome a pararme me movieron hasta el sillón.

—Déjalo Sal... ellos se harán cargo ahora, vamos hermana. —Mis ojos aún no se movían. Sentía toda la desesperación mezclándose con la amargura acumulada en mi interior; el veneno parecía llenarme hasta el cuello, casi lo sentía rebasándome la boca. Parpadeé concentrándome en mis hermanas. Mis puños estaban cerrados, con un tenue color escarlata, y el dolor que sentía en mis palmas ensangrentadas eran de mis propias uñas hincándose en mi piel. Aquello me aliviaba, casi podía decir que pensaba más claramente ahora. Escuché la voz de Nicolás de fondo.

—Llama a los forenses. Quiero un reporte de todo y una foto de eso —mis ojos viajaron hasta él, señalaba la pared con el escrito, y allí quedaron prendidos otra vez hasta que su figura se cruzó en mi campo de visión. Levanté la cabeza para mirarlo, lucía consternado. Recordé las insinuaciones que había hecho hacía apenas una hora, y solté una maldición tras otra. Creo que le molestaba un poco mi reacción, tal vez su intención no fue en verdad acusarme, pero eso no cambiaba los hechos. Imprimí en mi mirada todo el veneno que pude, pero eso no pareció sorprenderlo o al menos no hizo nada que lo demostrara—. Sal, Eva, Carim, vendrán conmigo por unos días, hasta que esto se calme —me tendió un paño húmedo; no lo tomé. Rápidamente Carim se lo quitó de las manos y comenzó a limpiar las mías.

—No iré a ningún lado —protesté con los dientes apretados agradeciendo que mis colmillos habían vuelto a esconderse.

—Por lo visto nuestra seguridad es más vulnerable de lo que creíamos, aún no sabemos qué cosas puede darle la sangre de un nefilim, sin contar con que él también ha escapado. Así que tú vienes conmigo. —No había forma de protestar, por el tono de su voz, él ya no era mi amigo, ahora era mi jefe, y podía llevarme a la fuerza si lo creía necesario.

—Tomaremos nuestras cosas. —Eva se levantó sin decir nada más y caminó hacia las habitaciones.

—Carim, déjame a solas con Sal —murmuró Nicolás mientras lo fulminaba con la mirada. Ella me miró y se levantó lentamente, dedicándome una dulce sonrisa de medio lado que no llegó a sus ojos. Ahora solo oía el murmullo de los paramédicos que entraban y salían. Nicolás se agachó frente a mí y me escrutó un momento antes de hablar—. Quiero que me cuentes todo lo ocurrido, pero antes quiero saber ¿cómo estás? —Vio la nota de disgusto en mi rostro—. Soy tu amigo Sal. —Solté una risita forzada—. ¿Cómo estás?

—¿Me lo preguntas como jefe o como amigo? —respondí destilando ironía por cada poro de mi piel—. Porque últimamente no sé qué pensar... —mis dientes crujieron cuando cerré la boca. Aquello estaba pasándose de la raya. Me levanté de golpe, aún no olvidaba su declaración acerca de mi «presunta traición».

—Sal, aquello que te dije, no es algo mío, sabes que no es algo que quiero ni

pienso, tan solo tenía que decírtelo, necesitabas saberlo, de lo contrario sería peor.

—¿Y crees que acusarme de traición es mejor que nada? ¿Crees que me siento bien sabiéndolo? —Di un paso alejándome de él que, creía, era mi mejor amigo—. ¿Intentaste defenderme o solamente bajaste tu cabeza frente a Ben y asentiste? —Gruñó y se paró. Levanté la cabeza sin apartar la mirada.

—Te estás pasando de la raya...

—¡Oh, lo lamento tanto! ¿Cómo crees que me siento yo? ¿O qué, acaso piensas que estoy tranquila sabiendo que todo lo que haga está bajo la mirada de Hero? —exploté, gritándole las últimas palabras. Nick achicó los ojos con recelo y se alejó un poco—. ¡Sí, sí, también me enteré de que mandaron a Hero por mí! ¿Qué más? —coloqué las manos en mis caderas, esperando alguna otra declaración, y sonreí con desagrado instándolo a que me dijera la verdad.

—¿Hero? —Musitó pensativo—. ¿Qué tiene que ver él en todo esto? No, él no fue enviado a...

—No digas más, sé que estaba allí, ¡lo vi, no me mientas! —le ladré cada palabra enarcando las cejas—. Así que sabes Nicolás, ahora no estoy de humor, me han golpeado, me han dejado a ese tipo aquí empeorando mi situación, y debo abandonar el único lugar en el cual me siento segura, así que si quieres saber qué pasó, tendrás tu informe, pero ahora tan solo métete la perorata psicológica en el trasero y déjame ir a buscar mis cosas. —Él pareció sorprendido. Me lancé enfurruñada, a paso firme, hasta la habitación. Cerré la puerta con un golpe fuerte. Estaba furiosa, mis manos no paraban de temblar y me castañeteaban los dientes. Allí, en el silencio de mi cuarto, hice tan solo unos pasos y me deje caer de rodillas junto a la cama, tomándome la cabeza. Trataba de asimilar todo lo que había ocurrido, todo lo que había pasado en tan solo unos días. Sabía que era vulnerable, si hubiera querido, el vampiro habría podido atacarme; aún así no lo hizo, tan solo jugaba con mi mente. Con mi vida, pero... ¿Por qué? ¿Qué pasaba? ¿Acaso tenía un psicópata enamorado de mí? Unos golpes en la puerta me sacaron un poco de mi conmoción. Estaba a punto de insultar a quien fuera que estaba del otro lado cuando vi entrar a mis hermanas. Ambas se escabulleron dentro del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

—Sal... lo lamento tanto, debimos estar aquí, ese maldito nunca podría haber llegado tan cerca —la desesperación se colaba por la voz de Eva.

—No es su culpa —murmuré y aquella sensación de apremio que había sentido a través del *lazo* me recordó que algo les había ocurrido—. ¿Qué pasó con ustedes? —dije recordando las palabras nerviosas de Nick antes de que llegaran los paramédicos.

—Déjalo para después Sal, ahora hay algo más urgente —observé a Carim, quien se sentó a mi lado. Luego miré a Eva, que se apoyaba contra la puerta; pronto sentí cómo el vínculo se abría y, haciendo un poco de esfuerzo, Eva logró expandir un campo, como una burbuja de protección.

—¿Qué están haciendo?

—Bebe. —Carim se retiró el cabello y exponiendo el cuello, lo acerco a mí. Inconscientemente me lamí los labios.

—No puedo hacerlo.

—Lo necesitas —dijo Eva.

—Sí; no sabemos bien adónde vamos, y lo necesitas Sal... —Me lamí los labios otra vez al escuchar a las chicas. Necesitaban que estuviera bien, me necesitaban viva. Posé mis labios contra su cuello cuando alguien golpeó la puerta.

—¡Debemos irnos! ¡Ahora! —la voz de Nicolás me llegaba apagada, como si estuviera bajo el agua o algo parecido, debido a la sed.

—Mierda... —maldijo Carim y se levantó. Sus ojos encontraron los míos.

—Estaré bien, vamos —me levanté. Eva fue por unas cosas, mientras yo buscaba otras y Carim tomaba una maleta. Eché una última mirada a la habitación. Odiaba a aquel vampiro más que a nada en el mundo, la nostalgia corrió por nosotras con una punzada de dolor al abandonar aquel sitio.

Salimos lentamente. El cuerpo ya no estaba allí. Nicolás nos estudió el rostro una a una. Sabía que algo pasaba, aunque en el fondo no comprendía qué era. Rogaba a Vatur que él solo pensara que estaba conmocionada, aunque sabía muy bien que no me creería por mucho tiempo. Había luchado con cosas peores que esta, aunque nunca antes me había visto bajo la lupa. Tomamos el ascensor, aunque ahora el espejo había sido removido y se podía ver el armazón de la estructura. Nicolás no apartaba sus ojos de mí. Lo miré molesta, no me iba a quedar callada y quietecita. Si creía que era culpable, que disparara. Suspiró con fuerza y apretando los dientes me encaró. Percibí las sensaciones incómodas que sentían mis hermanas.

—Él... él no fue enviado a vigilarte —me dijo con los dientes apretados. Sonreí con sarcasmo y sacudí la cabeza. ¡Como si fuera a decírmelo de ser cierto!

—Claro —le respondí apartando la mirada de él.

—Sal —me tomó de la muñeca y me obligó a mirarlo— Hero no fue enviado a investigarte.

—¿Investigarla? ¿De qué hablan? —Eva se removió inquieta.

—¿Nos investigan?

—No, solo a mí —respondí en tanto fulminaba a Nicolás con la mirada.

—Hablé con Ben, él no está designado para eso. Estaba allí, aunque aún no sé por qué, imagino que iba detrás de la pista del nefilim; pero no lo dejaré pasar, lo prometo.

—Claro... —repetí cual robot y sacudí mi mano para soltarme de su agarre.

—¿Por qué? ¿Por qué la investigación?

—Creen que estoy traicionándolos —declaré sin humor. Las chicas tenían los ojos tan abiertos como la boca; quise largarme a reír, pero no era el momento.

—¡Eso es una locura! —gritó Eva—. Nicolás, tú permitiste eso...

Las puertas se abrieron en planta baja. Salí sin mirar atrás. Caminé directo a la camioneta que nos esperaba; el día iba mordiendo lentamente la línea del horizonte anunciando su llegada. Nicolás murmuraba mientras oía los reclamos de Carim y Eva. No podía dejar de pensar en lo que Nicolás dijo. El aire matinal golpeaba contra mi rostro, entré de un salto a la oscuridad de la camioneta. Si había hablado con Ben tal vez este no le hubiera dicho la verdad, tal vez tuviera razón... Si Hero no había sido asignado, si Nicolás no mentía, entonces todo era peor. Mucho peor.

Capítulo seis

Sabuesos

Noté cómo Sal me observaba desde el interior de su coche, había temor en sus ojos, y me odiaba por eso. Ella despertaba a la bestia en mi interior, aquella que ahora quería correr a su lado para apretujarla entre sus brazos y protegerla. Había algo en ella que me inquietaba, que me llamaba. Tuve ese impulso desde el mismo momento en que la vi, y de eso ya habían pasado seis meses, desde que me dieron el traslado a la sección de Alaska. La reunión de los días anteriores lo único que logró fue aumentar mi intriga por ella; me propuse alejarme y lo había logrado, hasta que la vi en aquel cuarto, y palpé el pavor que tenía por los nefilim; deseaba que ella me hubiera dejado entrar en su mente, solo un poco. No lo hice, aunque podía, la respeté y me mantuve al margen, sin entender bien por qué; mi naturaleza me impulsaba a averiguar los motivos por los cuales lograba cautivarme de ese modo, llamándome como la luz lo hace con los insectos. No sabía cómo sucedía, pero cuando estaba cerca de ella era como si el fuego crepitara en mi piel envolviéndome, y aquella pequeña reunión informativa me obligó a ejercer todo el autocontrol que poseía para no cruzar la sala, matar al ser que carcomía sus pensamientos y acurrucarla en mis brazos.

Por un momento pude verme, acaricié esa visión. Lo había planeado todo. Ben estaba apenas a un pasos de donde me encontraba, sus ojos enfocados en la ella hacían que mis ganas de matarlo se multiplicaran; pude haberlo matado allí, librándola de aquel ser insignificante que se divertía acosándola, y luego, ante la mirada de todos saltar la mesa que nos separaba y correr hacia ella para decirle que la protegería. Que el nefilim nunca llegaría a tocarla. *Nunca.*

Me sacudí mentalmente y me escondí tras un manto psíquico que le impedía verme. No sabía por qué, pero necesitaba dejarla ir aunque una parte de mi ser libraba una batalla para que no se apartara de mi lado. Ella estaba alterada y eso me molestaba, la había visto aporrear el volante, y no sabía cómo tranquilizarla. Las pistas sobre el nefilim me atrajeron hasta ahí, había algo raro en todo aquello, podía palparlo en el aire.

Soy un psíquico; todos piensan que soy solo un vampiro, pero no, hay más que eso. Tampoco me molestaba en aclarárselo a nadie, pero cuando vi a Sal por primera vez me sentí raro. Escuché sus pensamientos tan claros en mi mente, como si fueran míos. Y lo que más me atrajo de ella, era que no me temía. No tenía miedo, y eso era lo que más me excitaba. Una guerrera.

No esperaba verla allí. Salí lentamente de las sombras, cuando ella se alejó, cubierto por la lluvia que caía a raudales sobre la ciudad. Seguí el rastro hasta el

edificio escondiéndome, y tentado por el aroma reciente de su presencia; la boca se me hizo agua cuando sentí su perfume y la lluvia intensificándolo, como si me bañara con ella.

Caminé inmerso en esa fragancia hasta que llegué a menos de doscientos metros de un gran hotel, donde noté que algo inusual pasaba; esperé a que todos se marcharan para acercarme. El rastro del nefilim había dejado huellas, había sangre de él en el suelo que desaparecía justo donde había estado la pequeña camioneta. Era un nefilim joven, su rastro era débil, pero igual podía sentirlo. Me pregunté por un instante por qué ella había llegado a ese lugar y me odié ante la idea de que la hubieran atacado y por la promesa, que no había podido cumplir, de protegerla. Me agaché junto a la acera y reparé que había algo más, otro ser, otro psíquico. Eso me tomo por sorpresa. Lo percibía como una leve estela de colores en el aire, la lluvia mitigaba las marcas de sangre en el suelo, pero la estela permanecía más tiempo; en el aire cargado de energía, crepitando, estaba su huella. Percibí el aura de Sal, corrí mientras desandaba el camino que ella había hecho, y aquel otro, con o tras ella, no lo sabía.

Llegué a un punto, a tan solo unos metros de donde ella se detuvo. Vi rastros de magia psíquica por el lugar y me dediqué a observar alrededor. No había nada fuera de lugar, pero Sal había perseguido al psíquico, y por lo visto él sabía muy bien que podía ocultarse si así lo deseaba; era un don de los de mi clase, ocultar su imagen a otros, era muy bueno para cuando cazábamos o peleábamos. Olfateé el aire, hasta este sitio era hasta donde Sal había llegado. En cambio el vampiro corrió unos metros más y cruzó la calle. Sal, en cambio, había vuelto al edificio para luego correr hacia su coche, donde la vi.

Me subí a mi Ducati, negra como la noche, que se encontraba oculta en un portal abandonado, y me coloqué el casco con el frente tintado. Volví a la dirección donde la pista se desviaba. Seguí el débil rastro por la calles, como un sabueso. Tan solo uno como yo podía percibirlo, algunos nos llamaban *perros psíquicos*, seres que se movían a partir de rastros y vestigios de energías contenidas; la mayoría desconocía cómo las auras y las energías quedaban atrapadas en un sitio, y solo los nuestros podían verlo. Lo cierto es que tan solo somos metafísicos, la energía lo es todo; algunos de mi especie se dedicaban tan solo a enseñar la influencia de la energía, otros se habían dedicado a «limpiar» sitios para las grandes empresas deshaciéndose de presencias no gratas, otros, como yo, vivíamos para cazar y esa era nuestra mayor arma. Esas artes habían perdurado en el tiempo, no era solamente propio de nuestra raza y, sin saberlo, los humanos habían sido sus principales difusores, algunos los llamaban por distintos nombres, aunque muchos habían mantenido el nombre original, *Reiki*.

Advertí cómo el rastro se hacía más fuerte cuando llegué a un edificio del centro.

El cabrón había estado por allí hacía poco y por la intensidad del rastro podría decir que aún estaba cerca. Bajé la velocidad de la Ducati a una cuadra de distancia, levanté la visera del casco y percibí la energía en aire, hacía tiempo que no veía a uno de los míos y esto era un desafío. Presté atención a todos los edificios, uno por uno fui barriando sus fachadas, capté la energía pintada como estelas de colores en el aire, hasta que la luz penetrante de un coche me cegó por un segundo.

Vi una camioneta con el logo de la S.A. que se detuvo en la entrada del edificio de la esquina. Esperé con la mano en el manillar, cuando vi bajar a Nicolás; junto a él dos jóvenes más; por sus auras podría decir que eran dos cambia formas. Entraron en el edificio seguidos por otros tres. ¿Qué hacían aquí? Algo pasaba. Algo grande. Pude percibir que estaban tensos y por un momento dudé sobre buscar en sus mentes, pero me abstuve, no quería que supieran que estaba allí, por cuanto me dediqué a escudriñar la entrada cuando pude ver lo invisible para los ojos de los demás. Allí estaba el otro psíquico, a tan solo unos cinco metros de la entrada, envuelto en una bruma mágica y, como lo esperaba, él también me vio y corrió. *¡Odio cuando corren! Lo digo en serio.* Gruñendo comencé a perseguirlo sin miramientos. Sabía que aquel vampiro no tenía nada que ver con mi misión, pero estaba ligado al nefilim y lo que era peor, estaba ligado a Sal.

Lo perseguí hasta que el cabrón se sumergió en la oscuridad de un callejón. La lluvia caía intensa sobre la ciudad dificultando los movimientos de mi moto, así que estacione en un lugar oscuro y, apeándome, tiré el casco para que colgara del manillar, y corrí tras él. A solo unos tres metros trepó por un balcón, y otro, y otro más. Trepé también, sabiendo que podía seguirlo por mucho tiempo si me lo proponía. Subí más rápido que él, y gracias a la cercanía pude identificarlo: vampiro. Cuando lo tuve a solo un metro arremetí contra él saltándole de lado, impulsándolo contra uno de los balcones unos metros más abajo. Ambos caímos hasta un balcón de piedra. La espalda del vampiro dio contra la roca y yo caí encima; quise darle un golpe pero él me dio una patada haciéndome volar dentro del apartamento, atravesé el cristal y unas cuantas cosas que arrastré en mi camino. Golpeé contra una pared y escuché un grito ahogado. Estábamos en una habitación pequeña. Por el rabillo del ojo noté cómo una mujer con dos niñas se acurrucaban en una esquina cuando el otro entró. Me levanté utilizando todas las fuerzas, hoy no me había alimentado, así que busqué mi lado psíquico. Él dio un paso hacia adentro, olfateó y miró en dirección a la mujer; supe en ese momento que no permitiría que maten a los humanos, era una regla fundamental, pero para mí significaba algo más, era una deuda que tenía pendiente, una herida. Me levanté lo más rápido que pude y lo golpeé; él usó un campo psíquico para esquivarme, arrojándose contra unos muebles, se movió tan rápido que no entendí qué hacía hasta que arrancó de las manos de la mujer a una de las niñas y corrió al balcón con ella bajo el brazo.

—Es ella o yo, cazador —me gritó al momento que saltaba y dejaba caer a la niña.

No lo dudé, me levanté de un salto y corrí hacia la nada. Salté del balcón para atrapar a la niña en el aire, estaba a unos diez metros de altura cuando la tomé apretándola contra mi pecho, estiré el brazo y me aferré a una saliente. Cubrí a la pequeña para que no se golpeará y mi espalda dio de lleno contra el muro; conteniendo un gruñido le pedí a la niña que no llorara, los gritos de su madre eran ensordecedores desde arriba. Mis ojos lo buscaron pero el agresor se había ido, el maldito volvía a perderse en la noche. Me las ingenié para trepar con la niña a cuestas hasta el lugar más seguro que podía encontrar para devolvérsela a su madre. Ella seguía llorando cuando la dejé en un balcón cercano. Me detuve un segundo para respirar y volví a tomarla en brazos, hasta que llegué al balcón donde su madre no paraba de llorar abrazada con la otra niña. Me agaché en la baranda y sus pies diminutos tocaron el suelo; se disparó al reencuentro con su madre que la envolvió y la llenó de besos, sin apartar los ojos de mí.

—Gra... gracias —tartamudeó antes de que yo saltara al suelo nuevamente. Mis pies golpearon el piso de modo silencioso; con rapidez me incorporé y acomodé mi ropa, mientras estiraba los músculos que tronaban. Tomando una bocanada de aire en medio de la lluvia torrencial que me caía encima, corrí hasta la calle donde había estacionado. Estaba débil, podía sentir cómo mis sentidos comenzaban a atontarse; debía comer. El rastro casi se había perdido; aquel maldito sabía ocultarse muy bien, incluso para mí.

Me subí a la moto y decidí volver hacia donde había visto a Nicolás por última vez y lo había encontrado, aunque dudaba que volviera a ese sitio. Aún no entendía qué hacían ellos allí, no había rastro del nefilim, de eso estaba seguro. Por un momento pensé en entrar, la camioneta ya no estaba, pero la mañana llegaría pronto y no me gustaba llamar la atención; además estaba empapado y hambriento. Conduje hasta mi casa, mi santuario. Era un sitio apartado del centro, lejos del bullicio de la gente, simplemente era un galpón enorme donde vivía hace unos meses. Allí podía estar a mis anchas y hasta algunos días disfrutar del sol, ya que no necesitaba la cobertura como el resto. Había heredado los genes de mi madre, una psíquica poderosa de una antigua tribu del norte, por ello el sol no me ocasionaba tantos problemas.

Bajé de la moto tan solo para abrir la puerta de chapa, entré y estacione en un rincón; me quité el casco y desactivé las alarmas.

Todo estaba normal, todo en su lugar. Me deshice del abrigo mojado y lo tiré junto a la gran cama de madera cubierta por sábanas de seda. El sitio no tenía divisiones, y era bastante austero, pero no me quejaba, tenía una cocina al fondo y un baño a la izquierda, el cual era el único cuarto delimitado. Odio los espacios cerrados,

por eso cuando adquirí este lugar solo modifiqué algunas cosas; perteneció a una empresa metalúrgica, así que tenía techo alto y pocas ventanas. Todo lo demás era un solo ambiente, el comedor, el estar y el dormitorio, delimitados por los respectivos muebles. Me quité las botas de cuero y el pantalón, que fueron a parar junto a la campera. En bóxer y con la camiseta fui hasta la cocina. Tomé un bocado de tarta, serví un poco de jugo, y me acerqué a la encimera para tomar una pastilla de sangre. Me debatí sobre qué debía hacer, esto comenzaba a ser frustrante. Me recosté en la cama mientras sopesaba lo que había ocurrido. ¿Por qué demonios el vampiro estaba interesado en Sal? ¿Acaso la S.A. había olvidado realizar un chequeo de los locos sueltos en las calles, o habían omitido a este? No lo sabía.

Desnudo, sintiendo el aire fresco sobre mi cuerpo sudoroso me dormí sin más. Desperté horas más tarde. El día estaba por terminar, y la noche se colaba de lleno. Aunque no tenía problemas de estar a sol, mi cuerpo de vampiro sentía el cansancio y la necesidad de dormir durante el día como cualquier otro. Me levanté sonriendo sin saber con qué había soñado. Me desperecé lentamente y fui hasta la cocina para tomar un par de pastillas. Saboreándolas me dirigí al baño.

Abrí la ducha mientras dejaba que el calor del agua invadiera el cuarto y recién allí me permití pensar en ella. Me observé en el espejo y sacudí la cabeza. Algo iba mal. Nunca antes había sido tentado de ese modo, y menos por una oscura; aun así, allí estaba Sal, con sus hermosos ojos, su cabello sedoso que deseaba acariciar... ella. Me metí bajo la lluvia que me envolvió con una caricia caliente, bajé la cabeza dejando que el agua cayera sobre mi nuca, tal vez aquello borrara mis pensamientos, el agua me corría por el rostro, pero no podía dejar de evocarla. Mi mente se disparaba hacia otro lugar; volvía a ella y no podía dejar de preguntarme. ¿Cómo sería tenerla entre mis brazos? ¿Cómo se sentirían sus labios? ¿Qué sentiría cuando ella me rodeara la cintura con esas largas piernas?

Cerré los ojos cuando una punzada de deseo me cruzó. Mi pene se endureció de golpe y usé mi mano para aliviarme; la apreté pensando en ella mientras me sostenía contra la cerámica fría, mi mente estaba jugándome una mala pasada. La imaginé en mis brazos, vi la negrura de sus ojos, la vi con el cabello rubio esparcido sobre mis sábanas. Mi corazón dio un brinco cuando aquellos ojos que deseaba tanto se posaron en mí recorriéndome como una caricia. Bajé la vista hasta sus pechos que podrían llenar mis manos, deseaba besar su piel lentamente, saborearla mientras sus manos me recorrieran. En mi imaginación ella llevaba apenas una de mis camisas que dejaba entrever la ternura de sus pechos, sus pezones estaban duros y sus manos se deslizaban sobre mi espalda mientras sentía la humedad de sus pliegues con mis dedos, mi respiración se agito; cuando el orgasmo me asaltó, imaginándola, me mordí los labios. La deseaba. Aún no sabía por qué, o cómo había ocurrido, solo sabía era así. Enjuagándome lentamente salí de la ducha.

—¿Hero? —levanté la cabeza de golpe al oír la voz de Mikela. ¿Qué hacía ella aquí? Con furia cerré el grifo y tomé una toalla, me la envolví en la cintura y salí. ¿Qué carajo buscaba Mikela? No la quería cerca, menos ahora—. Oye muñeco...

—No me llames muñeco —ladré cuando abrí violentamente la puerta para encontrarla allí parada como si fuera una reina, me dirigió una larga mirada que recorrió todo mi cuerpo, y me molestó. Maldita bruja, pensé.

—Oye ¿por qué el mal humor? —se burló ella mientras se apoyaba de forma sugestiva en la mesa, con sus ojos clavados en mí. La observé; tenía un vestido corto, negro, de encaje y unas botas hasta las rodillas, aun así no movió nada en mi interior—. ¿Ves algo que te guste? —aquello me volvió a la realidad. Mikela no era más que una zorra, nadie podía decir lo contrario; la miré con desagrado, notando algo que antes no había visto, Mikela era vulgar y fácil presa de sus instintos, mientras aquella cazadora era impulsiva y sexy, manejaba a la perfección las emociones y nunca me había provocado, ni una sola vez; pero allí estaba Sal, colándose en mis pensamientos de nuevo. Mikela se jactaba de ser la mejor en el engaño, por eso su visita no me alentaba a pensar en nada bueno.

—¡No! —gruñí y me encaminé hacia el armario.

—Bueno, yo sí —contestó y caminó hasta estar pegada a mi espalda y me arañó. Me giré con rapidez y le tomé la muñeca.

—No estoy de humor Mikela —le solté con asco. Ella hizo un ruido de decepción y me siguió con los ojos. No sabía por qué pero me sentía sucio bajo su mirada, no sabía por qué hace años había caído en sus brazos, pero tenía muy claro que ahora era diferente. Ahora conocía lo que había detrás de una mujer como ella y el abismo que la separaba de alguien como Sal—. ¿Qué haces aquí? —dije enfrentándola. Noté que sus ojos pendían de la toalla envuelta en mi cintura. No me moví; ella me miró a los ojos, no sin antes morderse los labios.

—¿Qué? No vas a decirme que ahora eres tímido ¿verdad, Hero?

—Vete Mikela, como dije no estoy de humor —asegué la toalla y me crucé de brazos.

—¿En que andas, cazador? —No respondí, en cambio hurgué en su mente. Allí estaba, ella venía por sexo. Pero yo no estaba dispuesto a dárselo—. ¿Tengo que arrodillarme? —dijo ella, y lo hizo. Aun así no pasó nada. Tomé del guardarropa una camisa y unos jeans y encaré el baño—. ¡Oh, vamos Hero! —refunfuñó cuando cerré la puerta con fuerza.

Nunca antes me había visto forzado a esconderme de ninguna mujer, pero no quería a Mikela sobre mí, no la quería cerca, aunque tampoco era de los tipos que pueden sacar a una mujer a las patadas, así que simplemente esperé que se cansara y se fuera.

Capítulo siete

Escapar, no es siempre estar a salvo

—¡Convénceme de que no es una traidora! —No necesité deducir de quién hablaban. ¡*Era yo!* Ben estaba furioso, sus gritos podían escucharse desde todo el bunker, incluso deberían escucharse desde el otro lado de la ciudad. Me desparramé en el asiento de cuero ubicado al final de la sala. Estaba agotada, mis músculos pedían descanso; suspiré de forma audible. No podía creer que esto estuviera pasando. Puse el codo en el apoya brazo y dejé que mi cabeza descansara allí. Sentía la inquietud de mis hermanas por el vínculo, era una vibración constante, atravesándome y mezclándose con la mía. En momentos así me alteraba tener aquel don. Ya tenía mi propia preocupación como para sumarles las de ellas; suena feo, pero esto nos afectaba a todas, y sus miedos, mezclándose con los míos, eran como la preparación de una bomba. Estábamos en una sala impoluta, no había nada que me hiciera sentir cómoda allí, todo estaba diseñado para mantener incómodos a los visitantes. Me moví de lado, acomodé los antebrazos sobre mis piernas y dejé caer la cabeza, como si alguna de esas posiciones fuera a calmar el raudal de pensamientos que corrían por mi mente. No quería ver nada más por hoy; una y otra vez aquella nota llegaba a mí, como puñaladas. Mierda. Estoy en problemas, grandes problemas. ¿Podía aquel vampiro conocer el hecho de que las pastillas no funcionaban?

—¿Cómo sabes que ella no lo mató y lo dejó allí? Estaba cubierta de sangre. ¡Tenía sangre hasta el cuello!

Apreté los dientes, deseaba levantarme, recorrer la distancia que me separaba de la oficina y atravesar la pared con mi puño. ¿Acaso no sabían que podíamos oírlos? *Tal vez no les importaba.*

—¿Piensas que no lo sé?, pero te diré una cosa Ben, la próxima vez que la acuses de traición, recuerda que no será la cabeza de ella la que rodará, no tienes pruebas de lo que dices, por lo tanto cierra la maldita boca —la voz de Nicolás se hizo audible por primera vez. Las tres levantamos la vista para mirarnos. Nunca antes lo habíamos oído gritar—. Tal vez si me hubieras dicho que el vampiro iba tras el nefilim, ella no hubiera pasado por eso, ¿no crees?

—No me provoques, Nicolás... —gritó Ben en respuesta.

—¡La enviaste como señuelo! —un golpe seco cortó los gritos. Mi garganta se sintió apretada de pronto, me costaba tragar. Clavé la mirada en la pared que amortiguaba las palabras, como si aquello pudiera darme una idea de lo que ocurría dentro—. No eres más que yo, Ben, y ellas están a mi cargo. Sabes lo que ella vale, lo tienes bastante claro como para entender que no podemos perderla.

¡Vaya! Eso es nuevo, pensé. Nicolás continuaba.

—... Entiéndelo bien, no quieras pasar por encima de mí, porque ni Vatur te salvará de lo que venga. —El golpe de una puerta cerró la discusión. Un segundo después Nick estaba frente a nosotras.

Me reincorporé rápidamente y lo miré en silencio. No sabía qué decir. Su rostro estaba tenso y noté un tic en su mandíbula. No había rastro de aquella imagen de chico surfista que lucía siempre. Ahora sus ojos eran oscuros, los labios apretados formando solo una línea, su frente tenía pequeñas líneas que mostraban su preocupación. Estaba tenso como una cuerda, sus hombros rígidos y las manos apenas eran puños. Nos observó a todas antes de hablar, y sus gestos se suavizaron un poco.

—Salgamos de aquí... —dijo.

Nos levantamos en silencio y caminamos tras él sin decir ni pensar nada. No era el momento. Apenas salimos me sentí estúpida por no haber llevado mi coche. Las chicas sintieron lo mismo cuando vieron la camioneta sin vidrios en la cual nos trasladarían. El sol había comenzado a subir perezoso por el firmamento, entonces volví a mirar la Van y agradecí que al menos las ventanas laterales y traseras estuviesen selladas con placas metálicas para que no sufriera ningún daño por la llegada del día.

—¿Estamos prisioneras? —preguntó Eva. Nick no respondió a la pregunta; ella siguió en silencio mientras él abría las puertas de la camioneta para nosotras. Subimos y nos acomodamos en las butacas; esperábamos verlo entrar, pero no lo hizo.

—¡Espera! —lo atajé deteniendo la puerta—. ¿No vienes?

—Tengo algo que hacer... —Quitó mi mano del borde un segundo antes de que él cerrara la puerta, con tanta fuerza que me podría haber cortado varias falanges. El conductor arrancó y volvimos a mirarnos sin entender. ¿Qué ocurría? Nuestros pensamientos iban desde el dolor y el malhumor, hasta la desagradable sensación de haberlo defraudado. Eran caóticos, y yo tan solo podía pensar en que debía arreglarlo. Pronto, o algo muy malo podía ocurrir. Una puntada en mi sien me advirtió que venía. Dolor. No sabía por qué, pero necesitaba mitigarlo, si tan solo tuviera un cuchillo, tal vez un pequeño corte ayudara. Me froté la cara con fuerza intentando dispersarlo, sin logro alguno. Eva apoyó una mano en mi brazo para llamar mi atención.

—¿Qué paso Sal?

—No lo sé, fui tras la pista con Nicolás, me fastidió y quise ir sola; lo seguí, luché con él, pero escapó y luego supe que aquel al que atacó no era humano.

—Maldito nefilim...

Entramos a un estacionamiento después de viajar durante quince minutos; unas

increíbles puertas de metal se cerraban detrás de nosotros. La conversación se detuvo y nos dedicamos a mirar a través del parabrisas tintado, intentando averiguar. ¿Qué era ese lugar? No lo conocíamos. El conductor bajó para abrirnos la puerta y nos apeamos en una zona cubierta por una hermosa pérgola; más adelante se abría un sendero adornado por plantas que casi no permitían el paso del sol. Bajamos con calma, mientras nuestros ojos se acostumbraban. Un gran parque se abría ante nosotras para mostrarnos a lo lejos una mansión de estilo victoriano. Tal vez Vatur fuera más piadosa de lo que decían. ¡Aquello era un lujo!

Una gran casa se alzaba al final del sendero. Podía adivinar, por sus armoniosas formas, algún rasgo bizantino. Sus molduras eran exquisitas, las paredes estaban pintadas de un color tostado, grandes ventanas se alzaban en ambas plantas. Me quedé absorta un momento, hasta que alguien se aclaró la voz. Era un hombre enjuto, calvo, lo más parecido a un mayordomo inglés, quien se apareció frente a nosotras. Él juntó sus zapatos y entrelazó las manos detrás de su espalda, mientras golpeaba los talones al mejor estilo Mary Poppins. Lucía gracioso, sus ojos eran vivaces, y la ropa parecía ser dos tallas más de la suya.

—Señoras, buen día. —En nuestro interior, todas gruñimos. ¿Señoras? Eso sí era tener poco tacto—. Ahora, si gustan seguirme, las guiaré dentro. Le sugiero a la señora Salomé que camine por el trayecto cubierto por la pérgola, para que el sol no la afecte. —Hice una mueca ante la combinación de «señora» y mi nombre completo en una misma frase, pero el hombre ya había girado sobre sus talones e iniciaba la marcha hacia la casa; nos miramos una vez más y asentimos, sintiéndonos incómodas de golpe.

—¿Dónde estamos? —preguntó Eva mirando de reojo por sobre su hombro.

—No lo sé, pero juro que nunca había visto este sitio.

—Nicolás no nos enviaría a una trampa —dijo Carim intentando sonar fuerte, aunque sus nervios estaban a flor de piel y podía sentir su gata rasgando para salir a la superficie. Aquello solo hizo que el lobo de Eva se agitara más, y mis colmillos se extendieran dentro de mi boca.

—Deben calmarse —gruñí apretando los dientes para ocultar mis caninos, en tanto oía chasquear las fauces de las chicas.

Caminamos detrás de aquel tipo, bajo la pérgola de donde colgaban pequeñas flores amarillas y blancas, al tiempo que veíamos al conductor llevando nuestras cosas hacia dentro de la casa. La entrada estaba adornada por un amplio balcón con dos gárgolas en cada punta, al parecer era de piedra, las escaleras de ingreso estaban a los lados. Subimos tras el hombrecillo, hasta que abrió la puerta para nosotras. Entramos a una sala poco iluminada, una araña colgaba del techo dándonos la bienvenida, una bella araña de cristal, en otra circunstancia me hubiera detenido a verla con atención, pero no en esta ocasión. Varios vampiros, que no habíamos visto

llegar, cargaron con nuestras pertenencias y después de unas indicaciones las llevaron al piso superior a través de una escalera imponente.

—Sean bienvenidas a la mansión del señor Ikkar —nos dijo el hombrecito atrayendo nuestra atención hacia él.

—Disculpe, ¿quién es...?

—Oh, el señor Nicolás me advirtió que no conocerían su apellido.

Tomé nota mentalmente: *Nicolás Ikkar. Genial, algo más que anotar en mi lista, sin contar su fastuosa mansión.*

—¿Esta es la casa de Nicolás? —la incredulidad se coló en la voz de Eva.

—Él creyó que no habría un lugar más seguro, considerando lo sucedido. —Qué bien, hasta él sabía de mi metida de pata y demás. Nos guio hasta nuestra habitación, que parecía haber sufrido cambios a último momento. Había tres camas acomodadas a la fuerza y un par de muebles apiñados en una esquina, la ventana estaba cubierta por gruesas cortinas que no permitirían el paso de la luz, como las que había visto en el resto de la casa. Las paredes tenían un agradable color miel, que combinaba con los cubrecamas del mismo tono, bordeados de finísimos encajes blancos, y armonizaban a la perfección con las camas altas de madera robusta. Me desplomé en una cama suave, a mi izquierda, la más lejana a la ventana. Mis ojos comenzaron a cerrarse lentamente y un plácido sueño me dominó, arrastrándome a la inconsciencia. No supe durante cuánto tiempo dormí, pero la noche hacía su gran entrada cuando desperté. Me senté de golpe, confundida por no saber dónde me encontraba. De pronto necesitaba aire. Mucho aire. Carim, que estaba recostada en la cama junto a la mía, me miró sabiendo qué pensaba y se sentó. En un gesto muy felino se cruzó de piernas y apoyó los codos en las rodillas.

—Mira Sal, sé que no podremos detenerte pero no irás así —se golpeó levemente la cabeza. *Sí, aún dolía*—. Y definitivamente ¡no irás sola!

Me levanté solo un poco y me apoyé en los codos para echar un vistazo a su rostro. De un salto se levantó, se acomodó a mi lado y movió su cabello ladeando la cabeza.

—Vigilaré la puerta. —Eva a la cual no había visto, se apoyó contra la gran puerta casetonada y se quedó allí cruzada de brazos, mirándonos. Nadie la movería tan fácilmente.

—¡No voy a hacerlo! —susurré y me levanté de golpe— pero deben ayudarme a salir, no podré atravesar la salida sola. Nicolás se enteraría.

—Lo sabrá de todos modos, y en tus condiciones no llegarás muy lejos. Sinceramente creo que es una locura, pero sé que aun diciendo esto no lograré disuadirte, así que al menos entra en razón y bebe un poco antes de marcharte.

—No puedes salir así —insistió Carim, y percibí a la bestia a flor de piel. Bufé y colocándome las manos en la cintura las miré, a una y a otra.

—Lo haré, así que o me ayudan o podemos jugar a las barbies aquí toda la noche —respondí con decisión.

—¿Por qué no puedes esperar?

—¿Por qué mi persona está sobrevalorada últimamente? Quiero saber por qué me quiere. Necesito saberlo.

—Sal, no hay modo de que puedas ir por él tú sola.

—Siempre fue mi misión, no la de ustedes. Es a mí a quien acusan de traición.

—Pero sufriremos todas... —la voz de Carim era un murmullo.

—Debo hacerlo... ¡lo necesito! Necesito saber qué quiere de mí —y por qué Hero estaba allí... aunque no me atrevería nunca a confesarlo en voz alta. Ellas me observaron en silencio y fue Eva quien tomó la iniciativa. A veces necesitábamos cerrar ciertas cosas. Ella lo sabía. Era la más antigua de las tres.

—¡De acuerdo, Sal! —Eva fue la primera que se movió. Comenzó a desnudarse y por un momento no entendí que pretendía. Me mostró los dientes ante mi pregunta mental y se colocó a gatas.

—¿Qué hace? —Carim me miró y señaló a Eva.

—Esta dándome tiempo —confesé y volví a mirar a mi hermana cómo cambiaba. Era fascinante verla así. La fuerza del animal pujando, el *lazo* me devolvía todo lo que ella sentía, la satisfacción, la alegría del lobo por salir a jugar. Su espalda comenzó a convulsionar cuando lo entendí por completo. Estaba transformándose. Su mirada chocó con la mía, sus ojos amarillos relucieron. Se alejó de la puerta, caminé hasta allí y tomé la perilla.

—*Iré al sur, trataré de llevar a varios conmigo. Corre hacia la puerta, antes de que te noten.*

—¿Qué haré yo? —Carim no lucía feliz. Palmeé su brazo—. No esperarán que me quede aquí, ¿cierto?

—Gracias hermanas, pero ahora tan solo necesito salir y saber más; a la vuelta serás tú —le dije y ella esbozó una leve sonrisa, no muy convencida.

—Trata de volver intacta —me dijo y miró a Eva.

—*Lésbico* —gruño juguetonamente Eva. La hermosa loba se sacudió y miró la puerta.

—Bien, tú corre lobita, yo gritaré detrás de ti.

—¿Qué les dirás? ¿Que viste a un fantasma? —pregunté y comencé a reír.

—No tonta, mejor les diré que está con el período. —Eva gruñó molesta y reímos—. O que es la séptima hembra de una camada que, en las noches de luna llena, se convierte en hombre.

—Bien, invéntense algo. Saltaré desde aquí y correré —asintieron en un gesto más animal que humano, Carim paso frente a Eva, abrió la puerta y corrieron escaleras abajo. Eva salió primero; por un momento me detuve a escuchar el golpeteo

de sus patas sobre el lujoso piso de madera, estaba segura de que el mayordomo no sería feliz al verla hacer eso. Las oí bajar ruidosamente y luego escuché un grito en la planta baja.

Era mi momento. Corrí las cortinas, abrí la ventana, y me trepé a ella preparando mis piernas para la caída; miré hacia abajo. Eran unos cuatro metros quizá. Salté cuando sentí cómo los vampiros corrían hacia el sur, como había dicho Eva. Mis pies hicieron un sonido sordo contra el césped y mis músculos sintieron el disparo de adrenalina. Me quedé dura un instante, corroborando que nadie me había oído. Apreté los dientes y los puños. Debía saber: ¿Por qué? ¿Por qué yo?

La primera vez que supe algo de él fue cuando Ben me asignó el caso. Había un vampiro descontrolado; no podían rastrearlo, por ello no estaban seguros si era de aquí o había llegado de algún modo. El radar detectó su presencia cuando mató a dos mujeres y las dejó en el centro de la ciudad. La S.A. se encargó de mitigar eso, pero fui asignada a buscarlo y recapturarlo. La primera noche que nuestros caminos se cruzaron había peleado con él casi como si quisiera jugar conmigo. La segunda vez no fue distinta, al menos hasta la décima noche cuando ya sus matanzas se habían incrementado a una víctima por noche, y la última mujer que atacó estaba tendida en el piso cuando yo llegué. Salté sobre él alejándolo de su víctima, me puse de pie frente a ella para impedir que la tomara, pero el maldito hizo algo inesperado. En un movimiento fluido desenfundó un cuchillo y me hizo un corte en el brazo. Me lancé contra él, pero me esquivó, corrió al punto más alejado, tomó entre sus labios el cuchillo con mi sangre y... ¡la probó! A partir de esa noche ya no me atacaba, simplemente huía. Lo único que le había oído decir era que era yo... «eres tú»... eso había dicho, pero ¿qué significaba? No lo sabía. Esto era personal. Él venía por mí y aún no sabía por qué. Tenía que encontrar algo que me diera una pista. Corrí entre la arboleda, abriéndome paso entre cada matorral y lamentando no haberme puesto una coleta en el cabello que se enredaba con algunas ramas. Vi a lo lejos el muro de casi tres metros y apresuré mi paso.

—Chicas, definitivamente les debo una —murmuré sabiendo que ellas me oirían; de un salto trepé al muro y un segundo después estaba del otro lado. La calle parecía desierta.

Oí, a través de la unión, a las chicas explicando cómo habían sentido la presencia de un oscuro; aquello había hecho que Eva se convirtiera y el jaleo se había calmado después de eso, o más o menos, porque redoblaron las guardias y se aseguraron de mantener un perímetro cerrado. Los guardias les dijeron que harían rondas y Carim les pidió una computadora que le ofrecieron al instante. Sonreí. Carim era hábil con la informática. Cada una poseía un don, y Carim era la reina de las redes informáticas.

Corrí unas cinco cuadras para tener la seguridad de no cruzarme con Nicolás en

mi huida, ni con ningún guardia persiguiendo la pista falsa. No había nadie en la calle, ni un alma, aproveché el momento para formar un rodete con mi cabello evitando que se me viniera a los ojos. El ambiente estaba empapado por la humedad de la lluvia reciente, y los charcos pintaban la calle. Las pocas casas que había por allí estaban con sus cortinas cerradas. Nadie quería meterse en los asuntos de los nocturnos, es decir que si algo me atacaba nadie me abriría la puerta para ayudarme. Por un momento me replanteé lo que estaba haciendo; estaba sola, y siempre odié sentirme sola, pero debía hacer algo, no pensaba quedarme sentada a esperar que viniera por mí. Tal vez pudiera tomarlo por sorpresa.

Había pisado la acera de la séptima cuadra cuando de pronto presentí que algo me acorralaba. Percibí su presencia, pero cuando me volví, no vi nada, me pegué a un muro cubriéndome con la oscuridad. Consideré los lugares que podían servirme para salir de allí. Podía sentir su energía, aunque no sabía bien qué era. Amparada por las sombras volví a caminar. Comencé a apurarme, y un segundo después estaba corriendo. Palpé su presencia golpeándome con tanta energía que me estremecí, aunque no podía decir de dónde provenía; supe que aún me seguía, se me pusieron de punta los pelos de la nuca y un escalofrío me dijo que aquello no era nada bueno.

Corrí con más velocidad, mis pasos resonaban en el asfalto con un sonido sordo mientras tomaba el puñal de mi cintura, apretándolo en la palma de mi mano, ajustando su empuñadura a mi agarre. Crucé una calle más mientras trataba de enfocar el sitio de donde emanaba la energía; todos mis sentidos estaban proyectados en aquello y en hallar un resguardo desde donde pudiera dar pelea sin tener rincones oscuros a mi espalda; mi respiración era entrecortada, por la agitación y la adrenalina que fluía por mí como la ponzoña. A lo lejos sentí el ronroneo de una moto que se acercaba interrumpiendo el silencio mortal de la noche. Temí que fuera una emboscada, o tal vez Nicolás se había enterado y venía por mí dándome un susto de muerte como lección. El sonido estaba más y más cerca, no iba a volverme, eso sería como dejar que me tomaran por sorpresa. La moto negra pasó a mi lado y vi cómo se cruzaba en mi paso derrapando en el asfalto, a tan solo unos diez metros. El conductor llevaba un traje negro como la noche y su casco haciendo juego. Mis pies se clavaron, frené bruscamente y comencé a alejarme, cuando el conductor abrió su visera descubriendo aquellos ojos brillantes.

Hero.

Me irrité aún más cuando mi cuerpo se estremeció bajo aquella mirada. ¿Qué me pasa con ese tipo? Y lo que es peor, ¿por qué reaccionaría así? *Parezco una adolescente*, me amonesté. De un salto corrí hacia mi izquierda, no pensaba detenerme a preguntarle que hacía en aquel lugar. Me concentré en un modo de escapar. Por suerte para mí las casas eran bajas y tenían hermosos cercos de madera, que salté con facilidad. El sonido de la moto se detuvo y escuché un golpe fuerte

sobre el suelo; ya estaba a punto de saltar la segunda valla cuando me atreví a mirar por sobre mi hombro.

—¡Espera Sal!

Hero ya no llevaba el casco y su mirada era asesina, mientras achicaba la distancia entre nosotros. Me apresuré a saltar para meterme en el próximo callejón, tan solo necesitaba correr un poco más. *Solo un poco*, me dije. Lo hice exigiendo cada uno de mis músculos, pero cuando mis pies pisaron el suelo del callejón resbalé. *Si, resbalé*. Cuando mi cuerpo estuvo solo a un pelo del piso, una mano poderosa me levantó y me aprisionó contra el muro mientras cubría mi boca con firmeza. Pataleé. No iba a rendirme así de fácil. No me rendiría, aún no estaba muerta. Hero se acercó más a mí, agachando su cabeza hasta quedar junto a mi oído y murmuró:

—Se supone que debieras estar escondida, guardada o como cuernos se diga — algo en su voz me sugirió enojo—, a menos que el surfista no dijera la verdad. — Dejé de sacudirme al escucharlo; mi nariz rozó su cuello enviándome un calambre al estómago, me volví apenas y lo observé. Él se alejó un poco, estábamos separados por centímetros, podía sentir su respiración sobre mi cara. Sus ojos se posaron en mí un segundo e hizo una mueca. ¿Acaso había sentido lo mismo que yo? Luego desvió la mirada hacia la calle, como si esperara algo. Yo no podía moverme, tan solo podía verlo a él—. Quitaré mi mano, pero no grites —susurró volviendo su atención a mí. Aquella mirada me quemaba. Asentí en silencio y su mano se movió de mis labios.

—¿Qué demonios? —murmuré muy bajito, como para que solo él me oyera. Fuera lo que fuera mi perseguidor, si Hero no quería exponerse, menos lo haría yo.

—Eso mismo me pregunto yo, muñeca. ¿Qué demonios haces aquí? —su cuerpo aún apretaba el mío, mis pechos sobre su torso duro, sus piernas acorralando las mías, mi centro contra el de él, mis manos se aferraron a sus brazos y mi respiración se desbocó. *Excelente, debo ser la primera vampiresa en celo del mundo, no espera, soy la primera vampiresa psicótica en celo de la historia. ¡Genial!*

—Se supone que no correrías peligro por unas horas.

—¿Qué quieres decir? —todo rastro de temor se esfumó con sus palabras. ¿Cómo sabía eso? ¿Acaso estaba preocupado por mí? Lo empujé un poco cuando noté que su presión disminuía. *Debes alejarte de él*, dijo una pequeña vocecita en mi cabeza.

—Que debieras estar al cuidado de..., no sé, de alguien, pero no aquí —me tomó del brazo y me apoyó contra un muro nuevamente, quemándome con aquellos ojos tan puros como el lapislázuli. Quise golpearlo, apartarlo, pero el calor de su cuerpo entibió el mío con emociones que no sentía hace mucho tiempo. Oí un ruido proveniente de la calle, él cubrió mi boca con su mano otra vez cuando intenté decir algo—. No te muevas, puedo cubrirte y lograr que no nos vea, pero si te alejas será imposible. —Me tensé, él me sostenía pero esta vez no presionaba con fuerza y algo en mi interior gritó, y juro que no eran protestas. *¡Aprieta las piernas!*, me ordené

cuando sentí una punzada de deseo que me atravesaba. Me estaba cuidando.

Una cosa, que no pude saber qué era, pasó calle abajo distrayéndome un poco, aproveché para tomar una bocanada de aire, que no ayudó ya que estaba colmada de su perfume. El animal, o lo que fuese, llevaba su nariz pegada al suelo y la energía oscura fluctuaba desde él hacia nosotros. Me petrifiqué cuando desvió su mirada hacia donde estábamos; su nariz se movió en nuestra dirección y por un momento pareció interesado, pero un segundo después descartó la idea y continuó. Suspiré. Parecía un perro enorme y muy feo. Sentí repugnancia por aquello y, por primera vez, me alegré de que Hero estuviera allí. No sabía cómo hubiera luchado con aquella cosa, era repugnante. Hero estaba tan cerca que su respiración flotaba contra mi piel hechizándome y acariciándome. Un pensamiento se abrió paso desde mi inconsciente, *no quiero soltarme*, me quejé en mi mente cuando él se alejó unos centímetros.

—Eso es una *vika*, y por lo que veo iba por ti. —Mis ojos abandonaron la calle para volver a mirarlo; toda su atención estaba centrada en esa cosa. Su cabello lucía cuidadosamente desprolijo, con pequeñas puntas hacia un lado y otro, tenía expresión de cansancio en el rostro y barba de un día, tal vez, aunque el perfume lo rodeaba como si hubiera tomado un baño hace poco. Se lamió los labios, una mueca que mis ojos captaron y reprodujeron en cámara lenta. ¿Qué sentiría una mujer al besar a un hombre así? Poderoso, masculino. ¿Cómo se sentirían aquellos delgados labios sobre los míos, con la barba rozándome la piel y haciéndome suspirar? ¿Qué se sentiría al tener a un hombre como Hero en mi cama? Viéndolo gozar por mis caricias, estremeciéndose sobre mi cuerpo. Su cuerpo... apretado, duro y listo para...

Hero me miró de una forma tan fuerte que me estremecí. Sonrió de lado y mis ojos se estancaron por unos instantes en los suyos. ¿Acaso lo habría sentido? Se alejó un paso, dio un suspiro y me observó lentamente de pies a cabeza. Me creí desnuda. *Desnuda junto a él en soledad... Desnuda, sudada y... ¡Contrólate! Algo seguro, piensa en algo seguro. Cuchillos, los cuchillos son indefensos, cuchillos largos y sexy... No, no... Conejos, los conejos son lindos y forni...* me rendí. Era inútil, así que mejor que buscara algo de información.

—¿Cómo sabes que tenía que estar «guardada»? —Hero levantó una ceja sonriendo. Aquella sonrisa era peor. Debía alejarme, ahora.

—El chico surfista fue a hablar conmigo, motivado porque cierta damita le dijo que yo la acorralaba, y que la ponía nerviosa.

—¡Yo no dije eso! —respondí con prontitud; él rio.

—Bueno, es lo que él dijo —en un gesto relajado se frotó la nuca. Mis ojos siguieron sus movimientos, me lamí la boca pero me di cuenta demasiado tarde de que él aún me observaba. Sacudí la cabeza y Hero dio un paso hacia mí—. ¿Te pongo nerviosa, Sal? —su dedo índice acarició mi mejilla y quise llorar. Su caricia me

excitó más de la cuenta. ¡Mierda! ¡Sí! Estaba furiosa. Conmigo misma, por ser tan débil.

—Creo que te llevaré hasta... —aquellas palabras me hicieron enojar, estaba allí para limpiar mi nombre, no para ser arrastrada nuevamente a la casa.

—Puedes hacer lo que te plazca, pero no iré contigo —contesté con furia apoyando mi dedo en su pecho para que supiera que iba en serio, en tanto las emociones se agolpaban en mí. ¿Cómo sucedió todo esto? Nunca había hecho nada mal, me había mantenido dentro de la ley, y de pronto aparecía ese vampiro para arruinarme la vida, y ahora estaba también, misteriosamente, Hero ¿Por qué me cuidaba?

Quise alejarme, pero me detuvo.

—Pues gatita, no dejaré que te marches sola. —Apreté los dientes, aunque aquel sobrenombre comenzaba a calentar algo en mí; podía imaginarme ronroneando ante sus besos, arañando su espalda para marcarlo como propio... *No, ¡no debía pensar!*

—¿Y qué vas a hacer para lograrlo? —lo reté. Sabía que él encontraría un modo. Y por un momento quise que se quedara a mi lado. Su presencia era intoxicante. Y lo que era peor, me di cuenta de que ya no le temía, lo deseaba.

Capítulo ocho

Hero

Personalmente, si me lo preguntas, no sé muy bien qué fuerza demencial me llevó a acercarme adonde ella estaba. En el camino, mientras seguía a Nicolás, intenté sopesar las causas por las cuales Sal me atrae tanto, pero no encontré ninguna respuesta coherente. Había seguido a su centinela después de nuestra improvisada reunión y amistosa charla, que por cierto me dejó más confundido, lo seguí aun después de que este me advirtiera que no debía estar cerca de ella y me prometiera los peores castigos si le hacía daño. La verdad, es que no deseaba hacerle daño. Quería hacerle muchas cosas, pero daño no era una de ellas.

Y ahí estaba, sin poder alejarme, apretujado en las sombras con Sal, cubriéndola en ese callejón maloliente, embelesado; hasta podría decir que estaba hechizado por algo que no había sentido en mucho tiempo. Estaba claro que ella no sabía qué era lo que perseguía, pero yo sí; no era la primera vez que los *vika* se cruzaban en mi camino, y sabía por experiencia que si no la ayudaba no solo me odiaría por ello, sino que podría salir herida, y esa no era una cosa que me agradara. La miré a los ojos y noté que estaba nerviosa, podía sentirlo, deseé tranquilizarla con un beso, pero no me atreví. Tal vez no pudiera soportarlo, tal vez aquello rompiera lo poco de conciencia y autocontrol que me quedaba y finalmente cediera al impulso de desnudarla a los tirones para tomarla como exigía el animal que habitaba dentro de mí. El vampiro, en mi interior, me incitaba a sacar los colmillos, a hundírselos en el cuello para unir su sangre a la mía, sin más, y de una forma primitiva invadir su mente y obligarla a que se quedara a mi lado por la eternidad... Pero viendo sus ojos, no podía hacerlo. Adoraba descubrir la ebullición en aquellas pupilas, la fuerza que poseía me extasiaba, me encantaba saber que ella nunca se tiraría a mis pies y rogaría por ser tocada, como lo hacía Mikela.

No podía tomarla por la fuerza, eso estaba claro, simplemente no podía hacerlo. Sonriendo recordé las amenazas de Nicolás, su afán por infundirme un temor que me alejara de Sal. El centinela no había logrado cambiar mis pensamientos; la quería para mí, solo para mí. Mi cuerpo ardía por tomarla, pero este no era el lugar ni el momento, en mi mente la fantasía estaba acompañada con un buen vino, una habitación templada por el calor de nuestros cuerpos y la suavidad de la luz de las velas dibujando sombras mientras la poseía; además, no quería que nadie más la viera temblar y gritar de placer, retorciéndose en mis brazos, sudorosa y saciada, pero por sobre todo unida a mí por su voluntad.

No pude evitar sonreír ante la imagen, ese sería un regalo que solo yo tendría,

alguna vez, no ahora. No con el peligro de perderla a la vuelta de la otra esquina. La cuidaría, aunque aquella sensación que me producía su cuerpo contra el mío me hiciera sufrir como si fueran a castrarme. Valía la pena.

Cuando la vi correr, mi instinto protector estaba en punto de ebullición y todo el control que había juntado no fue suficiente para detenerme; la aparté de la bestia y la acogí entre mis brazos como nunca había hecho para con nadie más, y supe que no habría amenaza que me mantuviera lejos de ella. No me importaban las advertencias de Nicolás. No importaba si la misma Vatur bajaba a detenerme. Haría todo por salvarla, por verla sonreír incómoda ante mi presencia, con aquella adorable mirada de disgusto que le creaba, luchando por no bajar la vista, por no sentirse doblegada.

Nicolás había aparecido para salvarme de la molesta presencia de Mikela esa misma noche, y aunque no fue del todo agradable debía reconocerle eso; yo no tenía intenciones de acercarme a ella, pero la bruja sabía cómo controlarme, lo había hecho en el pasado, y la odiaba por eso, así que cuando el centinela apareció no pude más que agradecer la interrupción.

Me sentí aliviado al verlo, hasta que me acorraló como a un perro en un rincón, pidiéndome explicaciones que no podía dar. Había entrado a mi guarida como el dueño del lugar, despidió a Mikela sin problemas y observó todo como si buscara evidencias de algo; eso realmente me fastidiaba. Esperé paciente a que hablara, se detuvo ante mí y me increpó sin miramientos.

—¿Quién te contrató? —me espetó sin un «hola» de por medio.

Cuando las palabras salieron de su boca sentí ganas de reír, mientras me frotaba el cabello con una toalla. Lo pensé un momento. ¿Por qué me preguntaba eso? ¿Qué hacía allí? Lo escruté un momento buscando la mejor respuesta, pero no hallé ninguna, así que le dije simplemente:

—La S.A. ¿Quién más podía ser?

Nicolás aporreó la mesa, sonó fuerte el golpe, y volvió a fijar su mirada asesina sobre mí. Su presencia era provocadora, no estaba feliz, podía percibirlo, aunque no sabía por qué había venido.

—¿Qué hacías ahí? —Levanté una ceja instándolo a que me explicara, dónde era «ahí»—. Justo allí, donde estaba Sal. —Estreché la mirada sobre él deteniéndome a observarlo, sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba; no sabía muy bien cuáles eran los poderes de Nicolás, pero de una cosa estaba seguro, era más poderoso que yo. ¿Qué decir sobre Sal?, ni yo sabía qué me había llevado hasta ella.

—¿Me estás acusando de algo, vaquero? —respondí intentando no sonar alterado, aunque sentía los vellos de mi nuca parándose y todo mi cuerpo buscando una confrontación. Me sentía territorial, y no era solo porque él había entrado a mi casa, era por... ella. ¿Quién era Nicolás para juzgarme? Aquel tipo gozaba del permiso de estar junto a ella cuando quisiera, mientras yo solo debía contentarme con miradas

furtivas.

—¿Tendría que hacerlo? —gruñó.

—Yo no debo rendirte cuentas de lo que hago —respondí— y menos si no sé de qué me acusas. —Intenté mantenerme calmo, cuando una puntada de celos heló mi piel. ¿Celos?

—¿Estás espiando a Sal?

Sacudí la cabeza sin comprender. ¿Qué quería decir? Recobré la compostura y respondí: —Mira vaquero— suspiré —por qué no te controlas— dije apretando los dientes hasta que mi mandíbula tronó. —Creo que las hormonas se te han subido a la cabeza.

Nicolás terminó en un segundo con el espacio que quedaba entre nosotros en un par de zancadas, para detenerse tan solo a unos centímetros de distancia. Apreté más los dientes para no empujarlo. Odiaba sentirme acorralado.

—No sé qué buscas, pero créeme son más que hormonas.

—Bien, somos dos... —lo miré a los ojos tentándolo a dar el primer golpe. Había sido una noche frustrante para mí, muy frustrante, y una pelea acallaría esa necesidad de acción que no pude agotar—. ¿Por qué no tengo ni la mínima pista de qué me hablas? —meforcé a recuperar la cordura, tomé una bocanada de aire y volví a mi postura desinteresada en la charla, aunque en mi mente aún veía la desesperación de Sal aporreando el coche.

—Esta noche, estabas ahí, persiguiendo a Sal... —Moví la cabeza lentamente, negando la acusación. Ahora sí estaba molesto. Más que molesto. Lo empujé con ambas manos en el pecho y Nicolás dio unos pasos hacia atrás.

—No estaba persiguiendo a tu agente —sonreí con suficiencia— estaba tras la pista del nefilim. ¿Recuerdas? Todos estábamos abocados a esa misión —deseé poder preguntarle si acaso ella tenía otros beneficios con él. ¿Por qué no estaba cumpliendo las órdenes? ¿Qué otros beneficios tenía sobre ella? Maldiciéndome, guardé las preguntas en el fondo de mi mente cuando pensé que quizá no quisiera escuchar la respuesta que me daría. ¿Qué si ella se acostaba con él? Otra oleada de celos me turbó aún más—. Sigo sin entender por qué es la única que tiene dos misiones, cuando todos estamos volcados al nefilim, pero de una cosa puedes estar seguro, no estaba tras ella. —Mis palabras parecieron tranquilizarlo y su rostro se suavizó un poco, como si aquello le recordaba quién era y cuál era su puesto.

—¿Qué sabías del nefilim?

Volví a estudiarlo un segundo. ¿Hablar o no hablar? Ese era el dilema. Sonreí, pero en él noté verdadera preocupación. *Cedí.*

—Me informaron que el nefilim estaría por esa zona, me enviaron a rastrear el área en busca de cúmulos de energía y ¿sabes?, hay algo raro en esto; por lo que vi, no fue uno de ellos el que armó el revuelo, sino un vampiro con mucho poder; y

luego llegó tu chica. —Noté cómo los músculos de la mandíbula de Nicolás se apretaban fuertemente, como una tenaza.

—¿No la ayudaste? —preguntó y chasqueé la lengua.

—No sabía que era una misión —sentencié y me crucé de brazos—. La hubiera ayudado si tan solo hubiera podido acercarme sin espantarla, pero no estaba seguro de cómo tomaría ella mi «ayuda». Me quedé ahí, sin intervenir, y él se disolvió en la nada; luego lo busqué, hasta que Sal me vio.

—¿Y después? —Nicolás cedió unos metros, como si en su mente estuviera sopesando toda la información; caminé hasta la mesa y tomé una silla.

—Te explicaré —me senté a horcajadas y entrelacé los dedos sobre la mesa mientras él me imitaba—. Cuando ella se marchó, fui al lugar del ataque y hallé que un grupo de limpieza había estado allí. Encontré el rastro del nefilim, y luego el de ella. Me intrigó saber por qué había ayudado a un nefilim hasta que entendí que se había marchado enojada sin saber qué era aquel tipo, no hay que ser Einstein para saber que no le gustan los nefilim. Por un momento creí que había sido solo aquello, pero cuando noté la presencia del otro, otro como yo, supe que algo no andaba bien.

Otro psíquico, pensé, pero no lo dije. No le diría cuáles eran mis poderes aunque por lo que creía saber de él tal vez no fuera necesario; yo aún no confiaba plenamente en su palabra, pero Sal lo hacía y esto podía ayudar. Ayudarla.

—¿Otro como tú? —Nicolás se acodó en la mesa y esperó a que siguiera.

—Sí... una pequeña marca de poder que seguía en el lugar. Volví por el camino que ella había hecho hasta que me encontró, vi rastros de magia. Se había ocultado de ella, me pareció raro no haberlo notado antes, pero allí estaba. Seguí el rastro. —Apreté los dientes mientras recordaba cómo se había escapado de mis manos, pero no aparté los ojos del centinela—. Lo perseguí hasta el edificio aquel —bajé los ojos y me observé las manos—. Te vi bajar de una camioneta y allí estaba, escondido tras un manto de magia —levanté la vista y noté que Nicolás ya no me observaba—. ¿Acaso no lo viste? —levantó los ojos para enfrentarme y no hizo falta que respondiera, ya que en su rostro se traducía la pregunta que se estaba haciendo, que ambos nos hacíamos. ¿Cómo no lo había visto?

—No...

Nicolás se levantó de golpe, frustrado. —Maldita sea...— comenzó a decir en tanto se marchaba como había llegado, maldiciendo al destino.

—Lo seguí después de eso —agregué en voz alta. Nicolás se detuvo al instante y se volvió hacia mí—. Sabía que estaba siguiéndolo. Me vio, atacó a una mujer para distraerme y lo perdí; pero imagino que no es coincidencia que ella y él se encontraran dos veces en un día ¿no? Porque ahora, estoy seguro, aquel sitio en que te vi es donde ella vive.

—No —respondió Nicolás con su mirada perdida en el vacío.

—Estoy seguro de que volverá por ella... —ahora sus ojos estaban fijos en mí otra vez. Le aguanté la mirada, dejando implícita la idea de que no lo encontraría sin su ayuda; Nicolás tan solo contestó—: Sí, pero mantendremos a Sal alejada de las calles. —Sentí una punzada de celos. Alejada de las calles, *alejada de mí*.

—Te avisaré si encuentro algo —murmuré, y Nicolás se marchó sin responder.

Por un momento me debatí sobre qué debía hacer. Estaba hasta el cuello y lo sabía. ¿Por qué había creído que yo seguía a Sal? ¿Qué le había ocurrido? Dudé unos instantes. ¿Seguirlo o no seguirlo? ¡Seguirlo! Subí a mi Ducati. Ahora tenía una ventaja, sabía que Nicolás no podía ver tras el manto de poder, o al menos eso decía, y me propuse comprobarlo de inmediato.

Salí tras él; después de recorrer un largo camino lo vi llegar a una casona. Si era su casa estaba en una zona cara y alejada, llena de mansiones inmensas, nada parecido a mi humilde, «galpón». En el trayecto usé todo mi poder para seguirlo, manteniendo oculta mi presencia, y eso me había agotado como si hubiera hecho el recorrido a pie. Utilizar un manto de energía era útil cuando quería pasar inadvertido, aunque eso consumía con más rapidez mis fuerzas, ya que no solo debía cubrirme sino también cubrir mi moto y lograr insonorizarla para que Nicolás no la advirtiera; pero valía la pena, al menos sabría por dónde empezar. Aquel vampiro iría por Sal y, sin saber por qué, el nefilim también lo haría, por lo tanto saber su ubicación me daba ventaja. ¡Ventaja para matarlo antes que pusiera sus manos sobre ella!

Gracias a Vatur, Nicolás era un conductor prudente. Frenaba en cada semáforo y en cada senda peatonal, incluso cuando no había nadie; esto me ayudó a mantener un ritmo constante y a que la Ducati no hiciera mucho ruido.

Estacioné a unas cuadras de distancia y corrí tras él. Agitado me detuve contra el muro alto que delimitaba su propiedad. No sabía si debía entrar, tal vez fuera muy arriesgado, Nicolás era uno de los más altos agentes de la S.A., y yo desconocía qué medidas de seguridad tomaría un hombre de su nivel. Extendí mi poder y percibí que había rastros de oscuros en los alrededores, debía ser la guardia de la casa. Al menos no me había mentido, él la tenía bajo custodia y podía distinguir más de siete rastros diferentes, por eso descarté la idea de infiltrarme allí; en cambio caminé hasta la esquina más oscura para cubrirme y poder estudiar el sitio. La calle estaba tranquila, se escuchaban perros a lo lejos y nada más. ¿Qué pensaba hacer? Sacudí la cabeza sin saber si quedarme o no; por un momento me sentí estúpido y me pregunté: ¿Qué demonios hago aquí, a estas horas de la noche? Me rasqué la cabeza, molesto ante la duda, y estudié el vecindario, hasta que noté aquello que avanzaba por la calle.

Se escondía en las sombras, aunque yo pude percibirlo gracias a las ondas que emitía, pero cualquiera que pasara por allí no lo vería... Y, definitivamente, no era nada bueno. Vi como la *vika* movía su cabeza en dirección a la casa, husmeando el aire con su hocico gigante. Seguí la dirección de su mirada, entonces advertí su

presencia. Sal había saltado el muro y caído como un gato agazapado en la acera. Ni la *vika* ni ella me habían visto, pero la *vika*, ese bicho ciego, con enormes cavidades huecas, la había sentido e iba por ella... No dudé cuando ambos empezaron a correr. Fui a buscar la Ducati. Sal corría con cuerdas de ventaja en dirección contraria a la mía y aún así el animal casi la alcanzaba. No necesitaba caerle encima, ni siquiera golpearla, tan solo necesitaba que Sal lo tocara para caer en la inconsciencia de un sueño espeluznante, del cual era casi imposible salir. Debía sacarla de allí, no podría defenderla sin que saliera lastimada. Sal no sabía que estaba cerca para ayudarla. Y eso había hecho...

Ahora, en aquel callejón, inhalando su aroma, no podía alejar mis manos de su cuerpo, era como si mis dedos buscaran cualquier excusa para rozar su piel. Debía mantenerla a salvo. Era demasiado terca como para quedarse en un lugar seguro. Aquella sensación dulce de su piel rozándome los dedos era más que electrizante. La suavidad de su esencia, sus pechos contra mi cuerpo, sus manos... *Que Vatur se apiade de mí*, pensé. Toda ella era un bálsamo para mi corazón marchito. Cuando vives mucho tiempo, las cosas dejan de llamarte la atención, yo lo sabía, por eso no quería dejarla ir. La necesitaba.

Di un paso hacia atrás forzando a todo mi cuerpo a alejarse, respirar y obtener algo de claridad mental.

—Creo que te llevaré hasta... —no terminé la frase, ella me interrumpió.

—Mira, puedes hacer lo que te plazca... —Sal estaba furiosa y eso me agradaba. La ira se reflejaba en sus ojos y en sus mejillas, la hacía lucir viva. Se veía más linda así. Su dedo me golpeaba el pecho, incriminándome y dejando fuera cualquier rastro de temor que alguna vez viese en sus ojos— ¡pero no iré contigo!

—Pues gatita —dije arrastrando las palabras— no puedo dejar que te marches sola. —Ella apretó los dientes y tuve que contener la sonrisa. Aquella imagen me hacía recordar a un pequeño felino enojado, con el pelo erizado y todo.

—¿Y qué vas a hacer para lograrlo? —me desafió, y dio unos pasos alejándose de mí, dándome el tiempo justo para admirar su trasero.

—No sé, déjame pensar... —me crucé de brazos y tamborileé los dedos en mi barbilla con expresión siniestra; ella me miró por encima del hombro y dio un paso para alejarse—. ¿Llamar a Nicolás estaría bien? —la oí gruñir, pero esta vez sonreí. Ella giró con rapidez.

—No, no puedes —sentenció dando un paso hacia mí y sujetándome la mano para que no tomara mi teléfono que colgaba de la cintura del pantalón.

—¿Por qué no? Es lo lógico... —dije notando que la mano de Sal apretaba la mía; mis ojos se concentraron en los de ella inundándome de sensaciones dulces. El calor de aquellos dedos me recorrió entero y parte de mí se regodeaba de aquel toque. Por primera vez me miraba sin temor, y aquello era un canto para la alegría. Nunca

me había importado cuánto me odiaran o me temieran los demás, no los quería cerca ni ahora ni nunca, pero Sal era diferente. Ella no debía temerme, yo nunca...

—¿Qué debo hacer para que no lo llames? —su voz surcó el aire y mil imágenes corrieron por mi mente. «Desnúdate y déjame hacerte el amor», pensé y la recorrí entera con la mirada; una imagen lasciva se instaló en mi mente y ella pareció notarlo porque retrocedió.

—No haré eso. —Bien, ahora estábamos negociando. Salí del encantamiento, aun con la mano de ella entre mis dedos, y busqué cordura para hablar. Sentía la garganta seca y la necesidad de alivio apretándose contra la tela de mis pantalones.

—No he dicho nada —me defendí levantando las manos, y odié la sensación de pérdida cuando me soltó.

—Tú, pusiste esa cara de... no importa, mira, debo ir tras algo. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Es sobre el vampiro con poderes que perseguías ayer? —Al instante noté el cambio de energía en ella; cuando me observó ya todo había cambiado. Dio un paso atrás, buscaba alejarse.

—¿Qué tienes que ver tú con eso?

—Puedo ayudarte, algo me dice que está interesado en ti. —Al igual que yo, hubiera querido agregar. ¿Quién era yo para juzgarle por eso? Sal era hermosa, su cabello rubio, sus ojos tentadores, sin contar esa boca que podría depositarlo en el cielo si tan solo creyera que los vampiros iban a uno. Al menos así, podía tenerla cerca, más cerca de lo que nunca la había tenido. Quise ronronear como un gato ante mi victoria; al menos por unas horas, ella estaría a mi lado. Era tentador, debía admitirlo. Tal vez el animal ganara y la tomara, o tal vez la pizca de humanidad que habitaba en mí pudiera conquistarla. Eso estaba por verse.

Capítulo nueve

¿Confiar en el diablo?

Siempre confié en mis instintos, siempre; si me dolía el pecho izquierdo, seguro estaría por llover así que buscaba un paraguas, si mis tobillos estaban un poco hinchados, seguro que había baja presión y el viento soplaría durante el día entero por lo tanto me recogía el pelo en un rodete, pero ahora... ahora me fallaba mi intuición. Por un momento pensé que tal vez alucinaba e intenté moverme, pero cuando sentí su dureza, pues todo su cuerpo era puro músculo, caí en la cuenta de que realmente me encontraba entre sus brazos. Algo iba mal. ¿O yo estaba mal? ¡Mierda! No lo sabía.

Miré hacia la calle nuevamente; él me había salvado de aquello, pero aún no lograba entender por qué lo hizo. El hombre que había conocido en las reuniones no se parecía en nada al que tenía frente a mí. Esta versión de él era amable y brusca a la vez, pero siempre con mucho cuidado de no lastimarme. Pudo golpearme, pudo haberme matado de primera mano, si esa hubiera sido su intención, pero él estaba haciendo lo mismo que intentara Nicolás algunas horas atrás. Protegerme. Aquel gesto me encantaba y me enojaba en partes exactamente iguales. No era una niñita que debía ser protegida, era una asesina de la Asociación, al igual que él. Después de unos instantes suspiró y volvió sus ojos hacia mí, quemándome con la mirada hasta sacarme de mis diatribas internas.

—Mira, puedes creer lo que quieras, incluso puedes pensar todo esto mientras andamos —él dio un paso hacia mí. Lo miré a los ojos y noté una expresión de molestia. ¿Acaso lo fastidiaba? ¿Qué importaba si lo hacía? Yo también estaba fastidiada. Odiaba el revoltijo que se me formaba en el estómago cuando sentía su proximidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de forma hosca y retrocedí otro paso, que él cubrió en un segundo. Debía alejarme, no podía respirar con Hero tan cerca. Simplemente no podía. Mi mente parecía gelatina, era como si los conectores de mi cerebro no lograran encontrar a las neuronas encargadas de hacer funcionar mi cuerpo de modo correcto. ¿Qué sería lo próximo? ¿Abrir la boca y babear frente a él? ¡Seguro que no! Se mordió los labios y suspiró, aún más fastidiado, acercándose a escasos centímetros. Podía percibir su respiración sobre mi cara como una suave caricia; temblé al sentirlo tan cerca. Había algo en aquellos ojos que me tentaba. Mi respiración se agitó y me lamí los labios.

—Mira Sal, no sé por qué —su voz sonaba triste—, pero hay algo en ti que me gusta. —Bien, ahora sí temblaba como una niña ante su primer beso. Mis rodillas se aflojaron como si fueran a dejarme caer sin más. Él se rascó la cabeza, nervioso—.

No puedo explicarlo... ¡maldición! —Se alejó un poco e hizo un gesto de irritación—. Rompes con todo —se alejó unos pasos más, privándome de aquel calor que mi cuerpo necesitaba. Se revolvía el cabello mientras soltaba una mala palabra tras otra, hasta que su mirada volvió a enfocarse en mí. Sentir su fastidio me molestaba. Dolía—. No sé por qué, pero si sé que *eso* —dijo señalando la calle ahora vacía— viene por ti. —Me señaló con el dedo y una de sus cejas se arqueó acentuando su malestar—. Tal vez no haya resuelto el enigma que se me plantea cada vez que te tengo cerca; no sé por qué necesito jugar al Romeo contigo, o por qué necesito saber que estás a salvo, así que mueve tu culo hermoso o te sacaré de aquí a la rastra y, créemelo, lo disfrutaré.

Me tomó de la mano. Mientras, mi mente se había quedado atorada entre sus palabras: *me gusta, cada vez que te tengo cerca, Romeo y culo hermoso*. Otra vez mis neuronas fallando, la sinapsis en huelga. Caminé tironeada por él, no sé cuánto tiempo, pero la única parte viva de mi cerebro babeaba con su discurso que se repetía una y otra vez.

Llegamos a su moto; reaccioné cuando él me tendió el casco. Miré hacia atrás notando que había caminado casi zombi las últimas... ¿tres cuadras?

Hero me observaba aún con el casco en la mano, tendiéndomelo. Paseé mis ojos del casco a él y a la moto e hice una mueca rara que le causó gracia, y rio... Me quede dura cuando lo oí, y hasta podría decir que me dio un vuelco el corazón. Sus dientes blancos, aquellos finos labios abriéndose en una mueca tentadora y el sonido de su risa. ¡Santa sea Vatur!, nunca lo había visto sonreír siquiera; aquella risa fue más de lo que esperaba, incluso el sonido de su voz riendo me calentó el alma. Cuando noté que Hero no desistía en cuanto a entregarme el casco, lo tomé de mala gana. Si me negaba parecería que me intimidaba, lo tomaría así estuviera en llamas. Nunca lo dejaría pensar que su presencia me acobardaba.

Montó en la moto y me indicó el asiento tras él. Subí lentamente, levantando una pierna para pasar sobre el asiento; mis manos apresaron su cintura y su campera de cuero negro hasta que arrancó. Al aumentar la velocidad no pude más que apretarme contra su espalda y abrazarlo. Casi me sentía como uno de esos monitos que van colgados del cuerpo de su madre, aunque Hero no era nada parecido a algo peludo y tranquilo. Más bien parecía una pantera a punto de saltar, todo su cuerpo estaba tenso dándome una extraña sensación de seguridad. Era peligroso. Todo en él indicaba que lo era. Algo iba mal, lo presentía en mi fuero interno, no podía sentir aquello, esa necesidad de sentirme protegida, aquello me enturbiaba la mente... hasta que mi cuerpo reparó en que nunca en mi vida había sentido tanto músculo. Podía incluso imaginarme recorriendo cada montículo cuidado de su estómago. Mis piernas casi lo rodeaban por completo y eso hizo que mi termómetro corporal estuviera a punto de estallar. Mi centro apoyado en la parte baja de su espalda, mi imaginación corriendo a

toda velocidad, el perfume de Hero... tragué. ¿Cómo se sentiría tenerlo entre mis piernas? ¿Cómo sería tenerlo dentro de mí? Lo imaginé dominándome, y eso me hizo peor. Podía ahogarme si seguía así. Tal vez las chicas tuvieran razón y podría morir ahogada en mi baba mental, porque estaba segura de que había escuchado el estallido de más de una neurona dentro de mi cabeza.

—Por Vatur, juro que eres hermoso —confesé en un susurro en la privacidad del casco, apoyándome aún más en él. No me atrevería a admitirlo de otro modo—. Y tú también tienes buen un trasero —murmuré recordando sus palabras. Sonreí ante la imagen de cómo sería la cara de Hero si yo le confesara eso, ¿se ofuscaría, o simplemente estaría avergonzado? No lo sabía, y no pensaba averiguarlo en mi estado actual; no era momento para estas cosas. Suspiré y me aferré aún más fuerte a su cuerpo. ¿Cuánto se tomaría por fiebre en un vampiro? Oye ¿los vampiros pueden tener fiebre? Porque claramente había un calor intenso entre mis piernas en ese instante, y auguraba con aumentar si no llegábamos pronto. ¡*Qué mierda!* Debía admitirlo, olía bien, su campera acariciaba la piel de mis manos aferradas a su cintura y cada uno de mis músculos apreciaba la textura que cubría su pecho, la dureza de años de entrenamiento, de un cuerpo que podía fácilmente ser un arma si así lo deseaba. Los músculos de todo su cuerpo se marcaban con cada curva, con cada frenada; incluso con mi cabeza metida en ese casco se sentía bien, y eso que nunca fui una chica de lugares pequeños... allí estaba su perfume que lo tomaba todo. Abrí la visera intentado que entrara un poco de aire y al mismo tiempo hablarle. Estábamos cerca.

—En la próxima a la derecha, iremos a mi departamento —le grité intentando que me oyera por sobre el casco mientras la brisa golpeaba contra mi rostro. Él inclinó un poco la cabeza en señal de asentimiento.

—Te oigo cariño —su voz empalagosa llegó a mis oídos. ¿Mis oídos? ¿Cómo?— y quiero que sepas que eso suena tentador... —apenas lo oí supe que no había gritado, sin embargo lo había oído fuerte y claro. Al principio pensé que era una alucinación, que tal vez tuviera el poder de hablar directo a mi mente, pero cuando lo oí reír ante mi silencio sepulcral, lo supe. ¡*El casco poseía micrófono y auriculares!* Eso llevó a los engranajes de mi cerebro a caer en la cuenta de que él había oído todas mis declaraciones.

—¡Tú! ¡Bastardo...! —golpeé su costado y me desestabilice tanto que casi caigo de la moto. Hero soltó el manillar y con su mano asió mi trasero y me sostuvo. Por alguna misteriosa razón, no me quejé.

—Es bueno saber que te gusta mi trasero... —se mofó.

—¡Tú no debías oír eso! —rechiné los dientes— es tramposo, no debías espiar.

—No espié, lo dijiste en voz alta...

—Sí, pero, pero, no me avisaste que podías oírme.

—Ni tú que te gustaba mi culo. —Maldije—. ¿Te pongo nerviosa, muñeca? — mis manos atinaron a soltarse, pero él las envolvió rápidamente con la suya manteniéndolas sobre su estómago.

—Mira, por qué no te detienes y...

—Llegamos —la única neurona que parecía estar consciente de la realidad me hizo levantar la vista, y allí estaba nuestro edificio. Hero aparcó la Ducati y me quitó el casco. En el instante en que vi el edificio un frío sepulcral se instaló sobre mí, amenazando congelarme por completo. Me bajé sin apartar los ojos de aquel lugar, como si sopesara cada sombra, cada rincón, a la espera de que aquel bastardo que había roto el único lugar en el que me sentía segura se hubiera marchado. Hero acomodó la moto en un sitio oscuro y caminó hacia mí.

—Podría estar aquí aún —dije escudriñando la calle mientras avanzábamos hacia la puerta. Una sensación de energía me envolvió, observé a Hero por el rabillo del ojo, parecía concentrado, con los ojos clavados en la lejanía. Me froté los brazos con fuerza tratando de evitar la sensación, mi piel crepitaba hasta que él me miró.

—No, no esta aquí —lo estudié intrigada percibiendo como el calor volvía a mí, como si la energía fluctuara y me calentara pero... ¿cómo podía estar seguro? Sus hermosos ojos me observaron y no pude evitar sonreír en respuesta—. Podría sentirlo si estuviera cerca —aseguró respondiendo a mi pregunta no verbalizada. No me atrevía preguntar cuán cerca... una ventaja era mejor que no tener ninguna. Sus palabras me tranquilizaron y también parte de mí se alegraba de que él estuviera a mi lado.

—¿Y como sé que no me mientes? —pregunté curiosa. Se alejó unos pasos y levantó los brazos en actitud defensiva frente a su cara, pero en un instante bufó y los dejó caer hasta que se acomodó las manos en los bolsillos de la chaqueta de una forma demasiado sensual, que hizo que mis sentidos se concentraran aún más en él y todo mi cuerpo respondiera.

—Estoy aquí ¿cierto? —levantó provocativamente una ceja—. Si hubiera deseado entregarte, cariño... —se acercó tanto a mí que levanté la cara para ver sus ojos mientras él con la parte posterior de su mano me acarició la barbilla hasta el pómulo y acomodó uno de los mechones descontrolados de mi pelo. Estábamos a solo unos metros de la entrada, pero se las apañó para encontrar un sitio donde acorralarme. No sabía cómo lo hacía, pero Hero siempre encontraba una forma de cercarme, para evitar que corriera—. Si ese fuera mi deseo —susurró de manera pausada, con una voz dulce y espesa como la miel— lo hubiera hecho; como dije, no sé qué es, pero intento averiguarlo.

Mi garganta estaba seca, no pude decir nada, mi lengua se me atascó en el paladar cuando sonrió. —Vamos— me tomó de la mano y comenzó a caminar hacia la entrada.

Capítulo diez

Sucumbir

Ingresamos al amplio vestíbulo de la planta baja del edificio, donde estaba nuestro apartamento. Las paredes lucían decoradas con finas placas de madera vetada, con un pequeño bisel en las juntas que lo hacía ver sofisticado. Había pequeñas luces colgando de las paredes, acompañadas de una hermosa araña de porcelana china con exquisitos filamentos dorados e incrustaciones de piedra; aquella araña era el centro del vestíbulo, iluminándolo todo y creando sombras juguetonas que se derramaban por el ambiente. El piso estaba cubierto por una alfombra mullida con detalles hindúes, muy antigua; a nuestra izquierda estaba el escritorio del cuidador, quien nos observó a ambos al entrar, lo tranquilicé saludándolo con la mano y me devolvió una sonrisa. Entramos al ascensor y de pronto, con Hero allí, todo parecía empequeñecerse, impregnándose con el dulce aroma de su piel, como si fuera a ahogarme; me sentí acalorada. Él lucía relajado, aunque no lo estaba podría jurarlo, toda su perorata de unos minutos antes era más para mí que para él, había intentado desconcentrarme para que no sintiera miedo y lo había logrado, sus manos se abrían y cerraban formando un puño apretado, que podría matar a cualquiera. Me sorprendí descubriéndolo, como si lo conociera hace mucho; noté también que sus hombros estaban rígidos por la tensión y por un instante mi mente registró su atuendo. Llevaba pantalones de jean gastados en las rodillas y largos, que cubrían sus botas, allí es donde debía esconder sus armas aunque siempre dudé sobre si las necesitaba, una camisa gris que se pegaba a su cuerpo y aquella chaqueta de cuero a la que me había aferrado.

—Nadie puede ingresar al apartamento sin autorización, en realidad no pueden llegar ni siquiera con el elevador, no manualmente —dije cuando observó el teclado numérico.

—Él no necesita eso —su afirmación me hizo dar un paso al frente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tampoco lo necesito —lo escruté intensamente, y en vez de estar molesto Hero me devolvió una sonrisa. Me apoyé contra la pared contraria enfrentándolo y presioné el botón del último piso, el panel dio un pitido cuando reconoció mi huella dactilar. Las puertas del ascensor se cerraron y este comenzó a moverse lentamente llevándonos al apartamento.

—¿Qué eres?

—Soy un vampiro, pero la mezcla con la sangre de mi madre me da ciertos poderes —de un momento al otro el ascensor se detuvo y mi pulso se disparó. No era

nuestro piso, no era ningún piso en particular, sabía muy bien que el elevador se había detenido entre niveles. Yo estaba atrapada ahí, con él... y de pronto tuve miedo. Hero no se movió, pero en su rostro había confusión—. Lo siento, no intentaba asustarte. —Tragué con fuerza intentando esconder mi temor.

—No, no lo haces —mentí tragando aún más fuerte. Él entrecerró los ojos y destruyó mi autocontrol cuando se acercó—. Ni siquiera lo intentes —tartamudeé. Sus dedos acariciaron mi cuello y levantó mi mentón con suavidad.

—Eso me gusta de ti, eres fuerte Sal, tan fuerte hasta el punto que duele —el elevador comenzó a moverse nuevamente, pero él no se alejó, en cambio se giró para enfrentar la puerta, dejándome detrás de él. No entendí qué hacía, hasta que sacó las armas de su cintura y las apuntó en dirección a la puerta. Al fin y al cabo había armas. Me distraje a tal punto que no había notado que estábamos a solo unos metros de la entrada. Si era cierto que Hero podía sentir al vampiro... tal vez aquello estaba allí. Saqué mis armas también, no entraría tras él como una niña indefensa. Quería que supiera que era fuerte. Quise colocarme a su lado pero no me lo permitió, me contuvo con solo una mano. Quise discutir pero fue en ese momento que las puertas se abrieron y una ráfaga de viento dio contra mi rostro arrastrando cada uno de los aromas. La puerta se encontraba abierta de par en par como si hubiera sido arrancada. Por un momento me pregunté cómo nadie había oído nada, e inmediatamente recordé lo que me había dicho Hero: no era un vampiro corriente.

Entró al apartamento a paso firme, sus botas hacían un ruido seco sobre el hermoso piso de madera lustrosa; lo seguí con un puñal y mi revólver listos. Recorrió la sala y la cocina. Mientras mis ojos observaban incrédulos la destrucción de la sala, había muebles y cosas por todos lados, el piso que siempre lucía brillante estaba opaco y con polvo. Hice una mueca de dolor. Aquello era nuestro y él nos lo había robado, incluso las cortinas colgaban de algunos ganchos mientras el resto fue arrancado; desde allí vi el tintineo de las luces de la ciudad... amaba esa vista.

—¿Está aquí? —pregunté aún con mis ojos prendados de las imágenes de la ciudad y la mandíbula tan apretada que mis dientes estaban a punto de partirse. Hero pasó a mi lado, revisando el lugar. Sentí un bombeo de energía surgiendo de él y me estremecí. El calor provenía de él. Era como una capa invisible.

—No, pero estuvo, hace muy poco.

—Lo sé, él dejó al tipo aquí hace unas horas —confesé vencida. Aún era de noche, y la brisa se había convertido en un viento potente ahí arriba, que arremolinaba mi cabello; los ojos se me llenaron de lágrimas contenidas aunque intentaba convencerme de que era el frío del aire azotando mi piel lo que me hacía llorar.

—No, el rastro es nuevo —dijo. Yo me aparté de la ventana limpiando una minúscula lágrima y lo miré—. Si aquel vampiro atacó a ese hombre y te lo dejó por

aquí medio muerto, debió ser él quien volvió por más, de ningún modo hubiera podido arrancar las cortinas si hubiera sido de día; son las tres de la madrugada, seguramente volvió antes que nosotros. —Sopesé la idea. Hero estaba en lo cierto—. Volvió aquí hace poco, pero ¿qué esperaba encontrar? ¿Qué buscaba? —me tensé. Conocía la respuesta: Su presa era yo. Sin pensarlo dos veces caminé hasta mi habitación, si había venido por mí, ese era el lugar donde buscaría. Deshaciendo la distancia que me separaba de mi cuarto pude notar a mitad de pasillo que la puerta estaba hecha añicos; di un paso adentro para ver el caos. Todas mis cosas estaban revueltas, mi cama rota, partida en la mitad, incluso mi ropa estaba destrozada y había plumas por todos lados, en los muebles, en el aire, y provenían de mis almohadas... Eso fue un golpe, algo en mi mente luchó por ocultar el temor de un recuerdo... *Plumas, plumas, ¡no, plumas... por favor, no!*

Angustiada me tomé la cabeza. Al instante sentí el cuerpo de Hero detrás de mí, posó sus manos en mis hombros en un gesto tranquilizador. Sin saber por qué me apreté contra él, mi cabeza descansó en su pecho y las lágrimas inundaron mis ojos. Había destruido lo único que era mío. *Mi lugar*. Aquel sitio era puro, hasta que él lo destrozó todo. Sumergida en el dolor me dejé guiar por Hero, de modo que me giró y me acunó en sus brazos. Mi cuerpo se aferró al suyo, dejando salir la frustración y la rabia. Mis puños apretaban su ropa y puse mi cara contra él, como si quisiera fundirme y calmar el dolor en aquel cuerpo. No sabía por qué, pero nunca había llorado frente a mis hermanas, en cambio aquí estaba Hero, un extraño, que me acunaba como a una niña, consolándome.

—Son cosas materiales, dulzura —me susurró al oído y acarició mi cabello— lo importante es que tú estás bien, tus hermanas están bien, estás a salvo.

No era lo material lo que más me dolía pero, cuando levanté la cabeza para protestar, él acercó sus labios y no pude detenerme. Su boca se apoderó de la mía y lentamente me relajé allí, en su protección, al punto que su lengua se metió, lenta y suave hasta que encontró la mía. Mis manos se apretaron contra él absorbiendo su calor, su perfume, como un elixir. Hero me tomó del trasero y me subió de modo que estuviéramos a la misma altura. Mis piernas se enroscaron en su cintura y mis manos apresaron su cuello. Lo sentía abrazándome, como un objeto inflamable a mi alrededor, dentro de mí, invadiendo todos mis sentidos. Su sabor era exquisito, misterioso y profundo como él. Me apretó contra el marco de la puerta y pude sentir su necesidad y la mía bullendo. Sus labios eran todo lo que había imaginado. Suaves, aunque sus besos eran posesivos, sin clemencia devoró mi boca; tomé con mi mano su cuello y alejándome de su boca, tirando su cabeza hacia atrás lamí su cuello. Pequeños lengüetazos hasta terminar en un beso, una succión. Hero respondió apretando mi trasero contra él de modo que pude sentir su erección. Mis caderas se frotaron contra él inconscientemente, buscando una respuesta a mis pulsiones. Hero

liberó una de sus manos y la metió bajo mi blusa para apresar uno de mis pechos, mis labios volvieron a su boca y me alejé un momento mientras él depositaba una hilera de besos en mi cuello. *Gemí*. Sí, gemí y me aferré a él frotándome con violencia, y protesté cuando se alejó lentamente y me miró a los ojos.

—Dime qué quieres y lo conseguiré —se giró y mi espalda fue a dar contra el muro apresándome allí, entre sus brazos— dime que necesitas que me quede, y desobedeceré las normas y no me iré de tu lado Sal —lamió mi cuello— tan solo dímelo —gruñó con la voz ronca, se alejó y lo observé notando la honestidad de sus palabras. El deseo. Podía sentir su angustia. ¿Podía él acaso sentir mi necesidad?

—No lo entiendes —gimoteé echando un vistazo a mi habitación.

—Lo asesinaré, lo prometo, y no tendrás por qué tener miedo. —Volví mi mirada hacia él—. Voy a matarlo por ti, cariño. Voy a hacerlo sufrir tanto que rogará no haber nacido, haré que me ruegue por la muerte —sus palabras estaban tintadas de furia, aunque sabía que no era para mí sentí la fuerza y el odio de su promesa. Su premura y la crudeza de cada una. Alargué mi mano hasta tocar su mejilla, por un instante cerró los ojos y se restregó contra mi mano, me detuve en cada sensación. Estaba tan agradecida de sus palabras, de su deseo, de que estuviera allí y no me juzgara mientras me desplomaba. *Diosa*, que estúpida había sido. Lo deseaba, deseaba su toque.

Su piel se sentía áspera a mi tacto, mientras que su postura era totalmente protectora y amorosa, sexual. Sentí la barba crecida e imaginé cómo sería sentirla entre mis piernas mientras él me daba placer con su boca. Paseé las yemas de mis dedos por la línea de su mentón, luego por su cuello, y mi centro se estremeció. Hero no abrió los ojos, pero sus brazos se cerraron a mi alrededor como si fuera a fundirme con él; aprecié la pasión y el deseo corriendo a través de nosotros. Abrió los ojos lentamente, inclinó su cabeza hacia mí y sus labios rozaron los míos una vez más. Nos quedamos un minuto así, quizá más, cuando mi teléfono sonó.

Con un fastidio que no sabía controlar bajé mi mano hasta chequear el bolsillo de mi chaqueta. Hero me soltó dejándome parar y por un instante quise decirle que no era necesario. Acallé esa voz cuando vi el nombre en la pantalla.

—Es Nicolás —murmuré.

—¡Ja! Ese tipo esta loco por ti —dijo de una forma tan brusca que me sacudí. Golpeó el marco de la puerta con el puño y se giró para caminar hacia la sala. ¿Acaso eran celos? ¡*Hero, celoso...!*

Un timbrado me sacó del atontamiento de ver su culo bien formado. Tenía buen trasero.

—Y deja de mirarme el culo Sal, no es correcto —dijo sin mirarme, y una risita tonta escapó de mis labios. Me atraganté mientras intentaba responder.

—Nicolás... —dije aún tosiendo.

—*¡Dile al idiota con el que estás, que más vale que se esconda muy bien, porque que voy a destriparlo!* —fruncí el entrecejo. Eso no sonaba bien. ¿Qué tenía que ver...? Y de pronto lo recordé. Hero me había preguntado si me incomodaba, que Nicolás lo había amenazado. Claro, la charla de chicos.

—Espera Nick...

—*¡Voy a cortarlo en pedazos!, debería haberme oído...* —la furia bulló en mí. Esa noche, Hero se había ganado un punto, bueno unos siete, ocho puntos en mi escala y no podía dejar que Nicolás lo tratara así.

—*¡No eres mi padre!* —Nick dudó un momento— así que no te metas en esto ¿vale? —dije desviando mis ojos nuevamente hacia Hero; estaba segura, había oído eso. Se encontraba agachado junto a la barra, sus dedos frotaron el piso para luego llegar hasta su nariz, pero no fue aquel acto lo que llamó mi atención, no. Mis ojos recorrieron sus brazos fuertes, con los que minutos antes me había inmovilizado y cubierto dándome calor, los músculos se le marcaban por debajo de la chaqueta. Dejé de mirarlo cuando escuché a Nicolás maldiciendo.

—*Te dije que no salieras...*

—Y yo te dije que eso no me detendría.

—*¿Te ha hecho algo?*

—No —volví a mirarlo, ahora se había puesto de pie y caminaba hacia mí. Él hizo un gesto parecido a una sonrisa. Pasó a mi lado rozándome, lo que electrificó mis terminaciones nerviosas. Se dirigió a una de mis cajoneras revueltas. Lo ignoré mientras Nicolás seguía con su discurso de padre perfecto, cuando me percaté de que era el cajón de mi ropa interior.

—*¡No toques eso!* —grité espantada y me moví interponiéndome entre mis bombachas y Hero. Sonrió y sonrojándose lo observé lamerse los labios.

—*¿Sal? ¿Dónde estas? ¡Maldición Sal!* —volví a poner el teléfono en mi oído sin despegar mis ojos de él.

—No vengo a hurgar tus bragas —sentencio Hero cruzándose de brazos, lo que hizo que todos sus músculos se mostraran extremadamente apetitosos.

—Vete al diablo —le gruñí.

—*¿Qué?*

—No era a ti Nick...

—*Sal, dime si estás en peligro.*

—Sí, lo está —contestó Hero acercándose un paso a mí y al teléfono.

—No, no lo estoy —repliqué—. Hero está hurgando en mis bragas —el acusado torció la cabeza y rio, aunque no entendí por qué hasta un segundo después.

—*¡Dime que no está hurgando en las que llevas puestas, por favor!* —Nicolás farfulló aquello como si ni siquiera deseara pensarlo. Por un instante me sentí palidecer ante las palabras de Nicolás, luego imaginé mi cara pasando por todos los

colores, de los rojos vivos a los violetas.

—¡Claro que no! —le espeté. Hero aún se mofaba de mí; acarició mis mejillas que estaban en fuego puro y me besó en la frente.

—Hay un rastro —dijo señalando a mis espaldas.

—¿Dónde? —la respuesta llegó del otro lado del teléfono, yo no podía apartar los ojos de él, el calor traspasaba su ropa incendiando mi cuerpo a fuego lento.

—Nicolás, parece que ha vuelto aquí hace poco y, por lo que noto, estaba interesado en sus bragas —ahora el teléfono estaba en medio de los dos, pero claramente Hero le respondía a Nicolás sabiendo que lo oiría.

—¿En mis bragas? —dije girándome para encarar el cajón. ¿Qué vampiro se empeñaría en llevarse mis bragas?

—Tienes cosas muy interesantes allí cariño —volví la mirada hacia Hero y me horroricé—. ¿Ocasiones especiales? —Sus dedos levantaban una fina prenda de Victoria Secret. Era una tanga de encaje negro que no dejaba nada a la imaginación, con el símbolo de unos colmillos en el frente. Le di un golpe en el hombro.

—Deja eso... —se la saqué de las manos, mientras él echaba otro vistazo al cajón que cerré un segundo después.

—Yo nunca vi tus bragas —escuché decir a Nicolás del otro lado. Yo personalmente tenía ganas de salir pitando de allí y evitar el bochorno. ¿Desde cuándo mis bragas se habían vuelto un tema popular? ¡Diosa querida!

—Nicolás ¡concéntrate! —le grité. Él aclaró su garganta como si de pronto sintiera la misma incomodidad que yo.

—Había un rastrero cerca de donde la encontré, a unas cuadras de donde «la mantenías segura» —dijo Hero cambiando radicalmente de tema. Agradecí eso y Nicolás emitió un gruñido.

—¿Un perro psíquico?

—Sí, casi la atrapa —acarició con los nudillos mi cabello y temblé sin querer.

—Hero ¿sabes lo que estás haciendo? —la voz de Nick sonaba cansada. Hero escuchó aquello y me observó; aquellos hermosos ojos casi podían traspasarme. Achicó el espacio entre nosotros y me besó en la frente. Me quede paralizada sintiendo como algo escondido de mi ser se paralizaba por la sensación desconocida.

—La cuidaré, pero algo no encaja Nicolás, tú debes saber eso.

—El día está por llegar, Sal necesita estar cubierta.

—La llevaré antes de que despunte el sol. —Hero miró su reloj y me crucé de brazos molesta. Ni siquiera había notado el paso de la noche, pero estaban en lo cierto, las pocas neuronas vivas y sobrevivientes al «virus Hero» me avisaron que el sol estaba por salir en unas pocas horas.

—No hablen como si yo no estuviera aquí —bufé indignada.

—Lo siento cariño, estará allí en media... —Hero se movió tan rápido que no lo

pude seguir con la vista y antes de que pudiera hacer nada gritó—: Sal, ¡corre! Un embate de energía lo tiró al suelo como si fuera tan solo un muñeco, golpeó contra el muro de mi habitación dejando una marca en el revoque. Mis ojos conectaron con la fuente de energía que provenía de la puerta y mi teléfono fue a parar al piso, oía los gritos de Nicolás del otro lado. Mi mano fue hacia mi arma pero no alcancé a tomarla, algo me lo impedía manteniéndome estática, mientras aquel joven rubio me observaba. Era él. Él. Quise retroceder y tomar mi arma pero mis manos no respondían, mis ojos estaban muy abiertos mientras lo veía caminar hacia nosotros con pasos lentos y calmados como si fuera el dueño del lugar. —¡Corre!— la voz de Hero parecía agonizante, lo miré realizando un esfuerzo terrible por girar la cabeza y noté cómo el rubio lo sostenía contra el muro tan solo elevando una de sus manos, casi podía ver la mano inmaterial que lo sostenía. El dolor cubría el rostro de Hero; aquello me despertó y comencé a luchar contra la fuerza que me retenía, pequeños hilos me sujetaban. Tomando coraje intenté correr hacia el nefilim tratando de impedir que matara allí. El nefilim bajó su mano cuando me interpuse y tan solo con un dedo en mi frente, volvió mi visión borrosa por completo, sentí mis piernas fallando, mis rodillas doblándose y todo se volvió negro.

Capítulo once

El hijo de los ángeles

Escuché unos pasos cerca de mí y mi cerebro me impulsó a la conciencia; aun así no me moví.

—Lo lamento —aquella voz empalagosa me devolvió la cordura, o a lo poco que me quedaba de ella; algo frío se esparcía sobre mi frente. Abrí los ojos atónita, conteniendo la respiración y bastante indignada, pues yo lo había salvado una vez y él me lo pagaba así. Frente a mí, aquellos ojos color caramelo me escrutaban, mientras con mano suave me pasaba un paño con agua. No podía oler ningún químico. Conocía ese rostro.

—Suéltame —forcejeé para apartar sus manos de mí. Se alejó unos pasos con una muestra de disgusto, que desapareció de su hermoso rostro como en un suspiro.

—No voy a hacerte daño —murmuró. Su tono sonaba medio hastiado, y me dio la espalda. ¿Que no me iba hacer daño? Me había secuestrado y aún no sabía si había matado a Hero. Mientras aquel joven de cabellos rubios se alejaba, pude apreciar su figura; llevaba solo unos pantalones finos, blancos, y una camiseta metida dentro del pantalón, esta era de un celeste tan puro que resaltaba su piel tostada. Iba descalzo. Su cabello, dorado como la miel, estaba prolijamente peinado hacia arriba con pequeñas puntitas dispersas. Se movió dejándome ver su espalda ancha y unos brazos que prometían encerrar a cualquiera allí; su cintura parecía pequeña conjugando con el cuerpo de un gran nadador, y no tenía alas. ¡Santa madre diosa! Pero había algo que debía recordar, él no era humano, y yo tampoco.

No pude moverme, observé con detenimiento mis muñecas apretadas, pero no logré ver nada; seguramente él estaba usando algo de su poder para someterme y dejarme allí, como lo había hecho con Hero. Estaba sentada en una silla que parecía ser muy antigua; apreté mis manos en el apoyabrazos y mis dedos recorrieron el tallado. Romana, pensé, por sus exquisitos motivos. Levanté la vista y quise mirar a la estancia. Como imaginaba, todo seguía el mismo diseño. El suelo era de madera lustrosa color caoba, las paredes tenían un color terracota, adornadas por pequeñas guardas con flores de lis. Infinidad de cuadros cubrían parte de ella; miré con detenimiento las imágenes, muchas debían pertenecer al siglo xv, aunque en verdad no estaba segura, nunca fui buena en historia.

Mi mirada recorrió los muebles de la sala, y pude reconocer que todo parecía antiguo, y la luz tenue, que se filtraba por las cortinas lujosas, hacía que pareciera más añejo. El juego de comedor estaba ubicado bajo una importante luminaria de cristal, las sillas tenían diseño francés, con un respaldo ovalado y un tapizado color

amarillo, que combinaba muy bien con la madera oscura, que formaba unos apoyabrazos iguales a los que yo estaba atada. La habitación tenía un juego de sillones, el tapizado parecía ser de una tela muy costosa, aunque lo que me llamó más la atención fue el fino diseño del respaldar, pequeños bucles de madera fina se mezclaban con ángeles regordetes que soplaban pequeñas flautas. Era mágico.

Oí el tintineo de una cuchara y mi mirada volvió hacia él, se hallaba de espalda junto a una mesilla.

—¡Hijo de perra...! —le espeté lanzando toda mi ira contra él. Se volvió. Yo no sabía dónde me hallaba... ¿A qué lugar me había llevado?

—Lamento haberte lastimado, no quise hacerte ningún daño. —Miró hacia mí por sobre su hombro, esbozó una sonrisa y me tomé un minuto para observar las delicadas líneas de su rostro. No eran femeninas, pero eran bellas. Sus ojos eran un poco rasgados de mirada enigmática, sus cejas finas, su nariz recta, formaban un conjunto armonioso con esa mandíbula masculina, y los labios tan finos y carnosos a la vez... Sin duda le quitaría el sueño a más de una chica.

—Me acabas de secuestrar, en mi propia casa...

—Te salvé, como tú lo hiciste ayer... —me dio la espalda nuevamente y tironeé de aquella cuerda invisible.

—¿Me salvaste? ¿En verdad crees que lo hiciste? . —Dio un giro con la elegancia propia de un bailarín y entrecerró los ojos, sus pestañas le dejaban pequeñas sombras bajo los ojos. Se acercó a mí con paso tranquilo, traía una taza en sus manos grandes. Por un momento no pude hablar, las palabras se me atragantaban—. ¿Qué eres? —aunque lo sabía, quería oírlo.

—¿Importa? —levantó los hombros para demostrar su desinterés.

—Sí —gruñí. Acercó la taza a mi boca, pero me volví rechazándolo.

—Debes alimentarte, Sal —murmuró tan cerca de mi oído que me contuve de tiritar, su voz era malditamente hermosa, como el canto de un pájaro. *Alas*. Mi olfato me advirtió del contenido de la taza: sangre. ¡Que mierda! ¿Esto era una broma? ¿Llevaba sangre en una taza de porcelana fina?

—No lo necesito.

—Puedo obligarte si lo prefieres, podría hacer que rogaras por ella Sal. —Giré la cabeza de forma tan brusca que mi cuello dio un tirón. Mis ojos se clavaron en los suyos mientras apretaba los dientes. La máscara que portaba por rostro era tan dura como el mismo mármol, no había nada humano en él, y ni se inmutó ante mi ira contenida—. Preferiría que no. No sabes lo que me ha costado detener tu ataque de histeria cuando despertaste. —Yo no recordaba eso, pero él levantó su brazo derecho para mostrarme una marca de sangre allí. ¿Había sido yo? ¿Había despertado? Bien por mí y mis ratos de inconsciencia. Sus palabras eran elegantes. Por un instante tragué con fuerza, mientras mis colmillos se extendían dentro de mi boca ante la

respuesta a la sangre—. Estás forzándote de forma innecesaria.

—Suéltame primero.

—No —lo dijo de forma categórica y colocó la taza en una mesa, a mi lado, cuya existencia no había notado.

—Si vas a matarme, ¿por qué me alimentas?

—¿Matarte? —una sonrisa se formó en su cara—. No voy a matarte.

¿Cómo? Esto era peor de lo que creía. Si no iba a matarme, ¿entonces qué...?

—Me entregarás ¿cierto? —el odio creció en mi pecho atenazándome las entrañas. No podía haber caído tan bajo. Mis manos se sintieron libres de un momento a otro, desvié la mirada hasta mis muñecas y no había sujeción, me froté con fuerza, intentando mitigar el dolor de las cuerdas invisibles que me había echado.

—¡No! —gritó y de un instante para otro sus manos apretaban los apoyabrazos de la silla donde estaba, su rostro estaba tan cerca de mí que podía sentir su respiración. Me contempló durante un momento, su mirada era tétrica y dura, como si pudiera atravesarme—. ¿Por qué estás empeñada en eso...?

—Porque me trajiste aquí. —Él aflojó el agarré y se enderezó.

—No es mi intención lastimarte —sus rasgos se suavizaron.

—¿Entonces qué?

—Buscas algo que necesito, que debo encontrar. Él te quiere a ti, está obsesionado contigo. —Una a una las piezas se formaban en mi mente. Era su cebo.

—Eres un nefilim, no necesitas mi ayuda —ya de nada importaba mantener la fachada. Al diablo con todo.

—No, un nefilim tiene alas, yo perdí las mías.

—Solo los ángeles pierden sus alas.

—Sí, tienes razón, a los nefilim nos las arrancan... —por un momento en mi mente se formaron hermosas imágenes de alas.

Alas blancas que brillaban contra el sol.

Alas batiéndose en el aire.

Alas con plumas mágicas.

Alas puras como la nieve.

Alas puras como la nieve... manchadas de sangre.

—¡Sal...! —un grito ahogado, mi cabeza entre mis piernas. Mi nariz rozando el suelo, mi sollozo descontrolado. El olor acre de la muerte entrando por mi nariz—
Sal... ¡ah! —un grito ahogado y mis ojos asomándose detrás de una roca, mis pupilas lastimadas por el sol, el olor a sangre, muerte, y aquellas alas manchadas cubriendo parte del cielo.

No. Detente. Ahora. Parpadeé con fuerza cuando el escozor llegó a mis ojos. Levanté la vista hasta el nefilim.

—Hubo un tiempo en que los humanos nos adoraban y se arrodillaban frente a

nosotros —dijo como para sí.

—No me arrodillaré —gruñí—, no soy humana.

—No te lo he pedido... —dijo ignorando mi declaración— por ahora. —Su voz era calma pero afilada, su mirada se perdió en un rincón. No me atreví a desconcentrarme—. Como dije, ese tiempo pasó, ahora las cosas han cambiado.

—Sí, existimos —él giró el rostro y sus ojos relampaguearon.

—Sí, también él.

—¿Hablas del vampiro? ¿El que te atacó?

—Sí —sus ojos relampaguearon una vez más y por un instante noté un dejo de tristeza, pero aquello desapareció tan rápido como vino. No es humano, me dije conteniendo la sensación de dolor.

Alas sangrantes. Alas con sangre. Mi familia.

—¿Cómo te llamas? —dije intentando romper el silencio.

—Phill, llámame solo Phill. —Se alejó con paso tranquilo. Me restregué las muñecas sin apartar la mirada. Era peligroso, no importaba lo que dijera.

—¿Qué quieres? —él no me miró.

—Solo un poco de tu tiempo, asesina.

Me levanté, estirando mis músculos. Él no pareció molestarse. Aquello que más me molestaba era que él ni siquiera se preparaba para un ataque, como si yo fuera apenas una mosca en su sopa que podría matar cuando guste. Comprobé que mis armas no estaban, como había imaginado. Tampoco mi teléfono móvil. Verifiqué el lazo mientras me paseaba por la sala intentando parecer entretenida por los cuadros. No había nada. Debía estar muy lejos para no sentir nada. Ni siquiera un cosquilleo de respuesta de mis hermanas.

—¿Dónde estamos? —Cuando él no respondió me volví molesta para enfrentarlo.

—No necesitas saberlo —aquella respuesta me cabreó más.

—¿Que no lo necesito? ¿Quién te crees? —me abalancé sobre él. Con o sin armas debía desahogarme.

—No lograrás nada —dijo tomándome de las muñecas. Mis intentos por asestarle un golpe no parecían más que un berrinche. Rechiné los dientes aun pujando por soltarme. En un simple y grácil movimiento me alejó de él. Respiré entrecortado intentando recuperarme. Algo en aquello estaba mal y no pensaba quedarme sentada sin saber por qué me retenía allí. ¿Qué había pasado con mis hermanas? ¿Qué había pasado con Hero? *Diosa, Hero*. El corazón me dio un vuelco al recordar la imagen. El dolor en su mirada, sentir el peso de sus ojos y su grito ahogado. Algo se apretó en mi alma. Debía saber qué había ocurrido con él, tenía que haber un modo de escapar de ahí. Vatur no podía dejarme olvidada. Habían pasado cuatro horas desde que había despertado. A veces me preguntaba qué era lo que iba mal conmigo, por qué me ocurrían estas cosas. Me había obligado a comer, aunque en realidad lo hacía por una

cuestión de estrategia.

Si quería escaparme de allí debería estar alimentada, aunque sea un mínimo. Al no obtener respuestas, y al notar que cada ataque era previsto por él sin lograr ni un rasguño, accedí a su invitación de descansar.

Además, atacar requería fuerza y concentración. Estaba muy cansada, no había dormido bien por dos noches, así que me dejé guiar hasta una habitación. Él me señaló cada cosa del cuarto y por un instante quedé embelesada. Era mágico. Claro, era mágico si no olvidaba el hecho de que estaba en ese lugar por la fuerza y que cabía la posibilidad de que mis hermanas estuviesen como locas buscándome, y que Hero estuviera herido. No iba a dejar que mi mente siguiera más allá. Él debía estar herido, solo herido.

Sacudí aquellos pensamientos y me concentré en mi entorno; tenía un leve color tiza en las paredes, la alfombra era un tono más oscuro que estas, era tan afelpada que daban ganas de tirarse y rodar en ella. Una cama *king size* era el centro del cuarto con un hermoso edredón, tenía muchas almohadas de diferentes colores. Frente a la cama una majestuosa chimenea daba calor al lugar. Había pocos muebles, todos de líneas modernas en tonos blanco y pastel. Me llevó hasta el baño, era tan grande como la habitación, tenía mármol de punta a punta; a mi derecha un gran jacuzzi, que podía albergar a dos personas, y una ducha. Al frente, una mesada con una hermosa bacha y un espejo como los que tienen los famosos, incluso con las luces arriba. Lo observé todo, embobada. Frente a tanta opulencia casi podía olvidar cómo había llegado allí. Era como un sueño, un gran y lujoso sueño. Phill encendió unas velas para mí con delicados aromas que invadieron el baño, me indicó que cualquier cosa que necesitara lo llamase y se marchó dejándome sumida en el placer.

Me detuve frente al jacuzzi aspirando el aroma de las velas, y de pronto nada era tan urgente; no pasaría nada si pasaba solo un rato disfrutando de todo eso ¿verdad? Era como si las preocupaciones simplemente se esfumaran de mi mente y no pudiera recordar qué era tan urgente. El mundo no dejaría de existir si no estaba por un rato intentando salvarlo, ¿cierto? Juzgué que una gran alarma se encendía en mi cerebro pero no le di importancia, ahora el vapor lo abarcaba todo rozando mi cuerpo con un calor maravilloso mezclado con las fragancias de las velas. *Exótico*.

Probé el agua con el dedo y la sentí agradable, me metí lentamente dejando que el calor me rodeara. Apoyé los brazos en los bordes dejando caer la cabeza hacia atrás, aquello se sentía agradable y limpio. Cerré los ojos, dejándome envolver por todo aquello. Esa alarma seguía sonando. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había llegado ahí? *Nada*. No había nada.

Por un momento me sentí tonta al pensarlo, si pasara algo lo recordaría ¿no?, si algo estuviera mal mis hermanas estarían aquí. ¿Cierto? Hermanas. Aquella alarma buscó el vínculo, pero no hubo nada. Silencio. ¿Cómo podría haberlo olvidado? Esto

es estúpido, nunca he perdido el lazo. No hay dolor... no hay... Me quedé dura al no reconocer qué era lo que había estado pensando. No podía recordarlo. ¿Qué era?

—*Olvídalo, olvídalo todo Sal* —esa voz susurrada se coló en mi mente sin problemas. Escruté el lugar y no vi nada—. *Olvídalo... quédate aquí...*

—Sí... tienes razón... —ronroneé mientras me acomodaba nuevamente. Nada por qué preocuparse, me dije y dejé que aquel lugar me absorbiera por completo. Luego de relajarme allí durante un buen rato me levanté a duras penas y tomé una bata de baño. Me la llevé a la nariz percibiendo el perfume dulzón... como el de Phill. Los pelos de la nuca se me erizaron y mi entrepierna se estrujó ante el deseo. Como un animal comencé a sentir la atracción, como si todo mi ser respondiera a él. Lo deseaba. De un momento a otro solo él importaba. Me sentí consumir por dentro como si un calor abrasador se metiera bajo mi piel y solo sus manos pudieran calmarlo. Salí del baño con la bata impregnada en su aroma. Caminé hasta la puerta y el picaporte cedió ante mi mano. La abrí lentamente y salí al pasillo envuelta por una neblina mental. La madera comenzaba en mi puerta y con la sensación de ardor y deseo, caminé a tientas hasta el final y giré a la derecha, parecía que algo me guiaba hacia allí. La gran sala se abría ante mí, pequeñas lámparas en forma de antorchas colgaban de las paredes; me deleité con el roce de mis dedos contra el muro, era como si mis sentidos se hubieran potenciado diez mil veces más, podía sentirlo todo. Caminé hasta la puerta y la abrí. Phill estaba sentado dándome la espalda; giró rápidamente hacia mí desde el otro extremo del cuarto. Pude verlo detrás de un costoso escritorio, las luces eran tenues y la alfombra rozó mis pies enviando nuevas sensaciones a mi cuerpo.

—¿Sal? ¿Qué ocurre? . —No respondí, seguí observando el ambiente y noté la amplia cama. Me mordí los labios cuando mi centro ardió otra vez. Caminé hacia él y me paré a su lado. Me estudió un momento, mientras con la mirada yo recorría ese cuerpo que podía saciar mi necesidad, y abrí mi bata dejándola caer. No dijo nada, por un momento tan solo se dedicó a mirarme—. ¿Sal? Algo no va bien... ¿Lo sientes?

—*Olvídalo, olvídalo todo...* —dije con una voz extraña, repitiendo algo que había escuchado aunque no sabía dónde.

—¿Lo oíste? ¿Tú también lo oíste?

—Déjalo —acaricié su rostro lentamente. Cerró los ojos y acaricié sus labios—. Tranquilo.

—Sal... —susurró mordisqueando mis dedos—. ¿Qué haces? —levantó su mano para detener la mía y todo sucumbió. Vi el cambio en sus ojos, la pasión naciendo como una pequeña chispa y una corriente eléctrica que nos recorrió. Llevé su mano hasta cubrir uno de mis pechos y suspiré cuando noté cómo el ardor disminuía—. Sal —murmuró rendido, y sin pensarlo me subí a horcajadas sobre él. ¿Qué estaba

pensando? ¿Estaba desnuda?

—*No pienses, solo hazlo* —murmuró aquella voz.

Lo miré, buscando en sus ojos aquella orden, pero no la había, tan solo estaba aquella chispa de deseo que debía avivar antes de que se consumiera. Lo besé. De manera furtiva y dolorosa. Él dudó un poco hasta que tomó mi rostro con sus manos profundizando nuestro beso. No quería sus manos allí, había tantos lugares donde colocarlas para apaciguar el fuego. Tomándole las manos las llevé hasta la curva de mi cintura y volví apretarme contra su cuerpo. Su ropa estaba húmeda al instante, mi cabello chorreaba. Besé su cuello para seguir el camino hasta su clavícula, mientras comenzaba a frotarme contra él. Me tomó de las caderas, intensificando el movimiento, mientras mi boca no podía dejar de besarlo.

—Quiero meterme dentro de ti —murmuró mientras besaba mi cuello para seguir bajando hasta encontrar mi pezón y succionarlo. Gemí ante aquello y el calor en mi cuerpo aumentó—. Quiero meterte mi pene dentro, quiero poseerte —volví a gemir cuando me tumbó sobre la mesa. Mis manos querían acariciarlo, pero Phill condujo mis sensaciones hacia la locura con su boca, su lengua paseando libre por mi cuerpo desnudo, tumbado e indefenso. Él ocupaba el lugar entre mis piernas, llenando todas las dudas que corrían por mi mente. Convulsioné contra su boca, mientras su lengua seguía castigándome incansablemente. Levanté la cabeza y reclamé su boca al momento que mis manos comenzaron a arrancarle la camisa, los botones volaron, la piel dorada quedó en mis manos. Acaricié sus pectorales mientras le quitaba la camisa por los hombros mientras él tenía los ojos repletos de hambre y sus pulgares frotándome allí donde lo deseaba.

—Te quiero dentro —murmuré mientras mis labios comenzaron a surcar su pecho y lo buscaba con un frenesí imparable. Sin más comencé a desabrocharle los pantalones, pero no me dejó. Me alzó sin esfuerzo y envolví mis piernas en él sintiendo el roce de nuestros sexos, y comenzó a caminar hacia la cama. Se agachó, de modo que me bajé y tiré de él hacia mí. Se quitó los pantalones, dejándome verlo desnudo. Me apoyé en mis codos para mirarlo.

—Hermoso —murmuré mientras me lamía los labios. Él se subió a la cama gateando hasta cubrirme, se sostuvo entre mis brazos mientras mis manos exploraban la extensión de su eje. Por un instante algo en mi mente me dijo que parara, pero no quería parar—. Esto no está bien... —hablé, pero mi mente dejó de pensar cuando su embestida llegó. Me arqueé ante el dolor y el placer.

—Sal... —gimió. Abrí los ojos cuando la reverberación de mi nombre llegó a mi mente. Algo me decía que esto no estaba bien. Debía detenerme. Que yo era más fuerte que el deseo que sentía; mis hermanas, era una Asesina...— se alejó y volvió a embestirme y aquel embate me hizo olvidar todo.

—No pares, no quiero parar —gemí con una voz que casi sonaba como la mía.

—No lo haré, no puedo —dijo y sentí otra embestida. Cerré los ojos intentando contener un grito y acostumbrarme a su tamaño. Luego intenté abrir los ojos y lo observé. Parecía tieso.

—¿No puedes?

—No, te deseo —cubrió mi boca con la suya y jadeó cuando volvió a embestirme, sus retiradas eran lentas y suaves como si se contuviera... la confusión se mezclaba en mi mente como el agua y el vino enturbiándome y llenándome de deseo.

—Oh... —volvió a meterse, y esta vez lo necesitaba más. Comenzó a moverse más fuerte hasta que el mismo nirvana explotó frente a mis ojos. De un momento al otro me sentí laxa y relajada.

Recuerdo que me llevó hasta mi cuarto en brazos, sin problemas me cargó con una mano, mientras con la otra acariciaba mi rostro y besaba mis labios sutilmente. Me metió en la cama y me cubrió con el edredón.

—Descansa Sal, duerme... todavía hay tiempo.

—¿Tiempo? No tengo tiempo, ellas me necesitan...

—Mañana. Descansa.

—Sí, estoy muy cansada.

Murmuré algo más y me sumí en un sueño reparador.

Capítulo doce

Centinela

La inconsciencia me agarrotaba; mi cuerpo se había entumecido cuando vi que él la tomó en brazos. Aquella mirada fría del nefilim me hizo luchar, pero su poder ganó y su fuerza me había abatido dejándome hundido en la oscuridad que parecía ahogarme. No podía luchar contra un nefilim, no así. La negrura cubría mis ojos y, aunque batallaba por salir de ella, tan solo podía ver los ojos aterrorizados de Sal mientras me miraba caer. Las manos del nefilim apesándola, tocando su piel, su cuerpo. *Mía...* mi cuerpo convulsionó y el animal dentro de mí luchó con más fuerza asiéndose a la ira, a la posesividad.

—Aún está vivo —dijo una voz femenina, y fue lo primero que oí después de mucho tiempo. No encontraba mi voz en aquel estanque negro donde me hundía más y más, el pecho parecía prensado por una carga excesiva, como si algo gigante hubiera caído sobre mí.

—Hero, ¿dónde está? —Mis terminaciones nerviosas comenzaron a responder; como si me hubieran encendido, pude notar que mis dedos se movían, y así también mis pies. La segunda voz me era conocida, me había gritado hacía unas horas y lo había hecho momentos antes de que él se la llevara. Nicolás me sacudió, y abrí los ojos para encontrar los suyos totalmente desenfocados y el terror me invadió.

Se la había llevado. Aquel nefilim la tenía. No habían llegado a tiempo. Intenté levantarme de golpe y todos mis músculos ardieron; ignorándolos, me puse de pie. Vi el lugar donde me había tumbado y a dos mujeres junto a Nicolás. Me miré el pecho; una marca oscura estaba estampada sobre mi cuerpo, quemaba, pero me negué a prestarle atención, esa era la marca que quedó allí donde el poder del nefilim me había golpeado.

—¿Dónde está? —grité cuando pude encontrar mi voz. Tomé a Nicolás de las solapas de su traje y lo sacudí.

—No está aquí, no sé dónde está, ella... —la voz de la muchacha rubia me distrajo del enfrentamiento, pero igual no lo solté, necesitaba aferrarme a algo para creer que eso no era una pesadilla.

—¿Puedes seguirla, cierto? —le pregunte, y me enfoqué en ella soltando a Nicolás, me moví de lado muy lentamente y me senté.

—Está lejos... —sentenció la morocha que estaba junto a la rubia. Eran las hermanas de Sal, las había visto en las reuniones.

—Son sus hermanas, pueden rastrearla ¿verdad? —pregunté.

—No siempre —dijo— reconozco el lugar, puedo captar destellos de su mente,

pero nada es nítido.

—¡Hijo de puta! —me levanté de golpe y aporreé la pared, no me importó crear un hueco en el revoque y menos las miradas que me echaban los otros tres. A la mierda con el autocontrol.

—Lo detuviste —la morocha le volvió a hablar, me volví para mirarla a los ojos; los suyos estaban completamente enfocados en mí, como si no entendiera por qué había defendido a Sal. Retiré el puño de la pared y eché un vistazo a los demás. Recordé las miradas evasivas que le había dado en las reuniones, la incomodidad de las hermanas por los enfrentamientos mentales entre nosotros, y sin poder evitarlo sonreí. Por su energía palpé al lobo dentro de ella, pujando y gruñendo. Pensé que tal vez no éramos tan distintos. El animal dentro de mí necesitaba sangre. Quería hacerlo sangrar por habérmela quitado de mi lado.

—No lo suficiente —mi voz sonó afilada aunque a ella no se incomodó, y fue Nicolás quien hizo la pregunta que había estado esperando.

—¿Cómo sé que no la trajiste aquí a propósito? —me levanté de golpe, Nicolás me giró de forma brusca y le mostré los dientes.

—¿Crees que sería capaz? —bramé enojado apretando los puños. Realmente no tenía ni la más puta idea de qué era Nicolás, o tal vez nadie lo supiera en realidad, pero ahora no me importaba nada. Sal estaba en peligro y aunque no sabía por qué la buscaban, no estaba de humor para dar explicaciones. Aquel hombre con cara de niño era más poderoso de lo que aparentaba, pero sinceramente me importaba poco, tan solo quería largarme de allí y buscarla. Podía percibir su energía manando, chocando contra mí hasta que una mano se metió entre nuestros cuerpos e intentó separarnos.

—Sal no tenía miedo —ninguno de los dos dejamos de enfrentarnos ni un segundo—. ¡Dije que Sal no le tenía miedo, Nicolás! —gritó la rubia que era quien había intervenido. Su voz sonaba somnolienta, como si no estuviera allí, sus ojos estaban concentrados en un punto lejano pero ella no nos miraba, y ahí fue cuando lo noté, estaba buscando a Sal, en una búsqueda mental. Por un momento me odié por no poder hacerlo, por no poder entrar en su cabeza, y ver a Sal detrás de las barreras que se había impuesto.

—¿Estás segura? —la voz del centinela sonó más a un gruñido; ella lo estudió un momento y luego los ojos de la rubia me observaron, toda mi atención se volcó en sus pupilas que se volvieron casi una línea negra. Gato, pensé y no solo por su aroma, ahora que lo pensaba todo en ella me impulsaba a pensar en la gata que la habitaba.

—Sí, completamente, aunque no lo entiendo. Son sentimientos residuales que han quedado en el lazo. Sal se encontraba bien hasta que el nefilim entró en escena, luego todo cambió. —Me alejé de Nicolás, sabiendo que una lucha no nos llevaría a encontrarla. Creí reconocer una sonrisa de complicidad en los ojos de la gata, pero desapareció como vino, así que volví a concentrarme en las pistas. En el fondo de mi

corazón podía comprender la necesidad de Nicolás de protegerla y aun así, sabiendo todo eso... los celos corrían en mis venas como la ponzoña. La rubia dio unos pasos hacia atrás y se tomó la cabeza con las manos, sus dedos trazaban pequeños círculos en sus sienes. De un momento a otro sus ojos se entornaron como si buscara en una memoria, en un recuerdo, como si estuviera viendo algo que nosotros no veíamos. Eran hermanas, eso lo tenía claro, pero realmente conocía muy poco de lo que eso significaba, de lo que podía hacer el *lazo*; mis hermanos habían muerto tiempo atrás, estábamos unidos pero no tanto como ellas lo estaban, después de eso me negué a pasar por ese trámite otra vez. La pérdida era lo peor. Sentir la muerte de mis hermanos había sido como si por cada uno me arrancaran una extremidad, y dolía, esa herida nunca sanaría para mí. Era algo latente y gangrenado que iba consumiéndome de a poco.

—Nicolás, déjalo. —Yo no había notado que el centinela me aferraba por el brazo hasta que la morocha habló, me sacudí de su agarre inmediatamente—. Carim, ¿qué más ves?

—Ella tenía miedo cuando el nefilim vino a buscarla y te interpusiste para que no la alcanzara —aquellos ojos azules me atravesaron otra vez, pero la confusión los nublaba de un modo extraño.

No lo suficiente, pensé con el dolor arañando mi piel.

—Y ella temió por tu vida —percibí la incertidumbre llenado la habitación. Todos me creían un maldito sin corazón, y bien por ellos, lástima que el nefilim no lo supiera, porque cuando diera con él lo asesinaría haciendo uso de todos mis conocimientos, lo haría sangrar, lo haría gritar y suplicar—. Luego él entró en su mente, y ahí queda —su voz se apagó de a poco—. Sal recuperó la conciencia, o parte de ella cuando él la raptó, los caminos no son claros pero parece un lugar industrial, abandonado. Ahora está despierta, puedo percibir fragmentos, pero no veo con claridad.

Suspiré asqueado sabiendo qué estaba haciendo, o al menos parte del poder que estaba utilizando. El maldito había pensado en todo, al menos había encontrado un modo de arruinarnos el día. La incertidumbre se adueñó de las dos asesinas y el centinela, así que decidí explicarles qué mal estábamos.

—El maldito debe haber creado un manto —todos me miraron desconcertados. ¡Basta de misterio, quería a Sal de vuelta! Quería averiguar dónde estaba. ¿Por qué cuernos tenía un poder extraño sobre mí? ¿Por qué actuaba como un adolescente enamorado? Estaba muerto hacía tiempo, por eso lo de las hormonas no era un temita para mí—. Un escudo para dejarlas fuera. Es eso —miré a la gata—, lo percibes como si fuera un vidrio tintado ¿no?, puedes ver pero no distingues. —La rubia llamada Carim asintió—. Debemos irnos. —Caminé a paso seguro hasta la puerta del ascensor. Sentí que me seguían, pero no podía pensar en eso ahora. Ni siquiera me

preocupaba qué pensarían de mí. El nefilim se había llevado al único ser que me había despertado del letargo de mi vida, y no pensaba dejarlo ir. No hasta saber más...

—¿Por qué Sal? ¿Por qué la busca? —todos nos miramos; yo no conocía la respuesta, pero estaba claro que ni ellos la sabían.

—Creemos que hay una organización tras ella, eso es todo lo que diré —habló Nicolás.

—Pero...

—Pero nada, es todo lo que diré.

—¡Uff! Hero, ¿puedes seguirlo? Más allá del manto, digo.

Me volví para mirar a Carim.

—Sí, puedo hacerlo, en partes; como ustedes podría peinar la ciudad buscando residuos de energía, pero emplearía mucho tiempo y no creo que contemos con eso. Conozco a alguien que puede leer a través del manto —admití. Sabía que si me lo proponía podría encontrarla en un día o dos, pero no podía hacerlo, no sin saber cuál era el destino que había planeado el nefilim para Sal; buscarla por mi cuenta me costaría más tiempo y energía, y sinceramente deseaba guardar esas fuerzas para matarlo en cuanto lo viera.

—Salvo si echó a volar —murmuró Eva.

—Solo que no tenía alas —respondí reparando en ese detalle recién ahora. Todos volvieron su atención hacia mí.

—¿Cómo que no tenía alas? —preguntaron a la vez.

—No, no tenía —bufé con fuerza. ¿Cómo no había pensado en eso?

—Es un nefilim... ¿cierto? —la voz de Eva sonaba trémula y todos miramos a Nicolás quien fruncía el entrecejo, como si cotejara alguna información en su mente —. Sí —murmuró intentando convencerse.

Volví mis ojos hacia la puerta. Necesitaba salir de allí antes de que comenzara a destrozar todo, era un arma cargada y peligrosa, un arma que necesitaba un poco de aire y sangre.

—Conozco a una sola persona que podría seguirlo. Iré por ella; creo que deberían alertar a todos en un radio lo bastante amplio, no sabemos qué planes tiene. —Me acerqué a las puertas metálicas y mentalmente hice que el ascensor subiera. No era difícil hacerlo, había manipulado un par de estos más de una vez y podía moverlo sin problemas. Una campanilla sonó y las puertas se abrieron. Vi a una pareja de ancianos acurrucándose en una esquina. La sensación de terror llenó el pequeño cubículo y aspiré el aroma a miedo exhalado por cada poro. Se impregnó en mi piel y la ira bulló dentro de mí. Humanos, tan corto era su tiempo en la tierra, y podían tenerlo todo, no sabían lo que era el amor, todo se trataba de usar y tirar, no sabían de la necesidad, de la soledad... aunque pude ver algo diferente en ellos. Las arrugas

que se amontonaban en sus rostros demostraba una vida juntos, el hambre de desear a alguien y no tenerlo. El hombre se movió tratando de cubrir a la anciana mientras sus manos arrugadas se aferraban, juntas. El pánico se reflejaba en sus ojos cansados, pero estaba seguro de que no era el miedo por su propia muerte, sino por la de la mujer a quien protegía. Sentí que debía hacer algo, ellos no se merecían eso, aquellos ojos ancianos no debían reflejar temor... Entré y miré a la mujer primero, luego al hombre que se puso tenso.

—La llevarás al parque, toma —le ordené conectándome con su mente, inmovilizándola y borrando el miedo; le tendí unos doscientos dólares y el viejo los tomó boquiabierto mientras se enderezaba. Los recuerdos rozaron mi mente y pude ver que habían llevado una hermosa vida juntos, palpé el amor de aquella unión, me estremecí—. Cenarán en un restaurante lujoso junto al lago, esta noche, y se irán a casa. No recordarán nada de lo que están viendo, y seguirán amándose como lo han hecho hasta hoy. —Las miradas opacas me indicaron que obedecerían. Ellos iban a disfrutar de esa noche, y cuando fueran a la cama tendrían algo que yo nunca experimenté, el calor de un cuerpo amado. Apreté los dientes, pero ellos no se inmutaron. Ahora mismo podría hacer que saltaran de la terraza y aún así nadie sabría por qué. Luego de eso giré, abriéndome lugar en el pequeño ascensor, y encontré los ojos anonadados de dos mujeres y un hombre.

—Oh, ahora sé por qué le gustas a Sal. —Carim sonrió ampliamente mientras entraba junto a la pareja y me daba la espalda; mi pecho se calentó. *¿Le gustaba?* Eso era bueno, un paso menos. Al menos eso funcionó como gasolina para mi cuerpo, debía tenerla de vuelta, un beso no era suficiente, aunque creía que una eternidad tampoco sería suficiente. Cuando todos entraron las puertas del ascensor se cerraron y la morocha habló.

—Eres todo un romántico, ¿quién lo diría Hero? —su voz sonaba burlona pero no le dije nada. No me importaba que ellas me vieran así, eran sus hermanas... yo debería aceptarlas al igual que ellas a mí.

—Por cierto, yo soy Carim y ella es Eva, conoces a Nicolás —dijo la rubia señalándolos. Noté cómo se forzaba por transmitir tranquilidad en su voz, mientras el gato se revolvía en sus entrañas por salir. Cuando llegamos a la planta baja, el sol había despuntado y se filtraba por los preciosos vitrales de la entrada. El temor nos envolvió como una lengua de fuego, si ella estaba afuera en pocas horas estaría muerta. Debíamos encontrarla. Nuevamente pensé en Sal. Tan fuerte, tan guerrera, y a la vez tan frágil.

No, no ahora, me dije volviendo mi mente a su estado de entrenamiento. Debía estar alerta, ella me necesitaba concentrado y yo la necesitaba viva. Caminamos en silencio hasta la puerta; noté un estremecimiento en Carim y una mueca de dolor en Eva. Todos nos frenamos en seco. Compartí una mirada de temor con Nicolás, pero

nos enfocamos en ellas.

—¿Qué pasa? —fue Nicolás el que la tomó por los hombros buscando su mirada.

—Sal se ha enfrentado a él. Sentí el dolor...

—Ha intentado entrar en contacto con nosotras, pero no logro ver nada —su voz sonaba fastidiada, y podía entenderla.

—¡Maldita sea!, toma —le dije a Nicolás y le tendí el teléfono de Sal. Nicolás lo estudió un segundo. Lo había tomado del piso cuando volví a la conciencia, Sal lo había dejado caer y yo simplemente no podía dejarlo allí. Ella lo extrañaría cuando volviera. Lo necesitaría. Nicolás lo miro extrañado.

—Me sorprendes guerrero, cada segundo que paso junto a ti me sorprendes y, por la diosa, sé que no es una simple actuación —su voz sonó áspera pero me percaté de la sinceridad de sus palabras—. Iré contigo. —Vacilé un momento y luego asentí levemente con la cabeza. Tal vez la presencia de Nicolás disipara la cólera de Mikela cuando me negara a meterme con ella en la cama.

—Buscaré a Mikela. Si ella coopera tendrán noticias pronto —respondí y comencé a alejarme sabiendo que Nicolás me seguía; debía tener el coche estacionado por la zona. Antes de que me colocara el casco insonorizado Carim volvió a hablar.

—¿Y si no coopera? —me monté en la Ducati y le eché un vistazo por sobre el hombro; solo con una mirada le advertí qué sucedería en ese caso, qué sería capaz de hacer con ella. En aquella mirada estaba volcado todo mi dolor, mi odio. *No la perderé*, me dije—. Tal vez ella sepa por qué el vampiro bebió del nefilim. Tal vez aquello le quite poder y podamos llegar a él más rápido —respondí.

—¿Crees que le podría dar algún poder al vampiro? —Nicolás me seguía de cerca. Sus temores se hacían eco en mi mente. Si el nefilim le daba algún poder al vampiro estaríamos en serios problemas. Una pregunta se coló en mi cabeza, acaso... ¿podría el vampiro matar al nefilim? Apreté los puños conteniendo la ira y el dolor.

—No lo sé, pero necesitamos saberlo, y si ella sabe algo... —la mataría si fuera necesario. No lo dije en voz alta, pero ambos sabíamos qué sería capaz de hacer.

Luego de eso me subí a mi vehículo y salí en busca de Mikela. El coche de Nicolás me seguía de cerca, aunque poco importaba, destriparía a Mikela si no nos ayudaba. Coaccionar era uno de mis fuertes, así que podría sonsacarle información y luego destripar a la muy perra sin que siquiera se enterara cuándo había dejado este mundo. Después de conducir casi una hora entré a la granja. El camino de grava me dio una rápida y brusca bienvenida levantando polvo a su paso. La figura de Mikela se asomó en la entrada de la vivienda. Llevaba un hermoso vestido de gasa que hubiera quitado el aliento a cualquier mortal e inmortal, pero ya no a mí. Había intimado con Mikela un par de veces, hasta darme cuenta de que era una bruja de mierda, traidora y embustera, que buscaba solo su beneficio. Era codiciosa y

mezquina con los que tenía a su alrededor y, gracias a Vatur, yo ya no estaba en su lista. Detuve la Ducati cerca de la entrada, bajo un frondoso fresno que me guarecía de los primeros rayos; si no hubiera sido por la presencia de Mikela todo aquel sitio resultaría encantador. Nicolás estacionó su coche a mi lado. Bajé sin más y caminé hacia ella.

—Sabía que reconsiderarías mi propuesta cariño —dijo con aquella voz dulzona, empalagosa, mientras se frotaba las manos y sonreía de lado, intentando lucir seductora. Tan solo me limité a observarla y no comenté nada hasta tenerla a unos pasos. Ella era poderosa, cierto, pero yo también lo era, y más aún en el estado en el que me hallaba en ese instante—. Y bien, ¿qué prefieres? ¿La cama, el sillón, la mesa? —Ella levantó la vista y supe que observaba a Nicolás mientras se lamía los labios—. Oye... no sabía que te gustaban los tríos —dijo mordiéndose el labio y mirándolo.

Debería agradecerle luego a Nicolás por permitirme un poco de aire y que Mikela se fijara en el centinela pues eso me daba espacio para pensar. Apreté los puños, ignoraba si ella sabía algo de lo que había ocurrido con Sal; era muy poderosa, su imagen no se equiparaba a su poder, cualquiera que la subestimara estaría perdido, aunque cualquier insinuación suya sobre Sal hubiera hecho que Mikela cayera muerta allí nomás. Después de todo, era humana además de bruja y, como a todas, teniéndola a poca distancia y un poco distraída podría arrancarle el corazón y todo acabaría. Podría obtener su corazón en un soplido y contemplarlo latir en mi mano mientras goteaba, aunque en el fondo sabía que aquello hubiera disgustado a Sal. ¡Maldita sea! No sabía por qué ahora la opinión de la asesina me importaba tanto.

—Necesita... amos encontrar a un nefilim —murmuré entre dientes. Ella torció los labios en una mueca de repugnancia y volvió sus ojos hacia mí. Nicolás se detuvo a mi lado y no habló, dejándome llevar aquello adelante.

—¿Por eso estás aquí? —siseó mientras intentaba taladrarme con la mirada. Yo no respondí, dejé que la irritación la carcomiera mientras la observaba con rabia—. ¿Es por esa vampiro de la asociación, cierto? —La nota de asco se coló en cada letra que pronunció y estuve a punto de envolverle el cuello con las manos—. ¡Aggg...!, qué desperdicio. Ella nunca podrá hacerte lo que yo puedo, y lo sabes. —Tuve que contenerme para no atacarla allí, sin más. El corazón de Mikela latía con fuerza, a centímetros de mis manos, y de pronto me vi nublado por la sangre.

—¡No hables de ella de ese modo! —llegué a decir e intenté moverme para apretujarle el cuello, pero la mano firme de Nicolás me detuvo; su mano física nunca me tocó, pero allí estaba su agarre apartándome sin dolor en la muñeca, imprimiéndome poder para que no reaccionara. No sabía si era su energía o la mía la que me erizaba, pero estaba seguro de que Mikela también la podía sentir ya que puso su atención en él; mentalmente agradecí el gesto.

—¿Y tú, quién eres? —Mikela hizo un paso adelante colocándose frente a frente con el centinela; aún unos escalones más abajo Nicolás era más alto que ella. Se detuvo unos segundos a comérselo con la mirada para acabar acariciándole el cuello y luego la mejilla con un dedo.

—Soy un centinela...

Mikela volvió los ojos como platos hacia mí.

—¿Tú con un centinela? —dijo y lanzó una carcajada— no me lo creo —agregó sacudiendo la cabeza.

—Mikela —gruñí dejando que la advertencia se colara en el tono de mi voz— sabes como me pones.

—Depende cariño, ¿antes o después...?, porque conozco todos tus gestos, y creo saber cómo te pones —tragué y no sé si mi movimiento fue demasiado rápido, o simplemente Nicolás había decidido no detenerme, pero la tomé de la muñeca y tiré de su brazo haciendo que su rostro estuviera tan cerca del mío que nuestras narices se rozaron.

—Puedo hacerlo por las buenas, o por las malas...

—Sabes que siempre me gustaron la malas... —aquella voz empalagosa endulzó mi lengua y me dieron náuseas. Náuseas por haber tocado antes a aquella mujer, haberle permitido embobarme como lo hizo.

—Bien, he aquí el acuerdo. —Fue Nicolás quien habló. Mikela lo miró con desdén, como si estuviera interrumpiendo algo interesante. La solté de mala gana, ya que volví a sentir aquella mano transparente y llena de energía, esta vez sobre mi hombro; di un paso atrás e intenté mitigar el malestar en mi estómago. No sabía si podría soportarlo.

—¿Acuerdo? —preguntó ella con sorna—. ¿Dijiste acuerdo?

—Bajo las leyes de los asesinos y ante la presencia de la diosa Vatur, reina de las tinieblas y de los no muertos, se solicitan tus servicios —aquella voz congeló casi hasta el canto de los pájaros, incluso me pareció raro no ver caer a uno o dos muertos allí mientras volaban. Me volví para ver a Nicolás que leía por encima una nota que tenía en sus manos—. Se te concede el derecho de vagar por estas tierras —él se detuvo un momento dejando que las palabras cobraran sentido para la bruja. Observé por el rabillo del ojo a Mikela, que no parecía entender qué significaba todo aquello.

—¿Y si no acepto, centinela? —intentó sonar dura, pero noté la inseguridad en su voz.

—Por el poder que me concede el Gran Consejo, la diosa Vatur y la Asociación de Asesinos te condeno a la reclusión bajo muros invisibles, a vivir en esta casa por la eternidad, otorgándote la libertad para vagar dentro sin tocar o pisar la tierra de la Asociación.

Aquello me sorprendió al igual que a la bruja. Nunca había pensado que Nicolás

tendría aquel poder, pero lo había subestimado. Mikela quiso moverse pero algo, invisible, la ataba al suelo. Me pregunté por un instante si aquella carta había sido escrita en algún tiempo para mí, aunque ya no importaba. La cara de Mikela se transformó al notar la fuerza de Nicolás y su determinación.

—Y... ofrecerás ayuda involuntariamente con los peligros que esto implique, sin caer los cargos de esto sobre ninguno de los implicados.

—No puedes hacer eso... —tartamudeó ella. La condena era de una perversidad increíble. No había nada allí que le diera ni un resquicio de libertad.

—Sí que puedo, y lo haré —sentí cómo la energía brotaba de él sin poder distinguir qué era. Tal vez fuera algo más que un centinela; aquel impulso energético era poderoso, antiguo, en gamas doradas y blancas, y casi podía palparlo como un líquido pegajoso pero agrio, como el olor que abunda en las viejas bibliotecas. ¿Rey? ¿Ángel? ¿Dios? Me quedé fascinado por aquello, tan vivo, brotando de él sin siquiera molestarlo. Hizo falta toda aquella espeluznante energía para lograr que, por fin, alguien lograra acallar a Mikela. Ella maldijo en voz baja y se fijó en mí.

—¿Dejarás que me haga esto? —se inclinó hacia mi lado, sus pechos apoyándose en mi cuerpo, enroscó los brazos en mi cuello y me susurró al oído—: Hero, sé que me quieres.

Sí, muerta, pensé e instintivamente di un paso hacia atrás. ¿Querer? ¡Ella ni sabía qué era eso! No tenía ni una mínima idea de lo que implicaba. La alejé con un solo movimiento. Mikela tambaleó cuando Nicolás la soltó de su red invisible y dio con su espalda contra el muro.

—Bien... lo haré —murmuró con desagrado cuando notó que no había peros ni letras pequeñas. Sabía que no podría hacer nada contra aquel hombre— aunque no diré más de lo que se me pida.

—Solo debes encontrar al nefilim.

—Sí, y a la perra que buscas... —siseó en mi dirección. Di un paso al frente, pero Nicolás se interpuso como un gran muro pues yo tenía los colmillos extendidos y podía sentir la energía fluyendo, llenándome, para destriparla.

—Cuidado... mucho cuidado, bruja —le advirtió Nicolás apuñalándola con la mirada; su voz sonaba amenazante—. Es de una de mis asesinas de la que hablas, podría usar tu poder aunque ahora te arrancara la lengua. —Mikela tembló ante la energía de Nicolás.

—Sí, aún así podríamos usarlo, además ten cuidado con esa lengua ya que es de mi mujer de la que hablas, ten mucho cuidado Mikela, puede que alguna vez me manejaras, pero ahora... —llegué hasta ella que me miraba con los ojos bien abiertos, y tironeé de su brazo— ahora mis promesas son más oscuras que las de Nicolás. Si haces algo para perjudicar a Sal, me suplicarás la muerte como un niño pide comida; no te mataré, solo te dejare desaparecer lenta y dolorosamente. —El horror se asomó

a los ojos de Mikela cuando notó que lo dicho era verdad. Nunca mentía, y ella lo sabía bien.

—¿Has escuchado de un vampiro bebiendo de un nefilim? —Nicolás soltó aquella pregunta como un balde de agua fría. Mikela podía negarse a contestar, aunque no era estúpida como para arriesgar su miserable vida.

—¿Un vampiro de un nefilim? —Mikela lo pensó.

—¿Qué le daría al nefilim? —pregunté.

—Al nefilim, nada, al vampiro, tal vez más poder.

—La sangre de un nefilim lo haría más fuerte... —concluyó Nicolás un segundo antes de que ella continuara.

—No solo eso, centinela —sus ojos lo miraban con intensidad y en su voz se colaba la certeza de que sabía de qué hablaba—. Le dará la posibilidad de entrar en su mente, de dirigirlo, incluso podría dictarle cosas, como susurros que no podría evitar obedecer —mis ojos volaron hasta Nicolás y me sentí tenso. Aquello era malo. Si el vampiro quisiera tomar a Sal... la tendría en sus manos si podía entrar en la mente del nefilim. Podría manejarlo a su antojo, no sabíamos nada de él. No sabíamos qué tan joven era, si su mente no tenía las barreras suficientes para decodificar las órdenes estaríamos perdidos. O tal vez el vampiro lo sabía. Sabía que el nefilim iría por ella... pero la pregunta era ¿Por qué?

Nos miramos sin saber la respuesta.

—Vamos, no podemos esperar. —Nicolás la arrastró hasta su coche. Estaba feliz de no tener que llevarla conmigo. Aún ahora el recuerdo de Sal se aferraba a mí, me acariciaba el alma y calmaba a mi bestia.

Mía, Sal sería mía, el animal la quería, el hombre en mí la deseaba. Nicolás no había dicho nada de mi declaración, lo cual me relajó un poco. Al menos confirmaba que Nicolás no la quería como hembra. Eso era bueno. Ya con solo tener que destripar a un vampiro, un nefilim, y sumarle a Nicolás, que aún no sabía con certeza qué era, resultaba excesivo. Aunque igual lo hubiera hecho, si era necesario. Lo sabía. Sal, solo ella importaba. Si el nefilim la tenía y el vampiro podía llegar a ella... ¡Eso era mucho peor de lo que había pensado! La moto vibró bajo mi cuerpo y volví a sentirme en tensión. Debía encontrarla.

Capítulo trece

Alas

Me desperté agitada como si hubiera vivido una pesadilla horrible; tenía el estómago revuelto y sentía náuseas. Me dolía el cuerpo, pero meforcé a sentarme; intentaba buscar la punta del ovillo mental a todo esto, aunque hubiera deseado que los recuerdos volvieran de modo más tranquilo ya que todo cayó sobre mí una como puñalada. Y dolía como el infierno. Estaba sentada en una cama enorme, un edredón muy suave y mullido me cubría. Recordé que me había obligado a ir allí y se había marchado. En mi cabeza resonaron mis súplicas para que se quedara conmigo; era como oír otra voz, mi voz tan extraña, y luego su negativa amorosa acariciándome el cabello y el dolor explotando entre ambos. Una arcada nació de mi cuerpo. Recordé lo que habíamos hecho, su cuerpo, mi cuerpo buscando el contacto, aquella voz sugiriendo cosas que deseaba probar, su sudor... mis gemidos... Me cubrí la boca ocultando un jadeo de desesperación. Levanté los ojos lentamente y vi que Phill estaba parado en el otro extremo del cuarto, lejos de mí, aunque los recuerdos estaban tan cerca que podía aún saborear su piel; ahora llevaba una camisa blanca fuera de unos pantalones sueltos, de color beige, iba descalzo y su cabello lucía revuelto. Me miró cuando jadeé. Sus ojos relampaguearon, aunque no distinguí sus emociones y bajé la cabeza sintiéndome avergonzada. No podía enfrentarme a sus ojos con la furia fluyendo dentro de mí. Me había obligado, tenía que ser eso... debía recordar. Sin duda me obligó.

La voz. ¿Su voz se colaba en mi mente o estaría alucinando?

Levanté la cabeza y lo vi allí, observándome. Suspiré y me crucé de piernas intentando tomar lo hechos de la noche anterior como una adulta, y no sucumbir al llanto que se agolpaba en mi garganta. Cerré con fuerza los puños, aunque supe que luego vería marcas rojas en mi palma, mis uñas se hincaron en la piel y sentí dolor, pero sentirlo me aclaraba la mente, siempre lo había hecho. El edredón blanco era una caricia reconfortante para mi piel y me aferré a eso para no colapsar. Él se volvió, dándome la espalda, y agradecí aquello, ya que todo había vuelto a mí como un torbellino y las náuseas, como mareas, luchaban por salir. No podía creerlo, me había entregado al nefilim... un maldito nefilim, uno igual al que había matado a los míos.

Tonta, tonta. Les juro que si salgo de esta, me tatuaré un gran cartel en mi frente que anuncie cuan estúpida soy. En vez de eso enfrenté sus ojos y pregunté:

—¿Qué pasó anoche? —mi voz salió ahogada, aún continuaba cubriéndome la boca.

—Eso mismo me pregunto —su voz sonaba insegura. Se volvió y pude ver la

duda en sus ojos. No sabía qué esperaba encontrar en su mirada, pero ciertamente no era confusión. Esperaba una sonrisa irónica, algo que me diera más motivos para odiarlo.

—¿Tú me hiciste eso? —gruñí, recordando sus palabras—. No te he obligado, aún... —Apreté los dientes—. ¿Me obligaste? —la ira bullía en mí. Phill sacudió la cabeza y me observó.

—No haría eso...

—¿Por qué no? —me envalentoné y me arrodillé mientras buscaba cubrirme, en un intento de parecer más segura de lo que realmente me sentía. Estaba desnuda bajo aquel manto blanco de sábanas. ¿En qué pensaba cuando...?— ¡Me amenazaste con hacerlo...! —grité.

—Te amenacé con obligarte a comer, nada más. —Ahora la ira salía como dardos en cada una de sus palabras y la vergüenza me envolvía como si pudiera engullirme. ¿Era mi culpa?—. Nunca haría eso, nunca, no a una mujer... ni a nadie.

—¿Entonces qué? —protesté. Quería respuestas.

—Lo he pensado, tuve una sensación anoche, como si algo estuviera mal, y fue cuando apareciste... —tragué con fuerza tratando de no gritarle que no había nada malo en mí, que había sido su culpa y de ese maldito lugar, pero me mordí el interior de la mejilla hasta que sangró—. Todo paso muy rápido, recuerdo haberte dejado aquí, y volver a mi cuarto..., luego todo se tuerce en mi cabeza.

—¡Vamos, eso es muy trillado! —le respondí—. ¿Acaso me ves como una nenita que quiere un noviazgo? ¿Como alguien que rogará que no la dejes? Porque sinceramente, lo único que falta aquí es que me digas, «no eres tú, soy yo» y juro que te romperé la boca. —Él me escuchaba como si no entendiera.

—Claramente fuimos ambos —dijo con pesar y su voz sonó acusadora.

—No me vengas con idioteces Phill, tú estabas ahí —gruñí apuntándolo con el dedo—. ¿Qué hiciste? Me enturbiaste la mente con las velas y el baño, ¿o qué fue eso?

—Creo que has dejado claro tu punto —dijo colocándose las manos en la cintura ofuscado. ¿En serio? ¿Estaba ofendido?

—¿De qué punto me hablas?

—Lo de anoche no hubiera sucedido si no fuera...

—¡Claro que no hubiera sucedido...! ¿Querías seducir a una asesina de la Asociación? ¿Es eso? ¿Acaso te gusta invadir la mente de alguien y usarla? O quizá Ben te contrató para terminar de corromper mi vida.

—Claro que no —respondió—. Si eso pasó, fue a ambos...

—¡Tú no fuiste el abusado! —le grité tan fuerte que mi garganta dolió.

—Sal, por favor, no me digas que eres de esas histéricas feministas que solo piensan que un hombre abusa de una mujer, porque definitivamente no abusé de ti,

estabas allí agarrándome —hizo un gesto obsceno y gruñí— bien fuerte y pidiéndome que te posea.

—No era yo... —espeté y desvié la mirada. Sí, lo sé, al decirlo así parecía una actriz barata de telenovela.

—¿Y yo soy el de las frases trilladas? ¿Qué? ¿Ahora me dirás que no sabes qué te pasó, que no eras tú, y no sabes por qué actuaste así? . —Lo miré con bronca y fusilándolo con la mirada—. Oh muñeca, no pienses que eres la única que conoce eso, porque te equivocas.

—Entonces qué, por como lo has dicho, lo de anoche fue una idiotez...

—Yo no quería abusar de ti, tú viniste a mí, no al revés... al menos podrías recordar eso, asesina.

—Agggg... me das asco.

—Estos son los momentos en que deberías cerrar el pico y oír lo que voy a decirte, porque si alguien se sintió penetrado anoche, puedo decirte que ese fui yo... —se señaló el pecho y bufé frustrada.

—Penetrado... ¿tú? Si fui yo a la que le metiste esa «miniatura» que tienes.

—No te veías renuente a querer hacerlo, además eras tú la que pedía a gritos mi «miniatura», que ahora denigras, mientras anoche presa de la excitación gritabas mi nombre y me incitabas a continuar —se burló y lo maldije en todos los idiomas que conocía, que no eran muchos. Inglés y español, para ser exactos. Salté de la cama hasta estar a un solo paso de él y le apoyé mi dedo acusador en el pecho.

—Yo no grité tu nombre...

—Sí, lo hiciste; así es como sé que te gusta el sexo salvaje y duro. —Mi cara se tiñó de todos los colores posibles y cualquier respuesta que fuera a dar se atascó en mi garganta. Había gritado su nombre y suplicado por más, pero nunca lo admitiría—. ¿Qué? ¿Te ha comido la lengua un ratón que ya no respondes? Y yo que pensé que solo metiendo mi «pequeñez» en tu boca te haría callar. —Lo empujé, haciéndolo tambalear, y me alejé tomándome la cabeza. Necesitaba pensar. No hablamos por varios minutos, no podía creer que hubiera hecho eso; esto no podía estar sucediendo, nada de esto. Estuvimos en silencio hasta que él habló.

—Sal...

—¿Qué? —grazné.

—Lo lamento —me volví para verlo y sentí la culpa llenándome.

—Y yo —dije sintiéndome una perra por cómo le había gritado. Sabía que, fuera lo que fuera, aquello que nos impulsó a tener sexo había sido externo. Phill nunca me había maltratado, incluso había sido respetuoso conmigo. Odiaba sentir culpa.

—¿Recuerdas aquel día en el edificio abandonado? —las imágenes corrieron en mi cabeza aunque la furia golpeaba en mi mente martillándome el cerebro, había algo que debía recordar, algo, ¿pero... qué era? Por un instante mi cerebro buscó y

rebuscó hasta que lo hallé; entonces la ira fue reemplazada por el dolor y la vergüenza, el mundo se me vino abajo al recordar los ojos de Hero. Lo había traicionado y lo sabía. Quería gritar y golpear algo, quería hacer sangrar algo... Clavé mi ojos en él.

—¿Y qué mierda tiene que ver eso?

—Agredes demasiado... —respondió con un suspiro.

—Vete al infierno, Phill. ¿Qué tiene que ver eso? Responde. ¿Qué tiene que ver eso con lo que hablamos?

—Bebió mi sangre —chilló como si debiera saberlo y su rostro se volvió duro y terrorífico. Sacudí la cabeza sin comprender y me mordí el labio por no volver a maldecirlo—. Bebió mi sangre, Sal... —aquella declaración fue como un balde de agua helada que me ayudó a pensar con claridad.

—¿Y eso qué? ¿Qué tiene que ver con... con...? —no pude terminar, decirlo en voz alta sería como sentenciarme. Si lo decía, se volvería realidad—. ¿Me estas diciendo que fuiste «penetrado» por él anoche? Por Vatur, eso suena morboso. ¿Es que eso le da poder sobre ti? ¿Qué tiene que ver eso con lo de anoche?

—Parece que le da cierto poder... —tragué con fuerza mientras se rascaba la cabeza—. Por lo ocurrido anoche, sé que algo sucede.

—¿Eras tú, cierto? Dime que eras tú —sus ojos se volvieron oscuros—. Esa voz... —murmuré pensativa.

—¿Qué voz? —lucía irritado y su rostro se volvió una máscara oscura otra vez, nada tenía que ver con el hombre al que me había entregado la noche anterior.

—Oí una voz, pensé que eras... tú —lo señalé con el dedo y él maldijo. De pronto recordé mi languidez, el calor fluyéndome por dentro... mi necesidad... Todo cayó en picado cuando la imagen frustrada de Hero se coló en mi mente. *Hero*. Diosa... no. Volví a cubrirme la boca con espanto y las náuseas regresaron. Debía calmarlas o devolvería todo sobre el hermoso edredón de plumas.

—Se coló aquí —dijo tocándose la frente—. ¡Maldito sea!

—Todo eso fue su culpa ¿cierto? —pregunté intentando buscarle la vuelta a lo que había ocurrido; mi voz sonaba alterada, esto era más de lo que podía soportar.

La mirada de desprecio de Hero aún seguía en mi mente colmándome los nervios. Él me había advertido de los nefilim, del vampiro... y yo... simplemente había fracasado. La vergüenza me cubrió por completo y sentí repugnancia de mí. ¿Cómo había olvidado todo? ¿Cómo pude olvidarlo?

—Sí —respondió pensativo devolviéndome a la realidad— pero es algo más...

—¿Algo más? —quería dejar de sentirme así, borrarlo todo. Quería golpear a alguien hasta que sangrara... ver mis puños asestándole golpes a algo. Me sentía humillada.

—Me gustas Sal —aquella declaración atrajo mis ojos a él y me sentí abofeteada.

Parecía sincero, peor aún, lucía dulce y yo... me asqueé conmigo misma por aquello. Me apreté más al edredón—. Me atraes, eres una mujer hermosa... y él se aprovechó de eso.

—¿Cómo sé que no fuiste tú y toda tu basura mental?

—Podría haberte sometido de otro modo, si lo hubiera deseado. —Se movió hacia donde estaba con tanta rapidez que me eché hacia atrás; sus manos se apoyaron violentamente en el colchón y la ira centelleó en sus ojos. Retrocedí y me acurruqué contra el respaldar esperando un ataque que nunca llegó. Sus manos se relajaron y sacudió la cabeza—. Pero es la fuerza de tu personalidad lo que ha hecho que vuelva para cuidarte, si te hubiera tomado en contra de tu voluntad, eso se habría ido... — algo en sus palabras me decía que era sincero. Podía recordar a Hero diciéndome casi lo mismo: *Eso me gusta de ti, eres fuerte Sal, tan fuerte hasta el punto que duele*. Su voz se coló añadiendo varias toneladas de dolor sobre mi pecho. ¿Qué había hecho? Él se había interpuesto para salvarme y yo simplemente había caído como una estúpida... Comencé a llorar sin importarme nada más. No lloraba por él, lloraba por mí. Por haber sido tan débil. Si salía viva de esto, Ben me castigaría por traición... mi muerte estaría cerca y me lo merecía. Tras mis párpados la imagen de Hero asintió. Sabía que me lo merecía. Me abracé las piernas y enterré la cabeza entre las rodillas dejando salir todo el dolor.

—Cuéntamelo Sal —susurró con calma. Hipé y lo miré ceñuda, sin comprender.

—¿Qué? —dije con un hilo de voz mientras enjugaba las lágrimas que corrían por mis mejillas.

—En tus sueños, hablabas de alas... —Sin duda había estado hablando o él había logrado colarse en mi mente. Me froté los ojos con fuerza.

—No hablaré de eso —dije juntando el poco de dignidad que me quedaba y apretando los labios.

—¿Temes a las alas?

—No, no les temo —mentí— pero en general me aparto de quienes las poseen.

Él sonrió de lado.

—Tendrías que haber visto las mías. Eran las más bellas —se movió hasta recostar su espalda contra el muro.

—¿Por qué caíste? . —Sus ojos relampaguearon y una vocecita en mi interior me gritó que cerrara el pico, que saliera de allí ahora que estaba con la guardia baja, pero necesitaba saber. Él no respondió, se limitó a observarme—. Bien. ¿Qué haremos? — dije moviéndome hasta el borde de la cama—. Aún no me has dicho qué quieres. — Tiré del edredón para cubrirme.

—No importa lo que quiera, mi deber es protegerte —dijo sin más y me helé.

—¡Protegerme! ¿De qué estás hablando? —me levanté de un salto y busqué mis ropas con la vista. Las descubrí en el suelo del baño.

—De hacer lo que debía hacer alguna vez, mucho tiempo atrás.

—¿Qué quieres decir? —una parte de mí quería correr por mis cosas mientras otra se negaba a olvidar sus palabras. ¿Alguna vez? ¿Cuándo? Solo hubo una vez en la que me crucé con alas. Eso había sido tiempo antes de que me metiera en la Asociación, cuando atacaron a mi familia.

—Debía cuidarte y fallé; era joven —dijo respondiendo a mis cavilaciones. Retrocedí mirándolo a los ojos, mis pasos eran torpes y casi me caigo, me sostuve contra el muro sin apartar los ojos.

—¿Cuidarme? ¿Cuándo? ¿De qué hablas...? —estaba gritándole, no sabía cómo pero me había acercado a él en el transcurso, otra vez estábamos a solo a unos pasos. Me tomó de la muñeca para que no cayera. *Alas... alas sangrando, alas levantando el cuerpo de mi madre, alas sangrientas.* Retrocedí forcejeando ante la angustia y caí. Estaba sentada en el piso, enredada en aquel acolchado carísimo; me arrastré alejándome de él cuando extendió su mano para ayudarme. Seguí arrastrándome hasta que mi espalda dio contra la cama—. Los nefilim no cuidan de nadie —mis manos temblaban como una hoja...

—Dime una cosa Sal, si los ángeles cuidan de los humanos, ¿quiénes crees que velan por los oscuros? —Era un razonamiento retorcido, pero podía ser—. ¿Acaso no lo habías pensado?

—En verdad no... —seguía temblando.

—Te cuidaré hasta que él esté muerto. Vatur tiene formas de cuidar a sus hijos.

Así que la gran diosa estaba detrás de todo esto, mierda, cómo no lo había pensado. Nefilim, pero aun así él no me había dicho cómo había perdido las alas.

—No puedes retenerme —me quejé queriendo salir de aquella pesadilla. Comencé a levantarme tomándome de la cama.

—Sí, puedo.

—También sé otra cosa, Phill —dije animada— cuando un ángel o nefilim pierde las alas pierde parte de su poder. ¿Es cierto?

—En algún modo, volar en un poder...

—Sabes de qué hablo —dije haciendo una mueca y cruzándome de brazos para que el cobertor no cayera.

—Dime una cosa, asesina, ¿qué harías tú en mi lugar?

—Haría cualquier cosa menos intimar contigo —le solté con furia.

—Eso no fue cosa mía —dijo levantando las manos.

—Eras tú, era tu cuerpo...

—Y el tuyo Sal, pero lo oíste ¿no?

—¡Hijo de puta! —le grité indignada.

—Bien, como te decía, sabes que el único que puede matar a tu enemigo es aquel al que tanto odias.

—Los míos están ahí afuera, no puedes aislarme y cuando... —mi corazón se apretó al recordar la furia de Hero, la imagen de él odiándome me golpeó como una bola en el pecho— cuando Hero te encuentre, te destripará —rogaba que él nunca supiera lo que había pasado—, también Nicolás y mis hermanas. —Aunque creía que los dos machos serían aún más crueles... ¿Qué les diría? ¿Lo sabrían? Tomé coraje dejando todo eso de lado, después, después... suspiré con fuerza y seguí—. Así que dime, Phill, ¿qué harías tú en mi lugar sabiendo que mi centinela y un vampiro lo bastante enojado pueden llegar a matar al único ser que puede matar a mi enemigo número uno?

Por un momento lo pensó, lo noté en su rostro. Caminó fuera de la habitación echándole llave a la puerta sin decir ni una palabra. Estaba furiosa conmigo, por ser tan estúpida. No podía creerlo, y la culpa me corroía el cuerpo dejándome inquieta. Me paseé por la habitación envuelta en el cobertor. Aquello que buscaba estaba fuera de allí. La habitación tenía las ventanas cubiertas por madera. Rocé mis dedos contra ella buscando un lugar para arrancarla pero, como lo imaginé, la ventana estaba protegida por magia. Magia de nefilim. Debía encontrarlas, estaba tan solo buscando encontrar la conexión.

Y lo vi.

Era un hilo dorado, muy fino, que aún me conectaba con mis hermanas. Estaban allí. Con un impulso que no sabía de dónde había nacido, tomé una silla y la arrojé contra la puerta. Esta se partió en grandes trozos. De un manotazo quité todo lo que había encima de una mesilla junto a la ventana. La golpeé con ella y caí al piso. La mesa había seguido el camino de la silla, pero nadie entró por la puerta a pesar de que sabía que había hecho el ruido suficiente como para que Phill me oyera. Volví a largar el aire violentamente y a concentrarme en mis hermanas. Me aferré a ese delicado lazo, lo tomé con las manos invisibles de mi mente. Debía mantenerme cuerda, nunca había sufrido la separación que me asolaba ahora. Ahora podía percibir el dolor, la sensación de estar desgarrada por dentro. Las necesitaba. Necesitaba el *lazo*. Necesitaba mi mundo de nuevo. Allí en el fondo de mi mente logré ver algunos recuerdos, algunas pequeñas señales de la existencia de ellas. Las recordé jugando, nuestras primeras cazas, las risas por la noche, las confidencias... aquello parecía reforzar el *lazo*, el hilo dorado se había engrosado ínfimamente, pero era algo de qué aferrarme. Mis ojos se llenaron de lágrimas ante la idea de perderlas, de perderlo. Hero estaba allí afuera. ¿Estaría pensando en mí? ¿Estaría emprendiendo mi búsqueda? ¿Sabrían que caí? Llorando me tendí en la cama, dándole golpes a la almohada. Odiaba sentirme así, odiaba estar sola.

Capítulo catorce

Pre lamiam

Mil imágenes pasaron por mi mente mientras yacía allí mirando el techo blanco; intentaba concentrarme de nuevo, cuando su voz se coló en mi mente y dominó mis pensamientos.

—*Duerme Sal... descansa* —Sabía quién era. Me senté, estaba tensa de pies a cabeza. Luché contra el susurro, pero mis ojos se cerraron y como un idiota mi cerebro siguió su orden, aunque intenté rebelarme antes de caer rendida. En mi sueño Hero me contemplaba desde una esquina. Observé la sala, era una celda.

—¿Por qué Sal? ¿Por qué lo hiciste? —sonaba dolido y aquello me lastimó. Me apreté contra el muro mientras gemía de dolor. Giré el rostro, incapaz de enfrentarlo. Caminó hasta mí y me tomo del mentón. Me miró a los ojos, y noté la furia, el dolor invadiéndolo—. Mírame Sal, mira lo que me has obligado a hacer... —noté que tenía los ojos enrojecidos. Un oscuro solo tendría los ojos así si había bebido de un modo desenfrenado de algún ser vivo. Se movió dejándome ver tras él. Me cubrí la boca al instante. El horror se apodero de mí. Tras él, a solo unos pasos, estaba Carim inmóvil y con los ojos abiertos; a su lado Eva, Nicolás, y otros cuerpos se extendían hasta donde podía ver. Gimoteé ante el dolor mientras él volvía a meterse en mi campo de visión—. ¿Por qué lo hiciste Sal? ¿Por qué no me amaste?

Desesperada y sin poder moverme comencé a llorar. —No quería, yo no quería... —. Lo vi alejarse unos pasos cubriéndose la cara. Aunque no deseaba mirar los cuerpos mi mente me traicionó y volví mi vista hacia allí, pero ya no había nada. Vi a Hero sentándose en una esquina y detrás de él las paredes se transformaron en un hermoso parque. Miré alrededor, estaba parada sobre el pasto muy verde. Hero apoyó los codos en sus rodillas y enterró la cabeza en sus manos. Noté el sol del atardecer pegando sobre mi mejilla e instintivamente me cubrí.

—Tan solo dime ¿por qué lo hiciste? Dímelo y juro que lo olvidaré todo, pero necesito oírlo... por favor —susurró. Caminé hasta él, percibía el dolor en su voz. Mi mano se estiró para acariciar su cabello, pero me detuve cuando él se agitó—. Quería vivir contigo, quería mostrarte el mundo —sus ojos fueron hacia donde el sol se escondía— quería vivirlo contigo...

—Hero, no fue mi culpa...

—¿Y de quién, entonces?

—Te quiero —susurré.

—Oh, por Vatur, no lo digas... —se levantó y me moví hacia atrás.

—Lo siento, Hero, por favor perdóname... —comenzó a alejarse y lo detuve

tomándolo de la manga. Hizo otro paso, yo lo tironeé; cuando se volvió me alejé como si viera al mismo diablo. No era él. No era Hero. Conocía esos ojos.

—Él no puede ayudarte Sal... —movió su mano y vi a Hero parado allí sosteniendo una estaca contra su pecho—. Olvídalo... —susurró. Los huesos se me helaron. Era su voz, su maldita voz. Hero dio un grito y cayó de rodillas...

—¡HEROOOO!

Me desperté agitada, mi pecho bajaba y subía violentamente. Recorrí con la vista toda la habitación, desesperada, pero estaba sola. No sabía cuánto había dormido, pero me parecieron años, mis músculos estaban agarrotados y las manos me dolían. Desperté a causa del dolor y el miedo, y creí oír gritos provenientes del otro lado de la puerta. Suspiré y me desparramé sobre el colchón dejando que mis músculos se distendieran, agradecidos por aquel descanso, cuando escuché otro ruido. Un grito desgarró el aire y puso mi cuerpo en tensión otra vez. Aquel sonido no era humano.

Me levanté de un salto, ignorando el dolor que se había instalado en mi pecho a causa del sueño, y me ubiqué cerca de la puerta intentando hacer el menor ruido posible. Había una pelea del otro lado, y no sabía bien si eran los míos o no. Busqué el nexo de mis hermanas, pero no oí nada. En cambio el silencio se rompió cuando algunas cosas fueron destrozadas; por el ruido imaginé cristales por todos lados.

—Esto no es bueno —murmuré para mí misma cuando algo más se rompió y resonaron unos gritos en una lengua extraña.

Busqué algo con qué golpear, si aquello entraba y superaba a un nefilim tranquilamente podía matarme. Había un candelabro sobre una mesilla, era duro y pesado, tal vez aquello me daría una posibilidad de defenderme, aunque para ser sincera, no podía estar más desprotegida. Me resultaba insoportable la idea de morir allí. ¿Qué dirían los boletines de la Asociación? *Asesina muerta a manos de un... luego de mantener relaciones sexuales con un nefilim, quien posiblemente estuvo involucrado en la muerte de su familia.* ¡Por favor, no! Traté de hacer respiraciones profundas y tomé el candelabro como si fuera un bate de béisbol. No sabía si era de día o de noche, aunque la última vez que intenté comprobarlo la ventana estaba sellada por un manto mágico. No saber qué hora era me irritaba. ¿Qué pasaría si uno de aquellos que atacaban a Phill entraba rompiendo la ventana? Estaría frita, eso sucedería.

—Nephilim moritur. —(*Morirás nefilim*) una voz femenina. Luego le siguió otra, masculina—. Nephilim non solvit debet regulis moriendum esse. —(*No debiste infringir las reglas, debes morir*). Hablaban en latín.

¡Qué porquería, si tan solo hubiera prestado mayor atención en clase! Intenté traducir lo que decían. *Morir*, supe que habían dicho eso... varias veces. Hablaban de reglas. ¿Qué era eso? Acaso eran sus padres.

—Dabis nunc consequat. —(*Ahora pagarás las consecuencias*). Hablaban de

consecuencias. Me estaba devanando el cerebro y no conseguía más que palabras sueltas. Mi mano se cerró en la empuñadura del candelabro dorado. Si iba a morir, lo haría luchado.

—*Pre Sal... pre...* —(*Corre, Sal, corre*). Me petrifiqué cuando me habló en la mente.

—¿Qué? ¡Maldición! ¿Qué?

—Corre —gritó esta vez sin el disimulo mental—. Es de noche, Sal, corre...

—*Secreta narrantes lamiam.* —(*Le contó nuestro secreto a un vampiro*). Eso lo entendí... *lamiam*, vampiro.

Mi instinto explotó. La magia que mantenía el lugar cerrado había desaparecido. Corrí hacia la ventana, sin mirar atrás. Si el nefilim no podía con ellos, menos lo haría yo. Él no me había lastimado. Mi mente recordó sus palabras: «Debí cuidarte, pero era muy joven». ¡Lo habían enviado a cuidarnos y no lo hizo...! ¡Maldición, piensa Sal!, me grité. Si él hubiera cumplido su juramento, si nos hubiera protegido mi familia estaría viva, él tendría sus alas... Volví corriendo a la puerta y la abrí. No podía dejarlo. Él no me había lastimado. En la sala había un par de alas que flotaban a un metro del piso, no me detuve en ellas. *Alas*. Allí con una espada en mano estaba Phill acorralado en una esquina. Sus ojos conectaron con los míos y me arrepentí al momento que lo distraje ya que uno de los ángeles le dio en el hombro. No entendí cómo, pero me empujó hacia atrás tan solo dirigiendo una mano en mi dirección mientras luchaba para que no le asestaran otro golpe.

—*Esta es mi lucha* —gruñó mentalmente—. *Vete, sálvate Sal... no me olvides* —lo último fue un susurro muy bajo, apenas audible.

Maldije mientras intentaba clavar mis talones en el piso, para detener aquello, pero las puertas se me cerraron en la nariz y fui empujada con más fuerza, atravesando la ventana que antes estuvo cubierta con madera, podía sentir las astillas que traspasaban mi ropa. Fui a caer de bruces en un tejado. El color rojizo de las tejas me dio una bienvenida muy poco cálida y algunos vidrios se astillaron e hincaron en mi piel junto con los fragmentos de madera. Vi la sangre que brotaba de las cortaduras y un destello azul me nubló la vista y me quemó; me cubrí los ojos con el antebrazo, aquella luz era muy fuerte. No sabía qué era pero dolía, contuve un grito y me tomé el hombro herido tratando de comprobar si estaba muy lastimada; ahí fue cuando resbalé... la secuencia parecía correr en cámara lenta y la brillantez de las explosiones dentro de la casa me dejaron sin aliento.

Lancé apenas un grito ahogado.

Luego fue el vínculo restableciéndose, las emociones de mis hermanas brotando dentro de mí hasta el punto de llenarme.

El dolor en mi cuerpo, especialmente en mi trasero y mi espalda baja que golpeaba contra el tejado en esa loca caída.

Luces de colores explotando desde aquel lugar que no alcanzaba a ver, gritos en latín.

La oscuridad de la noche engulléndome entera.

Cuando llegué al borde del tejado mi cuerpo se preparó para la caída, mal herida y sin fuerzas por la falta de sangre, mis músculos se acomodaron, como los de un gato, lo mejor que pudieron y caí en sobre mis pies y manos. Mi espalda dio un chasquido y el dolor me recorrió nuevamente.

—*¡Sal!* —la voz mental de Eva fue la primera en escucharse. Mi mente reaccionó y eché a correr.

—*¿Sal, dónde estás?* —Carim sonaba asustada y el dolor me nublaba la mente.

Intenté mantener un paso firme, aquello que había atacado al nefilim tenía alas, podía alcanzarme a la vuelta de la esquina. Me acerqué a los edificios lo más que pude cuando oí un sonido conocido. Tal vez desvariaba. Tal vez me estaba desmayando, por un momento mis pies fallaron, mis ojos dieron paso a la oscuridad de la inconsciencia... y caí.

Capítulo quince

¿Crees en la mala suerte?

Habíamos llegado al edificio de apartamentos de Sal, escoltando a Mikela. Era nuestra única esperanza ahora, y la forma más rápida de buscarla. Así que ella valía como el oro para nosotros, y la desgraciada lo sabía. Se había pavoneado frente a nosotros en la casa y ahora su maldito comportamiento de «perra come hombres» iba en aumento. Estaba haciendo un casi infructuoso esfuerzo por contener la furia cada vez que ella «accidentalmente» me tocaba, pero no sabía cuánto tiempo podría aguantarla. Cuando nos metimos en el diminuto ascensor me estremecí pues las sensaciones de lo que había ocurrido volvieron a mí.

Me perdí del presente por un instante recordándolo todo... Sal temblando en mis brazos, mi necesidad de protegerla, aquel beso acariciándome el alma. La había abrazado como si pudiera aislarla del mundo. Sentía su cuerpo voluptuoso amoldándose al mío como si hubieran sido cortados con un mismo molde. La había capturado contra el marco de la puerta y mi animal había tomado el control, la había apretado contra mi abultado eje que tanto la deseaba, para que notara cuánto la necesitaba, y ella me había sorprendido al frotarse contra mí. No podía esperar más, había esperado por alguien como Sal durante siglos. Debía tenerla, sin embargo mantuve controlada la fuerza de esa necesidad. Quería ver sus ojos cuando me incrustara en ella, quería bombear dentro de su apretada carne mirando su rostro enrojecer por el calor y la lujuria, pero aquel nefilim me la había arrancado de los brazos justo cuando creí que podría llevarla conmigo, a mi cama, a mi vida... me sentía posesivo, todo mi instinto anunciaba que debía tenerla.

Sacudí la cabeza cuando noté que apretaba los dientes de tal forma que el sonido se hacía audible. La bruja me sacó de aquello cuando entró al apartamento e hizo un sonido de desagrado. Caminó por aquel lugar tal como lo había hecho yo horas antes; imité a Nicolás y ambos nos limitamos a permanecer cerca del umbral del ascensor. Ella seguía rastreando cada energía, cada olor, con la mueca de rechazo pintada en su rostro. Sinceramente, no importaba que ella se sintiera bien o mal, tan solo podía percibir aquello pujando en algún lugar de mi interior por gruñir, por matar al nefilim. Mi instinto protector elevado a la enésima potencia, la posesividad en aumento. Nada de esto era conocido para mí, por eso paladeé cada sensación asiéndome a ella, tejiéndola en mis fibras internas. Nunca me había comportado de este modo, aquello era extraño y llegado a un punto creí que se habían equivocado de raza. Los vampiros eran posesivos, sí, pero no tanto como los cambiantes o los lobos. Ahora yo sentía en mi piel lo mismo, como un escozor por correr y tener a Sal. Mis ojos se clavaron en

los movimientos de la bruja. Mikela extendió su mano y casi rozando recorrió el estar, pasándola tan solo por encima de los sillones color canela; luego con un gesto y un sonido de disgusto se agachó y observó la mesilla. Debía admitirlo, la mesa era fea, no es que fuera un experto en decoraciones, pero era fea, y también había reparado en ello horas atrás, volví a pensar que parecía un ataúd. Ella llegó hasta la cocina repasando cada mueble, cada espacio, mientras se bamboleaba por allí como si desfilara en una pasarela. Llevaba un vestido largo, negro, con un gran escote que dejaba ver parte de sus pechos, a contraluz la tela se veía transparente dejando entrever las curvas de la rubia, sin contar el tajo que mostraba hasta la parte alta del costado de su pierna al caminar. Irritado por la espera advertí cómo Nicolás la observaba. Una parte de mí no quería admitirlo, pero el centinela la seguía en cada paso y pensé que debería advertirle lo más pronto posible sobre ella. Si Mikela ponía un dedo sobre su persona, estaba perdido. Él se volvió como si sintiera el peso de mi mirada; una sonrisa retorcida fue mi respuesta mientras negaba con la cabeza, y noté una mueca de confusión en su rostro. Levantó los hombros y se dirigió a Mikela.

—¿Qué ves? ¿Puedes sentirlo? —Nicolás se había acomodado junto a la barra. Lo vi serio y tranquilo, y como ya comenzaba a evaluar mejor al centinela advertí que estaba todo, menos tranquilo. Por alguna razón que no lograba entender había un cambio de energía en Nicolás, algo más rojizo, como la sangre diluida en agua y, por experiencia, sabía que eso solo lo había notado en el deseo. ¡Por Vatur!, el centinela no podía tener tan mal gusto... Evalué el pensamiento y me maldije dándome un golpe mental. ¿Por qué no? ¿Acaso yo no había caído?

—Nada... —de forma distraída Mikela giró, haciendo que su cabello se moviera como una cortina y batió sus párpados hacia nosotros.

—No mientas —siseó Nicolás bajando un poco la voz y volviéndola tan fría que parecía que el polo había caído sobre nosotros. Todo el calor del aura había tornado a azul eléctrico; adiviné que, fuera lo que fuera que había pasado por la mente del centinela, él había vuelto a ser un profesional.

—Tú —dijo Mikela moviéndose elegantemente. Su vestido dejó entrever parte de su muslo— me has hecho jurar por información acerca de un nefilim. Y aquí —dijo señalando el ambiente— no hay rastros de un nefilim.

Los ojos de Nicolás se encontraron con los míos. Su ojos podrían haber lanzado rayos interceptándose con los míos; tal fue por la mirada de entendimiento, la energía de frustración y confusión, pero ambos dimos un paso atrás. Habíamos estado tan cegados acerca del nefilim que se llevó a Sal, que en ningún momento pudimos pensar que él no era el causante del destrozo de la casa. Nicolás se acercó a mí cuando Mikela estaba por llegar a la habitación de Sal. Estábamos solos con la bruja, él había enviado a Carim y Eva fuera del departamento. Cualquier cosa podría hacer saltar a las asesinas, y eso ya era demasiado para el pobre Nicolás que aún me miraba

como si no supiera cuál sería mi próximo movimiento. Pensé que le bastaba con tenerme solo a mí, como para juntar a tres oscuros armados en un mismo lugar y con ganas de clavar garras y dientes en alguien hasta hacerlo sangrar.

—Esto no es posible... —dije.

—No habíamos pensado en él, pero es razonable en cierto modo. —La calma en la voz de Nicolás me irritó—. La siguió y había llegado antes aquí...

—¿Qué? —me encolericé con solo suponer que algo había ocurrido y no habían hecho nada; lo encaré.

—Tú lo seguiste hasta aquí, debió volver en algún momento, le dejó un cuerpo... como un maldito trofeo sangriento. —Nicolás desvió la mirada por un instante y volvió hacia mí—. Le dejó un hombre aquí, le dijo que disfrutara de la cena. El pobre desgraciado aún boqueaba cuando llegamos.

Lo sabía, Sal me lo había contado de modo apresurado, pero quería que Nicolás admitiera su falta, su descuido.

—¿Nadie pensaba decírmelo?

—Fue en el lapso en que fui a tu casa; en ese momento no sabía qué tan implicado estabas y luego, bueno, con la desaparición de Sal el tipo no tenía importancia. —Claro, al notar que no estaba metido en eso él me había descartado por completo; ahora lo entendía. El centinela estuvo tan enfocado en mí que había perdido la noción del tiempo, me había buscado para descargar su furia pero como no le presenté pelea no podía tocarme.

Mikela estaba con la cara como de piedra cuando llegó al marco de la puerta de la habitación de Sal, nos dedicó una mirada desdeñosa y pude notar la furia tatuada en su frente, luego dio unos pasos hacia adentro. Con Nicolás nos acomodamos en el pasillo, tan cerca uno del otro que eso podía mal entenderse en otro momento.

—En un principio pensamos que podías haberlo hecho tú —susurró como para que solo yo lo oyera, puse mis ojos en blanco mientras sacudía la cabeza—. Podría ser; luego de que te descarté de la ecuación, creíamos que había sido el nefilim, él no se había manifestado más allá del día en que ella lo encontró, teníamos registro de su caída pero nada más que nos diera una ubicación perfecta de dónde se encontraba; al otro, Sal lo había estado persiguiendo por un par de acusaciones, pero nunca pudo estar tan cerca como la otra noche. —Nicolás levantó los hombros como si tampoco entendiera el cuadro—. Pero luego tú lo viste también. ¿Cómo podríamos pensar que era él después de que Sal fuera raptada?

—Claro, era más fácil creer que yo la había traído hasta aquí y la había entregado ¿no? . —Nicolás asintió—. ¿Crees que miente? —pregunté mientras señalaba a Mikela que se detenía cerca de la cama.

—No, no creo... —Nicolás la observó—. Sé que no lo hace —y vi nuevamente aquel aura surgiendo de él, manando poder como si alguien hubiera abierto una

represa. Quise detenerlo para advertirle, pero Nicolás ya caminaba hacia la habitación. Lo seguí.

Le indiqué el lugar donde había presentado el rastro horas antes. La bruja olisqueó el cajón de la ropa interior con desagrado; una media sonrisa se dibujó en mi rostro. Realmente me hubiera gustado ver la cara de Sal ante esto. Mikela siguió revisando la habitación con minuciosidad bajo la mirada de ambos. Vagó sin rumbo hasta que noté cómo su cuerpo entero se tensaba y de inmediato se volvió con violencia hacia nosotros. Yo esperaba algún comentario ofensivo o desdeñoso, pero no lo hubo. Mikela estaba crispada, sus ojos desorbitados. Conocía esa mirada, ella ha encontrado algo, me dije al tiempo que se acercaba. La mirada de Nicolás no la abandonaba ni un instante, y sentí la necesidad de patearle la cabeza antes que hiciera una burrada.

Ella caminó en nuestra dirección sin vernos en realidad, pasó a mi lado y siguió algo invisible que ninguno de los dos podíamos ver. Nos miramos consternados por un momento y fuimos detrás. La primera vez que entré junto a Sal, no había podido sentir el rastro tan claro como para seguirlo y el nefilim era una bruma liviana que se desvanecía ante mis ojos, pero por lo que parecía, no era así para ella, sin duda la bruja tenía gran poder. Llegó hasta uno de los ventanales y corrió las cortinas hacia un lado, luego se quedó inmóvil allí por unos segundos. El sol del atardecer, dorado y puro entró a raudales inundando la sala y me detuve admirando el lugar. Cuando ingresé allí con Sal tan solo ella llamaba mi atención, ahora pude comprobar que la vista era genial, se podía ver la ciudad completa desde ese ventanal. Sabía que cuando Sal estuviera a salvo, pagaría lo que fuera por volver a dejar aquel lugar tan cuidado como era antes, para que ella se sintiera feliz.

—Desde aquí noto un rastro, pero es viejo, debió seguirla más de una vez. — Mikela pasó sus dedos contra el cristal para luego hacer lo mismo con el marco. Se llevó los dedos a la nariz, eso era típico de un rastreador. No sabía cómo ella había aprendido eso, porque estaba claro que no había cursos avanzados para rastreador y mucho menos especializaciones para las brujas, aunque puedo imaginarme a Mikela vinculada con algún hombre de oficio, del cual lo aprendería. Otro idiota como yo que había caído en sus falsos encantos. Lo miré a Nicolás y sacudí la cabeza. Debería hablar con él, y pronto, una vez que Mikela se metiera en sus pantalones le sería imposible abandonarla, era adictiva; no como Sal, ella me provocaba fascinación, un calor en el pecho que nunca había imaginado poder sentir, aquella certeza de saber que pase lo que pase ella sería mía, aunque no pudiera entender muy bien de dónde había salido esa certeza, ni siquiera sabía si ella lo pensaba así.

Sabía, por el modo en que reaccionaba su cuerpo, que Sal sentía cosas por mí, lo había dicho y ahora la quería como un niño desea un juguete, ese era un juguete que no prestaría a nadie; Mikela, en cambio, era adictiva del modo en que uno haría todo por ella aun sabiendo que está mal, daría todo por ella incluso yendo en contra de sí

mismo. Debía alertar a Nicolás.

—Noto dos rastros... ¿me habéis ocultado algo, vaqueros? —ella colocó las manos en las caderas mientras hablaba. Ambos nos miramos, le hice un gesto a Nicolás, realmente cada vez creía saber menos por lo tanto no podía decir nada.

—Nada que necesites saber... —le respondió reacio.

—Tan solo rastréala —le ordené con una nota de fastidio. Cada minuto que pasaba era un minuto en el que Sal no estaba a mi lado.

—¡No soy tu perra faldera! —sin que nadie pudiera detenerlo fui por ella estrellándola de espaldas contra el vidrio. El cristal acusó unas fracturas y disminuí la fuerza, no me serviría muerta y, mal que me pesase, la necesitaba. Detuve la mano a centímetros de su garganta, ejerciendo una leve presión para que comprendiera el nivel de mi indignación y le ofrecí una amplia visión de mis colmillos extendidos.

—¡Te destriparé si no te apresuras!

—La necesitamos —susurró Nicolás cansado y la solté con asco. Mikela me observó con desconfianza y un poco de temor. Nunca me había visto de ese modo, tan agresivo y despótico. Me alejé mientras mis dientes se contraían y caminamos hasta el ascensor siguiéndola, aunque Nicolás se colocó entre ambos manteniéndome a raya. Ella suspiró y se acomodó sus ropas.

—Uno estuvo aquí, no es un ser normal, tiene mucho poder —dijo señalando dentro— han lavado la sangre y sustituido el panel, pero queda un rastro.

Enfoqué mis ojos en lo que ella observaba, pude notar el rastro, era oscuro y flotaba cual un tinte en la pared; quise corroborarlo con Nicolás y comprendí por su mirada que algo había ocurrido allí, algo más que un simple hombre dejado como cena a medio desangrar. El vampiro había roto todos los mantos de seguridad de los agentes y lo que era peor, había saltado la seguridad de Nicolás, pero él no lograba averiguar nada, tan solo se notaba que Mikela había comenzado a dominarlo.

—Vamos... no hay nada aquí —dije y me adelanté tocando el botón del ascensor.

—¿Por qué lo haces? —me volví hacia ella y la estudié un instante—. No usas tus poderes —continuó cuando no dije nada más— sé que puedes traer el ascensor hasta aquí tan solo con pensarlo, pero te atienes a las reglas.

—Alguien debe seguirlas —bufé y me volví para no gruñirle de mala gana que ella también debía hacerlo o le iría muy mal.

—Él es tan fuerte como tú y lo sabes. —Volví a mirarla cuando sacó a colación los poderes del maldito—. ¿Cierto?

—Lo sé —ladré.

—¿Sabes que podría ser alguien más cercano a ti de lo que piensas?

Asentí en silencio. Ya lo había pensado, pero no lograba llegar a nada. No había pistas de alguien que pudiera querer lastimar a Sal, y Nicolás no parecía dispuesto a darlas si es que imaginaba algo.

—Lo sé.

—¿Crees que puede haber sido alguien a quien seguiste? —la pregunta del centinela no me asombró.

—Sí y no. —Nicolás y Mikela me estudiaron sin comprender; tomé aire y continué—. Él la perseguía antes de que yo entrara en su vida ¿cierto? —Nicolás no quería hablar de las misiones frente a la bruja, pero yo tenía una hipótesis.

—No, no es lo mismo, antes de que tú llegaras, hace unos meses, él simplemente huía de ella, hacía desmanes y huía, no seguía un patrón, sus objetivos no tenían sentido... y...

—Y cuando apareció comenzó a seguirla —completó Mikela. Nicolás la miró extrañado y asintió en silencio, yo en cambio rechiné los dientes.

—¿Crees que puede ser algún extraviado?

Por lo que sabía no había extraviados ahí afuera, pero noté incertidumbre en la voz de Nicolás. La Asociación se encargaba de ejecutarlos, ¿cierto? La pregunta retumbó en mi mente, pero me contuve de preguntar. El tiempo era nuestro enemigo.

—Vamos, debemos movernos —respondí—. El tiempo corre...

Ni habíamos llegado a poner un pie en el ascensor cuando Mikela se mostró nerviosa y el teléfono de Nicolás sonó. Sabía que algo iba mal, y se lo hubiera hecho decir a los golpes si no fuera porque los humanos ya se habían levantado, al menos algunos de ellos que rondaban por la planta baja y se podían oír ruidos. Mientras Nicolás respondía al llamado tomé a Mikela por los hombros. Sus ojos se volvieron vidriosos de pronto y se quedó dura. Suavicé mi agarre sabiendo que la bruja veía más allá de mí, estaba en medio de una visión y no había sacudida que la sacara de ella. Al fin parpadeó antes de hablar.

—Está afuera, lo ha matado, vaya uno a saber cómo, o tal vez se dio cuenta lo poco que valía y la soltó —la voz de Mikela era apagada, luego en su rostro se formó un sonrisa irónica y me quemó con la mirada de sus ojos turbios. Quise golpearla, pero nunca antes había tocado a una fémica, sin importar cuánto me fastidiara—. Puedo sentirla, ha escapado aunque no es normal, está rodeada de un aura extraña. Oh, pagaría por ver eso... —murmuró.

—¿Qué significa? —el terror se apoderó de mi cuerpo fluyendo por cada poro de mi piel—. ¿Extraña? —ella volvió a mirarme y sonrió con malicia. Me estremecí. ¿La habría lastimado? ¿Qué le había hecho?

—Eso lo averiguarás por ti solo, cariño, y luego volverás a mis pies arrastrándote y suplicando —apreté el agarre, iba a partirla en pedazos, pero la mirada de Nicolás me contuvo—. Suplicarás por volver, Hero —insistió con burla. Quería matarla, y no me atrevía a preguntar. Por un momento no quería conocer nada, y una parte de mí sabía que no importaba cuánto la hubiera lastimado, la aceptaría.

Ella era mía y era lo único que importaba. Mía. Era un macho dominante y, no

importaba cómo, la tendría y mataría a todo aquel que la hubiera tocado.

—Vamos —la solté cuando Nicolás pasó a mi lado y salimos de allí corriendo. Por un instante dudé, luego corrí tras él, sin titubear y me subí a la Ducati, aunque no podía quitarme de la cabeza aquella sonrisa despiadada de Mikela, que era una puñalada de hielo para mi corazón marchito. La fiera bajo mis piernas rugió imitando mi propio gruñido, me coloqué el casco y arranqué tan solo para frenar a unos metros junto al auto importado de Nicolás quien me habló sin mirarme, tal vez programando una ruta en el navegador.

—Las chicas, Carim y Eva, ellas la ven, han podido sacar algo de información del lazo, aunque es débil, no ha comido; irán por Sal, estamos más cerca. —La voz de Nicolás era entrecortada por la urgencia y tuve que contenerme para no zarandearlo.

—¿Dónde? —pregunté al saber que habían encontrado a Sal. Si hubiera tenido un corazón latiendo podría haber jurado que se habría detenido por una fracción de segundo.

—En el recinto industrial entre la 3 y la 9, va a pie —apreté las manos en el manillar y la Ducati se ladeó—. ¡Está herida! —eso fue lo último que le escuché gritar a Nicolás.

Mis oídos palpitaban de furia y dolor, la ponzoña se acumulaba en mi cuerpo y gritaba por venganza. *Herida*. Él la había herido.

—Lo mataré —me dije sabiendo que era más que una promesa.

En mi pecho las emociones se encontraban. La sonrisa de Sal, quería verla cuanto antes, la necesitaba, y luego las palabras de Mikela. La bruja nunca decía cosas así, poniendo en riesgo su vida, sin saber si era cierto. Ella me había dicho aquello sonriendo... ¿Qué había pasado? ¡Oh santa Vatur...!

Eso lo averiguarás por ti solo y luego volverás a mis pies, suplicarás..., había dicho la malvada.

Eso no era nada bueno. No para mí, porque prefería morir a volver con Mikela. En una parte de mi mente la idea de Sal traicionándome dolió como si me hubieran hincado un hierro caliente, apreté con fuerza los manillares al punto que casi se quebraban en mis manos, pero allí estaba esa gota de esperanza que me decía que tal vez, tal vez ella se quedara a mi lado. Si había pasado algo, si tan solo ella lo hubiera dejado... Aceleré la moto, no quería pensar en nada más.

Capítulo dieciséis

Energía

Debía llegar. Una moto llegaría más rápido. Haciendo zigzag entre los coches que se apiñaban en las calles, pasé por alto todo aquello que el código prohibía, incluso puse en riesgo la vida de muchos humanos, pero no lo dudé, la vida de Sal era más importante que cualquier puñado de esos seres. Humanos, y sus efímeras vidas. Humanos riendo y gozando de algo que yo no me atrevía a perder ahora. Tomé la arteria principal y conduje por la acera allí donde la moto no cabía. Crucé todo símbolo de detención sin respetarlo y escuché bocinazos y gritos a mi paso. Si ella moría, si Sal moría, mi bestia prometía sangre. Prometía dolor a aquellos que la obligaban a mantener su código. Sin duda estaba herida, su vida pendía de un hilo por defender a humanos que ni siquiera reparaban en ella.

—¡Maldita sea! —Aparté a un hombre que se me cruzó en el camino haciéndolo caer de bruces al suelo. Este gritó y otros también, a mi paso, pero eso no me detuvo. Estaba ciego de ira.

Busqué salir de la ciudad de prisa y tomé el camino que me llevaría lejos de la gente. Apagué las luces, al fin y al cabo no las necesitaba. Conduje a oscuras el tramo que me separaba de las fantasmagóricas siluetas de los galpones y haciendo uso de toda mi fuerza, extendí mis sentidos y dejé caer un manto de oscuridad sobre mi cuerpo, que me haría invisible ante los ojos de los curiosos, aunque no oculté el sonido de la moto; tal vez Sal pudiese oírla y fuera hacia mí. Eso me hizo recordar las últimas palabras de Nicolás: Está herida.

Mi energía fluctuó haciendo que me dolieran las extremidades cuando el recuerdo se incrustó en mi mente como una cuchilla; aun así mantuve el manto fuera. Cualquier energía emitida por Sal, aunque fuese mínima como un leve latido de corazón, la sentiría en la red que se extendía desde mi cuerpo cual una amplia tela de araña. Podía distinguir los edificios, los espacios abiertos, incluso los pequeños roedores corriendo dentro de los galpones. Giré en la primera cuadra y dejé que mis sentidos se extendieran como tentáculos, chequeando cada rincón, cada sitio. Mi poder iba más allá de detectar un aura, una energía, podía «ver» como lo hacían los murciélagos con el sonido; yo lo hacía con mi energía. Cada emisión de esta chocaba contra las masas y percibía todo desde allí.

Era el mejor cazador y ahora mi presa estaba herida. Sentí la pulsación en uno de los hilos y volví a virar en dirección este. El sol aparecería por allí en tan solo unas horas, así que aceleré a fondo mi Ducati, aquel leve tintineo de energía me llamaba, como si un insecto hubiera caído en la telaraña. No era un animal, ellos tenían un

aura violeta puro, aquello que me atraía como la luz a los insectos era más grande. Me detuve en una esquina; fue cuando la vi, sumida en la sombra de un edificio. Dejando caer mi moto en la acera fui hasta allí. Sal estaba tirada de costado, movió la cabeza en mi dirección como si esperara verme. Me arrodillé a su lado de inmediato y coloqué su cabeza sobre mis muslos, quitándole de la frente el cabello enmarañado. Sentí el olor de la sangre y maldije cuando le vi los cortes.

—Te tengo —murmuré. Sal emitió un gemido de dolor cuando la moví e hizo un esfuerzo para sonreírme. Aspiré con fuerza y percibí que había un olor impregnándola.

—Sabía que vendrías —fue lo único que dijo antes de que la acurrucara más cerca de mi cuerpo. Estaba fría y famélica. Podía notarlo, como también notaba algo más, y aunque lo tenía en la punta de la lengua no podía decir qué era. Haciendo un esfuerzo tomé mi teléfono y llamé a Nicolás.

—Calle once, dirección este —murmuré rápidamente y volví a concentrarme en ella. Debía saber qué era... tenía que encontrar la respuesta. ¿Qué le habían hecho? Escuché a lo lejos el sonido del coche y supe que pronto la sacarían de allí. Cuando noté que Sal se había relajado en mis brazos y tenía los ojos cerrados la preocupación me atacó. La sacudí con suavidad, pero observé que reaccionara.

—Tan solo aguanta un poco más. No cierres los ojos —le exigí cuando ella parpadeó—. No te atrevas a morir Sal... te traeré de vuelta sin importar cómo lo haga, no te atrevas a dejarme. —De pronto, los años de soledad me dieron una fuerte bofetada en la mejilla. No iba a perderla así de fácil, no la dejaría ir como si no significara nada. Ella volvió a parpadear y entornó los ojos.

—Alas... —susurró Sal con los dientes apretados. El hambre estaba haciendo estragos en ella. Acaricié su frente mientras la mecía, sintiéndola estremecer.

—Sí, le arrancaré las alas —respondí secamente y por primera vez lamenté no tener un coche; podría haberla sacado de allí en la moto pero no sabía cuán herida estaba y, vampiro o no, nadie sabía muy bien qué poderes tenían los nefilim. De una cosa estaba seguro, no habría piedad.

—No, alas. —Sal me miró a los ojos y luego al cielo.

—No podrán tocarte... lo prometo —susurré cuando percibí un temblor en ella.

—Hero... —me asió de la manga— lo siento tanto... —sollozó. La miré sin comprender de qué hablaba, y permanecí de ese estado por un momento, hasta que todo cayó sobre mí como un balde de agua fría.

Energía.

¡Eso era! Energía del nefilim brillaba contra su piel; casi podía notar dónde la había tocado. Podía descifrar las caricias que le había dado incluso a través de su ropa. Ella me estudió e intentó rozar mi rostro, pero no la dejé.

—Hero, por favor, no me dejes. —Aquella bofetada había sido más fuerte que el

golpe del nefilim en mi pecho.

—La ayuda ya está cerca —solté y me atraganté con la furia. La había buscado con tanta desesperación que nunca había imaginado eso.

—Hero... —Me alejé de ella como si tuviera la peste. La tendí despacio en la acera. Debía hacerlo. Diosa, ¿en qué había estado pensado?— Hero... —no podía hablar, la ira me había colmado. Sentí los colmillos saliendo, la ponzoña corría por mi cuerpo—. Escúchame. —Sal se movió de modo que casi tocaba mi pie, las palabras se cortaron al escuchar el coche chirriando sus ruedas. Levanté la vista para encontrar a sus hermanas allí. Eva y Carim llegaron primero. Al igual que yo se agacharon junto a ella; me alejé otro paso aún sin poder mirarla. Ella no apartó los ojos de mí y algunas lágrimas brotaron de sus ojos. En ese momento mi temple de acero se derrumbó. Estaba herido, pero no podía verla así...

—Sal, cariño... —ella sonrió en respuesta con los ojos cerrados.

—Sabía que vendrían. Hero por favor —susurró con la garganta seca. Eva se levantó, tomó un cuchillo que sobresalía de mi cinturón, se hizo un corte en la muñeca y la colocó sobre los labios a Sal. Ella protestó e intentó mover la cabeza, pero sin saber cómo ya me había agachado nuevamente y la contuve obligándola a abrir la boca. Eva sonrió levemente, agradeciéndome aquello, aunque no entendía el llanto de Sal.

—Debemos sacarla de aquí —susurró Carim al mismo momento que percibí una emanación de energía. Era tan fuerte que nublaba mis sentidos. Lo mataría, los mataría a todos. Sin apartar los ojos de Sal, estudiándola, volví a alejarme de ella. No podía mirarla a los ojos, me había traicionado, y eso ardía en mi piel ahora. Ambas hermanas murmuraron algo y levantaron la vista al cielo.

—Sí, el día vendrá pronto —coincidió Eva quitando la mano. Le di la espalda sin saber qué hacer, debía marcharme de allí ahora o caería contra Sal y la obligaría a decirme qué le habían hecho. La obligaría a humillarse a mis pies... apreté los puños.

—Hero ¿Adónde vas? Debemos salir —la voz de Carim se perdió mientras montaba en mi moto. Estaba cegado por la rabia. No podía sentir nada más que el agujero en el pecho que ella me había dejado. La había tocado, se había entregado a él... *tal vez ambos merecieran morir*. Tal vez yo mereciera morir, por ser tan estúpido.

—¡Hero! No lo hagas... —Sal sonaba ahogada. No quería oírla, no ahora.

Tal vez este sería el último acto de mi vida. No volví la vista atrás, sentía repugnancia por ella, pero en mi pecho todavía me atenazaba la idea de que era mía. *Mi mujer*. Estúpido, eso era. Le había dicho aquello a Nicolás hacía pocas horas, y al final encontraba la muestra de la ira de Vatur contra mí. Mientras seguía un leve rastro de poder recordé las palabras de Mikela. *No solo eso centinela, le dará la posibilidad de entrar en su mente*.

—Maldito sea... —busqué entre las calles hasta que encontré lo que buscaba. Tirado a unos metros había un cuerpo alado. Me bajé de la moto y me quité el casco. Tomé el cuchillo que quedaba de repuesto en mi bota y me acerqué. Lo toqué con el pie sin notar ningún rastro de energía en él. Las alas estaban desplumadas, como si alguien hubiera quemado parte de ellas. El cuerpo yacía boca abajo en una postura poco natural y no, no era el nefilim. Seguí caminando al notar un destello.

Preparé el arma, ya que el nefilim era más fuerte que yo. Caminé hasta un galpón y lentamente abrí la puerta, antes de que estuviera completamente abierta algo cayó sobre mí. Un rostro apareció en mi visión y unas alas se abanicaron en el aire; instintivamente le clavé el cuchillo en el costado y el ángel dio un chillido, gimió y antes de soltarme, cuando le di la segunda puñalada, me rasguñó el pecho con esas garras infernales y echó a volar. Lo vi elevarse y dolorosamente me puse de pie. Me miré la herida. Las uñas del ángel habían dejado un rastro de sangre por los arañazos. Eché un vistazo al cielo con desconfianza y lo vi alejarse, otro leve destello de energía me impulsó hacia adentro. Caminé aún con el cuchillo empuñado y pude ver, acurrucado en el fondo, al nefilim. Preparándome para lo peor llegue a él. El nefilim alzó la cabeza y me miró. Lo tomé del cabello para levantarlo un poco, quería hincarle el cuchillo y destriparlo, pero en cambio lo solté, estaba indefenso y no lo mataría así, no era justo. Él hizo un sonido sordo en el suelo, me acerqué un poco más y lo tomé del cuello, atrayéndolo hacia mí.

—Aprovecharás para desquitarte... —murmuró agónico.

—La tocaste —le olisqueé el cuello y me dieron arcadas—. Te mataría si no supiera que eso le dolería más... —apreté los dientes, me costaba hablar.

—¿De qué hablas? —preguntó antes de que lo enmudeciera de un golpe. Su cabeza cayó hacia un lado.

—¿Lo hiciste y lo preguntas? —Otro golpe, esta vez en su estómago.

Y otro, y otro, seguí propinándole golpes a raudales hasta que unos brazos fuertes me sujetaron desde atrás. Me revolví en aquel agarre, pero Nicolás era más fuerte. Cegado por la ira no noté su llegada. Mis manos sangraban y mi cuerpo temblaba cuando Nicolás lo arrojó a un lado.

—¡Suficiente! —me gritó.

—La tocó... —sonreí con desagrado apretando los puños—. Sal, ella tiene su olor, su energía, ella...

—Nefilim ¿eso es cierto? —ahora la voz de Nicolás sonaba mortífera.

—Sabes que sí —la voz de Mikela llegó desde mi izquierda. La observé tan impoluta y superada que me dieron ganas de maldecirla. Ella me estudió—. Oh cariño —se agachó a mi lado— mírate...

—No me toques —le retiré la mano de un golpe y volví mis ojos a Nicolás.

—¿Es cierto nefilim? —No hubo respuesta.

—Déjalo Nicolás, esto no te incumbe, deja que los ángeles se encarguen de él. Hero cariño... —Esquivé a Mikela. Me levanté lentamente. Eché una mirada al nefilim y comencé a caminar hacia la puerta.

—Tú eres... Hero... —el nefilim sonrió con dolor, una mueca parecida al desprecio se instaló en su rostro— pensé que alucinaba... que estúpido... ya sabes —dijo, y me volví a verlo. Nicolás permanecía a unos pasos del nefilim que en ese instante centraba su atención en mí.

—¿Qué quieres decir? —gruñí. Ahora quería escuchar qué tenía para decir.

—Hero... es tu nombre maldito —sus mandíbulas se apretaron tan fuerte que debía doler— pensé que ella hablaba de otra cosa... mi Hero, ya sabes —tosió cuando se movió—. Tu nombre, en inglés, es héroe... creí que me decía «mi héroe», pero era a ti a quien llamaba... —di un paso hacia él y me detuve ante la mirada de Nicolás.

—¿Qué estás diciendo nefilim? . —Nicolás hablaba con la voz ronca y perturbadora sin dejar de observarme—. Te salvé una vez, no habrá otra.

—Déjalo, solo quiere ganar tiempo, no lo escuches —siseó Mikela.

—Ella gemía tu nombre... —Me tensé—. Creí que me llamaba héroe, y tan solo... —el nefilim enfocó su mano hacia mí— ella hablaba de ti.

—¿Has tenido sexo con ella? —inquirí mientras recorría los pasos que nos separaban.

—Sí, pero no era conmigo con quien lo hacía, te llamaba en sueños.

—La alejaste de mí... voy a matarte. —Nicolás volvió a interponerse—. ¿Cómo la convenciste? Le prometiste cuidarla. ¡La dominaste por la fuerza! —grité esto último y vi cómo los ojos marrones del nefilim se llenaban de ira.

—¡No! —gruñó—. ¡No lo hice...! —aquello era una puñalada. Parte de mí quería que lo admitiera, matarlo a golpes y buscar a Sal para saciarla de modo que nunca más necesitara de otro hombre—. No fui yo.

—El vampiro —sentencio Nicolás.

—Deben irse...

—Creo que no tienes derecho a ordenar ni pedir nada... —le espeté.

—Ángeles —murmuró—. Los ángeles vienen... —dijo el nefilim— vienen por mí. Si están aquí, necesitarás de todos tus poderes para matarlos y perderás parte de ellos gracias a esa herida.

Había olvidado la herida en mi pecho.

—¡Oh, por Vatur, estás herido! —Mikela me giró para verme el pecho y se cubrió la boca—. Está infectado. Debemos irnos, ahora —la urgencia sonó en la voz de Mikela.

—¿Infectado...? —Nicolás se acercó a mí y me observó.

—Sí, con polvo de ángel. —Mikela y Nicolás miraron al nefilim—. Sácalo de

aquí... —pidió el nefilim mientras se levantaba—. ¡Ahora! —Nicolás tiró de mí mientras Mikela me tomaba del otro brazo. Mis piernas ya no respondían y el mundo comenzaba a moverse. ¡Mierda! Era lo más parecido a una borrachera, sin las risas y los vómitos. Corrieron conmigo arrastrándome hacia afuera y pude sentir la energía de los ángeles tan blanca, tan pura, que dolía.

—Mikela, toma la moto, lo llevaré en el coche.

Quise protestar, pero la bruja fue más rápida. Se subió a mi moto y salió disparada; yo tuve que subir al coche de Nicolás haciendo un esfuerzo descomunal para lograrlo por mi propia cuenta. Un momento después un agudo dolor se situó en mi pecho, como si un elefante se hubiera sentado allí, aunque no distinguía si era el dolor que me había dejado Sal o solo el polvo de ángel apresándome las entrañas. Me estremecí y me doblé tratando de apagar el daño. Con el pecho pegado a las rodillas me tomé las piernas, intentando mitigar el fuego que me quemaba. Podía sentir la cercanía de los ángeles, casi como si volvieran a arañarme, como si me hincaran un cuchillo envenenado.

—¡Hero, aguanta! —Nicolás conducía en forma brusca y me palmeó la espalda con cuidado—. Llamaré a la central, ellos sabrán qué hacer...

—No le digas —gruñí a causa del ardor.

—¿Qué?

—A Sal... no le cuentes.

—Hero, ella...

—Júralo centinela, o me iré de aquí a morir a otro lado. —Nicolás me escuchó e hizo silencio durante unos segundos.

—En algún momento lo averiguará.

—En algún momento —dije y sentí cómo el sufrimiento disminuía al alejarnos de aquel poder. Me reprochaba no haber sido yo quien matara al nefilim. Cuando el dolor cesó me recosté contra el asiento y cerré los ojos buscando un poco de calma, estaba agitado y molesto, esa no era una buena combinación. Después de un rato noté que los ruidos de la ciudad disminuían, el sol aparecía en el horizonte—. ¿Adónde vamos?

—A mi casa...

—¡No! —protesté. Allí estaría Sal.

—No te dejaré ir, prometí no decir nada, no prometí dejarte solo en esto, guerrero. —Giré el rostro tan solo para estudiar a Nicolás—. Sé que estás molesto con ella —quise protestar, molesto no era ni siquiera un cuarto de lo enojado que estaba; enojado, confundido..., pero Nicolás me detuvo antes de que pudiera comenzar a describir todo lo que pensaba—. Escúchame, Sal es difícil, temperamental, la he visto acostarse con muchos tipos —hice un sonido de disgusto; sin duda Nicolás no era bueno en psicología, ni siquiera serviría como ayudante terapéutico— pero nunca la

había visto así, tan mal.

—Es la sangre —refunfuñé— las pastillas de sangre han dejado de alimentarla — le confesé lleno de ira. Dije aquello cegado por el dolor. Sal podía intentar ocultarlo, pero lo sabía.

—Lo sé, como también sé que sus hermanas la han alimentado. —Estudié el horizonte.

—¿Pueden condenarla? —No sabía por qué me preocupaba, pero tenía que preguntar. En mi muerto corazón podía odiarla, pero no la dejaría morir, lo había prometido y ahora esa promesa era una daga atravesándome el pecho, peor que el dolor que me habían causado los ángeles.

—No, el condenado manual no dice nada sobre las reglas que las hermanas deban seguir, dice que no podría tomarla por la fuerza, pero ella no lo ha hecho, por lo tanto si sus hermanas deciden brindarle sangre nadie podría detenerlas.

—¿Qué pasará con el vampiro?

—Seguiremos buscando, solo que esta vez ella no saldrá de la casa aunque tenga que atarla, y allí es donde entras tú.

—¿Yo?

—Sí, confío en que la cuidarás tanto como yo. —Nicolás me miró mientras giraba por un camino poco iluminado—. Te he visto, incluso sintiéndote traicionado defendías su honor.

—Sé que tú la cuidarás mejor —dije y volví a descansar la cabeza en el asiento.

—Debo ir con Eva y Carim, no puedo dejarlas; el grupo perdió una integrante, así que ellas necesitan refuerzos. No confío en que mis guardias logren detenerla si ella decide hacer otra locura, pero tú la retendrás.

—Dime centinela, eso, ¿es un castigo para mí o para ella? —Nicolás no respondió, se limitó a sonreír mientras conducía el auto hacia una reja de metal. Me distraje al observar el entorno. Debía admitirlo, el centinela tenía buen gusto, antiguo sí, pero de una buena época. Odiaba la estética del *art deco* y sus intrincados diseños. Esto era más sobrio y elegante. Nuevamente me pregunté qué era Nicolás. Me habían dicho que era un metamorfo, aunque casi sonaba como no decir nada, pues llamaban así a cualquier ser cuya naturaleza no sabían definir. Pronto sabría la respuesta, por ahora el dolor me oprimía el pecho y no podía pensar en nada más.

Capítulo diecisiete

Lágrimas

Llegamos rápidamente y, gracias a Vatur y a los señores diseñadores de automóviles de alta seguridad, sin ningún accidente. Había notado a Eva conduciendo a la defensiva, esquivando toda aglomeración de tránsito posible y tragándose cada imperfección de nuestras calles, mientras las ruedas derrapaban en el hielo y desafiaba todas y cada una de las indicaciones de velocidad. Casi había devuelto lo poco que tenía en el estómago, gracias a las sacudidas, y me sentía como un cubo de hielo en un vaso de whisky. Durante el viaje estuve recostada en el asiento trasero, con mi cabeza apoyada en la falda de Carim. Eva maldecía en voz alta, tanto como en su mente, su loba estaba descontrolada haciendo que el gato de Carim arañara las paredes mentales que le permitían mantener su forma humana. Quise quejarme de aquello, pero no tenía fuerzas. Estaba débil debido al esfuerzo de la huida, también a causa de que mi cuerpo luchaba intentando llevarme a una inconsciencia que no quería, sabía que descansar era lo mejor, poco alimentada y lastimada necesitaba reunir fuerzas para reponerme, en cambio meforcé a mantener los ojos abiertos mientras Carim acariciaba mi cabello del mismo modo en que lo haría una madre y me mantenía en mi asiento pese al traqueteo del coche. Cerré los ojos, creo que perdí la noción del tiempo. Sentí que volvía moverme, pero ya no eran sacudidas. Ahora unos brazos fuertes me cargaban hacia el interior de una casa poco iluminada; escondí mi rostro en su hombro cubriendo el malestar que reflejaba mi semblante. En medio de mi confusión pude apreciar la voz de mis hermanas cerca de mí, se notaban agitadas; moví la cabeza y vi por el rabillo del ojo pequeños destellos de luz hasta que alguien pateó una puerta y me llevó hasta una cama. Me depositó suavemente sobre ella apoyando mi cabeza en lo que parecían ser varias almohadas. Cuando se alejó pude ver los ojos del mayordomo de Nicolás. Sentí vergüenza por haberlo hecho cargarme hasta allí. Por lo visto su contextura pequeña no se equiparaba con su fuerza. Él sonrió, y por un momento hice una mueca parecida a una sonrisa, pues descubrí que no conocía su nombre. Tenía la garganta reseca y me dolía tanto el cuerpo como el alma.

—¡Sal cariño...! —el rostro triste de Carim apareció delante de mí, la preocupación pintándose sobre sus facciones. Pestañeeé buscando la forma de encontrar ánimo para permanecer despierta.

Debía lograrlo, tenía que saber qué había sucedido, cómo habían dado con mi paradero. ¿Por qué me había dejado marchar? ¿Qué eran esos tipos que lo habían atacado y por sobre todo... por qué yo? Eso era algo que rondaba en mi mente desde

que el nefilim me confesó que esta vez no fallaría. Concentrándome en las preguntas que se amontonaban en mi garganta encontré un poco de lucidez.

—Pensé que estarías... —gimoteó y giró su rostro; se secó una lágrima, intentando que no lo notara. Carim era malísima actuando.

—Déjala Carim, está cansada... ¿Cómo estás? —intenté murmurar un simple «bien», pero mi garganta estaba tan seca que rayaba como lija. Me tomé el cuello y tosí. No ayudó en nada—. Tranquila, estás famélica —ella se movió de modo que la perdí de vista, no podía mover la cabeza, tenía los ojos clavados en el techo, tan solo eso mantenía mis náuseas a raya; escuché una puerta abriéndose. Carim acarició mi mejilla y sonrió con los ojos vidriosos y su nariz colorada—. ¿Podrías traerle alguna de las rojas?

Eva. No hacía falta saber a quien le había pedido eso, ni qué eran «las rojas». Pastillas de sangre, las mismas que mi cuerpo se negaba a tomar, inútiles píldoras de glóbulos rojos que se oponían a entrar en mi cuerpo y nutrirme. *Genial*. Escuché la puerta abriéndose nuevamente un momento después. Eva se acercó a mí con aire de preocupación y sus cejas casi juntas sobre el puente de su nariz.

—Debemos sentarte, dudo que puedas beber así.

En mi interior tan solo luchaba por encontrar mi voz y las fuerzas para preguntar: ¿Dónde está Hero? ¿Qué ha pasado con Phill? Al fin de cuentas él no me había lastimado.

Carim pasó un brazo por mi cintura y Eva me ayudó a levantarme un poco, acomodando almohadones en mi espalda para que permaneciera recta. Mis músculos estaban tiesos, sabía que en parte era a causa del golpe, pero también era porque, como todo vampiro, necesitaba la sangre. Eso era mi alimento; no ingerir la cantidad necesaria no solo podía llevarme a la locura sino que el cuerpo comenzaría a consumirse de dentro hacia fuera para saciar el hambre, primero los órganos más pequeños e inútiles y luego los más importantes, aunque pensándolo bien... ¡no tengo órganos inútiles! Todos son necesarios. Cuando no nos alimentábamos nuestro cuerpo se volvía... caníbal. Sentada contra las mullidas almohadas que se apretaban contra el respaldar de la cama observé el lugar y pestañeeé con fuerza. Era la misma habitación de la que había escapado. Abrí la boca mecánicamente cuando Eva llevó la pastilla a mi lengua, luego me acercó un vaso a los labios y el líquido corrió por mi garganta. Me atraganté al principio y se apartaron para dejarme toser, luego asentí para tomar otro poco. Tragué con fuerza sintiendo cómo el agua corría por mi garganta dolorida.

—Tranquila... traga despacio —cuando alejó el vaso encontré mi voz. Bueno algo parecido. Parecía un graznido, pero igual serviría.

—¿Dónde está Hero? —me agité cuando se miraron sin responder. Mis ojos fueron de una a otra. Hasta que decidí que si no me lo decían lo buscaría por mí misma. Intenté levantarme cuando Carim me sostuvo.

—Cálmate Sal... debes quedarte abajo. La sangre de Eva tan solo fue un aperitivo.

—Dime ¿dónde está? —en mi mente se interpuso la imagen de Hero tomando la estaca de su pecho con fuerza y sus ojos suplicantes. Esta vez sí que lo había echado todo a perder. Aún no terminaba de comprender por qué me importaba tanto; pero sí, me preocupaba.

—Está con Nicolás... —dijo Eva intentando calmarme. Me relajé solo un poco y ellas disminuyeron la presión de su agarre, solo un poco. Sabía que podían sentir mi determinación de encontrar respuestas.

—¿Aquí? —volví a querer pararme, pero ambas me sostuvieron. El miedo y la intranquilidad por mi salud las tenían alteradas—. Déjenme, debo verlo, debo hablar con él.

—No Sal, espera...

—¿No me escuchaste? Si quieres que me quede aquí, debo hablar con él —determinada a marcharme forcejeé un poco más, pero mis músculos estaban doloridos.

—¡No quiere verte! —sentencio Eva, y su voz fue tan dura que me paralizó. Aquellas palabras me atravesaron creando diminutos cortes en mi piel, ínfimos, pero miles de ellos. Carim sacudió la cabeza y escuché la conversación que mantenían. Una conversación mental... que se suponía no oyera.

—¿Qué?

—*¿Por qué le has dicho eso? Ella no tenía por qué saberlo ahora, ¿no podías esperar?*

—*Para qué, ella querría verlo, o se lo decíamos o se habría escapado. ¿Crees que él la tratará mejor?*

—¡Basta! —golpeé mis puños en la cama intentando parecer ruda, el movimiento hizo que viera estrellas y no había causado la impresión esperada. Ambas me miraron como si un niño hubiera hecho una rabieta—. ¡Puedo oírlas! No me importa que quiera o no. Debo verlo. ¡Ahora! Y cualquier cosa que pueda decirme será mi problema.

—Está muy cabreado Sal, incluso Nicolás lo tiene aquí por... no sé bien qué razón, pero está en el otro lado de la casa. —Carim dudó y tragó con fuerza, sus ojos se ampliaron un momento—. ¡Mierda, no debía decir eso! —murmuró ofuscada su voz interior.

—¡Carim!

—No sé qué pasó, pero él simplemente cambió...

—¿Cómo cambió? ¿Le creció una cabeza adicional? ¿Tres ojos? ¿Tiene alas de murciélago? ¿Alas? —no podía dejar de verlo con aquella estaca, sus ojos eran de un azul tan puro como el cielo del día y se iba apagando. Sacudí la cabeza con fuerza

como para enviar esas imágenes a lo más profundo de mi cerebro.

—No, no... —Eva se levantó y caminó hasta la otra punta de la habitación; luego volvió a mirarme—. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó ahí?

Cerré los ojos y me restregué la cara. Me sentía nerviosa.

—Necesito oírlo de ti —sabía que las imágenes corrían por mi mente, la desesperación, el dolor... el orgasmo... Abrí los ojos y enfrenté a mis hermanas.

—Una voz se coló en mi cabeza... —mis palabras sonaron monótonas, sin emoción alguna.

—¿Como la voz que oíste cuando el nefilim apareció? —Había olvidado ese episodio. Lo había olvidado por completo; la primera noche, luego de la reunión, lo había oído. Me tomé la cabeza.

—Sí, como esa, luego todo pasó muy rápido, Phill y yo...

—¿Phill? —callé ante sus miradas de desaprobación—. ¿El nefilim...? —Eva parecía confundida y sacudí la cabeza. Carim me observaba incrédula, amonestándome con esos bellos ojos de madre.

—Necesito hablar con Hero —me moví hacia un lado de la cama, donde antes había estado Eva y detuve sus palabras levantando una mano— y lo haré ahora... luego sabrán por mi boca todo lo demás; primero necesito hablar con él.

—Sal, no es el mejor momento...

—¿Por qué? —Carim otra vez esquivó mi mirada, pero Eva sacudió la cabeza indicándole que debía decirlo.

—Hero te buscó, incluso encontró a una bruja arpía, a la cual odio personalmente y desearía matarla, pero él la encontró para buscarte, y no estaba muy feliz por tenerla cerca. La cosa es que recorrió la ciudad, por cielo y tierra; estaba muy angustiado.

—¿Sabes lo que es peor? —esta vez fue Eva quien habló. Tenía los puños apretados y su voz sonaba ronca—. Sabes... él realmente te buscó... ¿Sabes como te nombraba? —Sentí la ira burbujeando dentro de ella—. ¿Sabes cuánto luchó por encontrarte?

—Eva yo... —gimoteé.

—¡Él estaba allí Sal! ¿Sabías...? —gritó y un momento después pude escuchar cómo cerraba la boca con un fuerte sonido de sus fauces. Apretó los dientes y dio un paso hacia mí—. ¿Sabes qué sentía...?

—¡No quise hacerlo! No planeé mi secuestro, simplemente él me sacó de allí —grité haciendo que mi garganta me castigara con un terrible dolor. Recordé el golpe que le había dado a Hero y me dolió el pecho. Pero era cierto, yo no me había fugado con un novio de la niñez, él me había sacado de allí— ¡... y lo demás, juro que no quise hacerlo, no quise! —le grité y tosí.

—¡Eva! ¡Detente...! —pidió Carim al momento que Nicolás entraba.

—¿Qué ocurre? —dijo y nos quedamos en silencio. Bajé la cabeza avergonzada.

Nicolás caminó hacia mí y levantó mi mentón con dos dedos hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Debo hablar con él. —Nicolás me estudió como si fuera un extraño y sonrió. O al menos lo intentó.

—Estás mejor de lo que creía... —Miró a mis hermanas.

—Nicolás...

—No —sentenció él amargamente sin siquiera mirarme y me soltó—. Debes comer y descansar.

—¡No! Quiero verlo —protesté como una niña y claramente mi voz sonó igual que si lo fuera. Nicolás no respondió, en cambio caminó hasta Eva y Carim. Viéndolos así me levanté y fui decidida hasta la puerta. Pero cuando tiré del picaporte este ni se movió. Volví a intentarlo al tiempo que recordaba a Phill y su magia.

—¿Qué diablos pasa? —grité y aporreé la puerta con todas mis fuerzas. Las pocas que tenía, así que casi pasó inadvertido. Mis ojos se humedecieron al instante. Me volví ofuscada—. ¿Estoy prisionera? —una lágrima corrió por mi mejilla y la quité. Nicolás se movió lentamente, colocándose entre mis hermanas—. ¡Nicolás! ¿Estoy prisionera?

—No, no lo estás... —la desesperación me cubrió por completo. En sus ojos había desaprobación y disgusto—. Debes quedarte aquí por un tiempo...

—No, no, debo verlo, por favor —sollocé y caminé hacia él sintiendo cómo las lágrimas caían por mi rostro, me tomé de su mano y caí de rodillas—. Por favor Nicolás... lo lamento, lo lamento.

—Sal, no sabemos por qué, pero corres peligro y, hasta que no averigüemos por qué te buscan, es mejor que estés aquí —se agachó y me tomó las manos. Aquello era lo mismo que yo me preguntaba. Su voz sonaba dolida pero segura—. No es necesario, sé lo que ocurrió, Mikela nos lo explicó —levanté violentamente la vista hasta él, fulminándolo con la mirada.

—¿Él lo sabe? —Nicolás observó mis manos mientras acariciaba con sus dedos largos mis lastimaduras.

—Creo que sabe lo suficiente —levantó sus ojos y en su modo de mirarme pude confirmar todo lo que pensaba. Hero lo sabía—. Olvídalo por ahora, necesitaremos toda la información...

—*Olvídalo Sal, olvídalo todo* —eso me había dicho. El maldito había dicho lo mismo, pero no iba a lograrlo.

—¡Por favor, Nicolás...! Dime que no lo sabe.

—Lo lamento Sal —se levantó con lentitud mientras yo quedaba tirada en el suelo, mis ojos cerrados derramando las lágrimas que había contenido desde que ocurrió aquello.

Hero había sido el despertador para mi mente, pero no lo había visto de ese modo,

no lo había entendido. Tantos años de soledad me hicieron olvidar qué era «sentir», y cuando Hero apareció había cambiado todo. Tuve miedo. Mi mente se abrasó inconscientemente viendo cómo se derrumbaba cada muro que había alzado para no unirme emocionalmente con nadie que no fueran mis hermanas y Nicolás. Cada muro mental caía haciéndose añicos contra el suelo de mi mente, cada uno dejando sentir una emoción nueva. Aquel juego de poder que se había iniciado en las reuniones de la S.A. había sido más que eso, yo lo deseaba y lo sabía. Él era todo lo que quería; seguro, mortal, masculino... peligroso. Todo lo que mi ser quería tener, y ahora lloraba por dentro y por fuera como si cada lágrima contenida fuera a ahogarme, cada lágrima de soledad, de dolor. Aquel vampiro hacía que mi cuerpo vibrara de una forma tal como no lo había hecho en años, y lo había perdido...

—Volveré más tarde, avísenme si necesitan algo. —Nicolás se marchó pero no pude levantar la cabeza. Me sentía humillada. Tenía miedo, mucho miedo a lo que podía sentir. Aquellos muros ciegos habían caído por él. Solo por él.

Una mano tocó mi hombro y miré a Eva. Alejó su mano, me levanté sola y torpemente moví mis pies, paso a paso. La furia luchaba en mi interior, y en momentos como estos era en los que deseaba ser de otra especie, tener garras para romper todo a mi paso, pero lo que deseaba más era no escucharlas, no sentir el *lazo*. Me alejé tirando de mi cuerpo hasta la cama nuevamente. Me tendí allí sin pensar en nada más que cerrar el vínculo. Levanté los muros de mi mente, los que quedaban intactos para encerrarme dentro de mi derruida cabeza que no paraba de sentir, avivando emociones que no había experimentado en mucho tiempo, y parecían apiñarse una con otra hasta formar una súpernova o un agujero negro que intentaba tragarme por completo. Levanté unos pocos muros, solo aquellos que me permitirían dejar de oírlos, para no sentir la compasión de Carim, el dolor de Eva. Me merecía aquello. Había tenido sexo con un nefilim. El mismo nefilim que no defendió a mi familia, pero aunque pareciera estúpido, no era él, era yo... *yo tenía el problema*. Había lastimado a Hero. Había defraudado a mis hermanas. Yo era quien se había cubierto con tantas capas que no sabía qué era sentir algo por alguien que no fueran ellas dos. Mi pecho ardía por el dolor, como si mi alma se hubiera caído en algún momento dejando un hueco perfecto en mi pecho. El sueño de aquella noche había sido malo, la realidad, peor. Hero lo había averiguado y aun así no sabía que había pasado con Phill. No podía preguntarle a Nicolás, no obtendría respuestas en él. Me concentré intentando controlar mis sentimientos, buscando un sitio del cual aferrarme como había hecho de niña.

—¿Sal? —Carim me llamó, pero no me moví. No quería responder—. Cortó el *lazo*... ¿Sal? —Cerré los ojos tan fuerte que dolía. No quería escucharlas. Tan solo quería descansar, necesitaba pensar. Mi cuerpo tembló un poco hasta que mi mente se quedó en blanco. Simplemente estaba tirada allí, acurrucada y en blanco.

Capítulo dieciocho

Sin marcar

Me arrastré fuera de la cama, literalmente me arrastraba, en cuanto mis fuerzas volvieron, bueno, parte de ellas, una mínima parte. No ayudaba nada el hecho de que no conocía la casa y mi búsqueda por la cocina no estaba dando frutos. Me orienté hacia la derecha, traspasé más de diez puertas, crucé dos pasillos, una biblioteca y un salón. Definitivamente Nicolás estaba forrado en dinero. Debieron pasar unos quince minutos hasta que pude gritar: ¡Aleluya! ¡Al fin... la cocina! Después de engullir dos sándwiches y tres vasos de jugo de pera, sentí una presencia a mis espaldas.

—No deberías estar levantado —me dijo Nicolás al verme allí. Me volví y lo observé extrañado, por la hora él tampoco debería estarlo y no creía que me viera tan mal.

—¿Qué sabemos del vampiro? —pregunté cambiando de tema mientras me chupaba de los dedos los últimos rastros de mayonesa.

—Encontraron unos cuerpos —me tensé de inmediato, sabía que volvería a matar, pero no tan pronto. Al parecer los tiempos se habían acortado. Aunque también sopesé la idea de que tal vez, el vampiro esperaba que con eso lograría que Sal saliera de donde se encontrase.

—¿Dónde? —me apoyé en la mesada mientras estudiaba a Nicolás tomando unas rodajas de pan. Él también parecía agotado.

—Cerca de la central eléctrica... —respondió mientras masticaba un trozo de pan y se apoyaba contra el muro.

—Bien —dejé lo que estaba haciendo y lo miré Nicolás decidido a marcharme en cuanto él lo dijera. Dolorido o no, quería un pedazo del maldito.

—... Pero no irás —respondió con voz monótona, mientras sacaba un poco de leche del frigorífico. Me atraganté en cuanto entendí lo que decía y comencé a toser de modo desenfrenado haciendo que el dolor regresara a mi cuerpo como un recordatorio. Un horrible recordatorio.

—¿Qué? —mi cuerpo se quejó por el movimiento brusco, mi bestia interior gruñó más fuerte aún. Nunca me había gustado que me dieran órdenes. Simplemente no era un boy scout, ni había nacido como uno de ellos. No—. Tú no eres mi centinela —le dije imprimiendo la gama de sentimientos que me atravesaban. No tenía un centinela por decisión propia, eso estaba claro. Tener uno garantizaba la seguridad de los hermanos, la seguridad de tener alguien que siempre pudiera localizarte y te protegiera en caso de que la Asociación se las tomara contigo por algo, pero la verdad no me importaba. El centinela era el vínculo entre sus protegidos y la central, cuando

los hermanos estaban en problemas el centinela lo sabía y mandaba el rescate. Eso nunca me llamó la atención, aquello hacía que perdiera la emoción de la caza, aunque en mi interior sabía que en un tiempo no me importaba si vivía o moría. Ahora era diferente.

—Ya hablamos de eso, hablé con Ben y me ordenó mantenerte aquí por unos días. —Inconscientemente palpé mi pecho confirmando que aún la herida del ángel no se había curado. Nicolás había hablado con varios curanderos pero muchos decían que no sanaría, me encanta cuando mi vida se vuelve emocionante; otros más fatalistas, sí, más fatalistas, como si morir no fuera lo peor, decían que cualquier herida como esa me llevaría directo a la muerte pero no solo de mi cuerpo, sino a la muerte de mi alma. ¡Genial! Y lo mejor era que decían que tal vez, y solo tal vez, los ángeles tuvieran una cura, pero dado el caso, no creía que ellos cooperaran en mi ayuda. No podía ni imaginarlos tomando café conmigo y compartiendo su cura. ¡Demonios!

—Unos días en que el maldito podría atacar y matar nuevamente —protesté. El código por encima de todo. Proteger a los humanos era más fuerte que mi propia necesidad, pero vi en los ojos de Nicolás que no discutiría eso.

—¡Hero! Él es como tú —apuntó tratando de darme una explicación justa—. Yo no puedo verlo, nadie en esta casa puede hacerlo. —Nicolás aporreó la mesada, tal vez recordara la noche en que pasó a su lado y no lo vio; aquello debía frustrarlo—. Por más que quiera proteger a Sal y mantener a los humanos a salvo, no puedo dejarla indefensa.

—No está indefensa, se recuperará, es fuerte, y lo sabes —repliqué aún con el dolor de lo que ella había hecho.

—No se ha alimentado... —cuando lo observé frunciendo el entrecejo siguió— insiste en verte y se lo hemos negado, como lo has pedido, y no está comiendo. Lleva dos días en la cama, y lo único diferente que hizo fue dar datos sobre lo ocurrido.

—Oblígala a comer —murmuré.

—Lo haré, pero por ahora seguimos como estamos, te quiero en la casa. Necesito que seas mi segundo al mando Hero, que protejas a Sal. Sé que no te agrada pero puedo verlo guerrero, en tus ojos, sé que lo harás, aunque te duela, porque eres más antiguo, conoces las reglas de la sociedad antigua; para ti sigue siendo una dama, y la protegerás. No es mi intención obligarte, aunque pueda, quiero que sepas que confío en ti; sé que eres el único en esta casa tan poderoso como para detenerlo.

—¿Tan poderoso como tú? —entrecerré los ojos dándole énfasis a la pregunta, aunque dudaba que insistiendo lograra mucho.

—Sé que te lo has preguntado desde un principio —paseó los ojos por la estancia y volvió a enfocarse en mí— y juro que tendré una respuesta para ti cuando esto termine. Pero necesito ir a ver qué ha ocurrido y, por ahora, eres el único en quien confío. —Algo se hinchó en mi pecho. Que Nicolás confiara en mí me enorgullecía y

me cabreaba del mismo modo y peso.

—¿Crees que vendrá por ella?

—Sí, estoy seguro de que lo hará. —Nicolás se apoyó en la mesada y suspiró mientras se restregaba las manos.

—¿Has averiguado algo más sobre él? Saber qué es nos ayudaría, y mucho.

—Hablé con Ben, confirmé su modo de operar, y la verdad es no se qué le hiciste, pero está ligado a ti y a Sal al mismo tiempo.

No me gustó lo que decía. Que estuviera ligado a mí era malo y sonaba gay.

—Explicáte —le exigí, y lo vi cruzar sus brazos; su postura no me tranquilizaba en lo más mínimo.

—Antes de que aparecieras en el radar, Sal lo persiguió siempre después de que realizaba sus matanzas, él siempre corrió, siempre escapó sin más, como si fuera un juego, tenemos registros de sus ataques; luego todo cambió... la noche en que apareciste siguiendo al nefilim, algo cambió —se metió las manos en los bolsillos y caminó acercándose a la ventana—. No sé cómo, pero sabía que estabas ligado a Sal, aún no logro entender cómo lo supo antes que todos —desvié mi mirada al piso. El hecho de que aquel ser supiera las cosas antes que nosotros mismos, antes incluso de que yo descubriera que estaba ligado a Sal, demostraba que poseía un gran poder— pero imagino que es alguien que te conoce.

—¿Que me conoce? —Él asintió en silencio—. ¿Me hablarás de los renegados?

—Eso es un asunto delicado.

—Delicado porque la Asociación no quiere que sepamos que falla...

—La Asociación tiene... tiene una jodida manera de llevar las cosas —noté la duda colándose en su voz— algunos de los que atrapamos son más importantes que otros, tienen información que mantiene a la Asociación al tanto de cualquier tipo de problema.

—¿Me estás diciendo que hay tipos allí afuera, a los que cazamos, que siguen vivos y ninguno lo sabe? —Nicolás hizo silencio y solté un resoplido molesto.

—Sí, algunos son encerrados dentro de la Asociación en distintas zonas del país y ayudan a mantener el ojo sobre los oscuros... otros aún recorren las calles.

—¿Y cómo diablos sabes si no se han desquiciado? ¿Cómo sabes si incumplen las reglas?

—Mantienen un control sobre ellos, se les permite «hacer» ciertas cosas, pero siempre monitoreados. —Apreté los puños sobre la mesada de mármol. Aquello era como saber que dejaban salir a los presos de las prisiones para monitorear al resto. ¡Diosa! Era como dejar a Hitler suelto.

—Y ahora dime por favor que ellos saben quién es...

—Hubo una fuga —gruñó y levanté nuevamente mis ojos hacia él.

—¿Fuga? —repetí sin creérmelo. Aquello no era una simple fuga de agua que

podías cubrir con un dedo, aquellos eran oscuros que nosotros habíamos atrapado corriendo por las calles y matando.

—Sí, perdieron el contacto con algunos de ellos, lo atribuyeron a la caída del nefilim y pensaron que era solo eso, pero después notaron ciertos patrones, ataques.

—¿Me estás diciendo que el nefilim había pisado la tierra mucho tiempo antes de que nos lo avisaran?

—Sí. Enviaron a Sal a investigarlos creyendo que era un vampiro desviado, pero al parecer...

—No me digas... ¡era un renegado! —dije con pesar.

—Sí, o eso creemos. Así que tan solo... te necesito aquí. —Nicolás dio un paso hacia la puerta, pero había una pregunta que debía hacer. Al menos intentarlo.

—Nicolás —él se detuvo a un paso de la puerta—. ¿Quién controla a los renegados?

—La Asociación —respondió con voz velada, como aquello que respondes como te lo han enseñado. Automático.

—¿Sabes de qué hablo Nicolás? —sonreí de lado sabiendo que el centinela no podía engañarme. Nicolás sonrió con ironía y me echó un vistazo por encima del hombro.

—Hay un grupo encargado de monitorearlos constantemente, ellos manejan el control y yo los superviso —desvió la vista mientras hablaba y noté que en ese momento no se sentía muy orgulloso de su puesto.

—Eso nos vuelve a llevar a la misma pregunta: ¿Qué diablos eres?

—Lo sabrás cuando termine, lo prometo por Vatur. Ahora tan solo...

—Me quedare aquí; extenderé un manto. Diles a tus vampiros que permanezcan en un radio mayor a los dos metros de distancia de la casa y quiero conocer a todos aquellos que permanecerán dentro. Nadie sale ni entra en el proceso. —Pensé que Nicolás se negaría, pero asintió y llamó al mayordomo.

—Clif, encárgate de que Hero tenga todo lo que necesita. Hero, este es mi hombre de confianza dentro de la casa.

—¿Un gnomo? —estudié al hombrecillo cuya vestimenta le daba un aspecto gracioso.

—Es poderoso señor —dijo el gnomo sonriendo ampliamente. No todos los oscuros podían reconocerlos como yo y eso era un poder que servía y mucho.

—Lo sé, él quedará a cargo mientras yo no esté. —Nicolás colocó una mano en mi hombro dándole énfasis a sus palabras—. Cualquier situación será expuesta a Hero y él tomara las decisiones. Quiero que le presentes a los que estén en la casa y sigas sus órdenes —me miró—. Ahora tú estás al mando.

—Así será —dijo el mayordomo.

—Carim y Eva irán conmigo. —Asentí en silencio. En cierto modo me sentía a

gusto ante la confianza que Nicolás depositaba sobre mí y me proponía no decepcionarlo.

Después de eso se marchó.

Habían pasado veinte minutos y Clif, el mayordomo de Nicolás, me había presentado de manera eficiente a cada uno de los que estaban en la casa. Tomé una nota mental de cada uno de ellos, sus auras era como huellas dactilares para mí, cada uno diferente al otro. Así, cuando extendiera el manto de poder, cada uno de los que circulara dentro de él sería fácilmente reconocido. Me senté en la sala, en un gran sofá de dos cuerpos. Había observado que Nicolás tenía gustos caros, excéntricos, y pensé que era más viejo de lo que parecía. Nada pasó en la casa, ni un movimiento extraño, eso me permitió descansar recostado viendo el fuego crepitar en la chimenea, por primera vez en mucho tiempo, sin preocuparme por nada.

Nicolás y las chicas volvieron dos horas después con un informe de dos víctimas muertas, una humana, la otra no. Aquello comenzaba a fastidiar a todos. Nicolás me había entregado los informes con las fotos y demás... asqueroso. El maldito simplemente las había dejado allí estacadas cerca de la central como si fueran espantapájaros horribles. Carim y Eva estaban trabajando en un patrón desconocido para intentar seguir sus pasos, se habían marchado a la asociación para comunicarles a los demás los últimos detalles de lo ocurrido. También debían informar a Ben. Nicolás se había quedado en casa, estaba seguro de que Ben estaba al tanto de lo que el centinela sabía. Había dejado marchar a sus asesinas. Sabía que ninguna de las dos estaba expuesta, por eso las dejó ir solas... con unos diez guardias, claro. No las dejaría descubiertas, no Nicolás. Después de ir de un lado al otro como un poseso, se había sentado en el sillón a mi lado y me contó todo lo sucedido con lujo de detalles cuando escuchamos a alguien maldiciendo y luego Clif apareció por la escalera.

—¿Qué ocurre? —él mayordomo sacudió la cabeza con disgusto. No parecía de esas personas que maldecía por nada, aunque lucía un poco despeinado. Se tomó un momento para recomponer su postura y nos miró.

—Disculpe, señor Nicolás, pero ella no quiere... —lo observé detenidamente y parecía muy preocupado— la señorita no come, no lo hace. No ha bebido ni un trago —nos enseñó la bolsa con sangre y vi unas diminutas manchas en su mano— creí que le disgustaban las pastillas de sangre, por eso compramos sangre de humanos, del banco de donantes, pero simplemente ella la rechaza. —Me levanté lentamente y caminé hasta Clif. Observé la bolsa un instante y sin decir nada la tomé de las manos del gnomo y caminé hacia arriba. Sal debía comer, esto era una estupidez y lo sabía; pero necesitaba hacérselo saber. Por más enojado que estuviera, el vampiro en mí se negaba a perderla. La necesitaba viva.

Capítulo diecinueve

Sangre

Nicolás no había dicho nada para detenerme. Oí cómo calmaba al mayordomo y ordenaba que fuera a descansar mientras subía la escalera. Pisé el último escalón y encaré el pasillo hasta la última puerta, donde sabía que estaba Sal. No era necesario ser un genio para saberlo; primero, porque podía sentir su energía desde aquel sitio, y segundo, porque había estado evitándola todo este tiempo.

Percibí el chisporroteo de energía en cuanto mi mano se acercó a la puerta. Nicolás tenía más poder del que podía imaginar, tal vez no pudiera ver al vampiro, pero era mucho más poderoso que uno cualquiera. Sentí cómo la energía fluctuaba y desaparecía, tan simple como si aquello hubiera sido una puerta corrediza invisible que se abría para mí. Sonreí y agradecí mentalmente al centinela. Abrí la puerta y entré. La habitación era grande, pero estaba atiborrada de cosas y a media luz. En la cama del medio noté la silueta de Sal. Ella estaba tendida de lado, dándome la espalda, su cuerpo enredado en una fina sábana blanca que parecía no cubrir nada. Tan solo llevaba una camiseta y una tanga diminuta que me excitaron al instante. La necesitaba tanto que dolía, si ella tan solo lo supiera... Suspiré retomando el control, la bestia en mí la deseaba, pero aun así la miraba desconfiada, la había herido, nos había herido y éramos uno en ese dolor. Me detuve un momento y repasé sus largas piernas, su trasero redondeado logrando que mi miembro se apretara contra mis jeans.

Me moví despacio hasta estar junto a la cama mientras me acomodaba los pantalones lo mejor que podía para que la erección no me molestara en lo que iba a hacer. Con la bolsa aferrada en mi mano y al notar que no se movía, sin pensarlo más salté sobre la cama, cayendo sobre ella, pero no se movió. La giré y la sostuve con las manos por debajo de su cabeza, ella volvió el rostro para mirarme. Le trabé las piernas con las mías, inmovilizándola, pero Sal no luchó. Sus ojos estaban pegados a la nada, me miraba, pero sin verme; sus pupilas lucían como si estuvieran vacías. Pensé que era un juego, por lo tanto la sostuve allí hasta que noté que no se movía para nada y empecé a preocuparme; solté la bolsa sin dejar de sostenerla y pasé la mano por delante de sus ojos. Nada.

—¿Sal? —ella no se movió. Toqué su mejilla, estaba fría. Maldije y la solté. La tomé de los hombros y la zamarreé, pero no hubo respuesta; volví a sacudirla, no reaccionó. Me agaché un poco sobre ella y la besé. Me retiré esperando un parpadeo, un bufido, algo, pero no hubo nada—. ¡Mierda, Sal, despierta...! —tomé su rostro entre mis manos y la levanté un poco. Sus brazos colgaban sin vida, como si fuera una muñeca de trapo. No había movimiento. El desagrado y el dolor comenzaron a

carcomerme el cuerpo, la ponzoña y la rabia crecieron por mi garganta inundando mi boca. Mis colmillos se extendieron y moví su rostro hacia un lado, exponiendo su cuello y luego... simplemente clavé mis dientes. Un gemido surgió de los labios de Sal, su pecho se estrelló contra el mío, y la sostuve mientras mi lengua lamía el lugar donde la había mordido sellando la herida. Sus brazos me envolvieron con tal fuerza que llegué a pensar que, de seguir así, podríamos fundirnos en uno. La mantuve apoyada en mi cuerpo, aunque tuve que recurrir a todas mis fuerzas para no dejarme vencer cuando el alivio me inundó.

—¡Aaaaahhh! —Sal emitió un sonido sordo, como si el aire comenzara a fluir en ella. No me moví cuando escondió su rostro en mi hombro, no pude detenerme y comencé a besar su cuello con más fuerza, mi lengua trazó la curva de su cuello y siguió subiendo hasta que mis labios apresaron el lóbulo de su oreja. Me detuve un momento saboreándola, deseándola con tanta premura que no podía contenerme. Había pasado varios días fuera de su alcance, lejos de la necesidad, pero el hambre por ella me había encontrado rápido, me había atenazado el pecho la primera noche después de su rescate, y ahora no podía hacer nada para soltarla.

—Debes comer —susurré, la escuché gimotear con sus labios pegados contra mi piel y su nariz escondiéndose en la curvatura de mi cuello. Me levanté un poco para mirarla a los ojos—. Tienes que comer —repetí. Mi voz sonaba agitada, no podía contenerme. Ella me observaba con los ojos vidriosos, como si no creyera que estaba allí, sosteniéndome sin apartar las manos de mí, aferrándose a la tela de mi camiseta, como buscando la forma de impedir que me marchara. Volví a recostarla mientras ella negaba frenéticamente sin decir una palabra, me senté a horcajadas sobre ella y tomé la bolsa de sangre. Ella no apartaba sus ojos de mi rostro. Maldiciéndome por mi necesidad de ella, de un mordisco abrí la bolsa. Escupí el plástico y con mi mano libre le acerqué la bolsa a los labios, pero antes de que pudiera comenzar a alimentarla noté que una lágrima corría por su mejilla. Tragué con fuerza, mi corazón inerte se estrujó y alejé la bolsa—. Tienes que comer —repetí.

—¿Para qué? —balbuceó y otra lágrima corrió por su mejilla. Era la primera vez que la veía llorar y me enojaba. No quería que llorara—. La Asociación ya tiene mi cabeza en bandeja de plata, y... —ambos contuvimos el aliento y el tiempo se volvió lento y pegajoso, impregnado de deseo.

—No te tocarán... —gruñí.

—¿Cómo puedes decir eso? —Acaricié su mejilla enjugando sus lágrimas.

—Después... después de lo que dije...

Negué rotundamente. No pensaba hablar de eso ahora. Me negaba a pensarlo teniéndola semidesnuda bajo mi cuerpo.

—No querías verme... —sus dientes se apretaron y sus manos se cerraron en un puño apretado—. ¿Qué haces aquí?

—Tienes que comer Sal —repetí automáticamente, como si aquello calmara mi propia hambre. Una cosa a la vez, ese era mi plan, ahora que ella no estaba pegada a mi cuerpo podía pensar con un poco de libertad.

—No, déjame —hizo un mohín que en otro momento me hubiera hecho reír— quiero estar sola.

—Bueno, eso, no puedo hacerlo... —le llevé la bolsa a los labios pero ella la apartó y giró su rostro para no verme—. Podemos hacerlo a la fuerza ¿es lo que quieres? —Como ella no respondió lo interpreté como un sí. Tomé la bolsa y le di un trago. Aparté la bolsa sin soltarla y aferré sus brazos. Sal me miró y comenzó a agitarse, pero bajé el rostro antes de que pudiera girar la cara y volqué en su boca la sangre; mientras la besaba la obligué a tragar. Puede que ella no lo quisiera, pero su cuerpo respondía a mí y eso hizo, sus labios se abrieron y su lengua invadió la mía. Sal peleaba, pero con menos intensidad, me alejé observándola mientras ella se lamía los labios, no estaba seguro si era consciente de eso. Volví a repetir el proceso, pero esta vez fue ella quien se levantó y buscó mi boca. Me dejé caer sobre su cuerpo fundiéndome en su calor. Mis labios estaban hinchados por la necesidad, mis manos recorrieron el costado de Sal, memorizando sus curvas y el calor de su piel. Me abrazó. Abandoné sus labios, pero cuando intenté levantarme ella me lo impidió. Sus labios encontraron mi cuello, mientras sus manos recorrían mi espalda hasta mi trasero. Me ciñó contra ella de tal forma que me hizo gruñir, mientras mi miembro se apretaba entre ambos, frotándose con el abdomen de ella, mi erección era más que evidente. Me giró en un movimiento brusco que no preveía, me dejó de espaldas contra el colchón y antes de que pudiera decir nada me montó a horcajadas. En ese preciso momento fue cuando el último vestigio de conciencia se extinguió en mí como una vieja galaxia, dejando a mi cuerpo y todo mi ser a disposición de ella.

—Hero... —gimió agitada y me detuvo cuando quise atraerla contra mi cuerpo. Mis ojos vagaron por sus pechos y mientras mis manos se aferraban a su cintura colocándola sobre mi sexo.

—Ahora no... —gruñí, mi ser no quería ser civilizado, estaba poseído por el instinto primitivo, deseaba hundirme en ella, clavarla hasta que doliera y marcarla como mía. El animal en mí, aquel vampiro arcaico festejó a lo grande cuando sus ojos se iluminaron con excitación y mi nariz percibió su necesidad impregnado en aquel aroma—. Ahora te necesito —le dije y ella se dejó caer contra mí sintiendo la urgencia de mis manos que pujaban por quitarle la camiseta. Su aroma me inundó los sentidos, veneno dolorosamente dulce para el infierno de mi instinto posesivo. Sonreí al percibir cómo la bestia rugía por tomarla, hacerla suya.

Estaba siendo territorial y ridículo, lo sé, una imagen de mí vistiendo como un cavernícola y arrastrando a Sal por los pelos vino a mi mente, pero la descarté y el vampiro en mi rostro mostró los dientes. Mi bestia era posesiva en cuanto a Sal se

tratara, por lo que no dudé cuando ella vino por mí. Sabía que saciaría a esa hembra hasta que no pudiera dejarme, la tomaría de todos los modos posibles, los más prehistóricos y vulgares. Todavía estaba furioso con ella, aunque debía admitir que las palabras del nefilim me habían calmado, pero mi bestia interior no era tan fácil de manejar, el hombre en mí podía entenderlo pero... el vampiro no, no aquel que me pedía tomarla, aunque fuese contra su voluntad.

Necesitaba oírla gemir mi nombre.

—Ahora te necesito —eso era lo único que mi mente quería oír. Me dejé caer sobre su pecho. Hero estaba agitado, al igual que yo, podía palpar su necesidad bullendo bajo su piel.

Sus manos se aferraron a mi cuerpo con intensidad, cada caricia era más y más posesiva. Me sentía arder por su beta dominante, me derretía en sus manos. Me levanté alejándome de sus besos y mis manos acariciaron su pecho duro, de un tirón arranqué su chaqueta. Lo quería ahora. Acaricié su piel y luego mi boca fue por ella como un niño corre a un dulce, su dureza se apretaba contra mi centro, mientras mi lengua se encargaba de lamer cada centímetro de sus músculos. Me empujó hacia atrás y sus dedos rasgaron mi camiseta y mi piel sintió el aire contra mis pechos, pero Hero no se detuvo allí, pellizcó mis pezones y gemí arqueándome sobre él. Acarició el valle entre mis pechos, mi estómago, mientras de mi boca escapaban incontables gemidos, sus manos bajaron a mi trasero y me apretó aún más contra su erección, mi centro bullía y miles de sensaciones se acumularon en mi vientre. Mi entrepierna quemaba. Me movió de costado recostándome con el estómago contra el colchón, no podía luchar contra sus manos, se colocó detrás de mí y levantó mis glúteos, sollocé cuando su lengua comenzó a probarme la piel. No podía respirar, esto no tenía nada que ver con lo que había hecho inconsciente con Phill, podía sentir cada célula de mi cuerpo reaccionando ante sus lengüetazos; con cada caricia, mi piel vibraba.

Agitada y sin poder moverme, en ese preciso momento fue cuando lo entendí, no solo lo necesitaba, lo quería, lo deseaba aún más que a la sangre. Aquel hilo de pensamiento se cortó cuando un orgasmo atravesó mi cuerpo impulsado por sus dedos que hurgaban en mi interior.

Él seguía llevándome al extremo. Gruñó y lo supe. Hero iba a tomarme primero sin piedad, para marcarme. Siempre pensaban que solo los lobos y los gatos marcaban a sus hembras, pero no era cierto. Los vampiros no podíamos tener familia, por ello no producían secreciones como lo hacían los demás machos esparciendo su semen, tan solo era un líquido parecido al de los humanos, pero nada más. Con ese líquido los vampiros marcaban a su hembra, una mezcla ultra fuerte para nuestros sentidos. Solamente podían hacerlo cuando su ser reconocía a su pareja, era la única forma en que un vampiro crearía algo parecido al semen para marcar a su hembra. Liberaban su semisemen dentro de la hembra, logrando que en su cuerpo se creara un

olor diferente, un olor que lo unía al vampiro, que los identificaba como únicos. No había fallas. Las hembras... bueno eso era un punto diferente. El olor me golpeó como un puñetazo, como si mi cara hubiera chocado a doscientos kilómetros por hora contra una pared de concreto. No, esto no era simplemente algo parecido al semen, era algo más, sabía lo que haría, me estaba por marcar y sin saber bien por qué mi cuerpo se moría de impaciencia por recibirlo. Elevé el trasero dándole la bienvenida, sentí la lejanía de su cuerpo al segundo que noté el ruido de los pantalones de Hero tocando el piso, un momento después su miembro rozaba mi entrada, esperé la embestida pero no la hubo, él pasó sus brazos por mi pecho y me elevó hasta que mi espalda chocó contra él.

—Hero... —murmuré.

—Quiero que lo pidas... —señaló y gimoteé. Busqué con mi mano su miembro pero él lo alejó—. Quiero oírlo Sal.

—Hero por favor... —moví mi cuerpo frotándome contra él.

—Quiero oírte Sal, quiero que me lo pidas —una mano llegó a mi cuello y corrió mi cabello a un lado, besó mi hombro y lo arañó con sus colmillos haciéndome temblar. Recosté mi cabeza en su hombro allí arrodillada contra él seguí moviéndome, pero volvió a apretarme sin que pudiera moverme.

—Por favor, te necesito... —murmuré.

—Esto es más de lo que puedo manejar... quiero saber qué hiciste con él —gruñó.

—¿Qué? No Hero... —protesté.

—Dímelo, ¿dónde te tocó? ¿Qué hizo con tu cuerpo? —no podía parar de gimotear, lo necesitaba.

—Él no importa —le di como respuesta—. Hero te necesito —él se metió dentro de mí. Me arqueé hacia delante quedando apoyada tan solo en mis manos y rodillas. Me tomó de la cintura y comenzó a moverse. Jadeaba con cada embestida. Mi cuerpo se movía instintivamente contra él golpeando mis caderas contra su cuerpo. Gemía mientras intentaba encontrar mi voz. No podía dejar de sentir el poder de su cuerpo tomándome. Hero acarició mi espalda y me tomó del cabello una vez más para que elevara el torso. Nuevamente estuve con la espalda contra su pecho. Volvió a besar mi cuello y sentí cómo mi cuerpo respondía, elevándome para llevarlo lo más adentro posible. Cuando las embestidas comenzaron a aumentar me preparé para recibirlo y ser marcada, pero eso no pasó. Hero reemplazó su miembro por sus manos acariciándome. Me sentí confusa y me giré sin importarme nada. Me tomó del tobillo y me acercó, su mano volvió a tomarme mientras lo veía acabando en sus manos. El olor penetrante estaba allí, solo que no dentro de mi cuerpo como para marcarme.

—¿Qué haces? —grité mientras lo veía acabar. Cuando se sacudió por última vez volvió sus ojos a mí y tomó mis muñecas para que no me moviera ni me alejara.

Cerré las piernas cuando leí su intención, pero no pude impedirlo, usó su mano para estimularme, y acabé estremeciéndome hasta que, agotada, me derramé contra el colchón—. Se suponía —mi voz salía entrecortada por los jadeos— se suponía que debías...

—¿Marcarte? —pasó su mano por mi nuca y me besó tan duramente que dolió—. No —dijo y luego se limpió las manos con un trapo.

—¿Cómo que no? —protesté—. Hero...

—No ahora —dijo mientras me tendía la bolsa de sangre. La tomé en el aire más por reflejo que por razonamiento. Él había comenzado a tomar sus ropas y se marchaba. Sacudí la cabeza molesta, me levanté y me coloqué delante de la puerta en un soplido, haciendo uso de mi rapidez. Él echó un vistazo a mi cuerpo desnudo y sudoroso. Se acercó despacio y se detuvo a solo un suspiro de mí. Acarició mi entrepierna, pero estaba demasiado furiosa para gemir aunque su mano se metió un poco en mi carne un segundo para luego quitarla, quedé fascinada por su mirada lujuriosa y ardí lentamente.

—¿No ahora? ¿Por qué no ahora? —repetí furiosa, a los gritos. Él apresó mis labios y todo lo que tenía para decir se perdió en sus besos.

—Come —me ordenó y me empujó a un lado. Me quedé sin entender qué era lo que ocurría, me moví dos pasos con el empujón mientras lo observaba atónita. Abrió la puerta y señaló una bolsa que no había visto junto a la mesilla—. Bebe —estiró su mano hasta tomar mi mentón, me dio un rápido beso y se alejó unos pasos para luego llevar sus dedos a la boca y chuparlos mientras sonreía. No lo entendí de primera intención, hasta que él cerró la puerta y recordé por dónde había pasado esa mano; me sonrojé. Me acerqué hasta la puerta de madera y me dejé caer allí. Oí pasos al otro lado y, aunque estaba confusa, logré identificar la voz del mayordomo de Nick.

—Señor —me tensé. Nicolás, Nicolás estaba ahí. Me paré apoyando mi oreja contra la puerta, aunque tenía una excelente audición gracias a mi especie. No sabía qué sucedía, pero algo podría oírse.

—¿Qué sucede Clif? —me alejé un momento, confundida, la voz que respondió no era la de Nicolás. Estaba confundida.

—La señorita Mikela exige su presencia, ella dijo otras cosas groseras pero no me atrevo a repetir las —continuó el mayordomo que me había cargado hace unos días hasta esta habitación-prisión. Me tensé al oír aquel nombre.

¿Qué? Mikela. Me estrujé la mente intentando recordar... ese nombre me sonaba. ¿De dónde me sonaba? Demonios. ¿De dónde me sonaba ese nombre? Ellos siguieron hablando mientras los engranajes de mi cabeza seguían corriendo hasta que la ficha cayó. *La bruja*. Oí un gruñido que le siguió a un grito. Mis gritos. Mis celos, malditamente mis celos decidieron aparecer ahora. Justo ahora. Mi esencia más primitiva buscaba su cuerpo, necesitaba su cuerpo tanto como desean los humanos la

comida y él...

—¡Hero...! —aporreé la puerta con los puños— ¡Hero...!

—Detente Sal —su voz era suave y calmada— descansa, te abrirás las heridas si sigues así, bebe la sangre —el calor subió por mi cuerpo. Y esta vez no tenía nada que ver con el deseo.

—No es eso lo que quiero... ¡Hero! Maldito sea, vuelve aquí, no puedes dejarme de este modo. —Oí su risa apagada del otro lado y golpeé la puerta con una patada bien fuerte que la hizo vibrar.

—Me requieren abajo —susurró.

—No te quiero cerca de ella, Hero vuelve aquí, ¡o te la cortaré...! —volvió a reír y eso me enojó aún más.

—Deja las amenazas para la vuelta cariño, volveré.

Me quedé sola gritando que no lo quería cerca de ella, simplemente no lo quería cerca de cualquier otra fémina que no fuera yo. Busqué la conexión con mis hermanas bajando los muros de mi mente. Encontré un débil *lazo* debido a que ellas no estaban cerca; como si fuera una biblioteca hurgué en la librería de la mente de Carim y comencé a buscar los rostros y nombres, hasta que di con uno con una señal distinta. Aquella figura vino a mi cabeza golpeándome. Los ojos de Mikela me observaban desde la imagen mental que mi hermana se había hecho de ella.

Unos hermosos ojos azules armonizaban con su cara perfectamente diseñada de la que colgaba una sonrisa pecaminosa en unos labios gruesos y carnosos. Era rubia, su cabello era dos o tres tonos más claros que el mío. Su cuerpo era perfectamente femenino y curvilíneo, aunque lo que más odiaba era su mirada. Aquellos ojos que podrían prometer a un hombre el mayor de los pecados. Me maldije y volví a buscar. Allí encontré una imagen de Hero. Lucía molesto ante la presencia de Mikela, aunque ella no dudaba en tocarlo o exhibirse frente a él. Tragué con fuerza, en su recuerdo. Hero vestía camiseta blanca que contrastaba con su piel dorada, su cabello estaba desordenado y llevaba un jean que lo hacía ver mortífero.

¡No, no, no! No necesitaba eso. Apreté mi cabeza y seguí. Necesitaba saber qué relación tenía con ella.

—¿Sal? —Carim me halló buscando en su mente y me llamó—. *¿Estás bien, ocurre algo?*

—¿Quién es? —gruñí mentalmente. Mi cuerpo ardía de celos, por un momento pensé que hasta podría entrar en combustión por ellos.

—¿Quién?

—Mikela. Carim, ¿quién es ella?

—¿Te ha lastimado? —siseó Eva. Me concentré en ambas.

—¿Quién es...?

—Es una amiga de Hero, ya sabes... él y ella, bueno, se conocían de antes —

tanto la gata como la loba saltaron cuando mi animal interno chocó contra los muros de mi cerebro, mis colmillos se extendieron.

—¿*Hermana?*

—*Cálmate Sal, estamos cerca* —dijo Eva y se desconectó.

—*No quiero saber eso, la quiero lejos de él.*

—*Hermana, estás fuera de control...*

Capítulo veinte

Phill

Cuando aquellos ángeles fueron por mí sentí la muerte lamiendo mis heridas, creí que por fin me había hallado y no había marcha atrás. Todavía el dolor resonaba en mi piel por la lucha, supe que habían vuelto y esta vez no fallarían. Estaba herido, la sangre empapaba el suelo manchando mis manos. El vampiro llamado Hero había lastimado a uno de ellos, por lo tanto pensé que tal vez Vatur no me deseaba muerto, aún. Me levanté como pude. Aquellos ángeles me lastimaron bastante, como para que mi cuerpo inmortal sintiera cada tirón y cada movimiento, así que cada uno de mis movimientos debía ser lento y pausado.

Me estabilicé sobre mis piernas y bajé la cabeza, rezándole a Vatur por el cuidado de Sal, para que la protegiera. Al menos esta vez no había fallado. Tomé una bocanada de aire y exhalé en forma brusca, dejando a mi cuerpo la tarea de recomponer las heridas. Ellos venían, y eran varios, podía percibirlos. Sonreí al caer en la cuenta de que tal vez se dignaran a darme una muerte rápida... solo tal vez no me confinarían a una eternidad de sufrimiento, y eso era bueno, ya que por lo que pude aprender, no solo le había fallado, sino que había transgredido cada una de las reglas. Buscando en mi interior dejé fluir la energía, manando como una última oleada de poder que surgía hasta volverse un arma que perfeccioné con los años. Mi poder espiritual se incrementó y se elevó, esperando lo peor. Oí alas batiéndose cerca de la puerta y mi interior dio un brinco cuando reconocí la impronta de energía. No había dos iguales, como no podía haber dos humanos exactamente iguales. Una figura femenina y exquisita entró con paso calmo y danzante. Irizadiel. Lo supe desde el momento en que ella posó sus pies en el suelo.

—Irizadiel, ¿quid agis hic? —(*Irizadiel, ¿qué haces aquí?*).

—I nolle deserere, audivi Phillippe. —(*No podía dejarte, los he oído Phillippe*)
—. Mors tua concilia. —(*Planean tu muerte*).

—Scire, sic relinquenda. —(*Lo sé, por eso debes marcharte*).

—Non, quia non derelinquam quidam in te confidunt. Dubio coepit verba obscura interrogatus determinantur praeceptores sequi. —(*No, no me marcharé, algunos confían en ti. Comenzaron a dudar de las palabras de los oscuros, cuestionaron a los maestros y están decididos a seguirte*).

—Imo Irizadiel, non perdam, aut non descendet sicut lepus feci. —(*No, Irizadiel, no llevaré a otros a la ruina, no los haré caer como yo lo hice*).

—Phillippe statuere quaecumque iam statui licet hodie decederet secuturi vobis.
—(*No importa qué decidas Phillippe, ellos ya lo han decidido, y aun si tú murieses*)

hoy, ellos seguirían tu causa).

—Appropinquant. —(*Ellos están cerca*).

—Tunc tempus pugnandi. —(*Entonces es hora de luchar*)— Mohid, saul.

Vi como dos nefilim se acercaban detrás de ella con la cabeza baja. Irizadiel les dedicó una mirada fugaz y me sonrió; uno de ellos tenía aún sus alas y otro estaba sin ellas.

—Nomine Vatur, perducatur nos ad aeternitatem. —(*En el nombre de Vatur, guíanos hasta la eternidad*).

—Nomine Vatur —repitieron sabiendo que no importaba lo que viniera; luego de mucho tiempo me sentía acompañado.

Se colocaron hombro a hombro frente a la puerta, cerraron filas y el aire crepitó por la unión de sus energías. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. Sonreí egoístamente para mis adentro. Dos ángeles tocaron suelo unos minutos después y se detuvieron al vernos.

—Nephilim, ¿preparados para morir? —la voz del ángel más grande sonaba oscura y pesada. Nos observó uno a uno como si no fuéramos oponentes para él.

—Caerás, olvidáis sus rencores hermanos —dijo Irizadiel haciendo que su belleza se filtrara en su dulce voz. Él ángel escupió el suelo y la miró con desdén.

—¿Hermanos? Nunca seremos hermanos de una abominación —me tensé pero la mano de Irizadiel se agarró a mi muñeca.

—Solo venimos a dar un mensaje, Nephilim. Desertad y marchaos de la ciudad ahora, o moriréis —dijo el otro—. Tú —agregó dirigiéndose al que aún tenía alas— ¿prefieres perder tus alas por una abominación?

—El mensaje está dado, ahora marchaos antes de que mi mano se hincase en su pecho —ordenó uno de los nefilim a su espalda. Los ángeles gruñeron y sin saber por qué, se marcharon. Esperé a que se alejaran antes de hablar.

—¿Qué fue eso?

—Una advertencia. No esperaban encontrar a más de uno aquí. —Irizadiel caminó hacia la puerta—. Se han ido —dijo y volvió a mi lado con una mirada pensativa—. Confiamos en ti —susurró y fue a reunirse con los otros. Un hombre enjuto y desaliñado entró por la puerta del galpón haciendo que todos nos volviéramos para verle; no lo habíamos oído entrar. Eso no era bueno, y menos con el personaje que acababa de hacerse presente. ¡Hoy es mi día de suerte! Lo observé y maldije en latín, el hombre me respondió con soltura y caminó hasta estar frente a mí.

—¿Olvidas que hablo tu idioma, pequeño nefilim? . —No contesté. Acercó las manos a los costados de mi cabeza y sentí que un zumbido retumbaba en mis oídos. De pronto aquellas manos despedían calor haciendo que doliera, era como meter la cabeza en un horno. Quise moverme, pero no pude. Un segundo más tarde el hombre las quitó—. Estás limpio.

Ben lucía peor que las otras veces en que lo vi. Parecía cansado, exhausto, su ropa estaba arrugada como si la hubiera llevado durante días, su rostro parecía más pequeño de lo que normalmente era, las gafas de marco grueso escondían unos ojos cansados y enrojecidos.

—¿Limpio? —pregunté atónito. Sabía que el maldito era poderoso, pero no tanto. Sacudí la cabeza cuando me dedicó una sonrisa torcida.

—Sí, sin la influencia del maldito —di un traspie y lo miré con fastidio, sabía que algo me estaba afectando pero nunca creí que ese ser diminuto al que le sacaba varias cabezas lograra que me librase de eso.

—¡Podrías haber hecho eso mucho antes! —le reproché.

—Sí —respondió abiertamente. Jodido cabrón. Podría haberme salvado de aquello y aún así no lo hizo, y me jugaba los cojones que lo había visto de algún modo; él siempre sabía todo. Estaba seguro de que podía hablar con la diosa, no entendía como, pero de algún modo lo hacía. Nadie entendía las decisiones de la diosa, me había dado un día más de vida y no me atrevía a contradecirla, pero tenía que preguntar.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Ben parecía ofendido, llevó teatralmente una mano al pecho y me observó con ironía en su mirada antes de responder.

—Por una simple razón, porque creí que dejar a un nefilim a cargo de un vampiro sería parte de la solución de mis problemas; después se unieron tus amiguitos alados y lo complicaron todo. La has perdido —sentenció con voz filosa.

—Tú tienes la culpa, hubieras alejado a tus asesinos y yo aún la tendría a salvo —me froté la frente— aunque imagino que sabes dónde está.

—Claro que lo sé, claro que lo sé... —se rascó la cabeza y reacomodó sus gafas.

—Por supuesto, eres uno de los psíquicos más poderosos... —dije sabiendo que no obtendría respuesta. Ben sonrió.

—¿Tienes idea de cuánto vale su sangre? —Ben se miró las uñas y volvió su vista a Nicolás que entraba con un paso tranquilo por la puerta lateral, mientras subía sus lentes por el puente de su nariz. Ese maldito tic me volvía loco. Definitivamente deberían llamarlo Toc, no Ben.

—Lo sé... —admití. Era un secreto que había resguardado por siglos.

—¿Y tienes idea de lo que podría pasar si tan solo cayera en las manos equivocadas? —Lo miré con hastío. Había recibido una paliza de parte de un par de ángeles y no estaba de mejor humor que antes, por más que supiera que el vampiro no me controlaba.

—¿Por qué lo haces Ben? —Estrechó la vista sobre mí, menudo psíquico, estudió cada uno de sus gestos—. ¿Por qué estas empeñado en joderle la vida?

—¿Joderle? —pareció molesto. Realmente quise ofenderlo—. No, te equivocas,

—primero hizo una mueca, y al notar que iba en serio, una risita se coló en sus labios, entrelazó sus manos en la espalda y comenzó a caminar unos pasos mientras hablaba —. No, no es lo que crees —dijo volviéndose más serio, sus ojos más opacos.

—Bien por ti, ella no se lo merece. Pero te diré, no estoy a tu servicio, no sirvo a la Asociación, así que si deseas seguir con esto debes darme algo más... ¿Dime, por qué lo haces? Ella no lo sabe, pero yo quiero escucharlo —repliqué, en tanto Ben se volvió y me estudió un momento echando una larga mirada por encima de su hombro.

—¿Qué me dirías si escucharas que su sangre, y solo la suya, procede de un linaje tan puro que podría invertir el proceso de creación de los vampiros y los hombres lobos, así como algunos más que no importa mencionar? —Lo estudié en silencio mientras sopesaba la información. No mentía. Sabía que no mentía y dentro de mí algo se alegró. Aquel ser ya no tenía influencia sobre mí, aunque dudaba de que Ben me revelara cosas que pudiera averiguar por mi cuenta; pero quería escucharlo de su boca.

—¿Puede curarlos? —pregunté con la voz en un susurro.

—No, invertir el proceso... —me contestó sacudiendo su mano con el dedo índice levantado.

—Eso dejaría a unos cuantos con más opciones de las que tienen ahora —lo pensé. Muchos eran atacados y aún así odiaban aquello en lo cual se habían convertido, eso los llevaba a transformarse en bestias, o al suicidio; ninguna de las dos opciones era buena. Salvaría vidas. Traería un poco de paz.

—Sí, así como eso, ella podría salvar vidas en el futuro, piénsalo así, un joven quizá de tu misma edad resulta convertido a la fuerza y como tal busca desesperadamente volver a su vida normal y allí entra Sal, ella podría brindarle aquello —tenía un punto y lo sabía.

—¿Por eso quieren matarla? —pregunté pensando las palabras. Los humanos desearían eso, como se deseó alguna vez la cura para el SIDA. ¿Quién enviaría a matarla?—. ¡Eso es ridículo! ¿Por qué matar a aquella que es la solución al descontrol que el mundo sufre?

—¿Por qué? Oh, Phill, vivir tantos años en las nubes te ha hecho perder el sentido, los humanos tienen más de una causa por la cual la querrían muerta.

—Los humanos no la matarían, la meterían en una clínica y clonarían su sangre...

—¿Sabes que hace cientos de años atrás, cerca del 2001, la mayor ganancia que había en el mundo era la venta de armas? ¿Tienes idea del poder que ejercen sobre ellos con solo nombrar la idea de que podrían volverse seres oscuros?

—Me estás diciendo que la quieren muerta porque...

—Así controlan a los humanos, la iglesia, las sectas, todos ellos perderían el poder, y las empresas sus ventas. ¿Imaginas qué pasaría entre ambos grupos si alguien como Sal apareciera? ¿Aceptarían los humanos la ayuda de los oscuros?

¿Admitirían que tan solo queremos vivir libres y no nacimos para matar? En cambio nosotros seguimos los designios de Vatur, la gran diosa, y ella habló conmigo años atrás, cuando Sal perdió a sus padres, para pedirme que la tuviera bajo mi protección, y además me dijo que enviaría ayuda; enviaría al único que podría hacerlo... —me hizo un gesto para que completara su frase.

—Nicolás... —no necesitaba pensarlo mucho. No había conocido a nadie más poderoso.

—¡Bingo! Los años pasaron y resultó que la pequeña vampiro, que estaba bajo mi protección, se convirtió en una de las mejores asesinas, y todo se volvió de patas arriba. Al principio la metí en la Asociación con la necesidad de que ella pudiera desquitar su dolor, luego para que aprendiera a defenderse, pero todo cambió cuando ella se convirtió en la mejor.

—¿Por qué aún puedes controlarla?

—He intentado de miles de formas sacarla de las calles... —Ben se quitó las gafas y se restregó los ojos fastidiado— he intentado encontrar pruebas mínimas que me dieran excusas para meterla dentro de los muros de la Asociación, quería que trabajara segura, con ordenadores, tal vez como instructora, pero sabía que este día llegaría...

—¿Y aun así la enviaste? ¿La enviaste tras él? —pregunté intentando sopesar todo lo que había dicho. Estudié a Ben y entendí que también un ser tan poderoso como él podía equivocarse.

—Al principio todo comenzó como una caza normal... hasta que noté el interés del vampiro por ella. Más de una vez estuvo a punto de cazarla pero no pudo... luego pedí a Vatur por ayuda y ese fue el día en que llegaste.

—¿Y los mandaste a cazarme?

Ben sonrió y sacudió la cabeza.

—Sabía que nunca lo lograrían, si tú estabas con ella, y tantos asesinos cerca, no habría posibilidad de que él se acercara.

—Le haría las cosas más difíciles.

—Bien —tomó aire— si ahora están resueltas todas tus dudas me gustaría que me acompañes a un lugar.

—¿Un lugar?

—Sí, ha matado de nuevo, creo que son humanas, pero aún no lo sabemos, desearía que tú las vieras primero antes de avisar a los asesinos sobre esta situación —asentí en silencio, lograr que Benjamín pidiera algo era todo un logro, así que iría. Miró a Irizadiel.

—Podéis venir o quedaros, no serán juzgados por esto.

—Tú crees en los oscuros, crees que ellos aún pueden retomar el camino que Vatur impuso; si tú lo crees, nosotros también —dio un paso hacia mí y me tomó de

la mano. Apreté dulcemente los dedos delicados de Irizadiel y ella sonrió. Sus ojos me recorrieron el rostro un instante antes de que él notara cómo los otros dos se les acercaban.

—Iremos —marcharon hacia la puerta. Irizadiel se agachó junto a una mancha cerca de la entrada y la tocó para luego observarla minuciosamente.

—¿Qué ocurre?

—Polvo de ángel... y sangre. —Sí, pensé. De Hero. Había esperado que aquel ser se aprovechara de mi debilidad y sin embargo no lo había hecho. La razón: a Sal no le gustaría. Sabía que el vampiro se moría de ganas de quitarme la vida, pero se contuvo. Observé a Irizadiel y pensé que el vampiro tuvo mayor temple que yo. Si alguien hubiera tocado a Irizadiel estaba seguro de que estaría muerto. Acaricié su mejilla, en el primer signo de cariño hacia mi compañera—. ¿Es cierto? —me preguntó y no pude mirarla a los ojos—. ¿Te ha hecho...? —cómo lo diría, qué haría Sal en estos momentos, cuando tuviera que enfrentarse con la mirada de Hero—. ¿Phillippe, qué has hecho? —me sentía más humano que nunca. Irizadiel me estudió y se cubrió la boca.

—Lo siento... —confesé suavemente, y la observé. Los nefilim no se enamoraban, eso nos haría vulnerables, y por más que quisiera a Irizadiel nunca podríamos ser más que eso, y lo sabíamos.

—Te perdono —contestó y el alma se me hizo un puño. Se acercó a mí y me besó la mejilla. Habíamos pasado más de una eternidad deseándonos, y ahora no podíamos más que anhelarnos; aunque quisiéramos nunca podríamos estar juntos. Miré con tristeza cómo Irizadiel se marchaba. Debía dejarla ir, y no era justo. Una noche había roto aquel pacto, había pasado con ella un atardecer, haciendo el amor, disfrutando de nuestros cuerpos, y cuando los guardianes vinieron por nosotros, no pude hacer más que tomar toda la responsabilidad. Observé durante un instante las alas de Irizadiel batiéndose en el aire y suspiré. Nunca hubiera permitido que perdiera sus alas, yo había pagado; ese amor entre dos nefilim era la otra razón por la cual me habían quitado las alas.

—¿Vienes? —Ben me sacó de mi letanía de pensamientos y caminó hasta el coche. Anduvimos un buen rato por un camino que llevaba hacia los barrios humanos más alejados. El coche se movía a una velocidad prudencial, sabía que Ben acataba las órdenes, incluso las humanas, por eso me sorprendió cuando se escuchó un fuerte golpe en el techo. El coche frenó de golpe y una mano destrozó la ventanilla de mi lado; esa misma mano, abriendo la puerta del coche me arrastró hacia afuera. Cuando caí en la acera escuché gritos humanos que casi logran distraerme, en un movimiento preciso bloqueé el golpe que se dirigía a mi rostro.

—No podrás salvarla nefilim, es mía y debes entender —me gruñó.

Él. Empujé al vampiro hacia atrás haciéndolo caer de espaldas. Caí sobre él y le

di un golpe tan poderoso que pude matarlo pero no lo hice; eso me sorprendió. El vampiro gruñó, aprovechó ese instante y me retribuyó con una patada en el estómago; antes de que pudiera reaccionar golpeé contra un muro, y parte de él se derrumbó sobre mi cuerpo. Escuché alas batiéndose y gritos. Había humanos allí, humanos que podrían atraer a los ángeles y todo sería un caos, nadie quería un enfrentamiento de nefilim y ángeles en la puerta de su casa ¿cierto? Me quité los pedazos de concreto y ladrillo, y antes de que lo lograra por completo escuché la voz de Ben.

—Está protegido —luego de que lo escuché gritar, oí un alarido de dolor. Movido por la furia ciega me quité lo último que quedaba sobre mí y antes de que lograra levantarme del todo, algo golpeó contra mi pecho.

Tomé lo que me había logrado dar y lo observé horrorizado. Era la cabeza, pero no cualquier cabeza, era la cabeza de uno de los nefilim que habían venido con Irizadiel; en algún momento de todo el caos, el nefilim había atacado al vampiro y este, sin un dejo de piedad, le había sacado la cabeza. Vi cómo el vampiro se alejaba a pie, medio cojeando, vi a Irizadiel desde el cielo, siguiéndolo. Tomé fuerzas y comencé a perseguirlo, pero el maldito era rápido, oí las directivas de Ben, pero no me detuve. Con alas o sin ellas lo perseguiría. El vampiro corrió por una calle que parecía vacía, tomó un coche estacionado junto a una casa y lo aventó contra mí, lo esquivé y seguí corriendo un poco más. Él giró en una esquina; fue entonces cuando lo perdí. Levanté los ojos al cielo para mirar a Irizadiel, pero ella parecía tan frustrada como yo. ¿Dónde se había metido? Recorrí un poco la zona, pero no hallé nada. Volví con Ben que me esperaba impaciente mientras digitaba la contención del caos, ya había un grupo de psíquicos trabajando con los humanos que habían visto todo, si no me equivocaba los llamaban «amilas». Subimos al coche, y agradecí por una vez no tener alas. El auto estaba medianamente arruinado, sin una puerta y con el parabrisas roto, pero en cinco minutos encontraron el lugar que buscábamos, la escena del crimen. Ninguno de nosotros bajamos la guardia, nunca habíamos pensado que el vampiro fuera por nosotros a plena luz del día.

Entramos a la casa en silencio. Ben había hecho que retiraran el cuerpo del nefilim asesinado, al parecer el pobre no había logrado salir del medio a tiempo. Cuando pisé la acera encerada que me llevaba a la casa, supe que adentro tan solo habría sangre y muerte, pero me obligué a entrar, habían matado al nefilim como nada y esto cada vez se volvía más y más personal. El nefilim había muerto por mi culpa. Ojalá pudiera hablar con Sal. Me hubiera gustado saber que ella estaba a salvo, aunque no dudaba de que Hero la protegiera. ¿Acaso él la perdonaría, como Irizadiel me perdonó a mí? Oí los pies de Irizadiel tocando el suelo, sus alas plegándose y una mano que se apoyaba sobre mi hombro.

—Vamos —me dijo y asentí agradeciendo su compasión—. Aún debes matarlo, ella te necesita. —La voz de Irizadiel salía suave, aunque impregnada de tristeza.

Sabía que Sal podía tener lo que ella nunca tendría, y pese a ello no la odiaba. Los nefilim no se enamoraban, vagaban, destruían, pero nunca se enamoraban.

Cuando di un paso hacia adentro sentí náuseas, y nuevamente temí por Sal.

—Ojalá pueda cumplir mi promesa —mis ojos siguieron uno a uno los rastros dejados en la alfombra. Parecían ríos de sangre. Tres mujeres estaban junto al muro. Sus rostros desgarrados como si les hubieran quitado la piel dejando expuestos los músculos. El cabello había sido arrancado también a tirones, y lucían cual si tuvieran una máscara roja, toda la piel de su cabeza había desaparecido. Vi el cuello de cada una y maldije en silencio. Se había alimentado de ellas, no se limitó a ultrajarlas, también las había profanado por dentro. Estaban suspendidas a unos veinte centímetros del suelo, una al lado de la otra, como muñecas de tela; tuve que acercarme para notar que estaban enganchadas al muro por un trozo de madera hincado por encima de su estómago. Las cuencas de sus ojos estaban vacías. Su cuerpo flácido colgando allí, sin un rastro de vida. Maldije y miré a Ben con la rabia fluyendo a través de mí, luego observé a Irizadiel e internamente me prometí que nunca pasaría por algo semejante.

—Voy a cumplir mi promesa... —dije para mí mismo— asegúrate de que Sal esté protegida, se está desquiciando y eso lo frustrará hasta que cometa un error. Volviendo mis ojos hacia las mujeres asesinadas aseguré: —Se vuelve más confiado y eso lo hace más vulnerable—. Ben asintió y comencé a marcharme. —Ben— él se giró hacia mí —averigua quién lo protege. Eso lo vuelve más fuerte, no sé por qué, pero tal vez beba de otros los cuales le transmitan algo más de poder—. Ben me estudió como si nunca hubiera pensado en ello. —Y dile a Nicolás que necesito hablar con Sal, si no escucha tus amenazas tal vez me oiga si le digo que permanezca protegida.

—Bien. —Ben se marchó.

—¿Crees que ahora quiere matarte también? —murmuró Irizadiel y clavé la vista en el piso. No importaba si iba contra mí, pero ellas... Irizadiel.

—Matará a cualquiera que se meta en su camino, y yo se la quité de las manos, ahora sabe que no lo dejaré salirse con la suya —me acerqué a ella mientras varios miembros de la Asociación ingresaban para limpiar la casa. Posé una mano en su hombro estudiando sus ojos—. Reconsidéralo Irizadiel, él irá por ti si sigues conmigo. —Ella colocó su mano sobre la mía.

—Entonces, seremos dos a los que deberá matar.

—Nomine Vatur, perducatur nos ad aeternitatem. —(*En el nombre de Vatur, guíanos hasta la eternidad*) dijo, y acarició mi mejilla—. Nomine Vatur Phillippe, donec a latere tuo Phillippe, ego tecum mori quam vivere quin te circum. —(*Estaré a tu lado siempre Phillippe, prefiero morir a tu lado que vivir sin tenerte cerca*).

—Tunc erit. —(*Entonces, que así sea*).

Capítulo veintiuno

Golpes

Cuando llegaron me encontraba echa un ovillo contra le muro opuesto a la puerta, encaramándome, preparada para saltar; en cuanto esta se abrió me lancé hacia allí. Empujé a Eva a un lado y utilizando toda mi velocidad bajé a ciegas las escaleras, mientras escuchaba sus maldiciones. Cuando estuve a un paso de la puerta de entrada Hero me tomó en brazos amortiguando mi golpe. De haber sido un humano lo hubiera tumbado, pero él era fuerte.

—Tú... —le asesté un golpe en el pecho, y gruñí cuando me apresó entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí, Sal? —le di otro golpe. Esta vez había comido y estaba fuerte.

—¡Dijiste que volverías! —grité—. ¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí? —gruñí.

—Tranquila Sal, cálmate... —refunfuñó con los dientes apretados.

—Suéltame —ladré.

—Te soltaré si te calmas —me dijo y por un instante noté una mueca de dolor en su rostro. Dejé de golpearlo.

—Ah... ¿es por «esto» por lo que me has cambiado? —Una voz dulce, empalagosa y llena de hastío, salió por detrás de él. Me moví para poder echar una mirada por encima de su hombro.

—¡Tú! —le dije acusadoramente.

—Hero, por favor, Nicolás dijo que ella debía estar arriba.

—¡No hables de él como si lo conocieras, maldita puta...! —le grité.

—Sal, por favor —murmuró suplicándome que me calmara cerca de mi oído. Volví a intentar soltarme, forcejeando contra él. Comenzó a retroceder, levantándose un poco pero luego de dar unos pasos no pudo caminar más. Me soltó tan solo un segundo y me colocó sobre el hombro. Aquella maldita seguía espetándome cosas y le respondí cada una hasta que Hero se metió dentro de lo que parecía un estudio y lo último que vi fueron las puertas de roble oscuro cerrándose en mi nariz. Me largó con fuerza sobre un sillón mullido y mi hombro se resintió, pero ni me quejé. Me sacudí hasta que logré acomodarme de modo firme, escupí los mechones de pelo que se me habían metido en la boca y me alisé el pelo lo mejor que pude hasta que lo miré quemándolo, ojalá tuviera esos poderes de los x-men, me gustaría tener la visión «quemar pelotas», pensaba. Estaba cabreada. Una parte de mí quería reírse por lo irónico de la situación, hacía años que luchaba por NO encontrarlo y ahora parecía una humana con el período.

¿Estaba siendo estúpida? ¡Sí!

¿Por qué tenía celos? No lo sabía...

¿Quería quitarle los ojos a la bruja arpía? Definitivamente ¡sí!

¿Odiaba que Hero estuviera cerca de ella? ¡Sí!

Ni siquiera lograba poner a mis dos «yo» de acuerdo. Me sentía estúpida, pero aun así busqué que aquello no se notara en mi rostro. O eso creía. Cuando mis ojos se conectaron con los de él me di cuenta de que no lo había logrado.

—¿Qué haces con esa maldita? —Hero se acomodó las manos en la cadera y por un instante me concentré en los poderosos músculos de su pecho, aquellos que había lamido y relamido horas atrás. Bajó la cabeza pegando la barbilla en el pecho y yo gruñí.

—No te entiendo —confesó y me helé.

—¿Qué?

—Que no te entiendo, Sal —levantó la cabeza y me miró—. Vas allí —dijo y señaló la lejanía como si pudiera marcarlo con el dedo— tienes sexo con un nefilim y vienes a decirme con quién debo estar... —No dudaba en expresar su punto. ¡Pero oye, eso dolía! De pronto mis manos me resultaron muy interesantes, comencé a mirarme las uñas rotas y los dedos lastimados—. Al menos mírame a los ojos. —Luché conmigo misma para levantar los ojos y mantenerle la mirada.

—Sabes que me siento culpable por eso...

—¿Y por qué lo hiciste?

—¡Tú sabes por qué! —respondí en un grito—. No fui yo Hero, no lo hice porque quise. Tú sabes eso, él manejó mi mente a su voluntad; ya me siento lo bastante mal por eso, como para que lo digas como si fuera algo que deseaba.

—¿Qué quieres Sal? Tan solo dímelo... —dio unos pasos hacia mí con la mandíbula trabada denotando todos los músculos de su garganta—. ¿Lo deseabas? —sus dientes estaban tan apretados que sus palabras eran un siseo—. Tú sientes mi necesidad Sal, y somos demasiado ancianos como para jugar este juego —me tomé la cabeza sintiendo en *Déjà vu* de esto—. ¿Qué? —preguntó, y en cambio susurré.

—Me preguntaste lo mismo en mi sueño.

—¿De qué hablas? —aquello pareció tomarlo por sorpresa.

—¡Que me preguntabas lo mismo en mi sueño! —le grité enojada, lo vi dudar y entendí que no, no sabía de qué le hablaba, así que decidí explicarlo—. Me decías: *¿Por qué Sal? ¿Por qué lo hiciste?, y luego me decías que te había obligado a hacerlo, que no podías hacer nada. Mírame Sal... mira lo que me has hecho hacer, eso decías.*

—¿Qué hice? —quiso saber. Levanté el rostro con las lágrimas picando en mis ojos y lo enfrenté, entrecerró los párpados, me estudió y en su frente se dibujaron pequeñas arrugas.

—Mataste a mis hermanas, a Nicolás y a muchos más, tus ojos... —tragué con fuerza— tus ojos eran malditamente rojos.

—¿Soñabas conmigo?

—Tenía pesadillas —puntualicé— pero sí, soñaba contigo Hero... —Él miró hacia un lado y desvié la mirada, todo lo que había ocurrido me avergonzaba y nunca me había avergonzado de nada en mi vida. En cambio allí estaba él, con su postura rígida estudiando la nada como sopesando si mentía o no—. Luego te decía lo mismo, que no quería hacerlo y volvías a decirme una y otra vez lo mismo: *Tan solo dime: ¿Por qué lo hiciste? Dímelo y juro que lo olvidaré todo, tan solo quiero oírlo... por favor* —intenté medir las emociones en su rostro, pero no había nada—. Lo lamento —murmuré con un gemido.

—¿Qué hacía luego? —él seguía sin mirarme, y aquello dolía más que cualquier cosa. Deseaba que me pegara, que me aporreara contra el suelo hasta que su dolor se calmara. Ver los recuerdos punzantes derramándose dentro de él era más doloroso y angustiante.

—Nada, tan solo me observabas y preguntabas lo mismo, intentaba explicarte una y otra vez lo mismo... lo mismo que ahora. Luego aparecía él, susurrando cosas en mi cabeza. Decía que no podías ayudarme, me decía que te olvidara, y yo simplemente te vi caer de rodillas allí, con la estaca en tu pecho, y bueno, luego... atacaron a Phill y me ayudó a escapar.

—Lo sé —dijo. Levanté la cabeza y lo vi deambular por la habitación. Mis ojos lo seguían como siguen los bichos a la luz. Tan solo no podía dejarlo.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes?

—Sé que te salvó... —aquello me llevó a pensar en Phill nuevamente. Una gota de duda tembló en el cuenco vacío de mi alma. Debía preguntar.

—¿Lo mataste? —Él no se volvió, siguió dándome la espalda como si el solo hecho de verme le causara más dolor.

—No, no pude... —se hizo un gran silencio en la sala. Creí que mis huesos estaban por congelarse, de pronto el aire no era agradable y se sentí frío, como un témpano. Caminó otro paso y me enfrentó. Tragué con fuerza cuando nuestras miradas se encontraron. No podía soportarlo, verlo así, tan solo, no podía, bajé la cabeza como la cobarde que era y lo escuché caminar nuevamente—. ¿El vampiro aparecía en tus sueños?

—Sí —me sentía incapaz de decir nada.

—¿Qué más?

—No sé nada más, lo siento —me levanté abatida, con el pecho pesando más que un *container* cargado. Hero tenía razón. Yo no era nadie para juzgarlo. Suspiré y comencé a caminar hasta la puerta, pero no llegué lejos. Su mano se cerró en mi muñeca y mi garganta se cerró al compás de sus dedos. Me obligó a mirarlo;

lentamente levanté la mirada y vi el azul de sus ojos.

—Mis ojos están bien, y tú estás a salvo —lo dijo como aquello que se sabe de memoria. No respondí. ¿Qué diría?

Discúlpame por ser tan débil. Porque lo era, eso era justamente, una debilucha con aires de grandeza. Me creía tan fuerte y caí. Volví a bajar la cabeza e intenté marcharme, pero me retuvo. Pensé que diría algo más, pero no lo hizo; observé mis pies descalzos, no lo había notado al bajar y ahora estaba allí observando la locura de mis actos. Su mano pasó por mi nuca mientras la otra soltaba mi muñeca para cerrarse sobre mi cintura atrayéndome contra él; me obligó a levantar la cabeza y sin respiro ni advertencia sus labios cálidos se cerraron sobre los míos. Petrificada por aquello me fui relajando de a poco y mis manos también lo rodearon lentamente, de un momento a otro no había aire entre nosotros, me encontraba encerrada en sus brazos y pensé que podría morir por el calor que me daba. Lo sentía a un nivel molecular, cada célula respondía a él. Forzó su beso haciéndolo más rudo, más dominante, hasta que se alejó para mirarme a los ojos.

—Cuando te marque, no habrá otros. —Contuve el aire ante la expectativa, se lamió los labios y apoyó su frente en la mía sin quitar su mano de mi nuca—. Cuando seas mía, no habrá perdón, cualquiera que te toque estará muerto.

—No habrá otros —balbuceé.

—Tan solo quiero que lo sepas.

—No habrá otros —repetí. Una puerta se abrió a mi espalda.

—Lo siento chicos, pero necesito que hablemos. —Carim, ella y su voz tan suave. Hero me dio un beso rápido y me soltó. Carim se sentó en un sillón frente a una mesilla de café. Abrió la portátil que cargaba con ella y se cruzó de piernas mientras la atraía hacia sí para estar más cómoda.

—¿Está muy enojada, cierto? —Carim levantó los ojos de la máquina y torció la boca.

—Conoces a Eva, ya sabes, se le pasará —volvió sus ojos a la brillante pantalla.

—¿Qué paso con ella? —preguntó Hero mientras se sentaba en el sillón frente a Carim; avergonzada lo miré.

—Yo la empujé cuando corría, y bueno ella... —Hero sonrió.

—Eres un torbellino de problemas. —Aquello me hizo gracia y sonreí.

—Bien, esto es lo que sabemos... se hace llamar Zell.

—¿Zell? —me senté observando a mi hermana. Hero me atrajo más cerca, crucé una pierna bajo mi cuerpo mientras parte de mí se rozaba contra él. Aquello pareció no molestarle por lo tanto me relajé; él pasó un brazo por encima de mis hombros.

—Sí —respondió ella mientras sus dedos volaban sobre el teclado haciendo que se oyera el repiqueteo de las teclas.

—¿Como Zell de DB?

—Sí, DB. —Eva entró sin tocar y caminó mirándome a los ojos—. ¿Qué, no sabías que a tu bella dama le gustan los dibujos de niños? —preguntó enfocándose en Hero.

—No me gustan, los miré, sí, pero cuando era joven...

—¡Oh, vamos! Tenías más de doscientos años... ¿Joven? ¿En serio?

—Aún era joven, tú no lo sabes porque eres una perra, en todos los sentidos; ¡pero sí, los veía!

—Eh... chicas, ¿podemos volver al tema? —la voz de Carim fue demasiado baja para tapar nuestra discusión.

—¡Ja!, dibujos, cuando ya bebías sangre hace siglos, por Vatur no molestes, como te decía Hero —desvió su mirada hacia él—. En más de una ocasión verás que es una niña.

—Cierra la boca Eva. Tú no sabes nada.

—¿Qué es DB? —volvió a preguntar Hero; pero ya era tarde, nuestra discusión había subido varios tonos.

—Tú mirabas novelas de humanos y no por eso te discriminaba, ¿o sí?

—Te reías de mí... —se cruzó de brazos y la imité.

—¿De qué hablan? —preguntó Hero.

—De que a ella siempre se le han caído las bombachas por los humanos...

—Oh ¡disculpa! Estarás hablando de Carim, porque esa no soy yo.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? —ahora Carim nos observó enojada.

—Que te gustan los humanos —dijo Eva con desdén y volvió a mí. Además, ¿sabes?, eres bastante cabrona cuando no tienes sexo por algún tiempo. Golpearme así... es simplemente una demostración de eso...

—Oh, no te lo permito, he tenido sexo —dije señalando a Hero que parecía confundido y ceñudo, sin detenerme volví a mi argumento— ¡y muy bueno! —hice hincapié en cada letra.

—¿Por qué siempre me meten en sus discusiones?

—Por qué, por qué... —repetí sin saber qué decir, ni sabía cómo había entrado Carim en todo esto.

—¿Te acostaste con él? —preguntó Eva molesta. Odiaba cuando lo decía como si fuera algo atroz.

—Sí, y te repito, muy bueno... —respondí sonriente y ella entrecerró los ojos.

—¿Es necesario todo esto? No recuerdo por qué están hablando de... eso —dijo Carim levantándose de su asiento.

—Es la envidia, como ella no lo hace, conoce más que nadie lo que es la molestia de la picazón ahí —hice un gesto en mis partes bajas que se ganó un gesto de reproche— por no hacerlo.

—Ella tampoco lo hace. —Eva señaló a Carim y la aludida abrió ampliamente los

ojos y se puso como tomate—. ¡Hace mucho tiempo, y no le dices nada!

—Yo sí... pero después de todo, ¿qué diablos les importa?

—¿Sabes por qué? Porque al menos ella —señalé a Carim que levantó las cejas— hace un «mantenimiento» —hice el gesto de comillas— de sus «cañerías» una vez al año, no como tú que te la das de mojugata... y... —alguien silbó tan fuerte que mis oídos escocieron y todo se quedó en silencio por un momento, hasta que advertimos de quién provenía.

¡Nicolás!

—Ahora que las tres me prestan atención... tan solo, cierren el pico —nos dijo poniendo sus ojos en blanco. Lo miramos extrañadas y debo admitir que un poco avergonzadas—. ¿Estás necesitando ayuda, Hero? ¿Tal vez un misil aire-tierra que te saque de esta? ¿Traje antibombas o ataques químicos? No sé... ¿un arma para meterte una bala en la sien? —Me volví hacia él. Casi, y solo «casi», había olvidado que estaba allí y lo vi con la boca abierta como si no supiera cómo todo esto se había desmadrado de ese modo. Eva se sentó cruzándose de brazos y visiblemente molesta; Carim, roja de ira la imitó, y yo volví a mi sitio junto a un Hero atónito. Ya apoltronadas otra vez en nuestros sitios, nos miramos un momento en silencio.

—¿Sabes qué es lo peor? —Hero habló muy despacio; lo miré.

—¿Qué? —contestó Nicolás divertido.

—Que todo esto —dijo haciendo un gesto con el dedo índice— empezó con alguien llamado Zell, que se parecía a alguien que era un dibujo de un tal DB, que por cierto nadie me ha terminado de explicar quién era, luego sé que a Carim le atraen los humanos, aunque Eva era aficionada a sus novelas, y que todas saben que he tenido sexo con Sal. —¡Qué fino! ¿Igual que yo, cierto?—. Y bueno, terminaron... así. —Sentí vergüenza, al parecer no era toda mía, el *lazo* de las tres estaba repleto de ello. Hero no parecía molesto, solo un poco confuso tal vez; apretó mi hombro y acarició mi mejilla.

—Sí, ya sé, terminaron viendo quién lo hacía más que quien —concluyó Nicolás, y Hero largó una risotada ante sus palabras—. Te juro que si fueran hombres ya estarían midiendo sus respectivos miembros a ver cuál de las tres lo tiene más grande. No sé por qué siempre piensan que somos los machos los que competimos, pero ya ves que la teoría se sostiene para ellas también. —Le echamos una mirada asesina a Nick que lo hizo reír—. Y DB, para tu información, es Dragon Ball un dibujo popular en los años noventa.

—Que eran los preferidos de Sal —respondió Hero y me giré para decirle que no era tan así, cuando él me acarició el cabello haciéndome olvidar aquello.

—Sí, bueno, sabes, cuando vives tanto, es bueno ver un poco de TV, aunque lo odiaba, no podría decir que era la única que se divertía, si mal no recuerdo, Eva, tú compraste esa colección de muñecos de antaño. ¿Cómo se llamaban? —Nicolás se

tomó la barbilla intentando recordar mientras Eva se ponía colorada—. Ah, ya sé, la era de las galaxias o algo así...

—La guerra de las galaxias —lo corrigió—. Ella me empujó primero —se quejó.

—Y estaba a punto de pedir disculpas, cuando decidiste ser una loba perra y largar todos los trapos sucios...

—Ahí vamos de nuevo —susurró Hero, divertido.

—¿Y qué problema tienes? . —Levantó los hombros—. Él ya conoce algo más que tus trapos —si hubiera podido quemarla con la mirada, este era el momento en que lo haría.

—Antes de que empiecen nuevamente... —Nicolás nos interrumpió una vez más. Iba a gritarle, pero no surtiría efecto, así que me callé—. Carim, empieza. —Ella sonrió, orgullosa, y recibió por respuesta mi sacada de lengua y la señal del dedo del corazón levantado por parte de Eva. Rápidamente miró a Nicolás y se concentró en la pantalla.

—Como decía, se hace llamar Zell.

Capítulo veintidós

Zell

Así que ese vampiro se llamaba Zell. Carim había pasado más de una hora explicando cada movimiento; aun así yo no estaba conforme. Había algo que hacía rodar los engranajes de mi mente, que no terminaba de entender, pero estaba muy enojada como para escucharlos así que los empujé a lo más hondo de mi subconsciente y los dejé allí...

Quería recuperar mi vida. Mi maldita y aburrida vida; esa es la que me gusta. Lejos habían quedado las noches en que jugábamos pool y salíamos con humanos. Estaba atascada en una mansión como una prisionera. Había empezado a caminar por la sala apenas comenzaron a describir su accionar, cada muerte detallada en un informe, y parte de mi cuerpo se estremecía, porque cada una de esas muertes era porque yo no había llegado tiempo. Nerviosa me paseaba de un lado al otro, no podía quedarme quieta sabiendo que aquello estaba afuera. Hero y Nicolás estaban interesados en sus movimientos, Carim y Eva hablaban de sus estadísticas de muerte.

—Haré de cebo —dije sin más, imprimiéndole en cada letra mi convicción mientras me cruzaba de brazos, demostrándoles así que no había marcha atrás. Varios ojos me observaron pero no reparé en ninguno de ellos, estaba decidida. Momentos después la conversación siguió como si nadie hubiera escuchado mis palabras—. ¡Dije que haré de cebo! —grité.

—¡No! —fue la respuesta unánime. En especial Hero y Nicolás pusieron gran énfasis en su negativa.

—No, no lo harás.

—¡Claro que sí! Es lo mejor que puedo hacer —me puse de pie de un salto—. ¿Por qué se empeñan en protegerme? Él me quiere a mí, ¿cierto? Bien, le daré lo que quiere —enfurruñada caminé hacia la puerta ignorando a todos, hasta que Hero se metió en mi camino. Maldito bastardo, egoísta y guapetón.

—¡No puedes! —gritó y lo taladré con la mirada.

—¿Pero quién te crees? ¿Ves alianza en mi dedo? ¿Marcas de apareamientos o marca? —Él me dirigió una mirada despreocupada.

—No, no la hay, pero ve a sentarte Sal.

—¡No! Nicolás escucha, él me buscará, ustedes estarán cerca y entonces...

—No —dijo escondiendo la cabeza entre sus manos mientras suspiraba.

—¡Pero...!

—Pero nada, Salomé, deja de ser tan molesta. —Noté la mirada furibunda que me dirigió—. ¿No entiendes? Hubo un nuevo llamado —soltó y me quedé mirándolo.

Hero me llevó hacia el sillón, y de mala gana me senté apartándome un poco de él—. Ha matado a tres humanas, creemos que se ha regenerado, no puedes salir, debemos encontrar otra forma.

—¿Y tú pretendes que me quede aquí?!

—Eres más valiosa viva, cariño —respondió Hero recostándose en el sofá y acariciando mi muslo.

—¡Cállate!, quítame tu mano de encima, no quieras confundirme, no eres mi centinela —dije y me levanté. Debía alejarme de su toque, debía hacerlo pues aún la neblina lujuriosa cubría mi cuerpo y también porque me sentía más posesiva que nunca. Tomé una respiración rápida y me envalentoné; fui directo hacia la puerta nuevamente cuando Hero me atrapó en un santiamén. ¿Qué diablos tenía por pies? Se había levantado en menos de una fracción de segundo y me había atraído hacia él.

—No me fuerces Sal, mi paciencia tiene un límite —gruñó y supe por su mirada asesina que no mentía. Aún así lo maldije en todos los idiomas que conocía mientras él me empujaba.

—¿Dónde? —Eva se levantó y acomodó su chaqueta, interrumpiendo nuestra pelea. Eva era metódica y fría, su instinto de caza se había disparado cuando aquel vampiro llegó tan cerca de mí y no se detendría por mi discusión—. ¿Adónde aparecieron las nuevas víctimas? —revisó su arma y la acomodó en su cintura, luego fue por el resto, cuchillos y demás armas que tanto le gustaban.

—En un barrio, cerca del centro. —Nicolás me miró; yo me solté de Hero y crucé los brazos.

—No puedes dejarme aquí —me quejé.

—Carim, Eva y yo iremos por un lado. Hero, quiero que te lleves a Mikela y Sal contigo; estoy seguro de que Mikela puede seguir el rastro y será de ayuda si hay problemas.

—¡No! ¡Ni un cuerno que no! —me coloqué frente a Hero sin más, con mis brazos abiertos como si fuera el arquero de un equipo de fútbol observando a Nicolás como un oponente—. ¡Ni lo sueñes!

—Entonces puedes esperar aquí Sal... —me respondió y lo odié, juro que nunca creí odiarlo ni un poquito, pero allí estaba la llamita creciendo, y creciendo con cada pestañeo. Deseé que mi mirada transmitiera todo lo que estaba pensando sobre él ahora, pero en vez de molestarse Nicolás sonrió.

—No es justo —protesté nuevamente sabiendo que no podía hacer nada si Nicolás decidía dejarme.

—No creo que Mikela acceda... —Hero posó una mano en mi hombro y me dio un pequeño apretón que me reconfortó, pero no mucho, seguía molestándome que hablara de ella, tan solo que la nombrara.

—Lo ha hecho. Ben habló con ella y cerró un trato más apretado que el mío. Él la

dominará por un tiempo, si quiere libertad la tendrá, pero primero debe cooperar.

—Hero, no, ella no... —me di la vuelta y lo tomé de la camiseta que llevaba, su perfume me invadió por completo y amenazó con incendiarme.

—Sal —suspiró y capturó mi rostro con las manos, acarició mis mejillas e hice pucheros, mi labio inferior tembló y puse mi mejor carita de perro mojado, o bueno, vampiro mojado claro está, el punto es que él me observó y suspiró—. Por Vatur, sé comprensiva.

—Ella no puede —volví a decir con voz de niña.

—Yo no... ¿Qué? —Oí su voz, aquella que había registrado en la mente de Carim, y los pelos de todo mi cuerpo se pararon. Miré por encima del hombro de Hero y la vi parada allí, como si fuera la dueña de la casa, y no dudé en gruñir.

—Tú decides, o vamos con ella o te quedas Sal. —Me volví para mirar a Nicolás y le dediqué una de mis miradas más acusadoras e hirientes antes de retornar a Mikela. Me moví para que me viera por completo.

—Le pones una mano encima y no me importa si eres la puta hija de Vatur, te la cortaré ¿me entiendes?

—Tu gatita tiene mal carácter, Hero, nunca te había visto con alguien así. —Hero se movió de modo que quedó entre ambas y acarició mi rostro, atrayendo mi mirada, me froté contra su mano en un gesto más felino que vampírico.

—Sí, y tengo garras y dientes ¡maldita! —dije sin dejar de mirar al ser que nublaban mis sentidos—. Así que ya sabes, lo tocas y mueres.

—Por lo que a mí concierne puedo con eso, además no creo que sea a mí a quien debes temer; él no está marcado como «tuyo» —respondió.

Fulminé a Hero con la mirada, expresándole que eso era su culpa.

—Mikela... —murmuró con los dientes apretados, su voz sonaba amenazante mientras me sujetaba con fuerza por los hombros.

—¿Qué? ¿Qué dije?

—Sabes qué dijiste —respondió y un segundo después lo tironeé hacia la planta alta. Pasamos junto a la bruja, que sonrió maliciosamente, pero no me importaba. Hero lucía enfadado y murmuró algún insulto cuando pasamos a su lado. Él se frenó un paso antes de llegar al piso superior, intenté moverlo pero sin resultado alguno. Frustrada solté su mano y lo encaré.

—¿Qué significa eso? —susurré aunque sabía que todos podían oírnos; bueno, tal vez no Mikela, pero el destino a veces juega malas pasadas, así que me esforcé por mantener mi voz baja. Él arrugó la frente y me miró con detenimiento. Hiqué mi dedo en su pecho para que supiera que hablaba en serio—. ¿Qué significa? —insistí.

—¿Qué... significa qué? —dijo en lo que parecía un mueca de confusión.

—Lo que ella ha dicho, que no estás «marcado» —debía mantener todo mi temperamento a raya ahora, porque si no lo hacía, correría con él a la habitación y lo

obligaría; aunque dudaba de poder hacerlo, pero con intentar no perdía nada. Esto no era ya solo contra Mikela, era contra todo vampiro que se cruzara con él, por Vatur. ¿Qué debía hacer, encerrarlo en una burbuja? ¡Qué demonios!

—No lo estoy... —dijo como si tan solo se tratara de una broma—. No estoy «marcado» Sal —sonrió, y al ver mi mirada asesina disimuló llevándose el puño a la boca para ocultar su sonrisa. Lo estaba disfrutando y lo sabía, pero aún así no podía encontrarle el punto, me había dado justo en el nervio, y dolía como si fuera un condenado desgarrado.

—Yo, yo... —me atraganté, producto de la ira y la ponzoña que me llenaba y acusaba con salirse— creía que solo las hembras eran marcadas...

—No, también los machos lo somos —sonrió y achiqué mis ojos— y yo no tengo marca... —No lo dejé terminar, no quería saber más, tan solo quería una solución o lo que era peor, saber cuál era el cuadro de situación.

—Eso significa que podría venir cualquiera y... —mi puño dio contra la pared, Hero ni se inmutó. ¿Cómo podía ser tan ignorante? Debí imaginarlo. Qué idiota. Siempre había estado tan preocupada por no ser marcada que nunca había pensado qué haría si alguna vez me emparejaba. Había estado echándole carrera al destino sin saber que no sería la única que llevaría la marca.

—Debemos irnos —me dijo y estaba a punto de dar un paso cuando lo detuve.

—Quiero marcas, quiero que tú y yo, esto, márcame, ¡vamos! —hice el intento de empujarlo hacia mi habitación, pero no resultó y bufé.

—Eso no es así, Sal, no funciona de ese modo...

—No sé cómo debe ser, pero quiero que me marques; y no puedes estar cerca de nadie si no te marco...

—Estás paranoica... —aquello me irritó más—. Vamos, antes de que Nicolás piense que has perdido la cordura y te deje aquí.

¡Genial! Nada mejor que un macho recordándote lo chiflada que estás, aunque no sabía si las hormonas humanas funcionaban al igual que las de los vampiros. Bajé las escaleras a su lado enojada y ceñuda, mis puños estaban apretados y sentía que las uñas se me clavaban en las palmas de las manos, pero no importaba, tal vez el dolor me devolviera la cordura como lo había hecho varias veces a lo largo de los años. Hero se detuvo antes de pisar la planta baja, sonrió y acarició mi cabello.

—Trata de no matar a nadie...

—¿Adónde vas? —pregunté antes de que se alejara en dirección contraria a la sala.

—Necesito hablar con Nicolás. —Le coloqué una mano de forma pesada en el pecho, como si aquello pudiera marcarlo con mi olor de cierto modo, y sin saber por qué él se quejó torciéndose y alejándose de mí.

—Hero, estás... ¿bien?

—Sí, cariño —en un abrir y cerrar de ojos las muestras de dolor en su cara desaparecieron, me devolvió una sonrisa amplia que hizo que mi cuerpo temblara, aunque tenía mis dudas, al fin de cuentas no estuve muy cuerda en el último ataque. Había dicho que no mató a Phill, pero puede que...—. Tranquila —se acercó, dejó un dulce beso en mis labios y se marchó hacia el cuarto de Nicolás. Me vi tentada a seguirlo, ¿acaso el ataque del nefilim lo había lastimado más de lo que quería admitir? No había visto marcas la otra noche. Iba a dar un paso hacia allí cuando Carim salió.

—Ven, necesito conocer algo más de lo que sabes. —Entré nuevamente a la biblioteca y el perfume de Mikela se infiltró en mi nariz como el veneno. Noté que se había acomodado en un sillón y se estudiaba las manos. Me sentía incómoda y molesta, aquella mujer no me daba ninguna tranquilidad.

—*Sal escúchame, debes calmarte o vas a volverme loca* —los ojos de Eva se clavaron en mí como puñales, contemplé el lazo y estaba en lo cierto. Inspeccioné sus emociones y ellas no se encontraban más calmadas de lo que yo estaba. Maldije cuando me percaté de cómo el gato en Carim luchaba por zamparle las garras a Mikela, y el desagrado de Eva. Cada una de nosotras estaba al acecho, nada que se percibiera por encima de nuestras facciones, aunque allí estábamos las tres rodeando a la intrusa, a la presa. Carim la observaba desde atrás parada junto a la ventana, Eva a mi lado comenzó a caminar hacia el flanco izquierdo, mientras yo me encontraba en el derecho. Rodeada, Mikela parecía no presentir nada raro mientras se observaba las cutículas de los dedos.

¿Qué pasaría si jugáramos con ella? *Solo un poco.*

—*Sal, tan solo di cuándo* —masculló Carim en mi cabeza, su gato estaba a solo centímetros de salir. En mi cabeza podía ver la imagen despedazada de Mikela. El horror y la satisfacción en nuestras garras. Su sangre fluyendo sin parar cuando le arrancara el corazón... ¡muerta! Mikela levantó la vista y me estudió.

—¿Así que no sabías lo de las marcas? —le mostré los dientes sin más y eso pareció causarle gracia.

—Si fuera tú no jugaría con eso ahora —ronroneó Carim en una voz sedosa y peligrosa a la vez. Mikela por primera vez pareció notar que estaba rodeada y se puso incómoda. Nos examinó de una a una y sentí el aroma dulzón del miedo. ¿Así que ahora había logrado tener su atención? Sin pestañear clavé mis ojos en ella.

—Si él tiene secretos contigo, no es mi culpa —dijo desdeñosa en un intento de defenderse, aunque sabía que la superaríamos si decidíamos caerle encima.

—¡Él no tiene secretos! —murmuré firmemente—. Así que cierra la boca antes de que te la cierre y te arranque todos los pelos de tu hermosa cabellera.

—Claro —respondió sonriente. Odiaba cuando alguien sabía algo más que yo.

—¿Qué sabes tú? Nada, para ti es solo una posesión...

—No —dijo y se puso de pie—, no te atrevas a hablarme así, tú no sabes lo que él significa para mí.

—Otro muñeco, eso significa, y él no siente nada por ti...

—¿En serio? ¿Por eso luces... tan tranquila? —mover su mano como quitándole importancia. Me observé un segundo. Bien, no lucía muy bien, mis jeans se ajustaban a mis piernas pero no estaban completamente sanos, mi camiseta negra estaba bien, aunque no era muy bella, tenía botas cortas color carmín, eso era lo mejor.

—Mira cariño, te sugiero que te alejes de él...

—¿O qué? ¿Te revolcarás con otro... nefilim? —Aquello dio en el clavo. *¡Date por muerta!* Salté sobre ella.

Caí sobre Mikela empujándola contra el sillón que crujió antes de que ni siquiera se diese cuenta. Mi puño dio directo en su costado mientras ella movía las manos y se cubría el rostro, y un dolor de cabeza me tomó por completo; me tiró del cabello y grité. Mandé un mensaje mental a mis hermanas. *Cierren la puerta, nadie entra ni se mete. Es mía.*

—Nunca será tuyo, no importa lo que hagas, siempre volverá a mí —gritó mientras se oía que unos puños golpeaban la puerta con furia.

—*Apúrate Sal, Nicolás está afuera y Hero está a punto de atravesar la puerta, si arruina mi ropa juro que me las pagarás...* —dijo Eva por medio del lazo.

—¿Qué harás? Ni siquiera puedes curarlo. Si le pasa algo, maldita chupasangre, será tu culpa. —Sus palabras me dejaron helada; había tenido ese mal presentimiento momentos atrás, y al escucharla... Me pateó el estómago. Me tiró hacia atrás.

—Él se curará.

—¿Qué sabes tú del daño que le hace un ángel? —insistió. La tomé del cabello y la hice rodar.

—¿Qué tiene que ver eso con él? —me giró y se subió a horcajadas sobre mí.

—No sé, dímelo tú, tú te acuestas con ellos... Oh espera, no, ese era el hijo maldito de un ángel...

—¡Hija de puta! —le espeté y mi puño dio en sus costillas.

—Todo esto es tu maldita culpa —gritó mientras se retorció. Me apartó de un golpe, que rápidamente devolví en forma de patada a su estómago, la tomé del cabello, sí lo sé, era casi una pelea de niñas, pero yo tan solo quería marcar mi punto, hasta que su rodilla dio en mi nariz, tambaleé hacia atrás y la observé correr. ¡Excelente, corre perra! Mi instinto se disparó. Tomé una silla y la arrojé contra ella cortándole el paso. Salté acorralándola.

—Es duro verlo conmigo ¿no? Tú eres solo una humana, una bruja, yo soy como él, nunca superarás eso... —ella me aventó algo y me cubrí justo en el momento en que le devolvía un golpe. Me acerqué tomándola del cuello—. Eres solo una humana, maldición, no lo olvides, antes de que seas mi cena —murmuré.

—No lo mereces, no estás a su altura y nunca lo estarás.

—Tal vez, pero eso es su decisión mal que te pese, si te molesta verlo conmigo es tu problema, puedes marcharte ahora... o seguir sin provocarme.

—¡Salomé deja la idiotez que están haciendo! ¡Basta!, ahora... —ambas nos petrificamos ante el tono de voz de Nicolás. Me alejé de ella y Mikela se arregló la ropa sin apartar sus ojos de mí. Nos miramos un momento y nos agachamos junto a la silla rota mientras le indicaba que hiciera silencio o... bueno, ella ya sabía el resto.

—Abran. —Carim y Eva se movieron y al momento Nicolás entró, seguido por Hero.

—¿Qué demonios están haciendo? —dijo y un segundo después estaba frente a nosotras. Me lamí el labio quitándome la sangre de la boca. Observé a Mikela inocentemente y, de forma calculadora, ambas lo miramos.

—Nada, solo le enseñaba unos trucos en la pelea —mentí y sentí una punzada de dolor cuando Nicolás extendió su mano a Mikela, y allí vi su sonrisa desdeñosa otra vez. Él me dedicó una larga y feroz mirada, dándome a entender que no había creído ni una de mis palabras. Ahora ella se apretaba contra él, apoyando sus pechos contra su costado y mandándome una señal de guerra con los ojos. Así que ese era su juego ¿eh? Nicolás. Maldita si lo tenía.

Este era uno de esos momentos en los que debiera haberle dicho la verdad, pero el golpe final para ella llegó cuando Hero me levantó del suelo y me besó en los labios. Miré por sobre mi hombro mientras me dejaba acurrucar, y noté la ira en ella. Nicolás acompañó a Mikela para cambiarse la ropa, ya que la que llevaba se le había arruinado por completo, aunque no sabía desde cuándo ella tenía ropa allí. Hero me tomó de la nuca mientras su otra mano se envolvía en mi cintura; me alejó para mírame a los ojos y sonrió sacudiendo la cabeza.

—Mentiste —susurró y me contempló mientras quitaba una viruta de madera de mi pelo. Quise decirle que él también me había mentido, pero eso lo hablaría después. Ahora tenía demasiadas cosas en mente y la verdad quería saberlo todo de él. De sus heridas—. No ahora —me dijo.

—No la quiero cerca de ti —confesé y él sonrió.

—Eres dura e intensa Sal, tan fuerte hasta el punto que duele —me confesó lo mismo que me había dicho la primera vez que estuvimos solos, mientras me acariciaba el cabello colocando algunos mechones detrás de mi oreja. Aunque a veces pensaba que él me sentía como un olor rancio, molesto y apestoso, aún así, no lo dejaría en paz hasta que me marcara—. Creo que si tan solo te hubiera conocido antes yo... —lo silenció con un beso fugaz, me alejé un poco y apoyé mi frente contra su pecho.

—Eso no importa, eres mío. —Cuando las palabras salieron de mi boca, abrí los ojos asustada de mí. Simplemente no supe de dónde me había salido el coraje para

confesarle aquello. Lo dejé salir desde lo profundo de mi interior y la bestia se regodeó de aquella confesión. Dolía, pero no me importaba. Él no dijo nada durante un momento y comencé a replantearme que tal vez...

—Lo sé, lo soy —me dijo cuando lo miré.

—Entonces... ¿Por qué? —gimoteé.

—Porque todo tiene un tiempo Sal, todo en su momento cariño. Ahora debemos ir por ese maldito. —Examinó mi rostro como quien aprecia una obra de arte y me sentí arder—. ¿Estás segura de que quieres ir por él?

—Sí, quiero ir, ¡vamos!

Salimos del destrozado salón y sonreí cuando su mano estrujó la mía. Nos encontramos con los demás en la entrada. Bien, hacia allá íbamos. Debíamos atrapar a Zell.

Capítulo veintitrés

Los enemigos de mis amigos

Tomamos mi coche. No solo era el más veloz, sino que era él más fácil de esconder. Sentada al volante mis manos se aferraron a él como si en eso se me fuera la vida. No podía dejar de pensar en las palabras de Mikela. Quería tomar a Hero por las solapas de su chaqueta y obligarlo a decírmelo; pero sería inútil. Sabía que algo estaba pasando aunque se negaran a decirme qué. Antes de partir había increpado a Nicolás para que respondiera mis preguntas, pero no había dicho más que vaguedades. Estudié el rostro de Mikela por el espejo retrovisor y sus palabras resonaron en mi mente como un disco rayado. *¿Qué harás? Si ni siquiera puedes curarlo. Si le pasa algo, maldita chupasangre, será tu culpa... ¿Qué sabes tú del daño que le hace un ángel?*

Había afirmado que él se curaría, pero aún no sabía de qué. No parecía enfermo, se veía bien y concentrado. El daño de un ángel... ángeles. ¡Maldición!

—Es allí —dijo Hero interrumpiendo mi discusión mental. Observé sus ojos, él sonrió de lado e intenté leer su mente. Si tan solo pudiera... si tan solo...— ¡Vamos!

En cuanto pisamos la calle mi instinto se disparó, sabía qué debía hacer. Esto era para lo que me habían reclutado. Era para lo que había nacido. Por un momento la intuición se apoderó de mí, llevándose todos los demás problemas a aquella parte del cerebro más alejada, dejando que solo las funciones de rastreo, búsqueda y ataque surgieran; esa parte de mi cerebro que hacía las cosas de forma robótica, no tenía que explicarle a mi cuerpo cómo moverse, lo sabía, estaba allí de modo tan automático que casi podría hacerlo con los ojos vendados. Mi cuerpo se preparó, sintió el aire entrando por mi nariz y mis pulmones paladearon el perfume de ese aire, separando las hebras de aroma que pertenecían a Hero y a Mikela como si fueran pequeños hilos, dejando al descubierto lo demás. Comenzamos a andar con pasos medidos, estábamos cerca de la última localización de los asesinatos.

En mi mente las palabras de Carim se filtraron como propias: debíamos buscar una casa, no muy vistosa, alejada y solitaria. Por lo que sabíamos se movía a pie, ya que tenía el poder de cubrirse tras un manto que lo hacía invisible, al menos para mis ojos. Nicolás había hablado con las sacerdotisas de la Sociedad, quienes confirmaron que no estaba lejos. Me dejé guiar por mi instinto, mi olfato alerta y los ojos bien abiertos, buscando cualquier pista, cualquier detalle... Tras deambular sin ninguna novedad unas diez cuadras, mi piel se erizó ante el sabor de óxido y sangre. Comencé a moverme más rápido, sabiendo que Hero y Mikela estaban detrás. No tenía tiempo para explicarles. Las casas eran pequeñas, muy diferentes a donde había matado la

última vez; este era un barrio pobre, con casas derruidas por los años, matorrales en sus jardines y mugre en cada esquina. Los patios se separaban con rejas débiles de metal que no impedirían el paso de alguien como Zell; inútilmente los humanos aún colocaban rejas en sus puertas en su búsqueda incesante de seguridad; como era sabido, nadie se asomó a la ventana al escuchar mis pasos sobre la acera, varias casas que estaban iluminadas quedaron de pronto a oscuras. Ellos no querían saber de nosotros, y por mí estaba bien, sin interferencias ni distracciones.

Crucé otra calle corriendo y noté gotas en la acera, pequeñas gotitas que habían manchado el cemento y... ¡allí estaba el olor a sangre! Mis pies daban pequeños golpes precisos sobre el suelo, todo mi cuerpo extendido hacia la caza. Mientras corría hacia la nueva dirección advertí cómo las gotas en el suelo se hacían más continuas hasta formar una débil línea carmín mezclada con tierra y suciedad; la seguí y doblé en la esquina siguiente, mi nariz me dijo que estábamos cerca, mi instinto me llevó a contactar inevitablemente con el *lazo* de mis hermanas. Estaban alertas, en otra parte de la ciudad. Seguí corriendo aún más fuerte, la línea continuaba hasta un contenedor de basura apoyado en una entrante del muro; cuando llegué hasta allí agucé mi oído y percibí un latido leve. Moví aquel maldito obstáculo que impedía mi acceso y allí lo vi. Un hombre agonizaba junto al contenedor, su cuerpo parecía una bolsa de huesos, pero todavía respiraba. Tomé entre mis manos su cara deformada y sentí la presencia de Hero y Mikela detrás de mí.

—Aún lucha —dije negándome a abandonarlo.

—Sí, pero está roto —dijo Mikela, y por primera vez no escuché nada más en su voz, solo la realidad.

—¿Puedes hacer algo? Tal vez pueda ayudar —le eché un vistazo por encima de mi hombro y asintió. Me moví de modo que ella pudiera acercarse y tomé mi móvil mientras veía a Hero comprobar el resto de la cuadra. No había tiempo que perder, el rastro era fresco, él debía estar todavía ahí—. Nahima —dije sabiendo que ella ya chequeaba mi ubicación en el ordenador. No había nada que se le pasara por alto—. Tengo un humano. En shock. Sufrió un ataque.

—No lo ha mordido —me indicó Mikela.

—No fue infectado —aclaré— perdió mucha sangre y tiene más huesos rotos que sanos.

—Bien, dame unos minutos y tendrás un grupo allí. Quédate con él.

—Mikela es una bruja —dije con pesar por lo que iba a decir— ella lo está ayudando ahora, pero debemos seguir...

—Sal... —Mikela volvió a llamar mi atención y miró al hombre. Había abierto los ojos y balbuceaba alguna palabra—. ¿Dónde te atacó? —Había logrado que hablara. Me agaché con el teléfono en la oreja.

—A tres cuadras, atacó a mi familia, en el callejón... —intentó moverse, pero era

inútil.

—Es un vagabundo —dijo Mikela—. Vive a una cuadra de donde captaste el rastro.

—Por lo visto solo se divirtió con él, por eso no lo infectó —aventuró Hero, irritado.

—Le ha roto cada hueso, creo que no hubiese llegado hasta aquí si no hubiera estado tan drogado. —Observé al hombre que había caído en un estado de inconsciencia.

—Bien —comencé a caminar por la dirección que él nos había indicado. Hero protestó pero no lo escuché, debía encontrarlo antes de que matase a alguien más. La regla número uno era no matar humanos, pero claramente estaba implícito el «no dejarás que mueran tampoco» aunque no lo dijera. Si había posibilidad de atraparlo, este era el momento; tal vez lo hallara distraído alimentándose.

Mis pasos se volvieron más firmes mientras la imagen de la sangre se filtraba dentro de mí, las pastillas habían dejado de hacer efecto hacía semanas, aun así las devoraba como una condenada tratando de suplantar la necesidad de sangre; sacudí la cabeza dejando de lado mis pensamientos, los humanos eran lo primero. Seguí escrutando cada casa, todo sitio, hasta que mi instinto tiró de mis sentidos hacia enfrente y lo vi al otro lado de la acera. Se escabullía lejos del umbral de una casa, mi cuerpo se tensó, la puerta estaba entreabierta y me debatí si correr hacia allí o seguirlo. Mikela y Hero podrían hacerlo luego, yo debía detenerlo, era mío.

Salí disparada hacia él como tantas veces. Él pareció verme también. En una fracción de segundo me dedicó una sonrisa tétrica, su cara dibujada por surcos y cicatrices, un gran bigote se apretaba contra sus labios ensangrentados, no llevaba más que unos pantalones, y exhibía el torso lleno de cicatrices e intrincados tatuajes. Comenzó a correr, aumentó su ritmo cuando mis pasos resonaron detrás de él, giró por una callejuela y se metió de lleno en un callejón más pequeño; el suelo empedrado hacía que nuestros pasos sonaran firmes, las paredes altas se cerraban sobre nosotros como una trampa. Trepó por un muro ayudado por una lámpara que sobresalía del muro y una saliente, subió por el tejado de una casa de dos pisos; imitándolo lo seguí y usando mis habilidades trepé por un balcón asiéndome de las rejas. Salté al tejado torpemente, él me llevaba varios metros de distancia, nuestros pies golpeteaban sobre los techos de las casas. Pasé el primer callejón, el techo de tejas casi me hace caer pero logré mantenerme en pie. Estaba tan cerca, tan condenadamente cerca... Advertí algo moviéndose arriba de su cabeza, algo revoloteando en lo alto frente a él, en la oscuridad de la noche. ¡Mierda, ángeles!

Lo bueno: lo atacaban a él, no a mí. Lo malo: además de que fuera un ángel el que estaba allí, era que Zell lo había visto y se había desviado.

El batir de alas fue más fuerte cuando se abalanzó sobre él con lo que parecía un

cuchillo en sus manos; lo esquivó y seguí corriendo mientras observaba la escena. Él ángel le dio otra embestida logrando desestabilizarlo, Zell gruñó e imaginé que lo había herido; lo vi caer de lado mientras saltaba al último techo que me separaba de ellos y noté algo más, no era solo un ángel, era un ángel muy poderoso y con una arma, una hembra con sus grandiosas alas; esto me hizo pensar en Phill, en Hero. No había escuchado sus pasos detrás de mí. Llegué a él mientras se levantaba con torpeza sosteniéndose el hombro; rápidamente le di una patada en su espalda, le tomó menos de un segundo girarse, mis manos fueron por un puñal que hiqué en su costado, se retorció y me dio una patada en el pecho empujándome unos metros hacia atrás. Eso me cortó el aire y dolía como el demonio, pero no podía parar, mis ojos se nublaban por la sed de venganza, por haber jugado con mi cabeza, por haber matado a tantos humanos, por haber hecho que la S.A. dudara de mi lealtad; era más que un asunto personal. Me puse de pie, y fui por él. Le caí encima, mi puño golpeó contra su rostro, hizo un gemido de dolor y tiró con fuerza de mi pelo. Odiaba que me hicieran eso.

Mi mano arrancó la daga incrustada en su piel y volví a hincarla; logré que me soltara, pero volvió a patearme. Luego tomó mi pie y tiró de mí, ambos rodamos hacia abajo por el declive del tejado y sentí pánico al pensar que podía terminar con la espalda rota, en la acera. Cuando el final del tejado llegó me agarré fuertemente, mientras veía a Zell estabilizarse para asestarme otro golpe; mi mano izquierda fue por mi arma, alojada en la parte baja de mi espalda, la saqué un segundo antes de que su mano diera en mi rostro, lo esquivé por milímetros y aún sosteniéndome de una mano le di un tiro en el hombro. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa, como si no esperase aquello, y caí, o eso pareció. Mis ojos habían quedado fijos en Zell que se sostenía de la saliente del techo.

Mi mano no soltó el arma; si caía él lo haría conmigo. Le acerté otro tiro en la pierna derecha que salió sordo y humeante. En mi caída desesperada noté el golpe de alguna parte del muro y unas manos tomándome mientras intentaba medir la distancia que había hasta el piso. Pero ya no caía. Levanté los ojos y lo primero que vi fueron alas. ¡Alas! Me retorcí recordando a los ángeles que atacaban a Phill hasta que me depositó en el suelo. Me alejé de las alas como si tuvieran veneno, me arrastré fuera de su alcance. Mis piernas se doblaron un poco y mis ojos permanecieron fijos en el ángel mujer que se elevaba en la oscuridad de la noche.

—Sal —me puse en guardia. Conocía esa voz. Apartando los ojos de ella vi a Phill. Me giré rápidamente para examinarlo; la última vez que lo había visto estaba herido. Las alas se batieron nuevamente alejándose de mí, levanté la vista adonde había estado Zell, pero ya no lo vi—. Ten cuidado Irizadiel —le dijo antes de tenderme la mano y me ayudó a pararme. Mi cuerpo dolía, los golpes debían estar coloreándose a morado.

—Phill... ¿Qué paso? Pensé que habías muerto. —Él me estudió a una distancia razonable, como si yo tuviera la peste o algo así. Un grito nos sacó de aquella charla y ambos elevamos los ojos al cielo. Corrimos hacia la calle buscando una buena visión. Quise trepar al muro nuevamente, pero Phill me detuvo. Cuando mis pies dieron con la calle escuché pasos provenientes de donde había venido. Empujé a Phill hacia la oscuridad.

—Son los míos, Phill por favor, dime... ¿Qué ocurre? —la urgencia se coló en mi voz.

—Quieren matarte Sal... —sus ojos no se apartaron del cielo, como si buscara al ángel que me había ayudado. Estaba pensativo, con una mueca de dolor, e imaginé que extrañaba sus alas.

—Eso no es nuevo Phill —me quejé—. ¿Por qué quieren matarme?

—Eres más valiosa de lo que crees, no deberías estar aquí. —¡Diablos!, casi sonaba como Hero.

—¡No! —dije firme— voy a matarlo. Por Vatur que lo mataré.

—No creo que Vatur te quiera muerta, Sal... —los pasos estaban más cerca. Otra vez escuché el aleteo por encima de nuestras cabezas. Vi al ángel descender a unos metros de nosotros, sus ojos eran casi como el fuego azul. Phill la estudió un momento y luego volvió su mirada a mí—. Debo irme.

—Lo sé —respondí; no quería a Phill cerca de Hero y Mikela. Algo en él me intrigaba. Me había cuidado.

—Cuídate Sal, estaré cerca —tocó mi frente y susurró— sabes como encontrarme. Háblame si me necesitas.

—Había olvidado que podías hacer eso...

—No solo yo Sal, tú tienes más dones de los que piensas —acarició mi mejilla mientras sonreía.

—Debemos irnos —dijo el ángel y asentí, tomé su mano y deposité un beso en su palma.

—Mantente vivo Phill, no olvides tu promesa.

—No lo haré. Busca a Ben —se alejó corriendo; con facilidad la mujer lo tomó en un abrazo y emprendieron vuelo. Me quedé absorta un momento mientras los pasos se acercaban aún más. Hero fue el primero en llegar a mi lado aunque mi cabeza había quedado trabada en las palabras de Phill... ¿Buscar a Ben? Mi espalda se acalabró y mi costado ardía. Miré hacia ellos.

—¿Cómo están los humanos?

—Uno vivo, dos muertos, un hombre, dos niñas —el horror se instaló en mi rostro, nunca antes había atacado a los niños. ¿Por qué un padre le abriría la puerta a alguien como él?

—¿Mató a las niñas?

—A una, la abrió en canal, y al hombre tan solo lo secó; la otra niña es escoltada hasta la Asociación, tratarán de reparar lo poco de cordura que queda en su mente. — Imaginé por un momento si aquello era posible luego del horror que habría vivido y me estremecí.

—Bien —dije atragantada por las imágenes— debemos hablar con Ben.

—¿Por qué? —Hero parecía confundido.

—Lo perseguí —respondí pensando que ellos lo habían hecho también.

—¿Estaba aquí?

—¿No lo viste? —pregunté ofuscada mientras Mikela se colocaba junto a Hero. Su hermosa ropa lucía manchas de sangre como flores horrorosas.

—No, ¿fuiste tras él? —Hero me tomó de la muñeca—. ¿Estás loca? ¿En qué mierda estabas pensando?

—Pensé que me seguían, creí que lo habías visto —ahora estaba cabreada—. ¿Cómo no lo viste?

—Corriste Sal, corriste y creí que ibas por algo más... Había un vampiro en la casa.

—¿Qué demonios Hero? —me solté de él con un tirón—. Él siempre trabaja solo.

—No esta vez —me confesó Mikela—. Había otro allí, creímos que ibas por uno de ellos, eso es terrible Sal, no puedes ir tras él así nomás —se quejó. Por un momento su preocupación logró impresionarme. Tal vez tenía miedo.

—Debemos hablar con Ben —repetí y comencé a caminar por donde habían venido.

—¿Por qué? —pregunto Mikela a mis espaldas.

—Tal vez necesitemos más que un par de asesinos y una bruja para atraparlo.

—¿Qué sugieres? —Hero me tomó del brazo haciendo que me detenga.

—Ni el nefilim ni el ángel lograron atraparlo —dije mientras me cruzaba de brazos frente a él. Hero gruñó y aquello me golpeó. Él debía aprender a confiar en mí —. Había una mujer ángel atacándolo, Phill no puede volar así que estaba tan solo persiguiéndolo en el suelo mientras la mujer lo atacaba desde el aire, y aun así Zell la repelía.

—¿Phill? —pregunto Mikela que nos miraba extrañada.

—El nefilim —respondimos ambos a dúo sin quitarnos los ojos de encima.

—Los nefilim son los ángeles de la guarda de los oscuros, no es raro que estuvieran aquí —respondió ella como si eso fuera tan normal.

—Debemos irnos —dije mirando a Mikela. Ella fue la primera en echar a andar, estudié a Hero un instante. Me acerqué a él y acaricié su rostro—. Eres el único — besé sus labios, tomé su mano y comenzamos a andar. Habíamos ido en mi coche así que no fue difícil encontrarlo. Noté las luces de las ambulancias y vi a un par de ayudantes trasladando al hombre que habíamos encontrado junto al *container*.

Debíamos detenerlo, esta vez había atacado a una niña.

—¿Quién era el otro que estaba con él?

—No lo sabemos —indicó Hero con la voz calma— no le di tiempo a que se presentara mientras le arrancaba la cabeza.

—Hubiera sido bueno —dije evaluando la idea de que tal vez hubiéramos obtenido alguna información.

—Primero estaba la niña, los humanos son primero.

Sabía eso. Nos lo habían enseñado. Nos metimos en el auto. Mikela iba extremadamente callada, Hero acariciaba mi mano mientras metía las marchas del coche. Sabía que él estaba analizando mis palabras y la idea de tener a los nefilim de nuestro lado. Él no confiaba en Phill, pero aun así no lo había matado.

—No lo mataste —susurré y eché un vistazo rápido hacia él que se frotó los ojos con calma— pensé que lo habías matado.

—¿Creías que había mentido? —lo estudié un momento y volví mis ojos a la ruta.

—Creí que estabas tan enojado que no me lo dirías —confesé.

—No podía; fuera lo que fuera, sabía que no te había dañado. No podía matarlo.

—Ante todo el código ¿eh? —murmuré con una sonrisa.

—Somos lo que creemos Sal, y yo creo en ti —me acaricio la mejilla con los dedos. Lucía cansado y sus ojos denotaban algo que yo no podía entender.

—Gracias —dije y aceleré intentando contener la necesidad de preguntarle sobre lo que había dicho Mikela.

Algún día le contaría por qué no odiaba al nefilim. Por qué lo había hecho, y cuál era la historia detrás de la historia que él conocía; pero ahora no. Las imágenes de mi familia arrastrada, asediada y los ojos de un ser joven y alado... tan pequeño como yo, aterrado, en un rincón.

—Eres mío —susurré más para mí que para que él lo oyera. Me sonrió, pero aquella sonrisa no llegaba a sus ojos y no pude contenerme más—. Tenemos que hablar —le susurré— a solas. —Mikela bufó, pero no me importaba.

Era mío en alma y corazón, pero necesitaba conocer qué sabía Mikela que yo no.

Tenía que decírmelo.

No importaba qué fuera, quería saber qué tenían que ver los ángeles con él. Necesitaba oírlo de su boca. Phill se había equivocado una vez y lo había pagado con sus alas; yo lo había hecho también... y lo estaba pagando.

Todos habíamos cometido errores. Incluso los nefilim, los guardianes alados de los oscuros, se equivocan. Tal vez, incluso hasta Vatur podría equivocarse.

Capítulo veinticuatro

Pasado y presente

Me sentí impotente al notar el malestar de Sal. Algo había pasado allí, aún no entendía cómo fue que la perdí de vista. ¿Cómo pude olvidar que ella estaba allí? Miré con desconfianza el cielo sabiendo que nuevamente el nefilim había salvado su vida; si algo hubiera ocurrido, nunca lo hubiese notado hasta que el cuerpo de Sal apareciera, sin vida. Me maldije en silencio mientras caminábamos hacia su coche y ahora, sentado a su lado, decidí que lo mejor era mirar hacia otra parte. Mi temperamento estaba jugándome malas pasadas. Quería encerrar a Sal y mantenerla segura, aunque sabía que eso era imposible. Nunca puedes encerrar a un tigre en una caja de fósforos.

Esto debía terminar. Tal vez ella estaba en lo cierto. Tal vez la ayuda vendría bien, aunque aquello implicara colocar a un nefilim tan cerca de ella que dolía. Nos dirigíamos a la base de la Sociedad. Podía palpar en mi piel la inminente necesidad de partirla la cabeza a Ben por colocarme allí, por dejar a Sal librada a esto. Me mantuve callado todo el camino. Quería gritarle por ser tan terca, por intentar hacer las cosas por su cuenta, y aún restaba averiguar cómo fue que no pude percibir a Sal cuando ella salió a perseguirlo. No había estado allí. ¿Por qué lo había olvidado? ¿Acaso Mikela tenía algo que ver? Cerré los ojos con fuerza y traté de calmar el dolor. La lastimadura del ángel era invisible a los ojos de Sal, yo lo había decidido así. No quería que la viera, pero allí estaba, complicándome la vida; el dolor no cesaba, nunca dejó de doler esa herida. Día a día la sentía extendiéndose, como una hiedra venenosa, por cada terminación de mi cuerpo. Podía juzgar la locura acercándose, minándome la mente y los recuerdos. Los dolores eran intensos pero podía mantenerlos a raya, aunque por momentos aquello era más duro. Como ahora, percibía el aire que se hacía muy denso y aquella neblina cubría mis ojos, pero me negaba a dejarla ver mi estado, no serviría de nada. Ella no podría hacer nada, eso me habían dicho. El dolor era un hierro candente atravesándome el pecho... Como cuando Sal corrió tras el vampiro, la locura por la sangre había mordido lo más oscuro de mi conciencia, quería la sangre, quería hincar los dientes en el hombre. Quería verter en mi lengua su sangre, degustarla. Nicolás había luchado varios días para sanarme y no había mejorado. Aquello había sido casi como una caricia para el dolor que no me permitía pensar. Ahora podía sentir el latido del corazón de Mikela ubicada en el asiento trasero. Tan solo tendría que saltar al asiento trasero y brincar sobre ella, apresarla allí y beber su sangre. Pero estaba Sal. Tan solo ella podía ayudarme a controlar aquello. No sabía cómo pero su aroma, la poca sangre que

había tomado de ella me calmaba, aunque no lo suficiente. Nunca lo suficiente. Quería tomarla, quería hacerla mía, pero sabía que ella sufriría luego.

No hay curas. Eso era lo que le había dicho. No hay curas para la herida de un ángel. Aquello iba más allá de una simple lastimadura, era un castigo del cielo y lo sabía. Sentí el sabor amargo de la derrota en la garganta y un puñal de dudas clavándose justo en mi corazón marchito. La vida tenía terribles formas de mostrarte su belleza. Moví la cabeza y observé a Sal; le sonreí aunque ella no me miraba.

—¿Estás bien? —la pregunta llegó de la boca del único ser que poseía corazón. Mikela me tocó el hombro y yo simplemente asentí. Estaba agradecido con Mikela, ella no había dicho nada antes y yo me había negado a dejar que me curara.

—Hero, ¿qué ocurre? —los ojos de Sal mostraban preocupación. Meforcé en sonreír. Ella no necesitaba saberlo. Tenía siglos de vida por delante, el tiempo me borraría de sus recuerdos, y tal vez el nefilim pudiera cuidarla cuando yo no estuviese.

—Nada, es solo cansancio —contesté y volví mi mirada al frente. Ella no bajó la guardia y me estudió durante todo el camino; me negaba a mostrarle la máscara de dolor que ahora cubría mi rostro, aquel dolor era por ella. Moriría cien veces por ella, y aún más. Nada importaba.

—¿Hero? —Aquella voz sonaba adormilada en mis oídos, y no sabía de quién provenía— ¡¿HERO?!

—*Vamos Heroim, corre* —una voz aññada se metió en mi mente—. *Corre, vamos... no puedes atraparme* —de pronto volví al lugar donde había nacido. La Inglaterra antigua era un lugar caótico. Mis hermanos corrían por el monte, yo los observaba jugar. Sacudí la cabeza. La infección se metía de lleno en mi cerebro, en mis recuerdos. Estaba atrapado y de un momento a otro las risas de mis hermanos cambiaron. Caminaba a tropezones por el piso de madera y un angustiante dolor de instalaba en mi cuello. Percibí que mi mano se asía a la pared cuando alguien me tiró hacia atrás, haciéndome caer de bruces al suelo. Me giré instintivamente para ver el rostro del horror. Una mujer. Sus ojos eran carmín, su boca manchada de rojo. Un vestido color marfil, amplio y elegante, dejaba entrever su prominente escote.

—*Oh, pobrecito, no huyas... ven...* —ella estiraba su hermosa mano pálida hacia mí. No podía dejar de retroceder. Todo había pasado muy rápido, Samoel, mi amigo de toda la vida, me había acompañado a una cena con dos mujeres; una de ellas, a la cual yo había estado rondando durante semanas, me invitó a su casa. Samoel se negaba a caer tan bajo como yo, me dolía ver a mi amigo como alma en pena. Como hijo de inmigrantes moros, Samoel no solía salir con las mujeres de alta alcurnia, él solo era un leñador, pero también era mi amigo, más que eso, había estado a mi lado cuando la muerte de mis padres llegó a temprana edad, y también estuvo allí cuando fui separado de mis hermanas pequeñas. Cuando conocí a esa mujer, Samoel sabía

que algo iba mal con ella, pero la sonrisa en mi cara le hacía pensar si tan solo él lo creía así, por eso fue que accedió, no me dejaría solo con ella. Esa noche, en esa casa, en esa cena todo cambió; había dos mujeres allí, el vino tenía un sabor erótico, había empezado a bailar con ella, el calor de cuerpos bailando, besos empalagosos y miradas furtivas, unos colmillos clavándose dolorosamente en nuestros cuellos... y el terror. Seguí retrocediendo hasta que alguien me tomó de los hombros y me levantó, me empujó hacia ella.

—*Vamos cariño...* —mis ojos estaban por salirse de sus órbitas y tenía la garganta seca.

—*¿Qué? ¿Qué me haces...?* —ella tiró de mi mano y me llevó hasta otra habitación, oí un grito y miré el cuarto del que provenía. Los ojos de una mujer, aferrada al cuello de Samoel, se clavaron en mí. El cuerpo de mi amigo estaba flácido en sus brazos. Solo había tenido un momento para ver aquello. Solo un momento, pero era algo que nunca olvidaría. Yo lo había llevado allí, era mi culpa. Aquellos ojos me acompañarían siempre, eran parte de mi ser como una quemadura que nunca sanaría. Aquellos ojos, esos ojos, *¡los había visto...!*

La lucidez quiso volver a mí.

Quería avisarle a Sal que sabía quién era, sabía quién era Zell, nunca olvidaría su mirada, aquella mirada que había notado cuando lo seguí, pero la voz de la mujer me hizo volver a la pesadilla de esa noche en la cual me convertí en lo que era.

—*Ven* —me dijo ella y me empujó hacia la cama. Quise moverme pero no pude, ella me retuvo mientras me colocaba las manos en sus abundantes pechos y se subía a horcajadas sobre mi cuerpo. Congelado por el miedo la vi mordirme otra vez y dejé que la negrura de la muerte me tomara. Habían matado a mi amigo, a mi mejor amigo, y ahora sería yo quien lo acompañaría en aquello. Me dejé ir hasta que la oscuridad me engulló entero.

—*¡HERO!* —aquella voz atravesó la oscuridad. Abrí los ojos y la vi. Los ojos de Sal estaban desenfocados, me sacudía de los hombros en el asiento del coche. El aire fresco invadió la cabina del vehículo.

—Sal déjalo tranquilo —moví levemente la cabeza hacia un lado para encontrar la mirada preocupada de Nicolás—. *¡Hero aguanta!* —ordenó y asentí en silencio.

—*¿Qué ocurre?* —volvió a preguntar Sal—. Nicolás, debes decirme qué ocurre. —Estrujé su mano pequeña y la observé.

—Estaré bien —meforcé a decir cuando una lágrima corrió por su mejilla.

—Muévete Sal, debemos llevarlo a dentro. —Ella se quitó e intenté sonreír, aunque me pareció que no lo lograba. Nicolás me tomó del brazo y me llevó afuera. Apoyándome en el centinela coloqué los pies en el suelo, intentando comprender si el colapso había empezado o me estaría dejando sin fuerzas de a poco, como si fuera un circuito que se apaga. Mis pies se mantuvieron firmes—. *¿Puedes caminar?*

—Sé quién es —respondí en cambio en lo que pareció un gruñido muy bajo. Nicolás no se detuvo ni un instante.

—Luego —respondió mientras su mandíbula se tensaba— luego Hero, ahora debo curarte. —Levanté la vista hacia la casa y noté a varios parados allí afuera, aunque no pude reconocer sus caras. Mis ojos fallaban también, intentando arrastrarme al pasado.

—Sé quién es Nicolás... —mi voz salía dolorosamente de mi garganta casi como si hubiera masticado lija, pero aquello no inmutó al centinela ni detuvo su apremio de cargarme hasta adentro.

—Necesita comer... —percibí que Sal me tomaba del otro lado y aspiré una gran bocanada de aire cuando apoyó mi brazo sobre su hombro.

—No —fue Nicolás quien le respondió con severidad— primero lo llevaré adentro y veremos. —Sal dejó de discutir. Se limitó a llevarme. Miré a Nicolás suplicándole para que Sal no me viera. No quería que me viera así, arruinado. Nicolás pareció entenderme, sin palabras, tan solo con una mirada y asintió. Entramos a la casa y sentí que cada paso era más firme, con más fuerza, estaba retomando el control de mi cuerpo aunque mi visión aún era difusa. Pasamos las puertas de una sala, me guiaron hasta un sillón ubicado contra uno de los muros. Parecía una oficina pequeña, lucía apagada y olía a viejo, nunca la había visto antes. Me recosté un poco apoyando la cabeza hacia atrás, enfocando los ojos al techo, y sentí mi cuerpo derrumbándose de a poco, casi sin fuerzas. Sal apoyó una rodilla en el sillón y me tomó el rostro entre sus manos para mirarme detenidamente; vio el dolor partiendo mi alma y me odié por ello, más cuando sus ojos se cubrieron de lágrimas. No pude decirle nada, ya que ella sacudió la cabeza para controlarse y volvió a colocarse esa maldita armadura que tanto odiaba. Era tan fuerte, ¡diosa!, tan bella. ¡No la dejes morir!

—Debes decírmelo —gimoteó.

—Sal, vamos, por favor. —Nicolás tiró de ella hacia la puerta— debo hablar con él.

—Nicolás, deja de mentir, sé que algo pasa, ella —dijo señalando a Mikela que se asomaba por la puerta— sabe que algo pasa, no quiero más mentiras, Hero... —su voz era suplicante.

—Luego —murmuró el centinela. Ella lo miró de tal modo que parecía que la hubiera abofeteado. El dolor y la ira acumulándose en su cuerpo. Salió sin decir una palabra más, dejándonos a solas, para que al fin pudiera derrumbarme por completo. Nicolás caminó hasta la puerta y la aseguró, se quedó pensativo unos minutos, ladeó el rostro y estudié cada movimiento del centinela.

—Se está impacientando —sus labios hicieron una mueca de desagrado— no sé qué le ha dicho Mikela, pero ha metido la pata, aunque no creo que lo haya hecho a propósito.

—Todo lo que ella hace lo hace por algo Nick, no te fíes. —Nicolás me observó, mi voz era ronca y suplicante—, siempre hace lo mismo Nick, no dejes que te convierta en un peluche en su cama. Por favor, no sabes lo que es ella, de lo que es capaz. —Volví mi atención al techo cuando otro agujonazo de dolor me atacó desprevenido, mientras Nicolás se acercaba.

—No te preocupes, sé cuidarme solo. —Parado frente a mí, Nicolás hizo unas inspiraciones profundas y colocó sus manos casi hasta rozar la tela de mi camiseta. Podía sentir el calor que aquellas manos despedían. Energía. Energía espiritual, fuerte y antigua. Percibía su cuerpo luchando por sanarme, y el mío tomándose de la energía que Nicolás me brindaba para poder cauterizar las heridas, como si fuera una soga de la cual me sujetaba para no caer; sentía pequeños tirones en la piel, como cuando se cose una prenda de vestir, pequeños pellizcos en mis músculos y la ponzoña llenándose la boca. Apreté los dientes. A cada día la curación era más dolorosa, más dura, pero aguantaría. Tan solo necesitaba un desliz de aquel vampiro. Lo mataría para que Sal no tuviera de qué preocuparse, luego me rendiría y me iría con el mayor de los honores.

—Hero creo... —abrí los ojos y Nicolás sacudió la cabeza. Sabía qué iba a decir. Lo sentía. En lo más profundo de mi ser lo sabía. Sonreí de lado; algo así no iba a sanar tan fácilmente—. No está funcionando, Hero.

—Lo sé, la noto tomándome... pero aguantaré.

—Es... como si pudiera sentir a tu cuerpo intentando absorberlo... intentando hacerse de este dolor y transformándolo. ¿Has notado algo raro?

—No, solo que se hace más fuerte.

—No puedes luchar así —la voz del centinela había cambiado. Era dura y potente. Levanté los ojos y vi algo diferente en él, aunque no lograba descifrar qué era.

—No eres mi centinela, y puedo hacerlo —respondí. Él maldijo y me dio la espalda.

—Hero, tal vez debas hablar con Sal —susurró— la destrozarás si no lo sabe...

—Estará bien, es fuerte —volví a dejar caer la cabeza, descansando un poco— me olvidará... —murmuré y al instante me arrepentí de haber dicho eso.

—Por eso no la has marcado ¿cierto? —Levanté lentamente la cabeza y nuestros ojos se encontraron una vez más.

—Si la marcara y muriera hoy... —me desparramé en el sillón, tomé una larga bocanada de aire, dejando que el ambiente se impregnara de cada uno de mis sentimientos cargándolos de electricidad— ¿qué sentido tendría? —Nicolás estuvo más de veinte minutos intentando curarme, pero casi no había cambios; sentí un alivio que me permitía pensar, pero no más que eso.

—Habla con ella —volvió a decir y percibí un aleteo de energía, como si una

lengua de fuego me rodeara, como si hubiera una presencia allí que no podía descifrar. Nicolás también pareció sentirla, observó hacia un rincón y cuando aquella extraña sensación desapareció volvió a mirarme—. Te llevaremos a la mansión.

—Bien —intenté levantarme, pero una fuerza me retuvo, como si una mano invisible me contuviera entre el sillón y la nada. Por un momento me pregunté si era la fuerza de Nicolás, pero noté que no era eso. Había alguien más en aquella habitación. Parpadeé varias veces hasta ver una imagen borrosa.

—Un telekinético de la Sociedad te llevará. Será más rápido. Sal puede ir contigo —me quedé boquiabierto mirando aquello que aparecía frente a mí.

—¿Y tú qué harás? —me forcé a decir. Observé a Nicolás; no respondió y también me estudiaba, o tal vez veía lo que yo veía, no lograba descifrarlo en la expresión del centinela. Él se aclaró la garganta, aquella mano invisible pareció apartarse y volví a estudiar la sala, pero una vez más comprobé que no podía ver nada. La sombra oscura se había disipado.

—Debo hablar con Vatur. —Me sorprendió un poco que lo admitiera tan abiertamente. Después de eso Nicolás no dijo nada más, salió en silencio llevándose a la tercera presencia con él.

Un hombre menudo entró acompañado por Sal. Ella no se acercó cuando el hombre se puso a mi lado, guardó las distancias y, en parte, mi alma agradeció eso, sería más fácil para ella si me odiaba desde ahora. Otro hombre, con la cara demasiado redonda como para ser humano, se posicionó junto a ella y en un abrir de cerrar de ojos estuvimos en la mansión. Parpadeé varias veces. Observé el techo y luego la mullida superficie adonde estaba acostado. Puse mis ojos en blanco conteniendo la risa, y observé la hermosa cama de dosel, con sábanas blancas y muchas almohadas. Mis ojos recorrieron la estancia hasta que encontré a Sal junto a la puerta. Ahora lo único que necesitaba era estar con ella.

Lo único que quería era poseer algo que me aferrara a la cordura. Los ojos de Sal estaban más oscuros que de costumbre. La sangre la afectaba de tal modo que la desequilibraba y aún así me sentía conmovido por la mujer que tenía delante. Era tan valiente... sabía que todo mi ser pujaba por marcarla, hacerla mía, pero aquello sería un castigo para ella al final de todo. Observándola noté cómo el dolor pasaba a un segundo plano.

No importaba cuánto doliera, disfrutaría de ella durante todo el tiempo que me quedara y, por un momento, me olvidé de todo, incluso de mí mismo y sonreí. No podía parar de pensar en Samoel intentando arrebátarmela. Aquello provocó un rugido ronco en mi garganta. Él no podría tenerla, nunca.

—Ven Sal, acércate, no temas —le dije. Aunque mis palabras no salieron tan fuertes como creía, necesitaba tenerla para seguir luchando. Ella era el ancla a la que me asía con todas mis fuerzas. Ella era el aire, la vida, y mi muerte. Lo era todo.

Samoel, o Zell, como fuera, nunca la tocaría. Primero lo mataría, así fuera lo último que hiciera en esta tierra.

Y eso... era una promesa.

Capítulo veinticinco

Necesidad

Apoyándome en los codos me levanté un poco. La herida tiraba, ardía como si hubieran colocado un volcán en mi pecho... pero la tristeza en su rostro era más que un puñal para mí. La luz tenue dibujaba una oscura media luna bajo sus ojos y estaba pálida. Se quedó apoyada en la puerta de madera oscura, enfurruñada, con los brazos cruzados en protesta; levantó los ojos hacia mí y sentí como si me estuviera desgarrando con la mirada.

—Ven aquí gatita... quiero probarte —la invité oliendo su necesidad mezclada con la angustia; pero los ojos de Sal se pasearon por la habitación evitando mirarme.

—Estás herido, lo sé —me dijo, y la apuñalé con la mirada. Su voz era apenas un hilo comparada con la de aquella mujer que había conocido.

—No pienses en eso, tan solo ven —murmuré sedosamente descartando la idea y tentándola. Sal me estudió un momento antes de hablar.

—¿Ella podría curarte? —la pregunta me tomó por sorpresa. Había esperado un reclamo, cualquier cosa podría venir de una mujer celosa, y juraría que Sal tenía un master en celos, pero no había esperado eso, todo menos eso. No sabía cuál era el sentido de la pregunta y ni siquiera sabía a qué se refería.

—¿Quién?

—Mikela —el nombre flotó en el aire—. Ella dice que no puedo hacer nada por ti, pero ella sí conseguiría ayudarte, obtendría algo para sanarte... —genial, ahora me sentía aún peor. *Mataría a Mikela*. Pero además estaba el hecho de que nunca hubiera pensado, ni por un instante que Sal renunciara a mí, y menos que me dejaría marchar con Mikela, si eso me curara—. ¿Podría curarte? —volvió a preguntar y vi la duda en sus ojos; me decidí por decir la verdad, o parte de ella. Si Nicolás no podía ayudarme, la bruja humana no podría hacer mucho más que él. Y no dejaría que la puta bruja fuera por allí diciendo mentiras.

—Nadie puede salvarme —confesé con la voz queda— ven Sal... —palmeé el sitio vacío a mi lado.

—¿Salvarte? . —Dejó caer los brazos a los costados de su cuerpo y sacudió la cabeza como si no comprendiera el daño—. ¿Por qué...? ¿Acaso es tan grave?

—No pienses en eso —aún manteniéndome sobre un codo me giré hacia ella y estiré una mano en su dirección, aunque sabía que no podría alcanzarla; negó con la cabeza y sorbió su nariz desviando la mirada nuevamente. Quería gritarle que no importaba cuánto tiempo tuviera, ahora la quería a mi lado. Quería gruñirle por alejarse de mí creyendo que eso ayudaba, aunque no lo hacía. Con eso, un nuevo

dolor nacía y esta vez no tenía nada que ver con la herida del ángel. La quería aquí y ahora; no importaba si muriera esta noche, mientras fuera entre sus brazos.

—¿Cuándo? —preguntó atragantándose con el llanto. Me levanté lentamente midiendo mis fuerzas, moví las piernas hasta el borde de la cama y apoyé los pies en la alfombra mullida. Todos los músculos funcionaban; tomándome del poste me puse de pie, aguardé unos segundos para lograr estabilizarme por completo, y caminé hacia ella.

—Ven gatita... —ronroneé.

—¿Desde cuándo? —insistió Sal. No iba a dejarlo tan fácilmente y yo lo sabía. Intenté acorralarla, pero me lo impidió, y digamos que no estaba en las mejores condiciones—. ¿Cuándo fue? —ella profirió esas palabras de un modo tal que la reconocí en aquellos ojos, por fin podía verla. La verdadera Sal. La que luchaba. La guerrera de la que me había enamorado después de una eternidad de locura y soledad, si estaba casi seguro de que García Márquez se había inspirado en mí para escribir «Cien años de soledad» aunque, en realidad, nunca lo había leído. La acorralé colocando las manos a los lados de su cuerpo. Ella lloraba. Estudié sus ojos antes de hablar y le quité una lágrima que corría por su mejilla; el cabello le enmarcaba el rostro y sus ojos estaban aguados. Odiaba eso.

—Estaba ciego por la ira cuando fui a buscarte, quería matarlo, pero antes de que pudiera hacer algo aquel ángel me rasguñó el pecho ¿ves? —me moví para que me viera, levanté la camiseta y dejé caer lentamente el manto que me impedía mostrarle mis heridas al mundo exterior. Ella se cubrió la boca con las manos y me observó con los ojos bien abiertos, luego me estudió el rostro. Volví a acercarme a ella.

—¡No!, ¡no! Ha de existir un modo... —Intentó soltarse pero no la dejé, en cambio empecé a besar su cuello intentando distraerla, apretándome contra ella. Sus pechos rozaban mi piel mientras su pelo acariciaba mis hombros. La agarré de las muñecas para detenerla, para que dejara de luchar contra la necesidad que ambos teníamos—. Tiene que haber un modo —repitió cuando logró liberarse y hablar.

—No lo hay —susurré con mis labios sobre la clavícula de Sal— no hay curas para las heridas de los ángeles... —Mis besos siguieron en línea hacia su cuello y susurré palabras dulces mientras le mordisqueaba duramente el lóbulo de la oreja. Sal gimoteó, pero no se detuvo. Debía hacerla olvidar. Tenía que lograrlo. Solté una de sus manos y tomé su trasero con ganas, levantándole una pierna para enroscarla en mí, para que sintiera mi necesidad, mi dureza, mientras lo más íntimo de nuestros cuerpos se rozaba. Solté su otra mano y la metí bajo su ropa, sintiendo la piel de Sal. Tan dulce y eléctrica, casi como un pecado. Lamí su cuello y fui bajando, tomé su pecho y pellizqué su pezón bajo la tela. Pero ella aún no me tocaba.

—Tócame Sal... —le imploré. Necesitaba sus manos, su cuerpo, quería llenarme de ella.

—No —dijo con lágrimas en los ojos. Maldije por lo bajo esto, era justamente lo que evitaba confrontar. No quería verla de ese modo—. Puedo hacerte daño...

—No lo harás, Sal —me alejé un poco para poder verla a los ojos, retiré lentamente el cabello que le cubría el rostro— mírame.

—No puedo —me respondió apretando los dientes y desviando la mirada—. Si te vas, si me dejas Hero... —su desesperación se clavó en mi alma y un nudo se me formó en el estómago.

—No estás marcada Sal —le acomodé unos mechones tras la oreja, dejando que mis sentidos absorbieran la textura sedosa de su cabello mientras jugaba entre mis dedos, me quedé observando embobado su color, las diferentes tonalidades del color trigo— podrías estar libre con cualquiera... —ella me cubrió la boca sin dejarme terminar, su mirada clavada en mí, y gruñó desde el fondo de su pecho.

—¡No! No me importa... —balbuceó impregnando en su mirada todo el odio y el desagrado—. Por eso no me marcaste. —Tragué sin poder decir nada—. Lo sabías y me mentiste —me dio un golpe en el pecho, y cuando estaba por darme otro golpe, tomé su mano y la cubrí con besos; luego fui por su boca, la envolví con la mía y le robé un beso largo y profundo.

Sal me mordió con fuerza el labio inferior, pero no esperaba otra cosa de ella; quise devolverle el favor mordiéndola, pero antes que pudiera hacer nada, Sal se mordió la lengua y de un momento a otro sentí su sangre fluyendo en mi boca, invadiéndome cada célula. Me apreté aún más cerca de ella. Sal siguió apretando mis manos en su espalda y atrayéndome, haciéndome beber de ella, impregnando mi cuerpo de lo más puro que podía darme. En un principio luché, hasta que noté la necesidad de ella y comprendí por qué lo hacía. *Derechos de sangre entre amantes*, eso era. Lo más puro que podían compartir dos bebedores de sangre. Bebí solo un poco a sabiendas del problema de Sal y su hambre, y me retiré. Sal tomó una bocanada de sangre y me observó un instante con los colmillos afuera, movió su rostro, expuso su cuello y me atrajo hacia ella.

—No beberé de ti, Sal —murmuré con mis labios pegados a su piel sedosa y percibiendo el flujo de sangre— tan solo quiero sentirte. —Sin más que decir, sonreí de lado y metí los dedos en los pantalones de ella, enganché las trabillas y tiré hasta que los escuché rajándose. Aquello me dio la posibilidad de explorarla. Me alejé un poco, seguía molesta y lo sabía; mantuvo sus piernas juntas y volví a reír, lentamente acaricié su vientre y seguí bajando hasta que introduje mi mano allí donde quería. Gimió en respuesta cuando abrí sus pliegues y pellizqué su clítoris; como no se negó lo tomé como un sí. Comencé a frotarla con fuerza, metiendo de vez en cuando mis dedos en ella, probando su piel, su carne. Cuando el orgasmo estaba por asaltarla Sal se aferró a mis hombros y me sentí satisfecho, me clavó las uñas al mismo tiempo que sus ojos se clavaban en mí y su respiración se volvía agitada. Sentí la necesidad

de llegar más profundo, más lejos, rompí el resto de su ropa, y metí otro dedo en su carne, mientras mi boca apesaba su pezón por encima de la tela desgarrada del sostén. Ella se encorvó apretándose más contra mí cuando mis caricias fueron más intensas, el olor a su sangre, al sudor y aquel empalagoso aroma almizcleño que desprendía Sal me embotó la mente, dejando casi al animal al mando.

La tomaría.

Mi parte animal me decía que la tomara, aun contra su voluntad. Nada importaba, solo existía el ahora. Solo el ahora. Gruñendo como un animal la tomé por las nalgas haciendo que sus piernas se enroscaran en mi cintura y sus brazos en mi cuello, mi dureza apretándose contra el pantalón y deseosa de clavarse en ella hasta que pidiera clemencia, la llevé a la cama olvidando por completo el dolor. Olvidándolo todo. La tiré sobre las suaves sábanas blancas y le quité los pantalones. Sal quiso moverse y alejarse, pero la sujeté de los tobillos acercándola mientras los gruñidos nacían de mi pecho y mis colmillos se extendían. Bajé mis pantalones como pude, los mandé de una patada a un rincón y me monté sobre ella. Atrapada bajo mi cuerpo intentó liberarse, pero no la dejé, mis ojos estaban clavados en ella, como si estuviera por devorarla, el animal que radicaba en mí tan solo tenía una cosa en mente: tomarla. La retuve con las piernas mientras me quitaba la camiseta, sin notar que la herida ya no estaba cubierta por el manto y lo que era peor, Sal podía verla completamente. Lucía como una mancha por fuera, aunque había leves surcos donde me había rasguñado, aquellos que no querían sanar, era rojiza en los bordes y algunas partes se veían más grises que otras. Era la muerte carcomiéndome desde el centro. El horror en su rostro casi me hizo retroceder pero tenía su carne dura y presta para hundirme en ella. Mi erección apoyada sobre su vientre plano, lista para que ella me tomara.

—No puedo... —se quejó sin apartar los ojos de la herida, pero ya no había vuelta atrás.

—Gatita... —ronroneé haciendo uso de toda la cordura que me restaba, y no era mucha— no tienes ni voz ni voto aquí —le respondí suavemente aunque quería gritarle— ¡si voy a morir, será después de hundirme en ti por última vez! —Ella me observó espantada, mientras le arrancaba lo que quedaba de la camiseta y el sostén, dejándola totalmente expuesta mientras tomaba posesión de sus pechos con mi boca. Al cabo de unos minutos de jugar con sus pezones sus manos me tomaron del cabello y eso me hizo rugir como una bestia satisfecha aún con su pezón entre los labios. Descansé mi peso sobre ella y pasé un brazo bajo su espalda tironeándola más cerca, como si deseara fundirme con la blancura de su piel. Sin pedirle permiso moví las piernas, las coloqué entre las de Sal y con las rodillas la abrí para mí. La mano que la asía desde la espalda bajó un poco más para tomarla por el trasero, elevarla y meterme dentro. Su cuerpo abriéndose para mí. Sin soltar su pezón y apretándolo con los dientes, negándome a que ella me detuviera, me hundí con una fuerza tal que Sal

gritó y me clavó las uñas en la espalda. No importaban las marcas, no importaba el escozor, mi bestia se regodeaba en el placer de la humedad de la mujer que tenía debajo de mi cuerpo y que me daba la bienvenida, enfundando mi falo como un guante.

—Hero basta —su voz salía casi como un gemido entrecortado, una mezcla de aprensión y placer—. ¡Detente! —gritó, pero la ignoré, hasta que intentó empujarme.

—No, no lo haré... —gruñí pasando del pezón a su boca.

—No juegues conmigo... —ella apartó su rostro, pero seguí besando su cuello. No la dejaría.

—No lo hago muñeca —ronroneé en su oído mientras comenzaba a acompasar mis movimientos. Embestida por embestida me deleitaba con los jadeos de Sal, con el ruido de nuestros cuerpos chocando y uniéndose, de su sudor, de su humedad.

Nos movimos en forma pausada, el cuerpo de Sal preso entre mis brazos, oyendo su respiración, y mi cabeza turbada por el hambre. Pensé que era lo más cerca de sentirme famélico, eso era, estaba insaciable, muerto de hambre, de ella. La sentía tomar el placer que le daba, duro, brutal y sin clemencia. Temblaba entre mis brazos con gritos ahogados cada vez que llegaba al máximo, yo cubría con besos su boca haciendo mío cada uno de sus gritos de placer.

Era mía. Toda ella.

Sal convulsionaba entre mis brazos una vez más, mientras metía mi mano entre nuestros cuerpos, para llegar a aquel lugar de su piel sensibilizada, allí unos centímetros arriba, donde mi carne se hundía y se unía a ella. Aproveché cuando ella se contorsionó en mis brazos para besar a mis anchas su cuello hasta su clavícula. Entre tanto placer, podía sentir el coletazo del veneno del ángel. Lo sentía como una segunda piel, pero me resistía a dejarla ir, solo cuando estaba por acabar me retiré, dejé un reguero de besos desde su cuello hasta su entrepierna, dejando que mis labios acabaran el trabajo que mi carne no podía terminar. Sal se agitó una vez más y quedó allí estremeciéndose sobre la cama. Saboreando el néctar de su cuerpo me detuve a mirarla mientras yacía con los ojos aún cerrados. Su cabello rubio derramado sobre la almohada como un manto dorado, contrastando contra la blancura de las sábanas. Guardé silencio, no hablé cuando me separé lentamente de ella, me recosté contra el poste de los pies de la cama, para llevarme al éxtasis. Acabé en mis manos, observando cómo el último azote de placer la retorció. Era tan hermosa. Sal no abrió los ojos, escuché mientras su respiración se volvía lenta, aproveché ese momento de calma y me dirigí al baño. Me acicalé en silencio y observé mi reflejo.

Algo había cambiado desde la última vez que me miró a los ojos. Ella había cambiado. Noté una determinación diferente en mí. Lucharía hasta el final. Esto era solo un momento de calma en la locura que vivíamos. Esta pelea no había acabado ni mucho menos, esto acabaría con uno de nosotros muertos, era él o yo. Él, Samoel,

que fue casi mi hermano, nunca haría algo como esto; ese no era él, no me quitaría a Sal así fuera lo último que hiciera. No había posibilidades de que Sal entrara en esto. Volví hasta la habitación y me recosté a su lado.

—Hero... —musitó cuando percibió mi presencia, pero ya no podía oírla, estaba agotado y mi cerebro había comenzado a apagarse poco a poco. Mis fuerzas habían mermado, saciado y seguro me dejé ir por el sueño.

Necesitaría de todas mis fuerzas para obligarla a seguir adelante. Pero más necesitaría de toda mi fortaleza para matar al vampiro, al que alguna vez fue mi amigo y ahora quería matar a mi hembra. Aunque, en el fondo, sabía que eso nunca ocurriría.

Capítulo veintiséis

Nicolás

Se durmió y un suave ronquido siguió a aquello. Mi corazón se había partido en pedazos cuando lo oí llegar al orgasmo. ¡Diosa, lo hizo en sus manos en vez de hacerlo en mí! Quería matarlo por eso, pero no podía hacer nada; por ahora lo dejaría creer que cooperaba, *por ahora*. Me levanté despacio, con las lágrimas amenazando con escaparse. A oscuras para no despertarlo, tomé una remera, unos jeans y unas botas y me marché en silencio, llevando mi dolor conmigo; aunque Hero no me oía me fui lo más silenciosa posible, con el corazón en un puño. El dolor se clavaba en mi pecho como cuchillos, e instintivamente busqué las caricias mentales de mis hermanas, necesitaba su consuelo. Mientras me apoyé a trompicones sobre la puerta del cuarto e intenté juntar todo el coraje que me quedaba. La vida era una maldita perra. Diosa, lo había encontrado hacía tan poco, no era justo. Podía imaginar a ese ser lastimándolo, aquel dolor carcomiéndolo de a poco. ¡Idiota! Había sido una idiota... la culpa me dio una bofetada y se me rio en la cara. Maldición, ¿por qué lo había hecho? Él había agotado todas sus fuerzas conmigo, así que no me sobresalté al notar su ronquido desde el otro lado; ahora la negrura del cansancio le abría sus brazos y, sin quererlo, él se dejó ir, mientras me odiaba. Me puse en pie y me maldije. Apoyé la espalda en el muro frío intentando avanzar de algún modo, mi puño se cerró sobre mi inútil corazón. Cerré los ojos buscando consuelo, pero no había nada. ¿Cómo no lo había visto antes? Debí notarlo. Sus heridas eran por mi culpa. No podía dejar de pensarlo una y otra vez. La casa daba vueltas en torno a mí. Quería la cabeza de ese maldito en mis manos. Busqué en mi bolsillo un frasco de pastillas y tomé unas cuantas, necesitaba estar lo más fuerte posible. Mi garganta quemó, aunque no lograba distinguir entre mi propio dolor y el del hermoso hombre que dormía detrás de esas puertas. Las pastillas no calmaban mi sed. El efecto comenzaba a ser nulo y aún no sabía por cuánto tiempo podría detenerlo, pero lo retendría hasta que esto terminara y después, que Vatur me tomara y Ben me encarcelara, ¡o lo que mierda tuvieran planeado para mí! Deseaba sangre. Tan solo debía aguantar hasta encontrarlo, luego podrían encerrarme de por vida, sabía que en cuanto Ben averiguara aquello me encerraría dentro de la Asociación; no importaba cuánto doliera, debería hacerlo. Lo más probable era que me mataran... nadie sobrevivía a la sed. Había visto varios asesinos pasar por lo mismo. Cuando las pastillas dejaban de funcionar lo próximo era la pérdida de la cordura, la locura por la sangre aumentaría de tal modo que empezaría a matar humanos, como lo habían hecho otros, deshonoraría todo aquello por lo que había trabajado, por lo que había luchado, incluso

cuando nadie lo creía posible, dejaría de ser yo misma para convertirme en un ser despiadado. Aquel apetito por la sangre iba en aumento. No podía negarlo, la ponzoña se acumulaba en mí y buscaba una vena para perforar. Todo lo que había sido se destruía. La tristeza me embargó por completo y luché por mantener la cordura aferrándome al *lazo* de mis hermanas. Solo le pedía a la diosa un par de días más, solo eso, para prepararlas, para buscar la cura para Hero, para matar al maldito. *Por favor diosa, solo unos días de cordura, solo unos días.* Suspiré. Sentí la presencia de Nicolás mucho antes de mirar siquiera. ¿Cómo podría mirar a mi centinela después de saber que estaba cayendo? Él había confiado en mí, y estaba derrumbándose ante sus ojos.

—¿Qué dijo Ben? —Sabía que Nicolás estaba cerca. Podía sentirlo, lo percibía bajo mi piel, lo había hecho desde el día en que me comprometí a ser su asesina. Aquella energía era tan conocida para mí, como si fuera mi propia piel.

—Hay una salida —declaró suavemente utilizando aquella voz de hermano mayor que deseaba tranquilizarme, suave y amable. Abrí los ojos lentamente, sabiendo que sus ojos me transmitirían ese apoyo que a veces no creía merecer.

—Bien —tomé una bocanada de aire mientras las pastillas hacían efecto— vamos —dije tratando de parecer calmada e intentando acallar aquella voz que me insinuaba que no quería saber qué consecuencias tendría esa salida.

—Sal... debemos pensarlo. —Mis ojos viajaron hasta él. Su voz podía sonar calma, pero su expresión lo desmentía. Nunca había entendido cómo podía estar tan seguro de todo. Lo estudié un momento notando que mi dolor llegaba a él lentamente, pero no podía detener las palabras una vez que atravesaron la frontera de mi boca.

—¿Qué demonios debemos pensar? —gruñí abatida—. Nicolás... por favor.

—Debemos ir con calma Sal, confía en mí. —Lo miré significativamente para imprimirle cada uno de mis sentimientos. Confiaba en él mucho más de lo que confiaba en mí misma—. Sal —se acercó a mí y me acarició la mejilla— sé que lo que voy a pedirte es un poco difícil, pero ¿puedes contactarte con el nefilim? —Sacudí la cabeza y tragué con fuerza. ¿Qué quería él...?

—¿Qué? —Debí preguntárselo varias veces ya que Nicolás puso sus ojos en blanco—. ¿Con Phill? —esperaba cualquier cosa menos eso—. ¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto; sé que estuvo allí esa noche Sal... dime ¿puedes tomar contacto con él?

—Mm... bueno, no lo sé, él dice que sí —dije dudosa.

—No podremos mantenerlo oculto mucho tiempo más. —Nicolás dudó un momento como buscando las palabras correctas—. Vatur vaticinó una solución —ladeó la cabeza como si oyera algo que yo no— pero no está en mis manos tomarla.

—¿Entonces en las de quién? . —Estreché los ojos—. ¿En las de Ben? ¿No lo

ves? —me abalancé contra él, el dolor y la furia fluyendo sin control—. ¡Se está muriendo... se está muriendo! —dije señalando la puerta de la habitación donde se encontraba Hero. Él siguió mi mano con la mirada y cerró los ojos. Golpeé con fuerza el pecho de Nicolás dejando salir la frustración; un golpe, dos, tres, no podía frenarme. Él me tomó entre sus brazos como a una niña apretándome contra su pecho con fuerza, como desde que me conoció, dejándome aporrear su pecho hasta que mis fuerzas mermaban y terminaba llorando aferrada a él.

—Sal —acarició mi pelo y susurró en mi oído.

—¿Qué dijo Ben? ¡Quiero saberlo! —inquirí intentando no sollozar—. ¿Qué profetizó Vatur? ¿Cuál fue el presagio de la diosa? —Levanté el rostro para mirarlo a los ojos—. Ella, ella es injusta Nicolás... La diosa es injusta —dije y mis lágrimas cayeron empapando su camisa.

—No, no lo es Sal, es justa. Muy justa —sus palabras sonaban tan lejanas, tan apartadas de la realidad que vivía, apartó mi cabello dulcemente mientras su mirada se colmaba de ternura—. Solo que a veces las pruebas que nos impone son inexplicables para nosotros. —Su voz sonaba sabia.

—No lo entiendo... —Volví a apoyarme contra él.

—Algunas cosas no deben someterse al juicio de nuestro cerebro, Sal —acariciaba mi pelo con ternura— la conciencia no nos fue quitada, puede que tu corazón no esté latiendo justo ahora, pero hay cosas que no pueden ser juzgadas más que por nuestros sentimientos. ¿Puedes entrar en contacto con él?

Me alejé. Tomando todo el coraje que me quedaba intenté recomponerme.

—Sal intenta darme un poco de crédito, ¿puedes? —Me sequé las lágrimas lentamente.

—Creo que podré hacerlo; Phill dijo que estaría allí si lo llamaba. ¿Por qué?

—Porque tengo permiso para una tregua... —moví la cabeza para poder verlo, y cuando nuestros ojos se encontraron, sonrió— y la bendición de la diosa. Me quitó una lágrima de la mejilla. —Ven, vamos abajo, necesitamos un plan—. Nicolás conocía todo de mí, mis mejores momentos, los peores, mis tristezas, mi dolor, pero nunca me había subestimado por ello. Bajé a su lado aún apretada contra su cuerpo, escalón por escalón pensando en Hero. Debía haber un modo. Nicolás parecía haber presentido mi dolor y me cubrió con su brazo apretándome más contra su pecho.

—Nicolás —me detuve antes de llegar abajo y las palabras se me atascaron en la garganta, como si mi cerebro no pudiera retomar el hilo del caos de mis pensamientos. No podía mentirle, me estudió un momento y asintió.

—Lo sé —fue lo único que me dijo y atinó a seguir, pero lo retuve de la muñeca.

—Están fallando, las pastillas, ya...

—Lo sé Sal, agradezco tu honestidad, es muy valiente aunque nunca dudé de eso, tú siempre has sido muy valiente, pero todavía podemos hacer algo, ya verás. —A

veces su optimismo me colmaba el vaso, siempre había creído que uno debía desconfiar de las personas muy positivas. ¿Acaso nadie ve las cosas como yo? Era una bomba a la cual solo le faltaba una pieza para explotar... pero no podía dudar de él. No cuando confiaba tanto en mí.

—Solo prométeme algo —sabía que él sería el único que no podía ser juzgado y me negaba a pisotear el código o a dejar que todo corriera por las manos de Ben, maldito, seguro sonreiría mientras me asesinaba. No, no le daría el gusto. Una sonrisa se formó en su rostro, y sus ojos parecieron leer mi alma como tantas veces. No recordaba los años o siglos que estaba a su lado, siempre a su lado, velando por mí. Aquel hombre con piel tostada y cara de modelo, era más sabio que muchos y más hermoso que la mayoría.

—No lo haré —replicó incluso antes de que una palabra saliera de mi boca.

—¿Qué?! —le pregunté molesta. Nunca había logrado averiguar si él podía leer mi mente, pero a veces lo parecía—. No sabes lo que diré... —protesté. Una risita se escapó de sus labios y sus ojos me miraron divertidos. Él colocó las manos en mis hombros y se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos.

—Me pedirás que te mate si te descontrolas ¿cierto? Sé que luchas con la sed hace días, o semanas, pero te he visto batallar Sal, encontraremos un modo. No has bajado los brazos —clavé mis ojos en el suelo— muchos otros se han descontrolado tan solo en el principio, tú en cambio —pasó una mano por mi barbilla para que lo mirase— tú no lo has hecho.

—Nick... ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro? Si la locura me toma, si tan solo me vuelvo loca, me encerrarán allí, me matarán Nick... si la diosa no lo hace antes. —No me soltó.

—Confía en mí Salomé. ¿Cuándo has dejado de confiar en mí? ¡No me digas que fue después de que me hice unos claritos! —Hice una mueca, intentando contener una sonrisa, recordaba esa época, había sido un tiempo en que Nicolás decidió «probar» cosas nuevas. Él sabía la respuesta a eso, se traslucía en mi rostro. *Nunca*. Ni una sola maldita vez. Habría brincado de un edificio si él me lo pidiera—. Estoy aquí, encontraremos un modo, lo prometo.

—¿Y Ben, cuando lo sepa? Querrá mi cabeza, Nicolás.

—Él ya lo sabe, ¿crees que algo así pudo pasársele por alto? —retrocedí dos pasos hasta chocar contra el muro. Nicolás suspiró y apoyó sus manos en la cintura. Me sentía traicionada, herida...— No, antes de que pongas esa cara, no fui yo quien se lo dijo, no fue ninguno que conozcas.

—¿Entonces cómo? ¿Cómo lo supo?

—Eso es algo difícil de explicar Sal, dame un tiempo, prometo explicártelo todo...

—¿Me quiere muerta?

—No, te quiere viva al igual que yo —se acercó y me apretó contra su pecho y volvimos a bajar la escalera.

—¿Ben no me quiere muerta? . —No podía creerlo—. ¿Me quiere encerrar, cierto? —Nicolás rio.

—El tipo no se caracteriza por llevarse bien con las personas, pero créeme cuando te digo que Ben no quiere nada de eso para ti.

—¿Por qué?

—Porque Vatur tiene más de una forma de hacer las cosas Salomé, solo por eso. —Nicolás abrió la puerta para que pasara primero; en la sala, Mikela estaba parada junto a una esquina, Eva y Carim también se hallaban ahí, sentadas hombro a hombro, en el sillón. Me estudiaron lentamente al entrar.

—*Deja de babear Sal* —la broma vino de Carim cuando me vio junto a Nicolás. No dudaba de que ambas no hubieran escuchado y sentido cada una de mis palabras. Y allí estaban con una sonrisa. No podía defraudarlas, así que meforcé a sonreírles.

—*Te ves fatal, mejor no sonrías, parece que estás mostrando los dientes más que sonreír* —se burló Eva, y le saqué la lengua.

—*No, no la lengua, vimos lo que hacías con ella y la verdad deberías al menos lavarte la boca* —fruncí el ceño y caminé hasta ellas. Empujé a Eva para que me hiciera espacio y la loba puso mala cara, aunque en el fondo tan solo era una broma. El lazo transmitía todo, sabía que ellas sentían mi dolor, pero Eva siempre decía que si nos veíamos mal era peor, que mejor era sonreír y menear el trasero al mundo. Lo hice.

—Tenemos problemas. Los humanos se están levantando. —Nicolás nos enfrentó a las tres y por una milésima de segundo juro que las tres babeamos.

—¿Qué? —la voz de Mikela era de incredulidad. Eso era lo bueno de nosotras tres, tres elementales, mal o bien siempre estaríamos juntas en esto. Nunca sentiríamos la soledad que ella debía estar sintiendo y por un momento muy breve me sentí mal por ella. Solo un momento. ¿Es algo cierto? Después no digan que no soy buena.

—Están juntándose, dicen que la S.A. no puede controlar a los suyos. Han tomado las armas y se deciden a salir en grupos.

—¿Están locos? —pregunté descreída de que aquello fuera cierto. Los años oscuros habían sido muy duros para ambos grupos. Tanto humanos como oscuros habían sufrido perdidas, y ahora el hilo de aquella paz forzada a hierro y fuego corría el riesgo de romperse.

—Muchos oscuros se están moviendo a tierras de la Asociación... —dijo Carim con una mueca de dolor. Imaginé que su familia se habría marchado de su casa—. Han matado a dos familias cercanas al lugar donde Zell mató a la niña.

—¿Qué? —no lo podía creer. ¿Acaso no sabían que nos estábamos partiendo el

lomo para encontrarlo? Malditos humanos—. Esto es una locura.

—Están descontrolados, temen por sus vidas. No podemos culparlos. —Nicolás paseó sus ojos entre nosotras y sentí el peso de la responsabilidad sobre nuestros hombros—. Las autoridades humanas no creen poder manejarlos. Han dado una veda y un toque de queda, pero no sé cuántos lo cumplirán. —Nicolás se rascó la cabeza y se frotó la cara con la mano. Estaba cansado y no podíamos culparlos, últimamente había sido una locura—. Amenazan con levantarse, los humanos no saben cuánto podrán contenerlos.

—¡Necesitamos detener esto, ahora! —Eva estaba furiosa. Sus puños golpearon contra sus rodillas—. Si siguen matando oscuros no podremos detener la masacre.

—¿Qué hará Ben? —pregunté. Aún no podía creer las palabras de Nicolás. Tal vez fuera por esto; Ben tan solo no quería perder más personal, y por eso mi cabeza no estaba en juego. Qué más daba, si la cacería de oscuros comenzaba esto sería un caos. ¿Qué le haría al mundo un chupasangre más? O tal vez esperara que algún humano me asesinara para quitarse responsabilidad.

—Él detendrá como pueda a los humanos, está amenazándolos con lo peor, pero aún necesitamos una salida rápida. Si las autoridades humanas no logran hacer nada será un desastre.

—¿Qué recursos tenemos?

—Todos los recursos están siendo usados, se han levantado los estados de alerta. Hubo una fuga de más de dos a diez vampiros, tres licántropos y se han llevado dos quimeras, creemos que han escapado tan solo en un intento de librarse de los controles, pero no es seguro, puede que estén trabajando con él o ellos, no podemos saber cuántos son en total, y tal vez ahora esté buscando aliados. Lo de esta noche ha sido un aviso, hay otros que tal vez trabajen con él.

—¿Aún no sabemos por qué lo hace?

—Tenemos un par de motivos, pero no es claro...

—¿Motivos?

—Sé que es alguien a quien cazaron, y sé de dos causas probables, pero yo no soy quien debe hablar de ello.

—¿Esa información estaba negada a nosotros?

—No puedo decir nada de eso. —Nicolás estaba más serio—. Lo lamento —las tres le gruñimos, pero Nicolás nunca cambiaba de parecer. ¿Les dije que odiaba sentir que algo se me escapaba?

—Bien, ¿quién más estará ahí afuera?

—Mis hermanos están aquí. —Eva nos miró una a una y volvió sus ojos a Nicolás — junto a cuatro grupos más de las otras facciones. No son muchos, pero ayudarán.

—¿Cinco? —Carim parecía confundida—. Creí que todo se resumía a los *horuin*.

—Eso porque eres rubia —me burlé. No era un buen momento para bromas, pero

el día estaba sobre nosotras y no podríamos hacer nada, por lo tanto qué más daba hacer enojar a la rubia que me devolvió una mirada ofendida. Aunque sabía que no lo estaba.

—No, existen cinco tipos. —Eva levantó la mano con sus dedos extendidos— los *horrimin* que permanecen en forma humana; *hurros* que son casi humanos pero más fuertes y casi no tienen rasgos humanos, solo el andar; los *hirros* que logran su transformación total, como yo. —Eva lucía orgullosa— los *herréis* que son los peores y más temerarios y los *lupus* que permanecieron en su forma de lobo.

—¿Cómo pueden reír en un momento así? —Mikela nos miraba asqueada.

—Por cierto ¿qué demonios haces aquí?

—Ella se queda —dijo Nicolás cortando la respuesta de Mikela—. Sigamos... —nos miró, reprendiéndonos con la mirada, aunque su boca se movió en una media sonrisa pícara.

—Las sacerdotisas han sido puestas a trabajar junto a un grupo de *inamhis* —dijo eficientemente Carim.

—¿Los *inamhis* han accedido a ayudar? —Eva parecía sorprendida, y no era para menos. Los *inamhis* eran algo así como los hermanos menores de las *moiras*, podían entretejer una serie de eventos para que sucedieran, anudándolos entre sí, pero aún no tenían la visión a la larga de lo que hacían. Rara vez se mezclaban en trabajos como este; hubo una vez en el pasado que creyeron hacer el bien, sirvieron a un oscuro y provocaron la ruptura de los limbos logrando así que muchos seres se filtraran en la Tierra, sin poder impedirlo. Así que ahora se dedicaban a trabajos menores.

—Los asesinos están dispersos por la ciudad intentando mantener la paz, pero esta pende de un hilo. La buena noticia es que Ben tiene un presagio de las sacerdotisas, tenemos una pista de dónde estará en las últimas cinco horas del día de mañana.

—¿Y por qué no vamos por él? —la impaciencia regó mis terminaciones nerviosas.

—Vatur tuvo una visión del futuro, para mañana —concluyó Nicolás. Al escucharlo gruñí ferozmente y aporreé un almohadón a mi lado.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos ir? Lo tenemos en la mira y al alcance.

—Porque si cambiamos el presagio de la diosa puede que perdamos nuestra última chance —dijo Carim con su voz de intelectual que yo tanto odiaba— además es de día, y eso nos deja afuera.

—Me deja afuera —dije enfatizando cada palabra. Estaba claro que deseaba verlo sangrar, pero no permitiría que el caos se extendiera aunque con ello debiera abandonar mi pseudovenganza—. Hay otros que podrían con él.

—Al parecer la luz no lo afecta como a ti, él es como Hero, puede vivir a la luz.

—¿Qué mierda?! —dije dejando de lado mis modales.

—Además los humanos pidieron una tregua durante estas horas del día para ordenar a los suyos; si saliéramos ahora, que es cuando más actividad humana hay, podríamos crear una masacre.

—Si vamos por él ahora, estamos muertos, Vatur cree que debemos esperar. — Nicolás dijo cada palabra como siempre, como si viera más allá que nosotras y otra vez la pregunta de siempre: ¿Qué es Nicolás?

—¿Y por qué demonios confían en ella? —la voz de Mikela sonaba con asco. Aunque yo no creyera completamente en la diosa, sabía que era la única que velaba por nosotros. Nicolás confiaba en ella, y nosotros en él. No podíamos hacer aquello sin pasar por encima sus creencias.

—Porque es nuestra madre... —la contestación vino de Nicolás que estudió a Mikela en silencio. Por un momento pareció como si el aire se enfriara. Humana, Mikela era humana, casi lo habíamos olvidado.

—Podrían matarlo ahora y aquí están —dijo tragando ruidosamente bajo la mirada de Nick, que podía ser tan dulce como la miel o tan fría como el hielo— y aún no saben cómo curar a Hero. —Nicolás sacudió la cabeza y nos observó.

—Estoy en eso —dije mostrándole los dientes—. ¿Qué hacemos?

—Lo emboscaremos, Sal...

—Bien, ¿soy el cebo? —me froté las manos con entusiasmo.

—No, tú no —dijo Nicolás. Ya iba a protestar cuando él se giró hacia Mikela y la señaló—. Ella lo es.

—¿Yo? —la bruja parecía que iba a desmayarse, su boca abierta de sorpresa, sus ojos tan abiertos que parecían salirse de las órbitas—. No, no, ¿estás loco, o qué? — Mikela retrocedió cuando Nicolás dio un paso hacia ella.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer cariño? —preguntó Eva—. Yo iría, pero tú eres la suertuda —se burló la loba robándonos una sonrisa. No me caía bien Mikela, y ya no era solo por Hero. Tan solo no me caía bien.

—No lo haré... —dijo cruzándose de brazos y la sentimos vacilar.

—¿Acaso me estás desafiando? —Nicolás no levantó ni por un momento la voz, pero el poder se filtró por la habitación y pegó de lleno en Mikela.

—No, yo, no, pero Nicolás... —ella se acercó a él con sus ojos de perrito mojado y bufamos ante esa imagen patética; si conociera un poco mejor a Nicolás sabría de antemano que podía intentar amputarse un brazo para no ir, pero él no cambiaría de idea. La detuvo a unos metros con la mano en alto.

—Está decidido.

—Oh, por Vatur, ¿por qué no te arrastras, muñeca?

—Nada harás que me haga cambiar, Mikela —le dijo Nicolás dejándola parada allí, perpleja.

—Cariño, no sabes lo que podría hacer por ti...

—Sí, lo sé, estarás allí... —Mikela se quedó muy quieta a solo un paso de él. Nicolás se dirigió hacia mí y algo en mi corazón dio un vuelco de alegría.

—Sal, ahora sería el momento... —Asentí en silencio, no hacía falta que terminara la frase. Me levanté lentamente y caminé hasta el sillón pequeño.

—¿El momento de qué?

—Va a llamar al nefilim —dijo Eva—. ¿Crees que Semiazas lo permitirá? —la vacilación se coló en su voz.

—Sí, lo ha permitido, varios de ellos trabajaron con nosotros —respondí con una sonrisa.

—¿Quién es Semiazas? —preguntó Mikela recobrando la voz.

—Semiazas es el jefe de los ángeles caídos —respondí orgullosa por estar un paso delante de ella. Tomé una inútil bocanada de aire y cerré los ojos. Bloquéé la conexión con mis hermanas un momento después de que me desearan buena suerte. Allí íbamos—. *Phill, necesito hablar contigo...* —no sabía si en verdad podría oírme. No hubo respuesta—. *Phill, necesito tu ayuda.* —Me tomé de aquel resquicio de necesidad e intenté, en un esfuerzo, contactar con él, debíamos lograrlo. Era una de las últimas chances y, como fuera, me aferraría a eso, con uñas y dientes.

Capítulo veintisiete

La llamada

Estaba sentado en una de las gárgolas de piedra de la terraza, en la torre del edificio mayor de Bethel, desde donde se podía ver parte de la enorme ciudad que se erguía a mis pies, cuando oí el llamado de Sal. Ladeé la cabeza como si pudiera sentirla más cerca, aunque su voz no provenía del aire, podía sentirla en mi mente. Semiazas me observaba desde el otro lado de la torre con un pie apoyado en el borde de piedra, como si fuera a saltar en cualquier momento. Sabía que el jefe de los ángeles caídos podía sentir el llamado como un hilo de energía. Aunque después de su visita supe que esto vendría.

—Eso ha sido rápido... —dijo con su voz burlona. Lo observé, no me fiaba de él, ni un ápice. Su presencia aquí no me dejaba tranquilo. Lucía como un joven de cabello rubio casi blanquecino que caía sobre sus hombros, en un corte revuelto que el viento se encargaba de agitar libremente, pero nada de él generaba confianza. Una armadura envolvía su cuerpo, era oscura, casi del mismo color del smog que cubría la ciudad, cada parte de ella era un arma, incluso los dobles de esta eran tan puntiagudos y mortales como él. Sus ojos eran parecidos a los de un águila y podía percibir a los humanos circulando allí abajo, sin pensar que el terror se alzaba sobre sus cabezas. No era más alto que yo, ambos teníamos casi la misma contextura, pero éramos muy diferentes. Tan diferentes como el día de la noche. Su rostro era duro, con facciones ásperas y angulosas; yo, en cambio, podía parecer un joven humano. Entre sus dos alas negras como la noche que casi arrastraban sobre el piso, justo en medio de su espalda, llevaba dos espadas que yo conocía bien. Semiazas me había cortado las alas con una de ellas.

No era más larga que su antebrazo, pero su hierro cortaba la carne como la mantequilla, tenía un borde dentado con grandes agujones que se clavaban y desgarraban todo al salir. Cuando caí, tan solo tenía quinientos años de vida, al igual que Semiazas, pero habíamos tomado rumbos diferentes. Yo por mi lado no podía tan solo mirar, no podía ver solo desde arriba como si las palabras de la diosa no fueran nada, como si los humanos fueran insectos correteando por ahí, al menos no al saber que mi madre había sido una de ellos. Tan diferentes como el hielo y el fuego, pero no podíamos esperar menos, éramos hijos de distintas madres, habíamos crecido luchando el uno contra el otro; dos caras de una misma moneda. Me desestimaron por ser hijo de una humana que había muerto cuando nació; aunque mi padre intentó inculcarme las artes de la guerra como a mi hermano menor, nunca había logrado incapacitar mis sentimientos. Cuando Semiazas, mi medio hermano, nacido de dos

ángeles, tomó el poder del ejército de los caídos creí que me dejarían en paz; pero tiempo después, mi padre me comunicó que yo también entraría en las filas del ejército, por lo tanto nefilim, ángeles y ángeles caídos lucharían hombro a hombro, y aun así, yo seguía bajo las órdenes de mi medio hermano. Había cuidado a la familia de Sal en mis ratos libres y durante un corto tiempo, pero aquella vampiresa rubia, con ojos vivaces se había ganado mi cariño, la había espiado jugando con sus padres y noté el amor con que la habían cuidado. Ella me vio más de una vez, pero al ser pequeña no me había delatado. Tan solo Irizadiel sabía de mis escapadas. Le había contado de sus juegos, de cómo la trataban sus padres, cada caricia era relatada por mis labios con amor, del amor que se colmaba al ver a la niña corriendo por las noches, la imagen de su madre sonriéndole al verla jugar, los besos suaves en el pómulos de su marido. Todo aquello me hacía dudar aún más sobre las órdenes que nos daban. Sabía que algo nos estaban escondiendo y la única forma en que encontraría la respuesta sería leyendo las palabras de Vatur a escondidas. Las verdaderas palabras de ella, las que otros habían olvidado. Cuando oí a los soldados, a los que decían ser mis hermanos, hablar de la muerte de la familia de Salomé todo cambió. No podía quedarme allí sin hacer nada. El miedo recorrió mis venas y fui a enfrentarme a uno de los míos; sin embargo no pude hacer nada. Mi hermano no había enviado a dos ángeles comunes, no, él mandó a dos ángeles imponentes y de alto rango para atacarlos. Aun en ese día noté el amor que rodeaba a la familia. Sus padres habían guardado a Sal, su madre la protegió ante todo, haciendo que la niña se escondiera como si fuese un juego. Yo nunca había sentido ese amor. No lo conocía y quedé paralizado mirándolos morir. ¡Debía salvarlos y los había dejado morir! Nunca olvidaría el llanto de la niña. Caminé hasta ella cuando los ángeles se fueron imaginando que moriría sola. Allí estaba, escondida tras una roca, llorando; la tomé por atrás, cubrí sus ojos y, como solo nosotros podíamos hacerlo, la hice dormir. La cargué en brazos y me marché a escondidas. Solo Irizadiel me vio, pero ella nunca me delataría. Había volado más de lo que nunca volé en mi vida, y llegué hasta un lugar donde Irizadiel me indicó que podía dejarla. Según Irizadiel, la diosa habló con ella señalándole ese sitio. Agotado y casi sin fuerzas llegué a mi destino; un hombre menudo me esperaba en la puerta de una casa, y dejé a la niña con él. El hombre me dijo que se llamaba Ben; él la tomó en brazos y agradeció a Vatur, y luego a mí, por aquello. Cuando volví, recorrí de nuevo el lugar manchado de sangre, mis ojos no creían el horror por el que había pasado esa familia. El horror en las lágrimas de Salomé. Aquel día había fallado y nadie perdonaba un fallo así. Luego, al regresar, fui tomado por dos ángeles y atado a una cruz con mis alas expuestas. Semiazas, mi medio hermano se acercó desde atrás y cortó mis alas de una sola pasada. Intenté ser fuerte y resistir, no darle el gusto a aquellos que me miraban con asco, pero al final había gritado y me había desgarrado la garganta haciéndolo, cuando Semiazas se

paseó frente a mis ojos con aquella afilada garra metálica bañada en mi sangre. Ahora, parado allí con aquel aspecto calmo, observando a los humanos como si no valieran nada, yo pensaba en el jefe de los caídos, como el más cruel de todos.

—Vamos, atiende, atiende, que debemos terminar con esto... espero que en el transcurso recuperes la cordura y me digas dónde está la rebelde Irizadiel... — Semiazas tamborileó los dedos en su mentón—. Incluso podrías recuperar tus alas — sonrió de una forma más malvada que el mismo demonio y, dicho aquello, sus alas negras se batieron y despegó directo hacia las nubes. Lo observé un momento. Él nunca sería así, mi medio hermano llevaba la crueldad instalada en su alma. Tal vez perder las alas doliera, pero perder el alma como lo había hecho Semiazas era aún peor. Yo creía en los oscuros. Confiaba en Vatur, y conocía las antiguas escrituras.

La creación
Capítulo 1

- 1:1 Nacimos como cada planta y cada ser en este mundo, vagábamos por la Tierra, antes de los tiempos, antes de la creación, antes que el hombre. Pero los dioses nos juzgaron, pelearon y nos condenaron a escondernos, pero no por ello los odiamos. Vivimos y amamos igual que el hombre, y por eso, que el corazón del ser, sea juzgado como tal en su pureza, y que los ojos de los caídos vigilen los corazones de los oscuros y sean ellos los encargados de erradicar el mal, siempre que el corazón así lo dicte.
- 1:2 Desde que el dolor se instaló en los corazones, y el miedo fue instaurado por los hombres, a todo aquel oscuro que desee la vida, se le dará, todo aquel que busque la protección bajo el cuidado de Vatur, le será dado, sin importar su raza, y así que su corazón puro le permita vivir en las sombras de mi hermosa noche hasta que decida volver a mi lado.
- 1:3 Que nadie use aquel dolor para instalarlo entre los oscuros y que su corazón dicte cada latido de la oscuridad que he creado para cobijar a mis hijos. Hijos míos no temáis, que vuestra madre nunca os ha olvidado, enviaré legiones de caídos en vuestra ayuda. Nunca estaréis solos, porque la vida les he dado.
- 1:4 Que la paz reine en nuestros seres, confiad en ellos mis guerreros, a los que les he confiado mi luz tenue. Que la vida de cada ser sea velada por los caídos y que estos protejan del sol a mis hijos. Hemos vivido y nacido mucho antes de la creación de la Tierra. Mucho antes de que el hombre fuera llamado hombre. Que la luz no ciegue sus ojos, que las sombras cubran sus vidas. Buscad la sabiduría en mi palabra.
- 1:5 Mis hijos vagarán por la noche, es cierto, y mis caídos los cuidaran desde el cielo, caminad con la luz de la hermosa Nix, oscuros, y allí encontraréis la belleza. Vatur estará siempre a vuestro lado, a derecha, a izquierda, arriba y abajo, porque a dondequiera que vayáis, iré yo, dondequiera que vosotros viváis, viviré yo.
- 1:6 Y solo cuando muera la última de las esperanzas, cuando el último rayo de Nix se borre de la faz de la Tierra, con el último grito destrozado dejaré de creer en mis hijos. Que nadie los juzgue por la vida y mis caídos velen por ellos en sus sueños, y que la mano de la diosa sea justa y sabia. Porque así ha de ser hecho.

Aún creía en la diosa. Me tomé la cabeza y pensé en Sal.

—Salomé —respondí utilizando el nombre completo. Un silencio se colgó de la conexión, aunque sabía que ella estaba allí.

—Por Vatur, pensé que no lo lograría —reí en mi mente; se la notaba cansada, la imaginé allá, pensando en mí, y la fuerza que aquello implicaba.

—Sal, confía en ti —quise decirle que siempre estaría para ella, pero no quise apabullarla. Sabía que estaba sufriendo por el vampiro. Sonreí y miré al cielo. ¡Si tan solo la hubiera conocido antes... sería tan diferente! Ahora aquella herida nunca sanaría.

—Necesito hablar contigo, Nicolás me pidió que te contactara —torcí el gesto aunque ella no pudiera verme.

—¿Nicolás? ¿Por qué te enviaría a ti?

—Oye... ¿y eso qué significa? —Sonreí, no había deseado que las palabras sonaran de ese modo, pero al final de cuentas era Sal con quien hablaba—. Dime que no eres un nefilim machista. —Volví a reír ante la broma. Admiraba eso de ella, aun en los peores momentos sabía cómo reír. Porque ella creía. Porque aquella mujer de rostro adusto y tez clara, aquella con el cabello igual que Sal se lo había enseñado. Ella no creía conocer a sus padres, pero cada vez que oía su voz, sabía que ella tenía más de aquellos vampiros que forjaron su destino—. ¿Lo conoces?

—Dime Sal, ¿que necesitas? Aunque ya imagino a qué va esto —casi podía sentirla a mi lado. Me golpeé la cabeza antes de seguir. Había culpado al vampiro de su reacción con Sal, pero... ¿qué pasaría si no fuera solo eso? ¿Qué pasaría si realmente lo hubiera deseado?—. He vuelto a pecar —murmuré más para mí mismo que para ella.

—Phill... ¿Qué ocurre?

—Reúnete conmigo en la torre mayor del centro, estaré allí apenas el sol toque el horizonte —eso le daría unas tres horas de ventaja antes de lo que Vatur había vaticinado como su batalla.

—Gracias —respondió ella y sentí que mi corazón se aquietaba. ¿Acaso podía sentir su pesar? Me negué a pensar en eso. Sal era preciada para todos, ninguno de ellos lograba entender el poder que su sangre albergaba y este no era el momento para que mis sentimientos se inmiscuyeran en esto. Me levanté y mi abrigo se movió con el viento, metí las manos dentro de los bolsillos contemplándolo todo desde las alturas. Aún había esperanzas para nosotros. El día estaba más gris que de costumbre, o tal vez era la tristeza de mi alma que se me colaba por los ojos nublándome la vista. El smog se levantaba sobre la ciudad que parecía perezosa, o tal vez tan solo fuera su instinto de supervivencia, no lo sabía, pero de una cosa estaba seguro, los humanos ignoraban que el destino del mundo podía decidirse en tan solo unas horas; sus posibilidades de sobrevivir trabarían combate en cuestión de miles de minutos acumulados. Eso era lo que admiraba de los humanos, o al menos de la mayoría de

ellos, tan solo vivían en el ahora, por eso cuando las ciudades cayeron, los del cielo esperaron lo peor, pero su fe había vuelto cuando algunos profirieron un grito de paz ante el caos. Aquellas ciudades de antaño que conocí, quedaron en el olvido, ahora todo era gris frente a mis ojos, incluso parecía que la gente era más gris que de costumbre. Levanté la mirada hacia la lejanía, allí donde grandes chimeneas se levantaban a los cielos como bocas que escupían un humo tan oscuro como el corazón de los humanos. Poco quedaba de sus casas y de sus refugios, la vida se guardaba dentro por temor, o por el sabor amargo de la derrota y la muerte de un mundo que nunca sería igual a los de otras épocas. Hombres con sus rasgos tan apagados que incluso parecía que hubieran olvidado cómo reír, cómo vivir. ¿Acaso los humanos habían perdido la fe en ellos mismos? Tal vez. Aunque sabía de la existencia de llamas que se mantenían prendidas, como las de los corazones de los oscuros por los que yo luchaba, almas que aún creían en la esperanza de que alguna vez todo cambiara, almas como la de Sal, que aún creía en la paz.

Sal.

Maldije al cielo en silencio. Si tan solo lo hubiera hallado antes... Había rastreado a aquella bestia después de que el vampiro llamado Hero la arrastrara lejos de allí, pero había desaparecido ante mis ojos cuando unos ángeles que se alzaron a vuelo desde la nada vinieron contra mí. Aún no entendía si buscaban cubrir al vampiro o tan solo era su afán de matarme lo que los había llevado a ese sitio. Pero por una vez agradecí la presencia de mi hermano. Al menos había salido ileso cuando Semiazas apareció. Ningún ángel que valorara sus alas se enfrentaría a él. Mi cabello se revolvió cuando sentí un pequeño y casi imperceptible cambio en el viento y en la densidad de la energía fresca y amable de Irizadiel.

—¿Tu hermano, me está buscando? —su voz sonaba calma aunque sabía que nunca había sido un ser tranquilo, había logrado ocultarlo de todos pero nunca me lo había ocultado, en su interior ardía una llama distinta, algo que la hacía única.

—Sí, pero no le he dicho nada —mi voz en cambio era más sombría; me debatía ante la necesidad de proteger a Sal y a Irizadiel, siempre había sido lo mismo. Malditas *moiras*, por enredar mi destino. Ella caminó hasta colocarse a mi lado, sus alas rozando suavemente mi espalda en una íntima caricia. Mis ojos permanecían clavados en los humanos que estaban metros abajo.

—Pareces... —murmuró y la miré. Irizadiel definitivamente era hermosa. Pero la hija de la diosa nunca sería mía. Recorrí su rostro con la mirada y asentí en silencio.

—Extraño... —sonreí cansado—, lo sé.

—¿Acaso has perdido la fe? —volví a sonreír y a pasear mis ojos por la ciudad. El viento alborotaba el cabello del hermoso ángel a mi lado haciéndola lucir todavía más mágica de lo que era.

—No —volví mi vista al frente—. Nunca lo haría —entrelacé los dedos en mi

espalda midiendo cada una de mis emociones, sabía que ella no dejaba de estudiar mis sentimientos.

—¿Qué ocurre? ¿Es por la mujer? —No la miré. No quería mostrarle mi derrota. Di un paso atrás y me moví para ocultar mi rostro, pero Irizadiel me tomó del brazo.

—Es por todo, tal vez no sea nada —alcé mis ojos al cielo—. Debes cuidarte, Irizadiel.

—Lo sé —acarició mi mentón con sus nudillos— pero sigo a tu lado. —Sonreí y me atreví a enfrentar aquellos ojos; alguna vez soñé que eran solo para mí. Pero no podía exponerla a eso, el peligro era muy grande e Irizadiel era muy hermosa. Sonrí y me pasó otra vez los nudillos por el mentón donde la barba comenzaba a crecer; era consciente de cómo sus alas me acariciaban—. ¿Hablaste con mi hermano? —me preguntó esperanzada y asentí—. ¿Qué ha dicho?

—Nada que no te haya dicho a ti...

—Eso quiere decir que no me ha nombrado —la tristeza se coló en su voz y me atreví a tomar sus manos.

—Sabes que te ama...

—El amor es un arma de doble filo. —Irizadiel levantó los ojos al cielo y por un instante me vi tentado de besarla— tan solo espero estar aquí para verlo.

—Lo estarás... —le aseguré. Haría todo lo posible.

—Aún no lo sé, mi fe no está tan consolidada como la tuya Phillipe. ¿Qué ha dicho tu hermano?

—Nada —puse los ojos en blanco. Ella conocía muy bien a mi hermano—. Ya sabes cómo es... no confía en mí más de lo que lo haría el tuyo.

—Somos un excelente dúo ¿no crees? —una sonrisa se coló por sus labios carnosos—. Tan solo busca mis alas —dijo un momento después.

—Sabes que nunca podrá tomar tus alas Irizadiel. Tu madre es poderosa, no creo que logre tocarte.

—¿Y a ti? ¿Qué te hará ahora? —una risita nació desde mi alma.

—Ya no puede quitarme nada, y una vez que Salomé se halle a salvo habré terminado aquí. Ya no puede hacer nada que me lastime. —Observé el sol colándose entre las nubes y sopesé la belleza del mundo una vez más, aquella que aún no había sido arrancada. El sol estaba allí, y la luna se alzaría de nuevo en unas horas. No importaba qué fuera de mí, de mi destino, aún había algunos que luchaban. El mundo debía seguir en pie, debía comprender que aquello que alguna vez llamaron amor y odio, dolor y alegría, aquellos sentimientos seguían vivos en ellos aunque no pudieran verlo por la contaminación de sus mentes. Los dioses les regalaban días soleados a los humanos que eran capaces de verlos, y noches de luna llena a los oscuros que creían en su diosa, como una promesa de un mañana mejor, como una señal de que no los habían olvidado.

El balance, mantenerse así. Los opuestos. Los opuestos que se atraen, los opuestos que luchan. Aquello que vivía en los corazones de cada ser que habitaba este suelo, homeostasis y transistasis pensé. Las dos fuerzas en un mismo cuerpo, que se contraponen y luchan entre sí. Dos entidades en uno mismo, como aquella que había habitado en mí, desde siempre. Sabía bien que cada ser contaba con estas partes, los humanos le habían dado miles de nombres a estos contrapuestos: homeostasis y transistasis, las fuerzas que mantienen la condición presente y la fuerza que nos hacía cambiar, dos fuerzas en constante conflicto. Como yo, con mi amor prohibido por Irizadiel y el latido constante por salvar a Salomé. Dos fuerzas opuestas, dos iguales que me hacían seguir luchando. La lucha entre lo que debo y lo que tengo que hacer.

Capítulo veintiocho

Incógnitas

Me levanté aún más confundida. No podía comprender el cuadro. ¿Qué diablos me había perdido? Había muchas cosas que no sabía de Nicolás. Enfoqué mis ojos en el cuadro colgado de la pared, era una escena campestre, tres mujeres con amplios vestidos tomaban el té a la sombra de un árbol mientras un niño le daba la mano a una de ellas. Ladeé la cabeza e hice crujir mi cuello, para tomar luego una bocanada de aire, tratando de completar lo que sabía con lo que me habían dicho. No, parecía que mis neuronas se negaban a entrar en contacto unas con otras. No tenía nada claro, todo era un caos, así que fijé mi vista en el único ser que podía respondérmelo.

—Nicolás ¿conoces al nefilim? —Estaba cansada de las palabras a medias, fingí una sonrisa.

—Hay cosas que no puedo decir, Sal. —Mi sonrisa se borró por completo. Me estudió como si tan solo intentara descifrar mis emociones. Odiaba que me mirara así —. Por ahora debes comer. —La preocupación se notaba en su voz, y yo podía sentir la necesidad subiendo por mi garganta.

—Bien... —dije parándome de golpe para sacar las pastillas que tenía en el bolsillo de mi pantalón— tranquilo, tranquilo, ves, aquí están —dije mostrándoselas. Sacudí el pastillero ante sus ojos—. ¿Ves?, he sido una niña buena y me he tomado como tres hace un rato. —Apretando las pastillas en la mano me detuve mirándolo con mis brazos en jarra.

—Mikela... —Nicolás nunca apartó la vista de mí— por favor, déjanos a solas... —Observé el disgusto de la bruja; aún quería saber por qué Nicolás la había enviado como cebo. La seguí con la mirada hasta que la puerta se cerró tras ella.

—¿Por qué? —me decidí a hablar apretando los dientes cuando escuché sus pasos por el corredor, pero Nicolás levantó la mano.

—Silencio... —murmuró con la vista clavada en el piso. Me crucé de brazos, fastidiada, volvió su mirada a mí un segundo después—. ¿Por qué ella es el cebo?

—Sí, ¿por qué? —dijo Eva antes de que pudiera hablar.

—Eso no es de su incumbencia... —respondió él levantando los hombros y quitándole importancia al asunto—. No me vengan con que ahora tienen miedo por ella, ¿verdad? —se burló. Bien sabía que no.

—¡Claro que no!

—¡Ni en sueños!

—¿Después de ver cómo meneas su trasero frente a tu cara? ¡Claro que no! —la respuesta de Carim lo sorprendió y le hizo soltar una risita.

—Esto es como tener tres hermanas sobre protectoras ¿saben? —El gruñido, en respuesta, fue general. Sí, éramos posesivas con él. ¿Y qué?

—¡Maldición Nick!, no puedes mantenernos a oscuras —di una patada en el suelo y él sonrió.

—¿Ves la ironía de eso...? —dijo con una gota de humor que no llegó a nosotras; eso le hizo perder su hermosa sonrisa y se aclaró la voz.

—¿Sabes?, solían encantarme tus acertijos... pero al menos podrías haberme dicho sobre las heridas de Hero, tú estuviste ahí —lo señalé con el dedo acusándolo — y no me lo dijiste —me quejé.

—Te lo repito, Sal, hay cosas que no son para que las diga.

Volví a golpear el piso, lo que pareció causarle más gracia.

—¿Acaso no podías decírmelo? ¿Forzarlo? No sé... ¿Dejarme un mensaje en el espejo del baño? ¿Pasarme un papelito? ¡Demonios Nick!

—Se lo había prometido —respondió levantando la ceja en un gesto súpersexy. Aparté ese pensamiento de mi cabeza y meforcé a concentrarme.

—¡Prometido! ¿Por qué a él? ¿Y yo? ¿Se lo prometiste a... él? —Lo sé, parezco una borrega malcriada, pero quién no. Conozco a Nicolás desde, desde..., bueno, no recuerdo desde cuándo, ¿y él le prometía algo a Hero sin pensar en mí?

—¿A quién más podría prometerle no decirte nada? —se quejó Carim, y le gruñí en respuesta.

—¿De verdad me preguntas por qué se lo prometí, de verdad preguntas por qué lo hice? Bueno, lo hice porque habías metido la pata. ¿Está bien? La habías fastidiado sin siquiera preguntármelo —caminó unos pasos acortando las distancias entre nosotros. No lucía feliz.

—¿Me habrías dejado? —gruñí clavando mis talones en el piso, negándome a retroceder. Se acercó un poco más y achicó los ojos—. Sí, claro —dije sabiendo que no lo hubiera hecho.

—Además, estaba fastidiado —respondió levantando las manos y dejándolas caer a los lados de su cuerpo— por eso, porque habías quebrado mis órdenes y te habías ido bajo los dictados de tu conciencia, como si en realidad fuera mucha...

—¡Nunca habías dudado de mí! —le grité.

—¡Y tú nunca habías pasado por tu etapa de celo constante y hormonas revoltosas! Así que créeme, no sé cómo lidiar con tu «yo» en celo —me sonrió con sorna y lo fulminé con la mirada al escuchar la risa de mis hermanas.

—¿Qué? —grité. No podía creerlo. Eso era un golpe bajo—. ¿Acaso estoy en un mundo paralelo?

—Lo que oíste... creía que mientras siguieras con aquel gato, con el que te acostabas antes de que Hero entrara en tu vida, estaba bien, pero no, tuviste que involucrarte no con uno, con dos. ¡Maldición Sal! Encima uno es un nefilim...

¿Acaso soy el único que ve esto como un enredo?

—No —respondieron ellas a dúo. Me volví tan solo para amenazarlas, y surtió efecto ya que ambas cerraron la boca.

—¿De qué lado están? ¿Eh? ¿Se puede saber de qué lado están? —fingieron estremecerse y me miraron sonrientes.

—Y después todo lo demás, como para sumarle —siguió Nick como si no hubiera escuchado nada. Volví mi atención a él que había comenzado a mesar sus cabellos.

—No planeé todo esto. Sé que es culpa mía, pero aun así no es justo.

—¿Acaso lo era revolcarte con el nefilim? Conocías tus sentimientos hacia Hero. Dime ¿cuánto tiempo lo ocultaste? ¿Cuánto tiempo lo supiste, eh? —tragué saliva. Yo me había preguntado lo mismo—. Dime ¿crees que eso fue justo? —se burló.

—¡Uf...! —dijo Eva haciéndose eco de mis propios pensamientos.

—¿Tú sabes qué es, verdad? —pregunté con la cabeza zumbándome—. ¿Sabes quién es?

—¿El nefilim? —levantó las cejas como si estuviera preguntando si uno más uno es dos.

—Pues claro que el nefilim.

—Sí, lo sé... sé que perdió sus alas por ti —alegó como si se tratase de perder un zapato.

—¿Perdió sus alas por ti? —Carim se movió con cara de estar viendo un gran culebrón mexicano, pero no le presté atención pues aún miraba con rencor a Nicolás.

—¡Sabes que no lo hice a propósito...! —Sí, casi sonaba como una niña, ¿y qué? No había sido consciente de eso, incluso tenía algunos recuerdos vagos de aquello, no más...

—Aún no lo entiendes ¿verdad? —imitó mis postura y se apoyó las manos en la cintura.

—¿Entender qué? —ladré sintiendo cómo mis colmillos se estiraban.

—Que no es solo una unión; el maldito vampiro no hubiera afectado tu tonta cabeza si él no sintiera nada por ti. —Sus palabras fueron una patada en mi pecho, lo miré anonadada y di unos pasos hacia atrás. Estaba estupefacta, con la boca abierta, los ojos igual, y las palabras atragantadas—. ¿Quieres que lo repita o estás intentando procesarlo? —En respuesta lo miré ceñuda y cerré la boca de golpe.

—¿El vampiro? —Sí, lo sabía, parecía una tonta repitiendo cada una de sus palabras, pero en mi mente no había nada claro, estaba dicho que el punto A no llevaba al B, el A llevaba al F y el D a la X, maldición, no podía unir dos pensamientos coherentes. Esperen. Sé lo que están pensando, pero es lo único que salió de mi boca.

—Creo que habla del vampiro, Sal —me dijo Eva como si eso ayudara.

—No, hablo del nefilim. —Nicolás respondió sin mirar siquiera a Eva—. No sé

cómo funciona el amor angelical, pero has sellado su futuro y sellaste el tuyo.

—¿Qué?

—Repítelo, es rubia —el gruñido silenció la estancia y sentí a la gata riéndose a más no poder.

—Que hagas lo que hagas siempre tendrás un nefilim metido en tu cabeza; eso si Semiazas le permite vivir antes de volverlo de un plumazo al cielo, porque sinceramente no sé qué castigo le sigue a un ángel caído al que le han cortado las alas, pero créeme, no creo que sea un apretón de manos.

—¿Lo dañarán?

—Creo que deberías saber la respuesta —respondió y sonaba fastidiado—. Tuvo sexo con un vampiro. Si aún está vivo es porque alguien más busca algo de él.

—¿Por eso los ángeles fueron por él?

—¿Tú qué crees...? ¿Me estás escuchando, Salomé? —el sarcasmo era más que evidente y en verdad, centinela o no, quería patearlo—. ¿Qué pensabas, que iban a invitarlo a una fiesta?

—Nicolás, espera —caminé hasta el sillón y me apoyé en él— había otro, otro, pero era un ángel, una mujer... —cuando no dijo nada por unos segundo lo miré, él me estudió y toda emoción se marchó de su rostro. Estaba pálido, demasiado pálido.

—¿Cómo era? —fuera lo que fuera que había dicho no podía descifrarlo en su rostro, pero su voz era un poco más dura. Toda nota de alegría se había ido.

—Hermosa, como todos los ángeles, con alas... —no sabía qué más decir.

—¿Cómo... cómo eran sus ojos? —comenzó a frotarse las manos y eso me puso más nerviosa, había visto a la mujer peleando con Zell. ¿Amigo o enemigo? Me había salvado, y Phill la conocía.

—No lo sé, ¿por qué? ¿Conoces a todos los nefilim y ángeles del lugar? —fue una pregunta estúpida desde el momento que salió de mi boca. Pero no sabía que más decir.

—No, no a todos —su expresión se volvió más fría que el hielo, y antes de que pudiera decir nada más salió cerrando la puerta tras él con un fuerte golpe que casi nos deja sordas a las tres. Miré a mis hermanas confundida.

—¿Y ahora, qué dije?

—No creo que hayas dicho nada, esta vez...

—Gracias por el voto de confianza Eva... siempre cuento contigo —le arrojé un almohadón que tenía a mano, pero lo detuvo antes de que la golpeará.

—Ya lo sabes cariño —me guiñó el ojo y le mostré los dientes.

—Ven... primero quiero que comas. —Carim se levantó y se sentó a mi lado, movió su cabello y dejó el cuello expuesto.

—¿No deberíamos saber qué le ocurre? —mis ojos se dirigieron hacia la puerta ahora cerrada. Algo había alterado a Nicolás. Nunca lo había visto tan inestable.

—Sabes cómo es Nicolás, no dirá nada, él seguro preferiría que comieras. —
Asentí. Carim tenía razón.

—¡Oh, genial!, lo que faltaba —señaló Eva que se cruzaba de piernas en el sillón mientras apretaba un almohadón como si fuera a ver una película.

—Púdrete Eva... —Carim me apretó las manos—. Vamos Sal, hazlo.

—Gracias —las observé un momento— a las dos. —Mis hermanas eran más de lo que la vida pudo darme, no había celos, no había lucha, tan solo una unión que muchos creyeron impensada, unidas por un *lazo* invisible que conectaba nuestras mentes a un nivel más allá de lo cerebral. Era como poseer más de un cuerpo y más de un alma. Tan distintas y tan iguales, cada una complementando a la otra, sabía que podían sentir mi dolor, mi angustia como propia y aun así nunca se quejaban. Carim sonrió y en su mirada no había más que entendimiento, comprendía mi hambre aunque nunca había bebido de nadie. Amaba a mis hermanas. Me incliné a su lado y percibí el latido de la vena bajo su piel blanca tan pura y hermosa como la más exquisita porcelana. Mis dientes salieron al instante en una reacción más visceral de necesidad, tenía sed, tanta, tanta sed... Gimió un momento cuando los hiqué en ella. Sentí cómo su pulso se estabilizaba y sus músculos se relajaban. No había dolor, percibí el aroma de la gata ronroneando en su mente, y las imágenes de los últimos días como si los reviviera en su memoria. La hermosa Carim que siempre parecía calma y medida, erizaba los pelos de su gata cuando no estuve, la necesidad del *lazo*, su búsqueda insaciable de conectarse conmigo, como mi ser, como si le hubieran arrancado una extremidad, y dolía.

—Se siente bien ¿eh...? —dijo Eva sonriendo mentalmente; sabía que ambas podían sentirlo. Seguí bebiendo un poco más y me aparté.

—Se siente genial —murmuró somnolienta. Cuando le estudié el rostro, estaba recostada contra el respaldo con los ojos cerrados y una sonrisa. Me dejé degustar su esencia y cerré los ojos un momento. Cuando volví a abrirlos Eva estaba ya en posición de combate nuevamente, totalmente enfocada en el deber.

—¿Qué sabes del nefilim? —la seriedad del trabajo volvió a la cara de Eva.

—Lo que es más importante... —dijo Carim recuperándose y enderezándose en el sillón— ¿es grande?

—¿Qué cosa? —pregunté confundida.

—Vamos, ya sabes «qué»...

—¿Por qué siempre terminamos hablando del sexo de alguien? —pregunté confundida.

—Porque es divertido —respondió sin más Carim levantándose levemente del sillón—. Además puede que sea una de nuestras últimas noches de vida, así que... qué más da. —Nos miramos un momento y aquellas palabras se colaron en nuestro interior. Sentimos el tirón de la tristeza colmándonos. Ella tenía razón, sonreí con

desolación.

—Nunca debí conducir las a esto, ustedes merecían algo mejor.

—¿Mejor?

—No lo sé, pero Carim tiene razón, ¿y si esta fuera nuestra última noche juntas?

—Y yo no he tenido sexo aún —se quejó Eva y nos largamos a reír.

—No se puede hablar de temas serios con ustedes —protesté y me crucé de brazos.

—Sabemos qué dirás, Sal. —Eva se aclaró la voz e imitó la mía, más nasal de lo que realmente creía que sonaba—, que no merecíamos esto, que tan solo nos has metido en problemas, que es totalmente cierto, pero qué más da, eres nuestra hermana y no podría elegir a nadie más...

—Qué tierna —dijo sarcásticamente Carim y le lanzó una galleta a Eva—. Toma una galleta por ser una lobita buena, buena lobita —me largué a reír ante la cara de odio de Eva.

—Por qué no dejas de hablar idioteces y comienzas por contarle lo que sabes —gruñó la loba masticando la galleta de mala gana.

—Oh, sí eso... espera, ven. —Carim comenzó a tartamudear y me arrastró con ellas hasta el sillón grande. Nos apiñamos nuevamente en torno a la computadora.

—Aún no sé qué es, pero es algo —ella tecleó un par de códigos y cuando terminó estábamos dentro del sistema de la Sociedad.

—¿Hackeaste el sistema de la S.A.? —Ella levantó los hombros en una mueca desinteresada. ¿Conocen el dicho «la curiosidad mató al gato»? Debió ser creado para ella. Estaba segura.

—¡Hum! Genial.

—Mira, esto es el banco de datos —dijo y abrió una pantalla de fondo negro con las iniciales de la Sociedad, había información guardada en carpetas—. Aquí están los míos; bella, alta, atlética, básicamente yo —señaló dándole un doble clic; la pantalla exhibía muestras de sangre, compatibilidad, rendimientos, incluso mencionaba la historia familiar de Carim— los de Eva, gruñona, mandona, mojigata. —Eva le dio un golpe en la cabeza. La imagen que me devolvía el ordenador era la misma, datos uno tras otro detallando la vida y los reportes de la S.A.— Y aquí los tuyos... —dio un clic en la carpeta con mi nombre y no había nada. Nada, ni siquiera una mínima nota. Me acerqué estúpidamente a la pantalla como si no pudiera ser cierto. Pero estaba claro que no encontraría más; cero archivos. Me alejé incrédula.

—¿Pero por qué?

—No hay nada, ves, está toda mi historia... toda la de Eva, pero de ti, nada —la computadora me devolvió una pantalla en negro con un cursor titilando—. Encontramos otro archivo —indicó rápidamente Carim y sus dedos volvieron a volar por el teclado.

—Encontramos es una forma de decir —ronroneó Eva, lo que le valió una mirada furiosa de Carim.

—Sabes, que me haya acostado con él no quiere decir que planeara esto, pero por lo visto mi aventura con el Simaris rindió sus frutos —terminó orgullosa.

—Uyyy... ¿Con el Simaris? Sabes lo asqueroso que puede resultar eso...

—Bueno, a lo que iba —dijo eludiendo el asunto— él me dio unas claves y aquí está lo que encontré —metió unos números, le dio al *enter* y algo apareció frente a nosotras. Había pruebas o lo que parecían ser exámenes como los que normalmente hacía la Asociación, también había una lista de nombres y resúmenes de historias médicas.

—Todo esto data desde que tenías tres años.

—Edad en la que entré a la S.A.

—Sí, ¿pero por qué tenerlos ocultos?

—No lo sé, son solo exámenes... —dije sin comprender.

—Bien, sí lo son, pero algo es diferente, mira. —Eva me tendió una hoja con exámenes igual a los que había en la PC.

—¿Qué tienen? —dije aún sin saber qué buscar.

—Mira tu sangre, mira su sangre y compárala con la tuya —había una leve diferencia en la composición. Escudriñé los datos comparándolos con los míos.

—Son distintas, pero puede ser que se deba a las familias, tal vez...

—Son todos nacidos, todos ellos tienen en común un alelo y un par de datos, en general coinciden todos, pero si ves la tuya no hay más de una o dos coincidencias.

—Seguí buscando y encontré que hubo pruebas.

—¿Pruebas médicas?

—Sí, estaban ultra selladas y a que no sabes quién las firmaba...

—Ben. —¿Quién más podía ser?

—Sí, él. Todas ellas eran pruebas en los renegados, que también tenían los archivos ocultos.

—¿Pruebas en ellos?

—Sí, básicamente en los recién convertidos, los que no tenían más que un mes del cambio, reportaban mejoras y cosas así.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Todo.

—No entiendo.

—¡Les inyectaban tu sangre, Sal! —Quedé atónita, por un momento el mundo se detuvo y los ojos parecían salirseme de las órbitas. ¿Pruebas? ¿Con mi sangre?

—Pero... ¿por qué?

—Aún no lo sé —susurró abatida— sigo buscando, pero no hay mucho.

—¿Cuándo debes reunirte con él? —levanté la vista hasta el hermoso reloj de pie.

—Debo reunirme hoy por la noche —respondí aunque mi cabeza había quedado embotada con el asunto de la sangre.

—Bien, eso nos da un poco de tiempo.

—¿Un poco de tiempo para qué? —la voz de Hero hizo que nos giráramos. No esperaba verlo de pie.

—No deberías estar levantado —gruñí, y me hizo una mueca quitándole importancia.

—Dime, ¿qué planean ahora? —Suspiré. ¿Acaso había aprendido a leer la mente?

—Nos reuniremos con el nefilim. —Hero miró por sobre mi hombro a Eva—. Nos encontraremos hoy...

—¿Hoy? ¿Por qué? —Traté de notar algún resquicio de las heridas, pero no había nada. Recordé que había tomado un poco de mi sangre. Me estremecí; *mi sangre...*

—Vatur ha dado una premonición —respondió Eva encontrando su voz—. Las pitonisas creen poder predecir el lugar adonde estará —se movió un paso y entrecerró los ojos sobre mí.

—Es peligroso —sus ojos viajaron de la loba hasta mí, aunque no podía dejar de pensar qué efecto tendría mi sangre sobre él.

—Lo sé, pero es lo que hay que hacer —confesé. Aún debía encontrar una cura para él, pero ahora tenía que sacar de juego al vampiro. Tal vez mi sangre fuera la clave, Carim había dicho que la habían estado probando en humanos recién convertidos... ¿Podría funcionar en un vampiro lesionado?

—Bien, ¿adónde? —preguntó y noté que su calor me envolvía. Estudié su rostro. ¡Oh no! Sabía qué quería.

—No irás —le ordené apretando los dientes hasta que mi mandíbula dolió—. No puedes ir —gruñí, pero pareció no afectarlo.

—Ni tú impedírmelo —me respondió. Supe que tenía razón, pero eso no significaba que debiera quedarme callada, ¿o sí?

—Demonios, Hero, no puedes ir, estás lastimado —rompí la distancia entre nosotros enfrentándome a él. Quería golpearlo por ser tan malditamente terco.

—Creo que mejor los dejamos solos. —Sentí la incomodidad de mis hermanas y las oí marcharse en silencio.

Esto era entre él y yo.

El sol estaba por tocar el horizonte en media hora. Había discutido con él argumentando cada una de las opciones, pero no quería entrar en razón. Lo había amenazado con todo lo posible pero al final terminábamos en lo mismo, yo no tenía poder sobre él. Aquello me dejaba solo una alternativa: Nicolás. Él debía hacerle entender. Tenía que lograrlo, no estaba cómoda pensando en Hero al frente de lo que fuera que hiciéramos. ¿Cómo lucharía? Estaba lo bastante herido como para dejarlo fuera en un segundo y no estaba dispuesta a eso. Maldición no. Se negó a decirme

cuál era el problema, incluso intenté seducirlo para que probara un poco más de mi sangre, pero parecía no querer oír nada de mí. Salió del cuarto dejándome derrotada en el sillón. Esto estaba mal. Muy, muy mal. Pero no iba a quedarme cruzada de brazos.

No esta vez.

Capítulo veintinueve

La última noche

Iríamos en mi auto. Aún no había hablado con Nicolás, pero lo dejaba en sus manos. No podía mantener a Hero fuera de la pelea, solo el centinela podría. Me había calzado unas botas de caña alta hasta las rodillas. Escondí un par de cuchillos ahí. Llevaba jeans ajustados de color gris y una camisa negra; coloqué en mi cintura un par de armas más y me calcé encima una chaqueta de cuero, era cómoda y me permitiría moverme con facilidad. Recogí mi cabello en una coleta alta, para que no me incomodara en la visión, y apretando los puños eché una mirada al espejo. La mujer que me miraba no se parecía nada a la de unas semanas atrás. Era distinta. Sus ojos me observaban hostiles y acusadores. Incluso ella sabía que era mi culpa. Tomé el frasco de pastillas de sangre, y estudié la etiqueta. Mi sangre. Volví a echar un vistazo al reflejo. ¿Por qué alguien haría estudios con mi sangre?

No lo entendía, aunque en realidad ahora no importaba, quizá en unas horas ellos encontrarán solo eso, sangre. No me intimidaba. Esto era lo que era. Había nacido para ser una asesina. No me escondería tras las puertas del sótano como una niña. Esta era mi familia, mi gente... no podía volver a ocultarme tras una roca, como cuando mataron a mis padres. No. Los buscaría y los haría pagar, o al menos moriría sabiendo que luché por los míos. Tomando una inspiración profunda le mostré los dientes a la mujer del espejo y salí del baño. Bajé las escaleras esperando ver a Hero allí, pero no estaba. Tal vez Nicolás se había anticipado. En la cocina, sentadas a la mesa, estaban Carim y Eva. Sonreí al verlas. Sí, definitivamente moriría por ellas, me dije a sabiendas de que no necesitaba oírlo de sus bocas, lo sabía. Se levantaron y pasaron a mi lado.

—Tu coche, si destruyen algo, espero que sea esa chatarra —su burló Eva.

—Muérdeme lobita —le contesté y apenas había dado un paso hacia la puerta cuando Hero me tomó del hombro. No sabía de dónde había aparecido.

—¿Adónde crees que vas? —me gruñó. Aún sentía su dolor, pero eso no significaba que me dejaría ir, ni que se encontraba sin energías para impedir mi salida. Me giré enfrentándolo. Lo estudié por un momento, mis ojos recorrieron su cuerpo. Llevaba un pantalón suelto, negro, mi color favorito, junto con una remera gris plomo que hacía resaltar sus ojos y lucía como si fuéramos a juego él y yo; su cabello iba despeinado y tenía aroma a perfume como si hubiera salido ducha.

—Vamos arriba ahora —tironeó de mi mano y me llevó hacia él.

—Oye, ¿qué te pasa?, no eres mi padre, ni mi centinela, así que guárdate tus órdenes. —Hero me mostró los dientes pero no me soltó, su mirada se oscureció un

poco dándome a entender que ambos teníamos un humor horrible—. ¡Suéltame! ¿Alguna vez alguien te dijo que ser tan posesivo mata?

—No lo intentes, si sales por esa puerta juro que te traeré a rastras para adentro.

—Lamentablemente deberá salir —la voz de Nicolás se oyó detrás de mí y sonreí con suficiencia cuando me solté. Hero apretó los puños y quemó a Nick con la mirada.

—¿Estás loco centinela? —torció la cabeza y lo miró de lado.

—No, pero te diré —respondió Nicolás y se colocó a mi lado—. Hay una reunión con un caído en pocos minutos, tiene algunos datos, aunque creo que es alguien a quien ya conoces...

—Sé quién es.

—¡Claro que sabes quien es! —le grité. Me fulminó con la mirada, pero no quería su reproche; sabía bien qué había hecho, pero ya estaba harta de que me lo echaran en cara.

—El vampiro —gruñó y me sentí hundir. ¡Tierra trágame, ahora!—. Sé quién es... —respondió en cambio y retrocedí un paso avergonzada y atónita.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Nicolás y lo observó. Al parecer no era a la única a quien Hero había sorprendido.

—Porque lo conozco —habló sin mirarme, directo al centinela— desde que era humano... —murmuró apretando los dientes.

—Vamos, me contarás el resto en el camino. —Nicolás me miró y lo seguí impotente, las palabras de protesta se quedaron allí atascadas, tan solo tartamudeaba incoherencias. ¡Maldición! Hero me tomó de la mano y quiso llevarme tras de Nick, pero me resistí.

—Iré en mi coche. —Un gruñido más animal que humano cortó el aire—. Tú y yo, hablaremos de esto. Eres extremadamente posesivo —le dije de modo acusador y me solté. Aunque moría de ganas de saber quién era el vampiro, o el humano, y por qué Hero lo conocía, me contuve. Estaba cabreada. No lo quería allí, estaba herido. Resistí mis ganas de seguirlo y me subí a mi coche viéndolo entrar un segundo después al coche de Nicolás. Apreté mis manos sobre el volante intentando controlarme. Carim y Eva me miraron en silencio.

—¿Tan mal se encuentra? ¿Está herido? —era la primera vez que ellas preguntaban algo sobre eso. Estaba claro que conocerlo por el *lazo* no era igual que confesarlo.

—Está muy mal —susurré incapaz de apartar los ojos.

—Encontraremos un modo... —Eva apretó mi hombro.

—Espero que sí, Eva, todos dicen lo mismo, pero nadie sabe cómo —observé que Mikela caminaba hacia nosotras y maldije. Lo que faltaba, una vena latiendo cerca y el hambre pujando en mí como una bala a punto de salir, y encima ¡ella! Maldije y vi

cómo un vampiro se metía en el coche con Nicolás, seguido por otro ser—. *¿Qué es?* —murmuré en mi mente y fue Eva quien respondió.

—Un *horuin* —dijo orgullosa. Pensé que debieron llegar mientras discutía acaloradamente con Hero, porque no los había visto.

El coche de Nicolás arrancó y comenzó a dirigirse hacia la entrada. Las rejas se abrieron y salimos tras él; la noche nos recibió con los brazos abiertos y me di un momento para mirar al cielo. Si Vatur estaba allí arriba, tan solo pedía que rezara por nosotros. Nicolás se dirigía al centro, yo lo seguía de cerca. No estaba muy segura sobre las reacciones de Hero ante la presencia de Phill, tan solo rogaba que no se mataran en el transcurso.

—*Odio esto, quiero que lo sepan* —se quejó Carim que estaba recluida en el asiento trasero junto con Mikela. Eché un vistazo rápido a la gata y sonreí, ella miraba distraídamente hacia afuera aunque supe que no se perdía detalle. Su gato no estaba nada feliz, casi podía sentir sus garras saliendo por su piel. Doblamos en una esquina cuando a lo lejos pude ver la punta de la torre mayor alzándose cerca de las nubes, tan cerca del cielo y tan lejos a la vez. Las nubes encapotaban un poco el cielo, las calles estaban casi vacías a esa hora.

Phill estaría allí, lo imaginé alado, y sonreí al pensar en él volando entre esas nubes. Él estaría allí esperando, mis ojos se quedaron pegados a su hermosa arquitectura cuando percibí de reojo un movimiento desdibujado a mi izquierda. En el mismo momento en que giré la cabeza para ver qué era, un puñal vino desde mi espalda rozando mi columna e hizo un tajo en mi vientre del que comenzó a manar la sangre. Mi mano viajó hasta la herida y el dolor me atravesó de punta a punta, cada célula de mi piel supo que algo iba mal y mi mente se disparó. El coche se descontroló antes de que pudiera gritar, y golpeamos una pared a la derecha, pero no se detuvo. Intenté mantener el control justo en el momento en que veía el choque del auto que conducía Nicolás.

—¡Sal! —Eva fue quien vio primero el puñal; antes de que Carim pudiera tomar a Mikela esta había pateado la puerta arrancándola de cuajo y se había desvanecido casi por arte de magia. Carim tomó el puñal cuando algo volvió a embestir contra mi lado. Eva pateó el parabrisas haciéndolo caer hacia fuera hecho añicos. Cuando volví a verla, la mujer había sido suplantada por una enorme loba. Otro golpe contra mi puerta hizo que el hierro cediera. Luché contra el asiento hasta lograr moverlo hacia atrás, y me precipité afuera por el lado del acompañante. Eva luchaba con un lobo enorme y gris. Salté sobre él empuñando mi daga más larga sin prestarle atención a la herida en mi vientre. ¡La maldita me había apuñalado! Le arrancaría el cabello hebra a hebra. El corte en el lomo del lobo hizo que se tambaleara de modo que la loba fue por su cuello y en un instante dejó de moverse. Un vampiro me pateó justo donde Mikela me había apuñalado y grité retorciéndome de dolor mientras caía al suelo.

Tomé el arma de mi costado y apreté el gatillo frente a su rostro, destrozándole la cabeza; lo vi caer de espaldas. Carim luchaba hábilmente en forma de gato contra un vampiro; la gata era demasiado rápida para el tipo, que ya tenía varias heridas.

El caos había estallado en plena calle, quise correr para ayudar a Hero que luchaba con una quimera enorme, la bestia era casi cinco veces su tamaño, cuando algo saltó sobre mí. Mi espalda dio un golpe seco contra el muro y percibí esos ojos rojos como la sangre observándome. Sin detenerme a pensar lo golpeé con todas mis fuerzas. Me sangraba el vientre. Busqué uno de mis cuchillos cuando me asió por la garganta y sentí que mis pies no tocaban el piso, se lo hincó en el costado del cuello, respondió metiendo su mano en mi herida, sus dedos se abrían paso a través de mi carne y lo vi reír mientras yo no podía hacer más que gritar. Le di una patada en la entrepierna que ni lo movió. Mi arma había quedado a unos centímetros de mí, si tan solo lograba tirarlo al piso tal vez podría alcanzarla. Mientras escuchaba más gritos y pelea a lo lejos, cerré los ojos y luché por tomarla aunque sabía que era inútil, Zell me golpeó con el puño en el rostro y caí. Tomando mi arma disparé en su pecho, una, dos, tres malditas veces, y lo único que logré fue hacerlo retroceder unos pasos.

¿Qué mierda era este vampiro? De la nada, Hero saltó a su espalda tumbándolo casi encima de mí. Intentaba alejarme, cuando sentí unos brazos fuertes tomándome.

—Es hora de morir —gritó el vampiro que me arrastraba, indefensa. Él tenía sangre en los ojos y en el rostro, y una mirada desbocada augurándome que sería la peor noche de mi vida. Pataleé para darle en la cara, pero el maldito me esquivó. No me rendiría tan fácilmente. Sus manos como garras tomaron ambos lados de mi cabeza y justo cuando iba a estamparme contra el suelo, Hero me lo quitó de encima. Casi inconsciente noté que lo dejaba fuera de combate en menos de un segundo, o eso parecía. Aquel maldito fue por él en un parpadeo, llevándolo lejos de mí, y grité hasta que mis pulmones dolieron. Me levanté asíéndome del muro, tambaleándome en cada paso, movida por la furia y el dolor que había acumulado durante todo este tiempo. Lo quería muerto, deseaba oírlo rogar por su muerte, e intenté dirigirme hacia ellos cuando unas alas se metieron en mi campo de visión. Una mano invisible de energía me tiró al suelo nuevamente, y la hoja de un cuchillo centelleó ante mis ojos. Hero fue movido de un golpe al igual que yo, cayendo de espaldas; gateé hasta él agitada y fue justo en ese momento que Zell gritó. Me giré a ver qué ocurría. Las alas casi cubrían todo, pero sus ojos, los ojos de Zell estaban fijos en el vampiro, a mi lado. Pareció notar el final de su vida, y bajó la mirada hasta el rostro del ángel que lo había herido. Su pecho se fue llenando de luz; era tan pura, tan fuerte que nos cegó cuando de un momento al otro desintegró a Zell.

Me tomé el pecho cayendo en la cuenta de que no estaba sanando como debía, el dolor era tan fuerte que me impedía ponerme de pie. Mis pensamientos viajaron hasta las dos personas que estaban unidas a mí, buscando sus signos vitales. Un ronroneo

suave en mi oído me dijo que Carim estaba viva. Vi a Eva caminar junto a Nicolás que parecía estar magullado, pero entero. Busqué a Hero a mi lado; sus ojos eran lo más parecido a lo que debió ser de humano. La tristeza estaba arraigada en el ahora, todos sus rasgos deformados por algo que no lograba comprender. Siempre lo había visto como alguien duro, incapaz de demostrar el dolor cuando lo sentía, pero aquí estaba sentado en la calle, con sus manos tomándose el hombro y el estómago, había una máscara de sentimientos encontrados en su mirada, no podía definir qué era, pero allí estaba observando el lugar donde el vampiro había muerto. Mis ojos buscaron a la mujer alada frente a nosotros, y cuando Irizadiel se giró también noté lágrimas en su rostro, pequeñas gotitas que parecían quedar atrapadas en sus largas pestañas, sus ojos entrecerrados y las puntas de sus alas arrastrando en el suelo. Su hermoso rostro era una máscara de tristeza también y me di cuenta de que no había visto a Phill.

—Irizadiel —murmuré y la desesperación se apoderó de mí. Ella me miró, y haciendo un movimiento con su mano su daga desapareció. Fijó sus ojos en mí y diría que la oí sollozar; bajó su mirada hasta la más importante de mis heridas y cerró los ojos con fuerza. Hero seguía sin decir nada cuando ella vino hasta mí—. ¿Dónde está Phill? —incapaz de contenerme mucho más, tragué con fuerza esperando lo peor. Él no me habría abandonado. Algo más grave debió ocurrir, lo sentía en mi fuero interno.

—Se lo han llevado —murmuró tan despacio que casi no la escuché, se agachó junto a mí y posó una mano en mi estómago—. Se lo llevaron... —repetió cuando sus ojos aguados se encontraron con los míos, el calor recorrió mi herida y apreté los dientes para no gritar. Irizadiel todavía lloraba y algunas lágrimas caían en mi ropa. Me sentí caer por la angustia del hermoso ángel que me curaba con sus artes celestiales.

—¿Quién...? —dije con un hilo de voz—. ¿Quién se lo llevó? —Repetí al no tener respuesta. Irizadiel hizo una mueca tan humana que me conmovió, su mano me acarició el rostro y cerré los ojos con fuerza.

—Eres todo lo que él me ha dicho y por lo que ha luchado —suspiró, estudió a Hero y torció la cabeza—. ¿Quién te ha herido? —Él no respondió. La voz de Irizadiel era tan dulce como la de una madre. Se movió hasta llegar frente a él. Hero no la miraba.

—Hay heridas muy viejas... —Irizadiel apoyó su mano en él, casi donde estaba su viejo corazón, su voz como un arrullo. Hero llevó su mirada a ella—. Hay cosas que no se pueden sanar, pero debes entender que todos elegimos nuestros caminos, incluso después de la muerte, elegimos quienes somos —sus dedos acariciaron el lugar donde Hero fue herido por el ángel—. Te sanarás. —Lo vi retorcerse un poco y cerré los ojos para no correr a su lado—. Eres fuerte, y no te culpes, todos elegimos nuestro camino.

¿Todos elegimos nuestro camino? ¿De qué demonios estaba hablando?

Se puso de pie. Parecía aún más sabia y majestuosa de lo que alguna vez había creído. Intenté levantarme y noté entonces que no tenía dolor. Me levanté y busqué la herida en mi estómago, pero ya no estaba allí. Hero siguió mis pasos. Casi era de la altura de ella. Irizadiel plegó sus alas y sonrió. —Todos, incluso yo... que he caído— me quedé hipnotizada por sus palabras; Hero no podía apartar los ojos de ella y por un momento sentí el aguijonazo de los celos. ¿Qué era lo que ella sabía y yo no?

—Lo encontraré... —dije apretando los puños al recordar a Phill. No podía reprocharle nada a Hero, yo había hecho algo mucho peor que mirar a Phill así que escondí el orgullo en el centro de mi alma. Ella se volvió para responder con una leve sonrisa.

—¿Irizadiel? —la voz de Nicolás nos sorprendió a todos. Eva miró con desconfianza a la mujer alada y se alejó de ella caminando a mis espaldas. Carim siguió el mismo camino. Me quedé embobada recordando las preguntas que Nicolás me había hecho horas atrás y lo afectado que estaba. Se observaron unos minutos.

—Irizadiel —susurró Nicolás y caminó hasta ella, acarició su rostro suave y siguió mirándola como si fuera un espejismo.

—Nicolás... —ella hizo lo mismo, tocó sus manos, su rostro y me sentí incómoda. Era tan íntimo. Tan puro—. Hermano mío... —El tiempo se detuvo cuando se abrazaron. Había esperado cualquier cosa, cualquier cosa, menos esto. Nicolás acarició sus alas y la apretó contra su pecho—. Por dios, hermano.

—Te he buscado —dijo él, enmarcándole el rostro con las manos.

—¿Hermano? ¿Nicolás es tu hermano? —tartamudeé. Hero apoyó una mano en mi espalda. Irizadiel y Nicolás nos observaron, como si por un momento hubieran olvidado que estábamos allí.

—Sí, Salomé, mi hermana —volvió a mirarla y sonrió—. Debemos irnos...

—No podemos dejarla aquí —protesté. Si se habían llevado a Phill puede que siguieran con ella—. Irizadiel ven con nosotros... —murmuré.

—Debo encontrarlo.

—Y lo haremos —le respondió Hero— pero debemos irnos ahora, no sabemos qué más esperar.

—Aún debemos encontrar a esa perra de Mikela —mi voz sonó tan dura como el hierro—. Me lo pagará Nicolás, lo juro, y si tiene que ver con algo sobre el secuestro de Phill, deberás matarme para que no la asesine.

—No te preocupes, vamos —dijo en cambio y la furia se potenció en mí—. Yo mismo la mataré, con mis propias manos. —Eso sonaba a promesa. Nunca lo había oído hablar de ese modo, Nicolás nunca decía algo como eso porque sí, sentía el odio en su corazón tanto como en el mío. Hero me abrazó y me arrastró hasta el coche.

—¿Tu herida...?

—Sanando, como todo... vamos Sal. —Esta vez no protesté cuando él tomó un coche de la calle y se puso al volante. Carim y Eva se metieron atrás. El *horuin* que había acompañado a Nicolás se colocó junto a Eva en el asiento trasero mientras Carim se metió en el baúl. Dejé que mi cabeza reposara en el asiento mientras veía a Nicolás tomando un coche un poco más grande. Alas, pensé. Irizadiel se metió a duras penas. Dudaba que Nicolás la dejara ir volando, así que ella ocupó todo el asiento trasero; Nicolás y el vampiro iban adelante. Esta vez llegamos más rápido, tanto como todo había comenzado y terminado. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué las pitonisas no lo habían visto? Solo la diosa Vatur sabía cómo habíamos terminado de este modo. Todo sucedió demasiado rápido, el ataque nos tomó por sorpresa, no habíamos visto la jugada de Zell ni cómo habían averiguado de la participación del caído, ni de su secuestro. Al llegar vi los coches de la S.A. y a Ben parado junto a otros. Nos vio y sus ojos se agrandaron. Era oscuro, pero casi pude ver un destello verde en su mirada. No hubo gritos ni advertencias de su parte, tan solo unas palabras cálidas que cualquiera hubiese esperado de otro, nunca de Ben.

—Me alegra que estén a salvo asesinos, estamos rastreando a la bruja —hizo una reverencia a Irizadiel cuando ella pasó a su lado—. Me he tomado el atrevimiento de buscar una habitación amplia donde pueda descansar tu hermana, Nicolás.

¿Qué? ¿Ben lo sabía?

—Gracias —murmuró este que no soltaba la mano de Irizadiel. Caminamos detrás de ellos hasta la entrada. Eva y Carim, magulladas pero vivas, corrieron en busca de ropa ya que la suya estaba destrozada. Nadie habló después de eso. Besé a Hero aliviada cuando me mostró su pecho. Las heridas no estaban, aunque no parecía feliz.

—¿Qué ocurre?

—Nada, tan solo hay heridas que están abiertas y son tan antiguas que tardarán en sanar; pero me hace feliz ver que estás bien.

—Eres un terco...

—Y posesivo también, nunca lo dudes —sonrió, pero no terminó de convencerme.

—Vamos —le dije intentando empujarlo hacia su habitación.

—Sal... —lo miré confundida ante el tono de su voz—. Por esta noche necesito estar solo, solo por esta noche —me aclaró y besó mis labios con fiereza—. Mañana serás mía, lo quieras o no.

Mi corazón dio un vuelco. Irizadiel tenía razón, él tenía heridas más profundas que las visibles. Lo dejé ir a duras penas, y caminé hasta mi cuarto pensando tan solo en una cosa. Mañana sería suya para siempre, pero hoy... Debía hacer algo antes.

Capítulo treinta

Antes del amanecer

Entré a la habitación; hallé a Eva y Carim sentadas en sus camas.

—¿Aún te deben algunos favores? —pregunté sin más, mirando a Carim.

—¿Irás por él? —respondió.

—¿Los tienes?

—Creo que sí —dijo Carim inquieta.

—Bien, porque necesito saber solo una cosa.

—¿Hero sabe de esto? —la mirada que le eché lo dijo todo—. Y supongo que Nicolás tampoco lo sabe ¿verdad? —Negué en silencio.

—Bien, ¿qué necesitas?

—Una premonición —dije y sonreí.

—Estás loca, ¿lo sabes? —Eva refunfuñó mientras se bajaba de la cama.

—Lo sé.

—¿Cómo lo harás?

—Como lo hacíamos antes —respondí sin más.

Dos horas más tarde Carim había logrado algo, tenía la premonición de una pitonisa a la cual no sabía bien en qué le había ganado, pero no importaba. Mis pies estaban en la acera quince minutos después que eso. Corrí hasta una moto que Eva había conseguido, monté en ella y arranqué. Necesitaba llegar. Miré el cielo, no estaba totalmente encapotado aún, pero la noche era tan cerrada como la boca de un lobo. Mi teléfono sonó y apreté el control inalámbrico para atender la llamada.

—¿Qué más saben?

—Que es una idiotez y lo sabes. —¡Oh, maldición, Hero!

—Prometo que no haré nada peligroso —dije en mi defensa, aunque no ayudó mucho.

—Lo estás haciendo —gruñó.

—No le digas nada a Nicolás, por favor —le pedí y se quedó en silencio por unos instantes.

—Te advierto Sal, no le diré nada, pero tampoco te cubriré si llega a enterarse y, por cierto, el tiempo de soledad se ha acortado, te quiero de vuelta en unas horas y en mi cama... —Iba a protestar pero callé—. Y te quiero sumisa, te prometo que disfrutaré eso. —Colgó, sin dejarme contestar.

Mejor que me apurara... Aceleré la moto y me dirigí hacia las afueras de la ciudad. La pitonisa había dicho que estaba por un camino ubicado en una zona boscosa. Me habían dado esa mínima indicación para buscarlo y hacia ahí me dirigía.

No podía pararme a pensar. Sabía que Carim y Eva no se quedarían adentro, así que corría con poco tiempo, me habían dado ventaja pero no se arriesgarían a que me lastimaran de nuevo; la primera vez que me atacaron fue cuando conocí a Hero y a Phill. ¿Irónico no? Dejé la moto en un camino alejado e hice el resto a pie, corriendo hacia el sector que me habían señalado. Vi la casa entre los árboles a lo lejos, y sin pensar fui hacia allá. Intenté oír qué sucedía en el interior, pero no escuché nada. Era una casa vieja, de algún cazador. Parecía vacía y destartada. Me aventuré hacia la puerta, atenta a cualquier cosa que pudiera venir a atacarme, y la abrí. Entré en silencio y mis ojos se adaptaron a la poca iluminación.

—¡Hijos de puta! —grité cuando vi una pluma en el suelo.

Ángeles.

Los ángeles lo habían atacado nuevamente. Malditos sean. No había nada allí, solo suciedad y musgo. Recorrí la sala en busca de algo, pero tan solo podía percibir un débil aroma a Phill. Me alegré un poco al no ver sangre, eso quería decir que estaba vivo, casi podía sentirlo adentro de mi pecho. Lo sentía en mi ser, estaba vivo y no dejaría de buscarlo. No sabía por qué se lo habían llevado, peor no me rendiría tan fácilmente, no mientras tuviera la certeza de que vivía. No mientras supiera que su corazón latía. Había estado allí. Pero cómo, ¿cómo había averiguado que vendría? La psíquica había dicho que se lo llevarían después de la lluvia. Vi algo que llamó mi atención en una esquina, había un mechón de pelo rubio como el sol; olisqueé el cabello y comprobé de quién era. Mikela. Aquella bruja bastarda nos había engañado. ¿Pero cómo había logrado convencer a los ángeles? Eso no lo sabía, lo único que tenía en mente era su sangre en el piso y su cuerpo deshecho. La mataría en cuanto la viera, eso si Nicolás no la encontraba primero. Ella había predicho mi venida. Maldita. Había subestimado su poder. Enojada aún más salí con el corazón en un puño; no podía ser cierto. Phill no había hecho nada. ¿Por qué se lo habían llevado? ¿Qué trato había logrado Mikela? ¿Con quién? Pateé una piedra y levanté la vista hacia el bosque, entonces noté unos ojos brillantes en la oscuridad. Todos mis músculos se tensaron cuando aquello dio un leve gruñido. Era enorme. Los vampiros que habían escapado estaban muertos, al igual que los licántropos, pero habían llevado dos quimeras con ellos; Nicolás había matado a una en la calle y allí frente a mí, con casi dos metros de altura parecía estar la otra, ¿o no? Caminó unos pasos hacia mí mientras yo me arrastraba contra el muro buscando el lugar abierto por el que había venido. Cuando salió de la sombras corroboré que no era una quimera, no, aún peor, ¡un *majed*! Los *majed* fueron extinguidos tiempo atrás, sus cuerpos no habían aceptado el cambio dejándolos en medio del *ello*, mitad humanos, mitad bestias, sin piedad ni sentido del dolor ni la culpa; eran animales, o al menos la mitad de ellos y, para mi mala suerte, este tenía su mitad superior de bestia con una boca enorme y dientes como cuchillas. Me estudió midiendo mis movimientos hasta que

llegué al borde de la cabaña y corrí. Sí, corrí. ¿Qué valiente, no? No había forma de enfrentarme a él sola, por lo tanto correr era la mejor salida. Era lo único que podía hacer hasta que llegaran mis hermanas. Mientras corría por el bosque, con sus pasos resonando detrás de mí, no dejaba de maldecirme. Sabía que no debí haber intentado llegar caminando a aquel lugar.

Odiaba las predicciones a medias. ¡Malditas mentalistas! Si tan solo hubieran dicho las cosas sin acertijos estaría mejor. Debía encontrarlo. Él tenía que estar ahí, no podía estar lejos. Si tan solo hubiera escuchado.

Corría por el suelo resbaladizo, mientras intentaba saltar y esquivar las raíces que se levantaban de la tierra, el bosque era demasiado tupido para la bestia que me perseguía, y eso me daba una pequeña ventaja sobre él, solo una muy, muy pequeña ventaja. Percibía su aliento apestoso sobre mi nuca. Brinqué contra un árbol que se recostaba un poco sobre el camino, mis pies golpearon el tronco podrido de un enorme arce derribándolo a mi paso, aquello debía darme unos metros más, salté una roca raspando mis manos al impulsarme y caí con un golpe seco del otro lado; mis piernas se tensaron y volví a correr sintiendo su respiración agitada, estaba solo a unos metros..., más cerca de lo que creía, y casi podía sentirlo sobre mí, su olor fétido golpeándome como un puñetazo en mi sensible nariz, sus garras mugrosas a punto de tomarme para siempre. Debía salir de esta, tenía que hacerlo. Estaba por desviarme hacia la izquierda intentando buscar un sitio abierto donde intentaría pelear y enfrentarle, cuando los faros de un coche alumbraron a lo lejos la carretera. Las chicas estaban allí. ¡Mis hermanas habían llegado! Saltando unos arbustos corrí en dirección a la ruta, esquivé unas ramas mientras intentaba no resbalar y oía el golpeteo de las patas de aquel maldito persiguiéndome. El coche se detuvo con un chillido sobre el asfalto. Apreté los dientes y me apuré a salir de la maleza.

—¡Llegan tarde! —grité sin frenar la carrera, mi pecho quemaba por el esfuerzo y la agitación.

Carim salió desde atrás del coche que estaba ahora atravesado en la carretera poco transitada de Alaska. En su mano llevaba una ballesta y por suerte apuntaba detrás de mí, ya que ella nunca erraba a su presa. Eva salió del coche también, la gran Magnum 44 al viejo estilo de Harry «el sucio» osciló en su mano antes de que el tiro saliera y pasara silbando cerca de mi cabeza.

«Eso» gruñó a mis espaldas y frené de golpe cuando choqué contra el auto. Mi pecho bajaba y subía de modo violento, cerré los ojos intentando calmarme, aquello sí había sido una gran carrera. No me volví hasta que escuché otro disparo de la Magnum plateada y un aullido de dolor cortando el silencio sepulcral de la noche.

—¿Dónde está? —La voz de Eva sonaba inquieta, y cuando levanté los ojos hacia ella observándola entre mi cabello revuelto su rostro lucía peor. Estaba furiosa. Me había dicho que esto era una estupidez, Hero había opinado lo mismo, aunque no me

esperaba otra cosa de él, y por lo visto ninguno de los dos se había equivocado.

—No está... —siseé luchando por encontrar mi voz en mi garganta seca, me agaché junto al guardabarros y tomé una gran bocanada de aire.

—¿Cómo que no está Sal? Dijiste que estaría aquí. —Me levanté molesta ante el tono de Carim.

—Lo sé, sé lo que dije, pero no está, simplemente no estaba allí y no hay rastros... —el semblante de mi hermana se suavizó un poco, su expresión mostraba más calma, percibí una oleada de tranquilidad por el vínculo, parecía entenderlo. Intuí que mis ojos se veían tan tristes como ella se mostraba ahora.

—Vamos, larguémonos de aquí —dijo y palmeó mi hombro. Eva farfulló algo y se metió dentro.

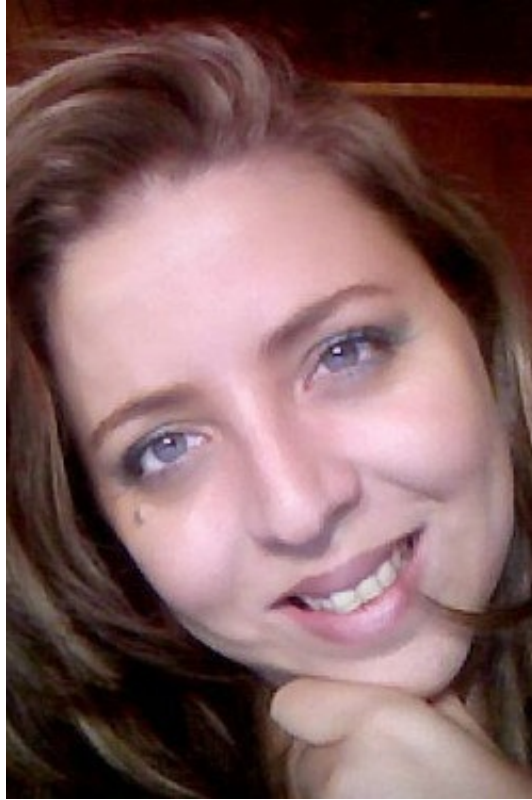
—Nicolás se estará preguntando dónde estamos, y no creo que Hero ayude con eso —murmuró Eva. Estaba en lo cierto, Nicolás sabría que no estábamos cerca y estaba segura de que Hero no haría nada para calmar su ira.

—Pronto lloverá —susurró Carim. Levanté mis ojos al cielo, aún sin separarme del coche. No había nubes, pero pronto se instalarían allí. Me había prometido llegar antes de que se lo llevaran, antes de la lluvia, y había fallado.

—Vamos Sal, lo buscaremos por la noche, pronto amanecerá y muchos verán esto —me giré escudriñando donde debía estar el cuerpo. Allí, en un charco de sangre, se hallaba el *majed*. Maldita bestia mitad humano, mitad animal. Una abominación de la naturaleza, como yo, como mis hermanas, como el mundo en el que vivíamos. Iba a encontrarlo... se lo debía.

Referencias

- La Biblia, versión Reina Valera 1960, antiguo Testamento. Génesis capítulo 6.
- Biblia de la Iglesia ortodoxa Etiope. Libro Enoc capítulo 10, versículos 1-9; capítulo 10, versículos 15-17 y capítulo 15.
- Biblia, antiguo testamento. Baruc 3:26, 3:27, 3:28.
- Biblia, antiguo testamento. El Libro de la Sabiduría, o Sabiduría de Salomón, capítulo 14 versículo 6. (En la Biblia Católica se encuentra dentro de la sección de los llamados «Libros Sapienciales»).



NELIEL CROSS. (Buenos Aires, Argentina). Neliel Cross es el seudónimo de la escritora Ximena Flores. Vive en la ciudad de Neuquén, en la Patagonia Argentina. Se ha graduado como arquitecta y diseñadora, dos facetas muy distintas a la escritora que nace en ella cada vez que alguna historia se le cruza por la mente.

De pequeña se dedicó a escribir poesía aunque nunca llegó a publicar ninguna y acabaron atesoradas en un pequeño cuaderno azul que guarda como recuerdo. Al ir creciendo llegaron a sus manos los libros que le brindarían la inspiración que años después plasmaría como sus primeras novelas, las cuales comenzó a publicar como autora independiente en el año 2013.

Neliel, no se permite encasillarse en un género en particular, aunque lo que más predomine en sus novelas es el género paranormal, siempre tiene un deje de erotismo y mucha, mucha acción donde todo es posible.

La Sociedad de Asesinos es su primera saga publicada, y aún no sabe a ciencia cierta de cuantos libros contará. Neliel afirma que mientras los personajes sigan contándole sus historias al oído, Nel, seguirá escribiéndolas.